



**Ramón  
Díaz Sánchez**

MENE / CUMBOTO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**Ramón Díaz Sánchez** (1903-1968) Periodista, novelista, ensayista, biógrafo e historiador. Autor de una vasta obra literaria, sin dejar de lado otras facetas, como diplomático y parlamentario. Individuo de Número de las Academias de la Lengua y de la Historia. Premio Nacional de Literatura (1950-1952). En sus libros muestra una profunda preocupación por la historia de Venezuela. Entre sus títulos destacan *Transición política y realidad en Venezuela* (1937); *Guzmán, elipse de una ambición de poder* (1950); *La Virgen no tiene cara y otros cuentos* (1951) y *Cassandra* (1957).

« *Balancín en campo petrolero venezolano.*

Foto: Pdvs.



**36**

**Mene / Cumboto**

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**





# Mene / Cumboto

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ





# Índice

13 Nota editorial

## MENE

### PRIMERA PARTE: BLANCO

19 1  
27 2  
33 3  
39 4

### SEGUNDA PARTE: ROJO

49 1  
55 2  
65 3  
73 4  
83 5  
89 6  
99 7  
103 8  
111 9

### TERCERA PARTE: NEGRO

- 123 1
- 133 2
- 143 3

### CUARTA PARTE: AZUL

- 153 1
- 163 2
- 173 3
- 181 4
- 183 5

### CUMBOTO

#### PRIMERA PARTE: UN MUNDO ENCANTADO

- 195 I. Encuentro al atardecer
- 199 II. Mundo primitivo y ardiente
- 209 III. La Casa Blanca
- 215 IV. Frau Berza tiene un secreto
- 221 V. El camino de los burros azules
- 223 VI. La abuela Anita

#### SEGUNDA PARTE: LA HUELLA DE SATANÁS

- 249 I. La pala de plata
- 259 II. Diabluras en negro y blanco
- 269 III. La muerte del Matacán
- 279 IV. Los cuentos de Venancio el Pajarero
- 293 V. A lo humano y a lo divino
- 301 VI. Poderes de la más alta valía
- 311 VII. Fantasmas

### **TERCERA PARTE: HÁGASE LA LUZ**

- 325 I. Gentes extrañas
- 335 II. Nuevas gentes extrañas
- 343 III. ¿Se siente feliz ahora, querida fantasma?
- 353 IV. Camina
- 365 V. La sombra
- 373 VI. Junio
- 383 VII. Hágase la luz

### **CUARTA PARTE: FRENESÍ**

- 395 I. La tempestad
- 405 II. Delirio
- 411 III. El baúl de la Abuela
- 421 IV. Desvarío
- 427 V. El mensajero



## NOTA EDITORIAL

Publicada en 1936, *Mene* aportó una forma novedosa de narrar. El concierto de voces que acompaña la estructura de la novela, los elementos dialectales, la inclusión del hombre negro, indio, trinitario; la mujer que termina como prostituta o empobrecida bajo los signos más severos de la pobreza, fueron abordados en esta novela sin perder su calidad estética y sin caer en el panfleto al relatar los inicios de la producción petrolera en Lagunillas y Cabimas. Ramón Díaz Sánchez advirtió lo que significaría esta fuente de riqueza, a la cual calificó como “un crispado horizonte de desengaños, falsedades y corrupción”.

La novela fue escrita en 1933 y enviada a un concurso organizado por el Ateneo de Caracas. El jurado, integrado por Enrique Bernardo Núñez, Andrés Eloy Blanco y Rafael Angarita Arvelo, calificó la obra como ganadora. Pero la censura del gobierno de Juan Vicente Gómez imposibilitaría su publicación para esa fecha.

Después de *Mene*, que describe los inicios del horizonte de expectativas que producirá el petróleo, el autor publicó *Cassandra* (1957), donde retomará el tema a partir de la muerte de Gómez, al describir el regreso del exilio de los líderes políticos, quienes soslayan las señales de una realidad que a todas voces se presentaba como dramática. De esta manera, Díaz Sánchez cierra su ciclo sobre el petróleo.

En *Cumboto, un cuento de siete leguas* (1950) el lugar donde se desarrolla la trama es una plantación de cocos de mediados del siglo XIX. La observación extrema de la vida cotidiana, de la naturaleza, del dialecto y de determinados secretos de los personajes configuran la voz de Natividad, el narrador de la historia. Uno de los elementos más atractivos de la novela quizás sea la sensibilidad por la música académica, sensibilidad que permite al autor, como pretexto, proyectar un sentido estético entre Beethoven, por ejemplo, y el sonido tradicional de las plantaciones, que tiene como resultado una mezcla de llamados sensuales y sensoriales que se conjugan con el baile, los ritos de magia negra y una fuerte intrahistoria colectiva que permite entender el origen y desenlace de determinadas acciones.

En todo esto la novela permite un destino, una poderosa tensión narrativa que, contrario a *Mene*, se mantiene a lo largo de la obra que podría simular, no en su disposición o estructura y respetando grandes diferencias, a una novela policiaca al entretejer un enigma, una gran incertidumbre, un problema que tiene al final una resolución, o también la confluencia de historias sobrenaturales como cercanía a elementos fantásticos. Todo este universo de esclavos y amos, lujuria, hijos ilegítimos que son el resultado de la conjugación de todo lo anterior, arquetipo de una sola raza y poseedor de una fuerte cultura, que si bien, ha dejado de ser un mundo idílico es un mundo que aún necesita reestructurar su paradigma social.

La presente edición de *Mene* y *Cumboto* han sido tomadas de la Colección libros y revistas de *Bohemia*. Se ha actualizado la ortografía en los casos necesarios y se han corregido las erratas advertidas.

Los editores



**Mene**



**Primera parte**

**Blanco**



Adornaron la Plaza para la fiesta. Palmas verdes de cocotero imprimieron una alegre estilización selvática a la avenida y trajeron su fru-frú de seda hasta la puerta de la capilla.

En la Playa, desde la víspera, estaba la comisión de los notables estirando la mano cordial a los recién llegados. Sobre la onda rizada se balanceaba la Linda, y desde su planeta azul se tendía una escala de risas hasta la orilla de barro oleaginoso. Contraste agudo de casacas negras y fajas amarillas entre el verde impaciente de la decoración.

Bajó primero el cura, gordo, zambo, risueño, y las cañas del malecón gimieron bajo sus botines. Detrás el maestro de canto y los músicos de la orquesta. Por último, los capitalinos locuaces, una concurrencia gárrula y acicalada por ínfulas conquistadoras.

—Venga, Padre, por aquí. ¿Ya cómo que olvidó el camino? ¡Qué cabimero este!

La socarrona familiaridad ponía chiquititos los ojos de los pueblerinos al abrazar a la gente ciudadana. Se les salía el alarde vanidoso de ofrecerles su hospitalidad.

—Hombre, Rudecindo: ¡qué gordo estáis, criatura! Ya se ve que las cosas andan buenas por la capital.

—¡Epa, compadre Ángel! ¿Cómo que no conocéis? Por allá te espera la comadre.

—A ver, contame, ¿cómo está ese Maracaibo? Y las muchachas, ¿cómo que no vienen a la fiesta?

—Decime: ¿Cirita y que se casó?

—¿Qué hubo de la casa? ¿La vendieron por fin?

—¿Trajeron gallos, ah? Por aquí hay una cuerquita, y de Lagunillas y La Rita vienen los galleros. Habrá unas cuantas peleas buenas.

—¿Cómo está el ahijado, compadre?

Rompió a tocar la orquesta a la llegada de un señor caballero en un pollino. El cura fue a su encuentro. Se abrazaron.

—¿Cómo está ese jefe civil? —tronó el levita—. Creí que te habías muerto sin la absolución. Y tu gente, ¿qué tal? ¿Mucha animación para la fiesta?

Hombre flaco, con cara de profeta endomingado, el jefe civil posó en el polvo sus botines engrasados y se sacó el ancho fieltro.

—Ya lo veis, padre: como siempre. Este pueblo no quiere nada con su Virgen. La que he tenido un poco quebrantada es a Zulema, pero ya está otra vez parapetada. Si queréis cogemos para allá en seguida, a menos que no vais primero a la iglesia.

—Sí, pasemos por la iglesia: quiero ver cómo está la sacristía. ¿Hiciste componer el techo?

—¡Cómo no! Ya no se llueve. Pero aquí, cada día me convenzo más de que hace falta un cura. La gente pobre se muere sin confesión. Ya sabéis lo que nos cuesta a nosotros mismos un viaje a Maracaibo o a La Rita; lo estamos pensando un año. ¿Qué dice el Obispo?

Echaron a andar por la calle polvorienta, orillada de frondas. Abrían la marcha el jefe, cuyo burro traía al diestro un asistente de peinilla terciada, y el cura. Detrás de ellos la orquesta reestrenaba un vals regional, seguida por la prolongada fila de casacas negras y fajas amarillas. Las arrugas del baúl carbilleaban bajo el sol enternecido del atardecer. Cohetes tímidos estallaban

sobre las cabezas destocadas y desde las puertecitas de las casuchas dispersas, semiescondidas entre cujíes y matapalos, pañuelos vehementes saludaban. La morena mano del levita dibujaba bendiciones.

—Todo se andará—ofrecía—. Pero hay que tener paciencia. Después de todo no te podéis quejar, no te podéis quejar: el año pasado penaban todavía por un boticario; pues bien, ya el bachiller Nava les ha puesto una botica... No te impacientéis. Te he dicho cómo es Monseñor: sus resoluciones son repentinas. Cuando menos lo piense, coge y me dice: “Anda, Nectario, vete para Cabimas”.

—Ojalá, porque ya este pueblo tiene cierta importancia. Vos sabéis que con nosotros podéis contar. De eso hemos hablado muchas veces en casa del compadre Trinidad; y ¿sabéis lo que me ha dicho? Pues oí: “Esas tres vacas de vientre que tengo apartadas en La Punta están destinadas exclusivamente para el Padre que nos manden, que no debe tardar mucho”. Y si es la comadre Celesta, tiene no sé cuánto para la casa cural. De mí no se diga: lo poco que poseo es de la Iglesia.

Gravemente aprobaba el sacerdote. Y repetía:

—Paciencia, paciencia. Ahora cuando regrese volveré a entrarle a Monseñor, pero sería bueno que ustedes le mandaran cualquier fineza: ya sabéis cómo le gusta el pan cabimero.

Jóvenes y viejos salían a recibir las bendiciones. La excelente pupila del levita iba identificando rostros:

—¿Qué tal, Chinca? ¿Cómo estás de males?

— Hombre. Primitivo: no te ponéis viejo, cristiano.

En el amplio trapecio de la plaza cercana a la iglesia una pandilla de muchachos zagueros se adelantó al cortejo y se puso a remolinear por delante de los magnates:

— ¡Viva el padre Nectario!

— ¡Viva! —coreaba el grupo.

— ¡Viva el jefe Casiano!

— ¡ Vivaaa!

— ¡ Viva la Virgen del Rosario!

— ¡ Vivaaaaa!

En la puerta misma de la capilla les cortó el paso un hombrachón de cara dura y aspecto bochornoso.

—¿Qué tal, Padre? ¿Cómo te va? —saludó con bronca voz.

—Bien—fue esquivada la respuesta— ¿Y vos quién sois?

El hombre le miró con insolencia.

—Usted no me conoce, porque nunca había venido a la fiesta. ¿Para qué? Punta Gorda está muy lejos y soy hombre de trabajo. Pero ayer el señor jefe civil mandó a arrear a uno obligado para venir a saludarlo a usted; y aquí me tiene. Ya está complacido el jefe.

La aludida autoridad cambiaba de colores. Le miró el cura estupefacto, pero, recobrado el aplomo, se puso a reír.

—No digáis... ¿Qué te parece, Casiano?

El jefe miraba con odio al hombre. Hizo señas al asistente que le cuidaba el asno y le habló en voz baja. El cómitre empuñó su peinilla y abordó al intruso:

—Quedáis arrestado. Seguí...

La comitiva miraba en suspenso. El cura entró en la iglesia vivamente y Casiano en pos suyo.

— ¿Quién es ese tipo, Casiano?

Estaba lívido.

—Un tal Kuayro, Carolino Kuayro. Tiene unos terrenos. Imagínate: desde Punta Gorda hasta casi Las Morochas, no es del pueblo y apenas se le ve la cara por aquí. Hasta dicen que no es cristiano y que sabe daños y vagabunderías. Lo cierto es que todos los años pide un nuevo pedazo de tierra y el Concejo, a pesar de mis informes, se lo da. No te imagináis cómo está eso en La Rita desde que quitaron al compadre Anselmo...

—¿Y de dónde es ese hombre?

—Qué sé yo; extranjero por el apellido.



Mientras el cura inspeccionaba el templo, la Linda arrojó sobre la playa toda su carga humana. Bajaron unos saltimbanquis cargados de cajones y tres jugadores trashumantes con la ruleta y la mesa redonda para el monte y dado. Toda aquella gente se dispersó por el pueblo fiestero, triscando por entre los enanos matorrales en demanda de algún techo hospitalario para pernoctar. Lo que no era difícil, porque para las fiestas muchas barracas se volvían hospederías.

Los saltimbanquis se adueñaron de una vez del centro de la plaza, amplio terraplén recién barrido, y con gran actividad plantaron vigas para los trapecios y las argollas maromeras. En tanto, en la esquina más céntrica, comenzaron a rodar los dados.

Caía la noche y se apresuraba el pulso festival del pueblo. Caballeros en sus asnos, desfilaban los notables por las vereditas. Pronto el prieto fondo de la noche fue perforado por la danzarina luz de las farolas suspendidas en pértigas bizarras a las puertas de las casas. Y el pueblo tomó un aspecto de feria clásica bajo la farolería con danzas de sombras chinescas ante los mostradores de los ventorrillos. Cohetes furtivos hicieron parpadear las estrellas a lo largo de la noche y mantuvieron el fervor de la expectativa candorosa.

Joseíto Ubert, ladino mozo, era el director de aquella empresa de maromas y de ruletas. En plan aventurero había recorrido medio mundo. Ahora disfrutaba la exclusiva explotación de aquellas diversiones.

—A mí tienen ustedes que quererme—discurría con voz tonante detrás de su tapete—tienen que quererme y ayudarme porque soy socio de la Virgen. Cabimera fue mi abuela, sí, señores, cabimerita de Ambrosio. Y yo heredé su devoción. Todo el mundo sabe que lo que gano aquí lo comparto con el cura. Si ustedes me ven todos los años en estas cosas, no se imaginen que lo hago por especular, no señor. Lo hago para contribuir al esplendor de nuestras fiestas patronales.

Lo repetía a cada paso, con estudiada regularidad y la plaza se llenaba de montunos convencidos. Les divertía la basta gracia de los saltimbanquis que pasaban por debajo de una silla con un vaso lleno de agua en la frente, los saltos mortales en un trozo de coleta y el pecho de paloma en las argollas. Igual les ocurría con la cantarina letanía de Joseíto:

— ¡Vamos, vamos...! apuntar a la jirafa, caballeros; apuntar que la suerte es de quien la busca. Se acaba esto, caballeros, aprovechen. ¡Vuelta! ¡Nadie más...! Ha llegado la jirafa y ha ganado Joseíto porque no han querido hacerle caso.

Tenía resuello para buzo y elocuencia de encantador de serpientes.

El jubiloso despertar del campanario puso en fuga a los murciélagos y atrajo a la feligresía. Apresuradamente iban llegando gentes soñolientas con el primer bocado en la boca. Toda la noche fue de música y cohetes y el templo estuvo abierto para la Exposición. A su vera, como rezan los catastros, “vía pública intermedio”, estaba la jefatura y en la única ventana de esta se aglomaban los reclusos para ver la fiesta.

A la hora de misa no cabía la gente en la capilla. Las campanas encendían la emoción aldeana y la beatería contemplaba con orgullo sus esfuerzos, sus labores de todo el año para mayor gloria de la patrona.

— Mira, aquel pañito que veis en el altar lo mandé yo.

—Y yo hice aquellas flores de papel.

—Esos candelabros me costaron cinco pesos. Me los trajo el compadre Armino de Maracaibo.

Penduleaban las cabezas aprobadoras y se bañaban en agua de latines, mirando de reojo hacia el balcón del coro, trigados por la vocezota del cantor. Fue una misa larga, solemne. El sermón duró dos horas y el padre Nectario, siempre bonachón, no cesaba de aconsejar los cuidados del culto. No porque la iglesia permaneciese cerrada todo el año, decía, habían de abandonarse las obligaciones espirituales. Era necesario organizar turnos para el aseo del templo

y el exterminio de murciélagos y otras sabandijas. Que las Hermanas de la Adoración Perpetua persistiesen en su misión edificante. Y las Hijas de María. Y los Hermanos del Santísimo.

—“A fin de que la próxima festividad resulte, si cabe, más esplendorosa, debe formarse una sociedad mixta, de todos los fieles, que se dé a la tarea de levantar fondos, ¡fondos! Los fondos son indispensables. A este efecto pueden celebrarse rifas de animales, sanes y bazares. Cada quien está en la obligación de dedicar a la Virgen alguna cosa de valor: una vaca o un amasijo del famoso pan cabimero, tan apreciado en la capital”.

Cuando sonó la campanilla un gran suspiro se elevó hacia la techumbre cañiza de las naves. La orquesta atacó un pasodoble en el atrio y se formó un cortejo presidido por el jefe civil y el cura. Al compás de la música, esta comitiva recorrió la calle Principal, un camino ancho bordeado de matorrales y de unas cuantas casitas de bahareque y palmas, llegó hasta La vereda y cruzó hacia el naciente. Entre cepas espinosas, sobresaltados con frecuencia por el disparo de las lagartijas y de una que otra culebrita verde, se detuvieron y un hombre cuadrado y gigantesco, de riguroso traje negro, se subió a una tribuna improvisada con un rollo de papeles en la mano.

Era un discurso. Con voz tropezonera y pastosa leyó cuartilla tras cuartilla mientras oleadas espesas de sudor bajaban de su frente y se sumían en la hondonada de su cuello duro. Hablaba de la nueva calle que iba a abrirse allí, desmesurado paso de progreso de la catolicísima población. Esta nueva arteria urbana llevaría el nombre de la patrona venerada, Calle del Rosario, y habría de ser la consagrada mano de Nectario la que diera el primer corte en la maleza.

Mientras las palabras del orador caían como pedruzcos, el sol asaba lentamente a los auditores. Grandes pañuelos pintorescos restañaban el sudor copioso, en tanto que las bocas redondeaban elocuentísimos bostezos y los pies palpitaban de dolor entre los borceguíes de cuero de marrano.

En efecto, cuando el hombrachón hubo puesto a su discurso la misericordia de un rotundo “he dicho”, el padre Nectario empuñó un machete, afilado especialmente para la ceremonia, y tiró algunos machetazos contra los tramados ramajes circundantes. Luego, por turno, cada uno fue haciendo lo mismo, mientras la orquesta destrozaba un pasodoble.

Fue un día glorioso para el pueblo. Un día inolvidable.

Declinaba el sol cuando remató la romería en la casa de Casiano que era la única de tejas.

—¡Viva el jefe Casiano!—aulló la multitud.

— ¡Viva!

Un policía con alpargatas nuevas repartía ron de La Ceiba.

— ¡Viva el padre Nectario!

— ¡Vivaaa!

— ¡Viva la virgen del Rosario!

— ¡Vivaaaa!

Y ya achispados, entre las dulces brumas del crepúsculo, se fueron retirando. Algunos llevaban los botines colgando de las orejitas.

La perspectiva de las fiestas patronales abría a la piedad y la especulación aldeana un horizonte de ocho días. Durante ese lapso el cura se hospedaba en la casa de la primera autoridad civil, los músicos en la del presidente de la Junta Comunal y los saltimbanquis y los ruleteros en la de Ño Casildo Pérez.

Durante aquellos ocho días comían los cómicos a la mesa de Casildo. Marta, la hija mayor, preparaba el yantar y cobraba a dos reales por persona.

Todos los años Joséito Ubert empalmaba un viejo galanteo con Marta. Mientras comía las sencillas viandas de la tierra, ensayaba en la esquina de la mesa combinaciones con los dados, hablando sin cesar. Refería complicadas historias de sus viajes, historias que todos celebraban y nadie, excepto Marta, creía. Era la suya una imaginación de novelista malograda por el escepticismo. Sus lecturas de prensa le proporcionaron una sabiduría cómoda y aturdidora.

Muy de mañana, el lunes, se bañó en el lago. El fresco tempranero púsole optimista y hambriento. Bajo las palmeras un bullicio alegre, se sentó a desayunar, con los dados en la mano. Y Marta vino a ponerse a su lado. Hablaron. Habló él, en verdad, porque la muchacha, fascinada, solo repetía como un eco:

—Déjese de eso... déjese de eso.

Y su risa barbotaba, ahogándose en el hueco de su seno.

—No sea malo, déjese de eso...

Proponía José:

—Puedes decirle al viejo que vas para la iglesia... cogemos el caminito de atrás y no nos dilatamos nada.

Toda la risa de su vida se le iba a Marta en pos de estas palabras, mientras Ubert, taimado, fingía darle una lección de dados.

— No seas tonta; ¿quién lo va a saber?

Uno de los pequeños cubos de hueso dio tres brincos y cayó debajo de la mesa. Ubert se agachó para recogerlo.

—Mira, Marta: una sena... hasta sin querer me salen redonditas.

Al tomarlo del suelo, las puntas de sus dedos quedaron manchadas de algo negro y grasiento. Lo limpió con su pañuelo.

— ¡Uf! Esto huele a gas.

— ¿De modo que por el caminito de aquí atrás? —acuciaba Marta con una postrera vibración de risa.

—Sí... pero de veras ¿no es gas esto?

—No, qué gas va a ser. Eso es mene: hay mucho por aquí.

—Pero huele a gas.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno ¿y dónde me va a esperar?

Miraba Joseíto la manchita grasienta en las puntas de sus dedos e insistía:

— De bola, esto es gas... Dime, chica, ¿ustedes no han probado a pegarle un fósforo a este mene?

Pero ella se enfadó:

— ¡Claro, hombre! Con eso se prende la candela. ¡Tanta lidia con esa porquería!

En la casa de Casiano toda la familia cumplimentaba al cura. Su sagrada corpulencia llenaba una mecedora, monopolizando la atención de todos.

Excluyendo a Indio, un viejo perdiguero, contó Joseíto ocho personas. No se le escapó el huraño gesto que produjo su presencia, pero no se desanimó por ello.

—Se saluda respetuosamente a la honorable concurrencia—exclamó desde la puerta—. Celebro encontrar juntos a tan ilustres personajes.

Encapotado el ceño, Casiano hizo un ademán. Pero el cura sonreía.

—Mi intención—se apresuró Ubert—, mi intención no es otra que presentarle al Padre mis respetos. Alguien pudiera preguntar qué necesidad tienen de mi saludo tan notables personas, y esto es verdad: ¿qué puede significar Joseíto Ubert, por simpático muchacho que sea, para la flor y nata de Cabimas? Pero, señores, Joseíto Ubert no se ha educado en balde. La moral y la buena educación nos dicen que lo cortés no quita lo valiente. Joseíto Ubert no olvida, no podrá olvidar jamás, cuánto le debe a este virtuoso sacerdote... No puede olvidar cuánto agradece a este honrado y laborioso pueblo que fue la cuna de su abuela, Úrsula Castro, que en el cielo esté.

— ¡Úrsula Castro! —dijo el coro admirativo

—Úrsula Castro — ratificó con parsimonia Joseíto.

—¿La famosa Úrsula Castro? ¿La que regaló el terreno para la capilla?

—La misma, sí señor.

—¿La que donó un pedazo de tierra para bebedero público, nada menos que en una esquina de la plaza?

—Nada menos.

Se miraban todos con asombro mientras Ubert se pavoneaba, dueño ya de la general admiración, para asumir después un aire de humilde dignidad.

—Pero—reparó Casiano—Úrsula Castro dejó más de diez mil pesos; era dueña de medio pueblo. Tenía casas en La Rita, piraguas que viajaban para Maracaibo y para la costa... ganado y gallinas... ¿Qué se hizo ese dinero?

—Eso mismo me pregunto yo—lamentó Ubert con los ojos arrasados—: ¿qué se hizo ese dinero?

Y luego, lleno de resignación:

—Cosas de la vida. Mala suerte que les cae a las personas.

—Pero... Úrsula Castro... ¿cuánto tiempo hace que murió?

La pregunta hizo temblar al mozo. El cura había tomado la palabra. Quería detalles más precisos.

—Y vos, ¿de quién sois hijo?

—¿Yo...?

—Sí, vos. ¿De cuál de los Castros?

Fue un momento de angustia para Joseíto. Pero Casiano, sabihondo, vino a tranquilizarlo:

—Debe ser de Manuelito ¿verdad? El que se fue de aquí hace años... Porque tengo entendido que las hembras están todas solteras.

—Eso es, eso es: de Manuelito... Soy hijo natural de Manuelito.

Se animaba la conversación. La clásica cominería del abolengo entusiasmaba a todos. Miraban al intruso con admiración, como un personaje caído de la luna.

—Tome asiento, joven: quédese para el almuerzo.

—Pobre mozo—lamentaba Zulema con lágrimas en los ojos—; nieto de Úrsula Castro y obligado a ganarse la vida con tanta exposición.

—La mala suerte—lamentaba él—“Ustedes saben que mi familia se fue de aquí y dejó botado lo que le quedaba. Mi papá me hablaba siempre de sus tierras: todo eso, desde Punta Icotea hasta El Mene, me decía, es de nosotros...”

—¡Hasta El Mene! ¿Estáis seguro?

—Hasta El Mene, sí señor. Pero ¿qué vale eso para mí? ¿Qué haría yo con esas tierras? No soy agricultor ni conozco la cría de animales. Además, los papeles se quemaron en un incendio: papá no los cuidaba. Él era así... ¡Ah! Si los tuviera en mi poder... Si los tuviera en mi poder, entonces sí les demostraría cuánta es la admiración, cuánto el cariño, cuánta la gratitud que me inspira esta noble tierra.

Los ojos se nublaron. Varios pañuelos salieron de los bolsillos. Joseíto prosiguió:



—...Los regalaría a la Iglesia, a nuestra excelsa Patrona, la milagrosa Virgen del Rosario...

No pudo más. Estaba conmovido.

—Eso lo arreglaríamos fácilmente—zanjó el joven Juvencio, comandante de la policía—. Con unos cuantos testigos honorables...

—Exacto—corroboró Yayito, juez municipal—: un justificativo que el juez civil convertirá en título supletorio...

Joseíto permaneció en la casa de Casiano casi todo el día. Pasó después por la jefatura y recorrió el poblado en compañía de los magnates. Su popularidad crecía como la espuma. Al verle pasar, con su flexible echado sobre la sien derecha y el cigarrillo cabalgando en la oreja, los aldeanos cuchicheaban golpeándose con el codo. Cuando aquella tarde volvió a la casa de Casildo, Marta lo recibió en el portillo:

—¿Cómo que piensa poner un hato?

—¿Por qué?

—Vea ese gallinero que le han traído, y esa cabra. ¿Son para llevárselas?

Él sonrió enigmático.

—No, mi amor: son para ustedes. Es un regalito que les hago.

Bajo la púrpura vaporizada del crepúsculo salieron de paseo. Entraron, cogidos de la mano, en el cocal de Punta Icotea y sobre la arenilla limpia se recostaron frente al lago abierto que irisaba la discreta brisa del nordeste. José miraba con delectación la costa serpentina, abundante en repliegues y ensenadas, festonada de cocoteros hasta el límite visual de Punta Camacho, más allá de Santa Rita, y teñida a trechos por una cinta negra que marcaba los niveles del agua.

—¿Ves, Marta, todo eso? —susurró profético—. ¿Ves esta tranquilidad, este silencio? Bueno, todo esto va a cambiar.

Ella se puso soñadora y apoyó su cabeza en el hombro del mancebo. Murmuró:

—Ya puede decirse que ha cambiado... Ahora lo noto distinto, distinto...



Parece mentira—opinaban los aldeanos recoletos—, parece mentira que estos seres sean hijos del mismo vientre.

Eran, sin embargo, hermanos. Llevaban el mismo nombre autóctono, Reinoso, pero cuán distintos usos hacían de él. Josué cenceño, cuadrado como ficha de dominó, enérgico, metódico, hogareño. Narciso alto, flexible, balandrón. Mientras que el primero se casaba como Dios manda y fomentaba una familia con el mismo esmero que había puesto antes en la fundación de una vaquera, el otro vivía como un beduino.

Nunca se sabía dónde hallar a Narciso. De pueblo en pueblo, de ventorro en ventorro, iba sembrando coplas realengas a la luz de los candiles. Trovador de juglarías pueblanas, nada sabía de letras. Tampoco sabía Josué de ellas, pero se hacía perdonar su analfabetismo con sus piadosas obras, con sus donativos a la Iglesia, con su acendrado catolicismo.

Sin embargo, no podía tacharse a Narciso de impío. Su presencia no faltaba en el pueblo para las fiestas de la Virgen. Sino que, pasadas estas, desaparecía sin dejar otra huella que alguna canta nueva. Y cuando se le preguntaba dónde había pasado el año, sonreía enigmático.

—Por ahí: conociendo el mundo.

—Pero, hombre de Dios—le reprochaban algunos viejos amigos de su casa—, ¿cuándo vais a sentar cabeza?

Y él reía socarrón.

— ¡Qué saben ustedes lo que es vivir! ¿Se imaginan que la vida es esto: destripar terrones y criar chivos? Narciso Reinoso tiene la cabeza para pensar.

Y para demostrárselo les prendía en el ojal del alma el clavel de una copla.

Cierta vez, por insinuación del hermano Josué, le detuvo Casiano y le obligó a trabajar en un tren de pesquería. Humildemente empuñó la red y, desnudo hasta el cinto, entró en las aguas del lago para recoger la cosecha de boca-chicas. Algún rival de contrapunteo se le acercó entonces, dispuesto a disfrutar el placer de su caída:

*Al estado que ha llegado  
Narciso, de pescador,  
siendo el mejor cantador  
de Cabimas, afamado.*

Mas su réplica fue rápida como saeta:

*Vale más ser pescador  
de aquí, del puerto Las Yayas  
que andar por esas quincallas  
de borracho y jugador.*

Su salida ponía de manifiesto la innata truhanería aldeana, la hipócrita humildad que va al deseo por caminos torcidos. Y se expresaba en verso, además, para ganarse la admiración ajena. Así, cuando una mujer le preguntara cierta vez, sencillamente:

—Narciso, deme razón de mi hijo Trinidad.

Informó, rimando:

*Ayer con casualidad  
le vi labrando un horcón.*

—Narciso, deme razón: ¿qué ha visto usted por El Mene?

*...Las ruedas que van y vienen  
tiradas por un garzón.*

El garzón es un instrumento de arar que recuerda a la zancuda de este nombre. No tira de las ruedas, va sobre ellas, pero Narciso no podía privarse de replicar en verso al interlocutor sencillo que lo hablaba sin saberlo.

Cuando murió su padre, apareció en el pueblo repentinamente. Venía de lejos, pero no se sabía de dónde. Rojo de polvo caminero, tostado por los soles de las jornadas vencidas, estuvo en el velatorio. En voz baja los aldeanos hablaban de él y le miraban con asombro, con superstición. Admiraban su fama y querían oír sus trovas. Les conmovía su misterio. ¿Cuál era su existencia? ¿De qué vivía? ¿Cuántas leguas devoraron aquellos pies delgados en sus alpargatas negras? ¿Quién lavaba su dril y su pañuelo rojo?

—Narciso—se atrevió a pedir alguno—, échale un versito aquella negra linda.

—Cuando vuelva.

—Cuando volváis ya estará vieja, Narciso.

No pudieron sacarle de su mutismo. Pasó las horas de la noche al pie del catre donde su padre, rígido, estiraba sus huesos. No lloró como los otros, pero su mirada permaneció clavada sobre el afilado rostro. Asistió al entierro. Amorosamente se inclinó sobre la huesa y arrancó de la urna uno de esos rosetones metálicos que llaman “recuerdos”. Y volvió con el cortejo a la casa de Josué donde las mujeres se arrojaron en sus brazos:

— ¡Ay, Narciso, se fue el viejo, Narciso!

Y él se dejó abrazar como un poste.

—Bueno, Narciso—se le acercó el hermano—: el viejo ha muerto. Nos queda la vieja y tenemos que cuidar de ella. Ya veis la carga que yo llevo; tenéis que ayudarme. Quiero que te quedéis.

—Sí, tío—gimotearon las muchachas—: quédate.

Entonces se engalló:

*Yo los acompañaré  
hasta que se seque el pozo,  
porque Narciso Reinoso  
no vino a morir de sed.*

Era época de angustias por la sequía. Algunas casas poseían aljibes donde recogían las aguas de la lluvia. Presa en los hoscos impases, el agua languidece de tristeza. La mayoría tiene apenas pozos o casimbas, pequeñas cisternas que no resisten la inclemencia del verano. Las frecuentes tolveneras vierten en ellas la amarilla tierra de los caminos y las hojas muertas. Las mujeres, samaritanas infatigables, deben apartar las natas verdes para arrojar sus cántaros al fondo.

Y era esta perspectiva de ser lo que no podía sufrir Narciso, el trashumante. Todo lo arrojó, sin duda, en sus misteriosos periplos por las ardientes veredas de la costa: el hambre, el aguijón del zancudo, la fatiga de las agobiadoras jornadas a pie, todo, menos la sed. No era un holgazán. Supo, en muchas ocasiones, arrimar el hombro. Ni amaba, como su hermano, la riqueza. Quizá la despreciara, soñador de Dios sabe cuál mundo mejor. Lo único que le acicateaba era el regusto de beber un cántaro de agua fresca siempre que se lo pidiera el cuerpo.

*...Yo los acompañaré  
hasta que se seque el pozo...*

Su desprecio del dinero se traducía, como casi todas sus emociones, a contrapelo, en la forma soslayada y de retorcida ironía que caracteriza a los pueblos esquivos.

Cierta vez un ricacho propuso a Josué que le vendiera un lote de canaleta, madera apreciadísima de la región, y el mayor de los Reinosos, con desprendimiento inusitado, se la regaló. Al saber la insólita ocurrencia, Narciso improvisaba:

*El ser pobre es lo más malo  
que Dios en el mundo hizo:  
si hubiera sido Narciso  
no le regalan el palo.*

Vino ahora para la festividad. De todas las tabernas le llamaban:

—Bay, Narciso Reinoso: vení a pagártelo.

Sugeríanle:

—Vos debéis tener por ahí quien te lave y te planche. Andáis como una palomita.

No lo discutía. Prefería dejarles que conjeturasen a su gusto, halagado tal vez por la aureola de leyenda que le rodeaba. Cantaba. Su repertorio era inagotable. La Patrona habíale merecido coplas fieles, chorro simple y rústico como los manantiales que soñaba:

*Santa Virgen del Rosario,  
Patrona del cabimero:  
aquí vengo a tu santuario  
para adorarte el primero.  
Virgencita milagrosa  
que viste a tu hijo en la cruz,  
yo soy una mariposa  
que viene a arder en tu luz.*

*Consuela nuestros pesares  
y daños agua y salud,  
Reina de nuestros altares  
que viste a tu hijo en la cruz.*

Para el domingo de la Octava el entusiasmo fue quimérico. Tornó la Lindan y los capitalinos se dieron a recorrer las veredas del pueblo a caza de emociones

inéditas. Al concluir la misa, el cura reunió a los notables y conferenció con ellos. Ya para despedirse “hasta el próximo año” les intimaba una vez más el celoso cumplimiento de sus deberes religiosos. El jefe Casiano le habló, benévolo, de Narciso Reinoso.

—Vos que querías conocer al hermano de Josué, por allí anda.

—¿El poeta?

Quiso que lo trajeran y le pidió que recitara.

—Muy bonitos tus versos—celebraba—, muy bonitos.

— ¡Caray! —murmuró alguno, emocionado—. Dígame si este hombre hubiera tenido escuela...

—Bueno—quiso el padre—. decime, ahora. Narciso: ¿dónde pasáis tu vida? ¿Por qué no te asentáis aquí con tu familia? Debes comprender que ya no eres un muchacho. Tu hermano, que es tan bueno, te puede dar trabajo.

Pero Narciso rió, gozoso. Con estupefacción general disparó su replica.

*El que por inclinación  
nació para no comer,  
ese es el que puede ser  
de Josué Reinoso peón.*

Se indignó el hermano y el poeta tuvo que salir al escape. Pero, antes de perderse nuevamente, lanzó su último dardo. Aludía a una cena que la noche precedente ofreciera Josué como despedida de la fiesta de la Virgen:

*Ese maldito paujil  
que nos comimos anoche,  
me ha puesto en más fiesta el joche  
que un 19 de abril.*

Y se perdió de vista camino de Las Misiones, camino de Santa Rita, camino del azul ensueño de Ciruma.



Nueve lunas después Marta se desdoblaba en un moreno gordezuelo y chillón.

Ño Casildo acogió al nieto con su bondad ingenua. Redobló sus afanes para que no le faltara su ración de leche.

Repuesta de su parto, cayó Marta en una irreprimible melancolía.

—Me ha engañado, papá, me ha engañado. Me juró que volvería... Hace un año, para la fiesta de la Virgen...

Escupía Casildo un salivazo negro y después de acomodarse en el carrillo la mascada de ambirado, replicaba:

—Bueno, pues, ¿qué se hace?

Con un niño en brazos se iba ella por los caminos de la tarde. Sorteaba los senderos, esquivando la mirada ajena, y se escondía entre la cerrada trama de los cocoteros, en Punta Icotea. Sentada en la arenilla, contemplaba el lago mientras el chiquillo le chupaba el seno. El lago gris, quieto, con vetas cárdenas crepusculares, se aletargaba ante ella.

—Allá en El Mene—murmuraba Marta.

Y no lograba explicarse cuál maldito sortilegio produjera en el espíritu de Joseíto aquel horrible lugar de la costa. El Mene... Este nombre, este pedazo de tierra negra donde los piragüeros llegaban a carenar sus barcos...

—Allá, en El Mene...

Ni una carta. Perdido como una estrella fugaz.

Su padre, al fin, se había irritado.

—¿Qué queréis que haga? Si supiera dónde está ya habría ido a buscártelo para quitarme esa lavativa tuya.

¿Volvería? Pese a su tristeza, el corazón complaciente le decía que volvería.

—Ah, buena pendeja que sois vos—reprochábala la hermana, hecha toda una mujer de la noche a la mañana—. Olvidalo. No sé cómo se puede llorar así por un zángano que no busca a una.

María espigaba en un súbito estallido. La lujuria sombría de la aldea comenzaba a husmear la estela de su paso. Se sentía mujer y se exhibía con un moroso afán de hacer sufrir al hombre la codicia de su carne apretada y trigüeña.

—¿Vos qué sabéis de eso? —protestaba Marta.

Y María desdeñosa:

—Decís vos...

Tornó la fiesta aún, pero José no apareció. Desde el solar de su casa, subida en una horqueta de matapalo, dominaba el panorama de la playa. Allí estaba la Linda balanceando su silueta de gaviota. Pero de él, ni rastro.

—Aquí, sobre la arena... —sollozaba Marta día tras día, hundiendo sus dedos en el suelo de La Punta—. Aquí— Aquí...

Una tarde llegó Casildo consternado.

—¿Sabéis lo que me ha dicho Casiano? Me ha puesto como el suelo... Que yo sé dónde anda el vagabundo de Joseíto y que vos y yo somos unos alcahuetes.

Ella le miraba anhelante.

—Alcahuetas ¿de qué?

—No sé. Le oí mentar algo de unas escrituras. Parece que ha engañado a las autoridades.

—No puede ser. Ya voy a hablar con Casiano.

—¿Vos? ¿Y qué vas a decirle?

—Voy a decirle que Joseíto no es un ladrón. Que Úrsula Castro era su abuela.

Casildo insinuó dubitativo:

—¿Estáis segura de eso?

—¡El me lo dijo... ¡El me lo dijo!

Fue a la Jefatura. Casiano se retorció los pelos del bigote, cejijunto.

—¿Qué queréis?

—Quiero—dijo decidida—, quiero saber qué es lo que hay aquí con Joseíto.

—Y vos ¿qué tenéis que ver con eso?

—¡Mucho! Él es el padre de mi hijo. Usted lo sabe...

El jefe se levantó con violencia:

—Yo no sé nada. El tal Joseíto es un tramposo de primera.

Había otras dos personas en la sala y Casiano se volvió hacia ellas:

—Mire que se necesita valor para engañar a las autoridades y al cura. Porque eso es un robo, mi amigo, un verdadero robo... ¡Usar el nombre de la Virgen!

Los otros aprobaron y él se dirigió de nuevo a Marta:

—Si sabéis dónde anda, decíle que no se me ponga cerca porque lo friego. Y vos debías estar escondida en vez de andar exhibiéndote como si hubieras hecho una gran hazaña.

Marta se acobardó y se fue. Había oído historias de Casiano. Hijo del pueblo, logró, por misteriosos manejos y protecciones, trepar a su jefatura. No se sabía que fuese amigo de altas dignidades del Estado, ni siquiera de las del Distrito. Iba poco a Santa Rita, y casi nunca a Maracaibo. Se decía que era hombre de “paradas oscuras”.

Inopinadamente cacareó la aldea como un gallinero. Corrían los aldeanos a la playa y se agrupaban a la orilla del lago:

—¡Un vapor de guerra! ¡Véanle los cañones!

Cuadrado y negro, el buque habíase estacionado a un tiro de honda y teñía el cielo con su humo. Lanzó un silbido penetrante que estremeció la tierra.

—¡Va a disparar!

—¡Dios nos asista! ¡Virgen del Rosario!

Pero como no disparaba, la gente se agrupó de nuevo. Una lancha de motor, blanca y rauda, vino hacia el malecón. Saltaron unos hombres rubios, gigantescos, con sombreros de corcho, otro, moreno y pequeñito, con blusa de caqui, y Joseíto Ubert.

El de la blusa se acercó, autoritario, al abismado grupo:

—¿Dónde está el jefe civil?

—Véalo: allá viene.

Venía Casiano, en efecto, acompañado de sus hijos. Los nativos contemplaban con asombro a los gigantes. Y recobrada la confianza, se acercaban y reían.

—¿El jefe civil? —preguntó a Casiano el de la blusa y le entregó un oficio.

Pálido y ceñudo miraba Casiano a Joseíto. Vestía este un traje gris y sonreía con desenfado. No saludaba a nadie. La aldea toda se aglomeraba a su alrededor y los curiosos se arrojaban la pelotita de sus comentarios. El jefe civil había abierto el sobre y leía en silencio el oficio. Después dijo:

—Estoy a la orden.

—¿Qué es lo que se va a medir aquí? —interrogó a Joseíto el de la blusa. Y Joseíto, agachando la cabeza:

—Lo que se va a medir es lo mío. Desde Punta Icotea hasta El Mene.

Casiano volvió la espalda bruscamente y marcharon todos hacia el pueblo. Por fuerza sería aquel un inesperado día de fiesta. No tardarían en llegar los pescadores de Las Yayas, los carboneros de Las Rosas, los madereros de Ambrosio y Las Misiones. Los hombres rubios miraban con sobresalto a todos lados. Hablaban sin cesar su lengua ruda, en tanto recogían terrones que examinaban con minuciosidad antes de volverlos a tirar.

Había en las pupilas del nativo una luz insólita, de encanto y temor, en presencia de los extranjeros. Nunca se oyó antes en el rincón esquivo de la aldea ruido semejante al de sus anchas pisadas. La buena gente no sospechó jamás que se pudiera pisar la tierra de ese modo.

Marta salió a verlo a la puerta de su casa. Estaba trasfigurada, con su niño en brazos:

—¿No Y que no volvía? ¿No y que no volvía?

Gritaba su reto a todo el mundo, esponjada, apretando al niño contra su corazón.

—¿No y que no volvía? ¿Ah?

— ¡Cállate! —le gritó su padre—, cállate, que nos van a poner la vista.

—¿Qué me importa que nos la pongan? Ahí lo tenéis. ¿No y que no volvía? Había vuelto. Allí estaba Joseíto, acicalado como un figurín, entre los mu-siúes desmesurados. Allí estaba sonriente, con un aplomo asombroso. Mucho había de poder cuando a nada se atrevían los que le amenazaban.

El pueblo entero fue a verles internarse en los cocales de Punta Icotea. Formando convoy, iban Casiano y sus dos hijos, los extranjeros y Joseíto, el de la blusa y un escuadrón de hombres cargados con aparatos rarísimos traídos del vapor.

Todo el día estuvieron por allí y en la tarde, cuando regresaron, estaban negros de grasa y de barro.

La casa de Casildo vióse visitada por gentes curiosas de todos los rincones, gentes que esperaban hallar allí la clave del suceso. Las mujeres venían a agasajar a Marta que ahora sonreía ingenuamente. Anhelaban saber algo concreto. Don Rufo Samán, con fama de rico y avaro, opinaba que eran alemanes que venían a comprar conchas de coco para hacer “sardinas en lata”.

—Cuando estuve en Maracaibo—evocaba—, me comí una lata de sardinas y tuve que purgarme con Pagliano. Las eché enteritas y el doctor Lima me dijo entonces que eran de cartón. ¡Qué alemanes tan inteligentes! Sabe Dios qué irán a hacer con esos cocos, porque, para mí, que es eso lo que buscan... Y ahora, como están en guerra...

Pero Ño Casildo estaba en Babia. A todo sonreía diciendo que sí con la cabeza. En efecto, solo Joseíto pudiera dar detalles con aquel encanto peculiar que tenía para decir las cosas.

Y de pronto, en la anochecida, volvió a vibrar la sirena. El vapor se alejó dejando sobre el lago una imponente estela blanca, y en el cielo pesados grumos

de hollín. Fue un duro golpe para la novelería aldeana. Casi nadie les había visto reembarcar. Solo quedaba en el pueblo el de la blusa.

En la Jefatura brillaba una lámpara.

Con aquel aullido de sirena se apagó el sol de la alegría en el corazón de Marta. Fue la suya una reacción fugaz, una delirante llamarada que el nordeste crepuscular apagaba. Cuando le dijeron: “Ya se fue el vapor” se disparó como un resorte:

—Y él... ¿también se fue?

—También.

Y no había pasado siquiera por delante de su puerta. No había tenido la curiosidad de conocer el desenlace de aquella tardecita loca y perfumada, apurada como un trago de alcohol bajo los cocos.

Hasta aquella mañana, antes de saber que un buque había tocado en la playa, tenía Marta la recóndita y firme convicción que Joseíto volvería. Y no se había engañado. Pero ahora su corazón se hundía en el humo espeso del buque que partía. Y todo en él era sombra, pretérito, vacío.

Se encerró. No podía llorar... Apretaba a su hijo contra aquellos senos encubridores de sus antiguas risas, y murmuraba:

—El Mene... ¡El maldito Mene!

Desprendida por el ribazo de su dolor, habituándose ya a su sabor amargo, iba abriendo el compás de sus evocaciones. Diferenciándolas hasta en sus matices, contando sus pulsaciones.

—Todo esto cambiará. El me lo decía, todo esto cambiará.

El júbilo de los aldeanos era ahora distinto al de sus hábitos. No había música como en las fiestas patronales. La Iglesia permanecía cerrada y la aguja de su campanario abría una brecha negra en el aplomado cielo. En la Jefatura se veía brillar la luz rojiza sobre las siluetas graves de Casiano y el hombre de la blusa. Pero el pueblo se agitaba. Los que acompañaron a la comitiva, cargando sus extraños aparatos, reunían un mitin en la plaza y mostraban a todos unos discos de oro, pesados y relucientes:

— ¡Oh! —saboreaban con las pupilas encendidas—. Son nuevecitas.

— ¡Oh! Y ese pájaro que tienen, ¿qué será?

—Un zamuro...

—Parece una lechuza...

Pero, ni zamuro ni lechuza. Era un águila.





**Segunda parte**

**Rojo**



Negras proas rasgan la feliz virginidad. La linfa gris se escinde, himen roto de América en su latitud himenal.

Hace cuatrocientos años dolió por vez primera este desgarramiento. Sin embargo, era más lento, más parsimonioso entonces. Ni esta impetuosidad de tajo que acuchilla ni este voltijear

que cava, ahonda y remueve las entrañas líquidas sobresaltando el cieno y levantando la protesta de las espumas. Entonces, ni este humo negro, maculador de cielos, ni este grito bronco que llena de estupefacción el alma amodorrada del paisaje. Aquellas proas antiguas avanzaban la sonrisa de sus mascarones con gesto de dominio y de enamoramiento. Aquellas popas levantaban sus castillos altos como para que la voz latina llegara, lírica, al oído de la sirena indiana.

El lago es ancho y llano como una pampa, pero sufre inesperados ímpetus, coléricos encrespamientos que repercuten desde Gibraltar hasta la Goajira. Entonces hay en él un desdoblamiento serpentino, de boa que se distiende y silba. El español, poseído de la emoción del hallazgo y del ansia pulsar de la búsqueda, refrendó la tradición poética del gandul alile que peinaba las ondas con el peine de su piragua. El espíritu de Ojeda resbaló por sus riberas de sabiduría de Tenorio y le halló esbelteces y sonoridades de guitarra. Era el siglo

de Mañara. Pero vino Alfinger, alma bárbara, puño bárbaro, y tiñó de púrpura las raíces de los cocoteros.

Todo cambió desde entonces en esta ruta terrorífica y aterrorizada, por donde ahora avanzan proas de hierro presurosas. La tradición de aquellos mascarones de las carabelas, con sus sonrisas sembradoras, está siendo cortada por este filo negro. Las sirenas van ahora más altas que la cubierta, son negras y delgadas, vulgares. Silban estremeciendo la sensitiva piel del aire. Los patos, en vuelo pánico, abandonar su alfombra de enneas que hoy solo trasudan negro.

La costa se puebla de pies desnudos y de ojos atónitos. El silencio monta guardia al cortejo empenachado de humo. Hay una trágica grandeza en este movimiento. Todo el lago en cuanto domina la mirada, es como un palmar de palmas negras. Son los penachos de los “monitores”. La gran guitarra alza un alarido.

En el puente del primer navío va un indio doctoral y complaciente que instruye al nuevo conquistador en el misterio de la virginidad lacustre.

—Aquello es Cabimas, punto central de referencia en la geografía de la región. Todo aquello negro que hace guiños sobre el lago, al pie de los cocales, es petróleo. Ya lo conocíamos de antaño, pero no con este nombre. Lo llamábamos mene. Los indios y los españoles venían a embrear sus navíos y los últimos le llamaban *pisafalto* y *pixmontana*.

Cabimas, tierra caldeada bajo la constante inminencia de sus tolvanas, que el indígena llama chubascos. Acunada en el nidal de sus montes chatos y amarillentos, su nombre le viene del árbol de la cabima (copaiba) que el indio usaba y que el español industrializó después.

Más allá, hacia el norte, está Ambrosio, clásico solar de aldeas. Recuerda el alemán Alfinger que le dio su nombre. Y las Misiones, memorable altura donde los indios ictiófagos llegaron a probar carne de frailes. Hacia el sur. Las Rosas por encima del encaje inmóvil de la maleza se desperazan las serpientes grises del humo de las carboneras. Pero hay que ir sorteando lagunetas y trochas escondidas para arribar a los hornos y las talas.

Las hogueras señalan el hilo de la costa, donde vegetan estos pueblitos tomados de mañosa esquizofrenia. Están en el hombro de la guitarra, lejos del tórax de las armonías, petrificados en la morosa contemplación de su propia vida, hipnotizados por sus fogatas.

Solo una vez descansa sobre blanco la mirada del aventurero: es frente a Santa Rita, el pueblo cándido que ha despreciado la seducción geográfica de Puerto Escondido y muestra la torrecilla aguda de su iglesia con una audacia en la que hay también la discreción de un dedo blanco sobre el moreno labio del horizonte. Esta torrecilla dice al viajero: “Ven pero no me despiertes”.

— Es—explica el cicerone—La Rita, Capital del Distrito Bolívar.

Viene luego una *suite* de picicatos y suspiros de oboe. Costa, costa, costa... Las proas de hierro siguen desgarrando el tul lacustre. Siempre una visión de costa ante los ojos acorados que comienzan a titilar. Por el poniente, en una difamación de lejanías, se columbra la ceja azul del Perijá. Por el este, algunos claros dejan ver Ciruma como una nube. Y sol, un sol estricto, vertical, que saca humo a las cubiertas de los monitores.

Se desprende de las crestas cenicientas un relente bochornoso que sofoca el canto de los pájaros y el chirrido de los grillos. De trecho en trecho, solitario y lloroso, un árbol de cabima, o, rompiendo la atonía cromal, el estallido de un *flor-amarillo*, vivo como una llama.

Desde el plato del lago, Lagunillas se ve avanzar sobre las aguas, huyendo de la tierra enemiga. Enemigas debieron ser las tribus de esta zona y las de aquellas que hemos dejado atrás. El contraste evidente de su manera de vivir invita a meditar sobre las emociones vitales. La gente de Santa Rita y Cabimas debió vivir bajo un constante susto, un terror del lago que no conocieron los lagunilleros. Esta aldehuela acuática, suspendida sobre sus delgadas patas de mapora (*lignum-ferri*), recuerda un colegio de anofeles posados sobre la piel del agua en inminente ímpetu de vuelo.

La morenez de la piel y el brillo de los ojos, velados por el largo sigilo de las pestañas, colocan al lagunillero más cerca del indio viejo de alma triste, casi

desaparecido ya de la orilla oriental del lago. Se piensa en los idilios trenzados entre el romántico clavijero de las maporas. Desde la flor del agua aplomada debió subir el amoroso miasma que puso su acento en el corazón del pueblo. Pueblos como este, rancherías más bien, impregnados del olor del pescado fresco, inspiraron el poético contraste: Venezuela. Aquí nació este nombre.

—Eran muchos —rememora el doctorcito indígena con suficiencia histórica—, pero apenas queda este: Lagunillas. Todos los otros han desaparecido. Los agentes de los Welsares y especialmente Ambrosio Alfínger, hicieron gran devastación entre los indios.

Por encima de la cubierta, un geólogo que destroza el castellano hace resbalar el foco de sus gemelos:

— ¡Oh! ¡Oh! Todo esto ser petróleo; todo esto. Basta viendo este montecito. Es el petróleo que no dejándolo crecer ¡Oh! mucho puede la naturaleza produciendo estos arbolitos. Miles de años debió haber una selva gigantesca que se hundió y está ahora convertida en petróleo. Mucho petróleo para nuestras máquinas.

Cesan de voltijear las hélices y los buques negros vomitan sobre la tierra febril su cargamento de hombres y de hierros. Hombres rubios, duros, ágiles. Maquinarias fornidas, saturadas, diríase, de un espíritu de odio contra todo lo verde.

Pronto comenzaron aquellas ruedas dentadas y aquellas cuchillas relucientes una tarea feroz. El monte fue cayendo como la barba bajo el filo de la navaja. El indígena miraba absorto la avalancha. Hallaba en ello algo mágico que su simplismo no acertaba a explicarse. El mismo no tardó en sumarse en cuerpo y alma, al diapason elemental, y en sentirse nuevo, descubierto en partes propias que hasta entonces ignoraba. Descubrió que sus manos eran aptas para poner en marcha los devastadores artilugios. Pero aun así, cada mañana le traía una nueva maravilla. Los tractores, las aplanadoras, las hoces no solo servían para arrasar el monte: también para nivelar la tierra y hacerla llana y firme.

Detrás de los derribadores vinieron los edificadores. Siempre más adelante, hacía los cuatro vientos. Donde hubo charcas y montes surgían casas robustas, amplias calzadas, torres agudas, tanques ventrudos. Las cuadrillas engrosaban sin cesar, organizándose bajo una disciplina férrea como las máquinas. Ya no eran solo rubios o indios sobre la tierra mordida. Cada mañana arribaban nuevos buques repletos de hombres extraños. Babel hizo carne su mito sobre este trozo de tierra calenturienta. Todos traían la misma fiebre, las mismas ansias.

Pueblos oscuros—Cabimas, Lagunillas, Mene—, se incorporaban al frenesí del mundo. Las veredas se convertían en calles, los cujisales en viviendas: unas viviendas presurosas, hechas con los cajones de las máquinas y tapadas con planchas de zinc. La demencia de un ensueño extravasado de las fronteras oníricas.

—Todo va a cambiar— le había dicho Joseíto a Marta. Y estas palabras proféticas se habían prendido en su cerebro. Todo estaba cambiando, en efecto, vertiginosamente.

Un día se presentó en su propia casa un grupo de hombres. Llamaron a Casildo y pusieron ante sus ojos maravillados un montoncito de monedas de oro. Tras de ellos llegaron unas máquinas atronadoras, unos camiones, una cuadrilla de peones. Y subió una llamarada.

Al despejarse los horizontes de la tupida barrera tropical quedaban a la vista las vastas extensiones. Pero a poco fue surgiendo en estas una vegetación fantástica: torres de madera y de hierro en filas simétricas. Llegaba un grupo de peones, los hombres se agitaban y aparecía la cabria. En seguida se coronaba esta con una palma de óleo negro desflecada por el viento.

También Casiano y sus hijos se vieron relegados. Eran como otros tantos matojos, arrancados de cuajo y aventados. Su casa permaneció cerrada, igual que la capilla cuyo campanario albergó a todos los murciélagos del pueblo.

Represados en las pequeñas islas verdes que aún quedaban, apretando su terror como un aprisco, los nativos miraban hacia la aguja de la torrecilla. Quizá esperaban verla caer y surgir en su lugar una cabria negra.

A las orillas de los caminos nacían unos hongos de madera basta y de láminas de zinc donde se guarecían los advenedizos. Casetines inverosímiles que se llamaron “gatos”: casas muebles. A los taladros les nacieron ojos para hacerlos más fantásticos. Ojos verdes y encarnados que perforaban la negrura del cielo nocturno. En sectores aislados del pueblo, y más allá de lo que fue pueblo, la luz eléctrica fabricó extraños limbos lagunares.

Por aquellos días llegó al lugar un desconocido pidiendo informes de Ño Casildo Pérez. Traía una carta para su hija Marta, muy recomendada.

—Viene—dijo—de Inglaterra, y la manda don Joseíto Ubert.

El jefe civil tomó gran interés en el asunto.

—Don Joseíto es aquel chiquito, trigueñito que vino a medir las tierras de La Punta. Un millón flojo les sacó.

Pero nadie supo dar informes del paradero de Casildo.



**J**unto a la verja de hierro expandido, una multitud de hombres bulliciosos se dora bajo el sol. Al otro lado de la verja, en un ancho rectángulo recién apisonado, otra multitud se agita bajo la mirada metálica y azul. Rápidamente va surgiendo de sus marros la ingente estructura de un edificio de concreto y hierro. Resuena el martilleo con ritmo asordador. Un hombre dice:

—Hoy van a reportar; tengo la seguridad.

Preguntó otro:

—¿No sabes para dónde?

—Para una enrieldura larga que va hasta Lagunillas.

Tienen que alzar la voz al máximo porque el estruendo congestiona el ámbito. Al cercano martillar se asocian mil ruidos diversos, escalonados, que el eco arrastra a través de las perspectivas acústicas.

—Van a poner un tren hasta Lagunillas—repite un tercer hombre.

Y otro que informa:

—Pagan hasta veinte bolívares por día. Y los sobretiempos.

Luego un mocetón de aire levantino, displicente:

—Lo que soy yo no me reporto si no me dan algo muy bueno. Dentro de poco van a abrirse los trabajos en el lago y es mucha la cabria que hay que levantar.

— ¿Y eso qué? —duda un escéptico.

Y el levantino:

—Casi nada; ¿te parece malo el trabajo por contrata?

— ¡Claro! Si no lo sabes ni discutas. El contrato sí que produce plata. Te consigues una cuadrilla buena y la ajustas por un precio: cinco mil, diez mil, veinte mil bolívares...

— ¡Veinte mil bolívares!

—Según y cómo lo que haya que hacer. Lo demás lo pone uno: cabeza y riñones para el trabajo.

— ¿Y eso cómo se consigue?

—¿Cómo se consigue? Con malicia y corazón. Estos reportes de aquí son buenos para los corianos.

—¿Qué hay con los corianos? —reclama una voz cortante.

Es la de un hombrecito oscuro que brilla como una botella.

— ¡Mucha vista, pues!

El levantino lo mira con desdén.

—Ahora—prosigue—las nuevas compañías van a trabajar en el puro largo. Y no quieren más que orientales. Así sí somos jefes, cuñao.

Llega entonces a la verja un sujeto con gafas, en mangas de camisa. Trae en la mano un legajo y hace señas para reclamar silencio.

—Necesitamos doscientos hombres bien dispuestos para abrir caminos. Los trabajos comienzan mañana. Los que quieran trabajar pueden ir diciendo sus nombres. Uno por uno y con orden.

Un clamor corea sus palabras y mil manos se agitan en el aire.

— ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

—Con calma, caray—grita, brutal, el de las gafas.

—Yo, Ruperto Vargas.

Repite, escribiendo en su legajo:

— Ruperto Vargas. ¿Quién más?

—Máximo Prieto.

—Máximo Prieto. El otro.

—Jacobó Urrutia.

—Jacobó Urrutia. Palante.

—Teófilo Aldana...

—¿Teófilo Aldana? ¿Hasta cuándo voy a decirle que no me moleste? Usted no puede reportarse aquí porque está en la lista negra. ¿Pío lo sabe? No me friegue más.

Es un negro fornido el tal Aldana. De esclerótica rojiza y ceño duro. Mira al de las gafas con fijeza y se va abriendo paso hacia la verja.

—Ya sé que me habéis dicho eso muchas veces. Pero no me convenceréis hasta que yo no sepa por qué estoy en la lista negra.

—Pregúnteselo a míster Rule, que fue quien dio la orden.

—Que se lo pregunte su madre.

—La dél, por si acaso.

—O la suya, si no le ha gustado.

—¿Por qué me dices eso? ¿Que culpa tengo yo?

El de las gafas lo mira, pálido.

Algunos aspirantes reconviene a Teófilo. El listero no tiene la culpa, ciertamente. Recibe órdenes y las cumple. Pero Teófilo es un hombre testarudo:

—Toitos son iguales: los jefes porque son jefes y estos zarandajos de aquí porque son unos sinvergüenzas adulantes. No hay peor cuña que la del mismo palo.

Se calma un tanto y prosigue la anotación.

—¿Y no sabéis por qué te puso en la lista negra míster Rule?

Lo sabe y se envanece de ello:

—Le metí dos palos a un caporal margariteño. Me vino con groserías y lo envainé. Y si se me espeluzca lo puyo, eso es así. Porque no a todos los hombres se les puede sobajar.

Teófilo permanece un rato ramoneando entre los distintos grupos y se aleja luego. La lista negra, comentan los demás, es un reciente invento de las compañías petroleras. Algo terrible.

—Al que lo pongan en ella que se vaya, si no quiere morir de hambre.

Sin embargo, algunos pensaban de otro modo:

—Terrible, sí, pero necesaria. Este Teófilo, por ejemplo, es de los que merecen que los pongan ahí, ¡un perreroso!

Ya tenía su martirologio. En aras de la lista negra se sacrificaron hasta vidas. Poco antes se envenenara un hombre porque en ninguna empresa le daban trabajo. Un pobre diablo cargado de hijos.

Casi toda la mañana se prolongó la inscripción.

—Bueno—gritó el listero al terminar—: mañana bien temprano a coger su ficha cada uno.

En efecto, al día siguiente, muy de mañana, los enganchados están formando filas frente a la misma verja. Vienen unos capataces repartiendo fichas de bronce numeradas y a poco arriba una escuadra de camiones cargados de herramientas.

—¡Arriba! ¡Arriba, pues!

Los camiones se llenan de rumores. Unos hombres se acurrucan sobre las herramientas, otros quedan de pies y todos charlan con alegría.

—Desde La Rosa, vamos a empezar desde La Rosa. En Tamare tenemos que encontrarnos con los que vienen de Lagunillas.

—Hay para tres meses.

—Lo menos.

—Para esto sí son tigres los corianos, para el monte. No hay quien les ponga el pie adelante.

—Para el agua los margariteños.

Alguien deposita la ponzoña de una interrogación:

—Y esos negros *maífrenes*, ¿para qué diablos los traerán?

—No los traen. Es que vienen. Sirven para todo.

—Sí, pero todo lo echan a perder. Y aguantan hasta porquería.

Por la ancha calzada recién construida, avanzan los caminos hacia el sur. En La Salina brigadas enteras construyen nuevos edificios. Sujetos acuciosos dragonean de informados:

—Ahí trabajará la Gulf... Allá la Lago. Ambas van a perforar dentro del agua. Aquí montarán sus oficinas; allá talleres.

Otros, ingenuos, se muestran admirados de tanta maravilla:

— ¡Cará! Parece mentira. Hace dos meses para ir a La Rosa había que embarcarse en un cayuco: todo esto era pura agua y monte tupido.

Respirase vitalidad. El ambiente parece concentrarse al ímpetu de una voluntad avasalladora. La fuerza, el poder incontrastable de esta voluntad, se palpa en cada uno de los nuevos detalles que modifican el paisaje. En el hierro y la piedra, en el humo que navega fingiendo buques fantasmas en el aire; en el olor, el color y el ruido. No es necesario que una voz imperiosa acicatee a los hombres. La necesidad de actuar y apresurarse proviene de todo en derredor. Detenerse aquí es morir. Los camiones tienen que avanzar haciendo zig-zag para sortear las embestidas de otros camiones. Pesados tractores, *caterpillars* altas como castillos rodantes, muerden la tierra con sus bandas dentadas, orugas diabólicas que no respetan obstáculos. Los choferes de los camiones hacen rugir sus cornetas, esclavos de una embriaguez de ruido, coreando el aullido de los monitores en el lago, el gruñido de los motores, el redoblar de los martillos de aire comprimido.

—Esto es lo que llaman La Salina.

—Sí, al otro lado está El Cardonal. Todavía quedan cardones.

Cuando pasan por La Montañita saludan a las mujeres que salen a verlos. Son hembras oscuras, de largas trenzas brillantes. Sucias y melancólicas. Junto a ellas discurren chiquillos de cataduras diversas que se identifican en el color de la piel y en la tristeza de los ojos. Desnuditos, con grandes panzas relucientes, algunos quedan inmóviles con las piernas cimbradas hacia atrás como bejucos. Mordisquean trozos de arepa sucia y se hurgan las narices con los dedos. Los más pequeños berrean colgados a las faldas maternas.

Desde los camiones los hombres les dicen adiós y les dan instrucciones con voces cadenciosas:

—Me lleváis el chao allá, ¿oís Petra?

Y ellas contestan:

—Güeno...

—Cómprame un cobre de tabaco en rollo, Julia.

—Güeno...

—¡Recoge el muchacho, cristiana, que le come la arepa el perro!

—Güeno...

—No te olvides de mi guarapo de panela.

—Güeno...

Más adelante, por La Rosa, se asoman otras, de tipo distinto. Rollizas, atezadas, duras. Ríen con todo el organismo y charlan como cotorras, entre un chaparrón de ademanes exuberantes.

—¡Por la Virgen del Valle! ¡Qué gentá! Si son corianos... ¿Para dónde llevarán esa coriana?

Los corianos desde sus camiones las miran serios, búdicos.

—¡Pobrecitos, Virgencita! Si parecen presos.

Más allá todavía, nuevas actividades. Casas de madera resplandecientes, sobre pilastras, con techumbres aisladoras. Jardinillos recién plantados, con acusado aire de forasterismo. Todo un pueblo nuevo y exclusivista, aislado del mundo circundante por una extensa verja de hierro donde enreda su perdida esperanza una trepadora trasplantada. Allí predomina el blanco, un blanco neto, agresivo como el de los modernos hospitales y salones de barbería. Sugiere el confort de aquellos chalets cierta idea de cartujismo, con todo lo necesario para no carecer de nada. Sin superfluidades.

—Ahí van a vivir los jefes extranjeros. Eso da gusto, cámara.

Lo más hermoso es el piso. Una grava limpia nivelada dibuja avenidas simétricas, irreprochables. Cuadros de césped, peñaditos como cabelleras, circundan estas avenidas y van al pie de las escalinatas.

Cerca de aquel lugar comienza la faena. Los camiones se detienen y los hombres bajan con sus herramientas. Poco después se alza un rumor intenso y penetrante. Gime el monte bajo el filo de los machetes y las hachas, y las hojas caen en una lluvia rumorosa. Las cuadrillas en formación perfecta, casi militar, avanzan a pie firme en la carga formidable.

No se oye una voz. Solo el resoplido de aliento en el esfuerzo tenaz. Bajo el sol agudo brillan las medias lunas de los aceros y la transpiración que bruñe los torsos. Huele a savia nueva.

Rostros mudos, labios contraídos, ojos endurecidos. Pero ni una palabra. Solo el pujido unánime, rítmico, en el esfuerzo del tórax que se dilata en el ir y venir del brazo: ¡Juhhh! ¡Juhhh! ¡Juhhh!

Y el brazo prolongado en la hoja reluciente.

De vez en cuando un hombre se inclina sobre el cuello de la cantimplora y bebe con avidez a largos tragos ruidosos. Luego se pasa el dorso de la mano sobre los labios y resuella con placer. Saltan de entre los matorrales descuarados los conejos, erectas como lanzas las orejas, y las bandadas de tórtolas tienden su vuelo súbito y rastrero entre el maraqueo de sus alas. Algún obrero se agacha vivamente para rascar sus desnudos pies, donde alguna hormiga roja ha clavado su aguijón. Y de repente un sofocado grito:

— ¡Me picó esa diabla! ¡Madre santa!

El nudo de los dedos se destrenza del pomo del machete y ambas manos oprimen el calcañar.

—¿Qué fue?

Está el hombre densamente pálido. El terror navega en sus pupilas.

Una guayacán. Por ahí se fue la condenada.

Se alza entonces un grito cuya urgencia dilata la melancolía de la voz:

— ¡Jeey! ¡Aquí hay un picado de culebraaaa!

Y el efecto es instantáneo. Queda el trabajo suspendido y el miedo se transmite en el rayo de la mirada.

— ¡Un tabaco, ligero! ¡Prendan un tabaco!

Traen el tabaco encendido como un tizón. Uno de tantos, el más hábil, aplica sin vacilar la brasa al pie dañado. Cruje la carne asada y se extiende su peculiar olor. Pero ya el paciente se desmaya en gemidos. La pierna se va hinchando, hinchando como un juguete neumático ennegreciéndose como si la asaran. Islas lívidas y rojizas taracean la piel.

Aquel tórax, robusto como una fragua, que poco antes trepidara en el esfuerzo placentero de la tala, insuflando todo su vigor para verterlo en el ímpetu del machete, se contrae ahora palpitante, anegado en un sudor viscoso. Aquellas pupilas certeras, disimuladas por el burladero del párpado que tasa la excesiva luz vital, van oscureciéndose, naufragando en la marejada turbia de la muerte.

—¿Qué pasando aquí?—estalla la voz metálica del jefe—. ¿Por qué suspendido el trabajo?

Los hombres se han puesto en fila, agachadas las cabezas.

—Un picado de culebra, míster.

El caporal, un venezolano, se lo explica en inglés. Pero el jefe monta en cólera:

—¡*Oh! ¡Go to hell!*

—Que traigan un camión y se lo lleven. ¡Vamos! ¡Vamos al trabajo!

Los peones se vuelven mohínos. Cunde el chischás de nuevo y la fronda calenturienta sigue cayendo bajo la avalancha.

—No hay camiones aquí: todos se fueron.

—Que se lo lleven de cualquier modo.

Dos de ellos fabrican una camilla con ramas y se llevan al agonizante.

El sol araña la piel. En hilos corriosos el sudor llueve por ella. La tierra forma costras en las piernas y los brazos. A intervalos un machete se desvía para alcanzar la banda elástica de algún ciempiés de monte, negro y grande como una sierpe, o algún alacrán de peludas pinzas, cuya cola se alza retadora.

E inopinadamente comienza a llover. Unas gotas gordas se aplastan en el suelo y en las espaldas desnudas, con chasquidos netos, levantando humo. Pronto se pone el suelo jabonoso y los pies, después de resbalar, se hunden en



el fango. Más luego, tan inesperadamente como comenzara, la lluvia cesa. Y el sol sale de nuevo.

Van apareciendo las mujeres con sus botijos grasientos, y sus potes de latón. Llegan caladitas por la lluvia, silenciosas como sombras, y se quedan quietas.

—Ya va a ser la hora: están llegando las parientas.

En el alerta de un silbato se anuncia la hora de descanso. Ahora, un breve almuerzo para recomenzar.

—Cará, no se ve una florecita por todo esto.



Teófilo Aldana se puso a marchar a la deriva y arribó a una pulpería.

Había otros dos hombres, sucios los trajes de labor y el pote de latón colgando del garfio del dedo. Bebían. El saludó:

—¿Cómo están los amigos?

—Sin novedad—le respondieron.

De un clavo, en un horcón, colgaba un guitarrico.

—¿Cuánto vale el cuatro? —preguntó examinándolo.

—Cinco pesos—respondió el pulpero.

Teófilo se echó a reír:

— ¡Cónfiro! ¿Es de oro?

El pulpero, un andino cuarentón, le miraba de reojo.

—Pues, déjelo: ahí no estorba.

Los otros pagaron y se fueron. Aldana había arrugado el ceño, pero después volvió a reír.

—Ah, paisa; no se caliente.

Con desenfado había descolgado el instrumento y lo registraba con las puntas de los dedos.

—Es bueno el carranclón, pero por cinco pesos le hago yo todos los cuatros que me pida. A estos gochos no se les agua el ojo para pedir.

Prosiguió carretera adelante, y aún hablaba:

—...estos son los que se aprovechan del desbarajuste. Ponen sus tarantines y blanquean adentro. No se comen un cuartillo mal comido.

Iba bebiendo sol. El sombrero de fieltro negro sobre las cejas.

—Si yo tuviera medio me pagaba un ron. Tengo ganas de pagármelo.

Girando alrededor de esta idea lo conmovió el contacto acústico de un bocinazo. Saltó hacia un lado y un automóvil pasó como un huracán. El sombrero voló de su cabeza y se puso a rodar por la calzada, persiguiendo al automóvil.

— ¡Maldita sea tu...! ¡Pedazo de ajo!

Y al sombrero que corría:

—Bueno, pues: no te paréis.

Luego, ya con el sombrero en la mano:

— ¡Puñeteros! Caray, no me voy de aquí sin darme el gustazo...

Venían en grupos los obreros, conversando. Iban otros a tomar sus turnos. El trabajo no cesaba. A lo largo del día y de la noche se tendía su ritmo sin soluciones de continuidad.

Aldana llegó a la altura de una verja de alambre muy alta, donde dos hombres y cuatro muchachos miraban atentamente, e iba a proseguir cuando aquello llamó su atención.

—¿Qué mirarán esos zoquetes?

Era un lugar barrido, reluciente casi. Había arbolillos recién plantados, postes con focos eléctricos y banderolas triangulares.

Se aproximó. Al otro lado de la verja dos mujeres y dos hombres rubios jugaban al *tennis*. Iba y venía la pelotita blanca disparada por las ágiles raquetas. Se engarzaba en la red divisoria del *court* y volvía a volar como una palabra alegre cien veces repetida. Los jugadores, finchados de blanco, saltaban con gracia gozosa.

Teófilo miró también. Hermosos aquellos cuatro diablos rubios de ojos de acero y cabellos de oro. Duros, como tallados en roca de río. Bíceps templados en los hombres y anca y pantorrillas jocundas en las mujeres. Enrojecían

los ojos de Aldana y perseguían como dos tábanos aquellas grupas y aquellas piernas, regalo novedoso y excitante como un trago de ron. Con los sentidos tensos, dispuestos a saltar, Teófilo reflexionaba:

—¡Ah diablo! ¡Ah diablo! Y que se me atravesara una de estas catiras en un camino solo.

Ya lo imaginaba. Lo vivía. Era el camino solitario, abrupto como los de su tierra calcinada. En el horizonte, el cinturón dorado, alucinante, de las tolváneras heridas por las lanzas del sol; el médano rojizo, fantasma de ciudad futura, con edificios ilusorios, cúbicos, y matas verdes en las azoteas; el berrido de un chivo que se alza sobre los cuartos traseros para morder la penca tierna de un cardón; él, Teófilo Aldana, negro jugoso, que va transpirando ron, y ella que desemboca con su paso elástico. Solas sus dos almas en el paisaje. En el ambiente un ritmo erótico, un canto de chicharras. un polvillo tornasolado de cantáridas...

...Vestida de blanco, como ahora, la mujer desemboca ante él. Con las piernas desnudas y al aire la melena gótica. En la diestra mano la raqueta de tenis y en la siniestra un cigarrillo perfumado. Solas sus dos almas en el paisaje...

...La suya se detiene en el centro del camino. La de ella más allá. Sus pupilas de piedra de sortija lo miran anhelantes. Y él ríe, ríe porque sabe que ella quiere aunque finge lo contrario.

—Hipócrita, ahora veréis...

Avanza sonriendo. ¡Cómo lucirán sus ojos y sus dientes! Ella retrocede. Es largo el arco de sus piernas nervudas, rosadas como fruta pintona, con pelusilla rubia. Retrocede, retrocede y de pronto cae. Salta él...

... ¿Han hablado? Quizá. No oye sus voces. No las entiende. Pero ella se resiste, forcejea, le pega, y él entonces siente que es necesario alzar el puño:

—Si no te estáis quieta...

Así hay que tratar a las mujeres. A todas, pero sobre todas a estas catiras hipócritas que “hacen como” que desprecian al hombre cuando en realidad lo están deseando. ¿Qué saben ellas lo que es un hombre de veras? No lo sabrán

mientras no se acuesten con uno como él, Teófilo Aldana, hecho de fuego solar. ¿Son acaso hombres, verdaderos hombres, esos catires impávidos que manejan a la mujer como a una máquina? ¿Es posible, por ejemplo, bañarse junto con una mujer semidesnuda sin comérsela?

Sigue el film mental. Se ha rasgado entre sus dedos férreos la dura tela blanca. ¡Raaz! La fruta palpitante está en sus manos.

— ¡Oooh! ¿Cómo que vais a romper la cerca?

Lo despertó la voz de uno de los muchachos. Reían los otros. Pero Teófilo se indignaba con facilidad. Los miró de un modo que los chicos callaron...

—¿De qué se ríen?

Callaron con miedo.

En aquel instante se elevó la pelota y atravesó la alta verja en un vuelo raudo de lucero. Vino a caer en la calzada y corrió a esconderse en el nido de una verdolaga. Los muchachos se precipitaron a cogerla, pero Teófilo estaba más próximo que ellos y la sacó del hueco.

—Dámela a mi—decía un muchacho.

—No, mayor a mí—gritaba otro.

La tenía entre sus dedos negros, nudosos, como raíces, y la apretaba. La esferita se contraía sin reventar.

—Démela, mayor.

No sonreía. Los miraba disputarse con rencor.

—¿Por qué? ¿Por qué se la voy a dar a ustedes?

Dijo uno:

—Es que pagan un real, mayor, al que la tire pa dentro.

—¿Así es la cosa?

Con un real se tomaría dos rones. Miró hacia el *court* y vio que uno de los jugadores, pegado a la verja, le observaba. Uno de los hombres rubios...

Seguía inmóvil con la pelota en la mano y los muchachos frente a él, expectantes... “Dos tragos de ron”... Pero el catire hizo con la raqueta un brusco movimiento de impaciencia y le gritó con aspereza.

—*Come on! Come on!* Déme la bola.

Y se le ensangrentaron de nuevo las pupilas. “*Come on! Come on!*” Siempre el mismo tono imperativo para mandar las cosas o para pedir las. ¿A ¿son de qué? ¿No comprendían que Teófilo Aldana era otra clase de hombre, a quien no se podían mandar así?

—¡No sea pendejo!

Miró al musíu con mirada de reto, arqueó el tórax con el brazo tenso como el de un flechero, y la pelota blanca voló en una amplia curva hacia los matorrales distantes, más allá de las nuevas edificaciones. Hacia las turbias aguas del lago.

Luego le volvió a mirar con sus ojos ardientes. Le vio fruncir el ceño y esperar que saldría. “Si sale lo fuño...”. Pero no salió. Y Teófilo Aldana se alejó, carretera adelante, seguido de la mirada admirativa de los muchachos.

Ahora se modificaba su sueño...

...La mujer rubia no venía sola por el camino del médano. La acompañaba aquel catire, y él, Teófilo Aldana, llevaba como siempre un puñal debajo de la blusa. Como un escapulario. El asunto se resolvía después sobre la sangre del hombre, antes de que la arena sedienta se la hubiese bebido toda.

Sus pensamientos derivaron después por otros cauces. Miraba lo que ante sí tenía: fábricas en iniciación, taladros de hierro negro, una fila de casitas agobiadas y una salineta. Más allá cejas de monte, más taladros y un cielo salpicado de vino. La carretera culebreaba como una rúbrica fantástica... No había hecho nada allí Teófilo Aldana. Su trabajo fue de escasa duración, porque, una semana después de su llegada, aquel margariteño le había hecho arrepentirse de ser correcto. “Teófilo Aldana no se ajea”. Y le puso una camisa de palos con su vera.

Lo incluyeron entonces en la lista negra. “Estaba bien. Pasando un puente dijo una loca...” La lista negra no se come a nadie. Ya se lo hubiese comido a él. Sus paisanos tenían siempre a mano un pedazo de arepa y un pedazo de chivo. Los sábados le brindaban ron hasta que lo hacían cantar y caer rendido en

cualquier parte. ¿Para qué más? Tampoco le asustaba la cárcel: ya la conocía. Sus paisanos necesitaban un paladín, y allí él.

—¿Qué hubo con los corianos? ¡Mucha vista, pues!

Teófilo Aldana no tenía qué perder. Está bien que los que tienen mujer e hijos se sometan a ciertas humillaciones de quienes les pagan, pero ¿él? ¡Qué va! En cuanto sintiera comezón en los pies se echaría el bojotico a la espalda, engarzado en la punta de su vera, y ¡a viajar! Familiares le eran todos los caminos, todas las picas que van hacia su tierra. Y en su tierra sí que hay donde caminar y donde esconderse. Para sus plantas infatigables eran parques los médanos. Su alma se nutría en el catecismo del desdén a las distancias: «

“Ahí mismito...”. “Aquisita”.

Y ¿por qué estaba todavía en esta tierra de la lista negra? El solo lo sabía, él solo. Ni borracho lo confiara a nadie. Hay cosas que solo una sonrisa puede expresar.

Días atrás estuvo a punto de cortar el nudo. Aun llevó su mano al pecho, debajo del lienzo de la blusa. Pero reflexionó. Sabía reflexionar a veces. ¿No reflexiona el tigre cuando, paso a paso, va siguiendo al viajero por detrás de las cortinas del bosque? Ello fue un domingo por la tarde. Estaba Teófilo frente a un botiquín de La Vereda, donde tragaban whisky unos musiúes. De repente se armó un combate a puñetazos. Los catires se golpeaban como bestias, caían, pujaban y volvían a levantarse sin atender a los requerimientos del botiquinero ni a la intervención de policías y guachimanes. El, Teófilo Aldana, recostado a un poste miraba con indolencia. Pero comenzó a correr la sangre, bajaba por las caras congestionadas y caía sobre las camisas abiertas. Y una voz urgente, un espuelazo en las entrañas lo enderezó...

... ¡Sangre! ¡Sangre! Donde hay hombres debe correr la sangre. Así lo sentía él, todo un varón. Sin embargo, había reflexionado. ¿No reflexiona el tigre?



Medio sol amarillo se enfriaba lentamente en el horizonte cuando cruzó la pasarela de tablones hacia El Cardenal. Pronto sería de noche y las parientas encenderían sus lamparitas de kerosene o sus bujías de esperma. Los ranchos quedarían más aislados, más hoscos, más esquivos bajo las sombras. Irían los paisanos y las paisanas hacia los chinchorros de moriche a limar un poco las aristas del ancestro bajo la mansedumbre del progreso forzoso.

En tanto él, Teófilo Aldana, seguiría solitario, derecho como una vera y alerta como el tigre. Como el tigre pintado, pequeño y reflexivo de sus montañas.



Cuando López llegó aquel día a la puerta de la jefatura, casi tropezó con Ño Casildo que salía. Los dos habían envejecido. El rostro agudo de Casiano estaba partido por una arruga vertical que se prolongaba en el dibujo desmayado de la nariz para bifurcarse, bajo esta, en las llorosas guías de los bigotes. La gran cabeza de Casildo se cubría de una lana cenicienta que daba más melancolía a sus pupilas.

Era una sucia cabeza de cordero.

— ¡Señor Casiano!

—¿Qué hay, Casildo?

— Lo estaba esperando.

— ¿A mí? —extrañó Casiano.

—El secretario me ha dicho una porción de cosas y después me salió con que hablara con usted.

—¿Conmigo?

—Con el jefe... Y como el jefe es usted.

Sonrió Casiano, melancólico:

—¿Dónde has estado metido, Casildo, que no sabes que ya no soy jefe civil?

—¿De verdad? Vaya pues... Y ¿desde cuándo, señor Casiano? ¡Qué cosas! Y yo metido en ese monte sin enterarme de nada...

—Esto ha cambiado mucho, Casildo.

—Sí, señor: mucho. No se conoce. Esta no es Cabimas, la Cabimas de nosotros.

—Ni su sombra, ni su sombra. Mira todas esas cosas nuevas. Fíjate en esas calles, en esas torres; acércate a ese muelle. ¿Quiénes son esas gentes que parecen que se han vuelto locas?

—¡Virgen del Rosario! ¿Y la iglesia? ¿No la abren?

—Hace dos años que no le vemos la cara a un cura. Puedes darte cuenta por el estado de la torre. Con tantas cosas nuevas, la pobre iglesia parece que ha envejecido de pronto.

—Como nosotros...

—Como nosotros.

Casildo vertió todo su desaliento en un suspiro.

—Y yo que contaba con usted. Ahora sí que no hay remedio.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Qué te dijeron ahí?

—Pues imagínese: usted recuerda como salí de mi hatillo aquí en el pueblo ¿no? Bien es verdad que me dieron quinientos pesos por el rancho, pero ¿de qué me sirvieron? Uno tras de otro se me fueron, porque desde entonces nos cayó la pava. Primero fue Marta, que se enfermó del hígado; después el muchachito...

Casiano frunció el ceño con rencor.

—¿Cuál muchachito? ¿El hijo de aquel vagabundo?

—El de Joseíto, sí señor.

Había cambiado su fisonomía. Estaba ahora dura y fría como un cuchillo.

—Joseíto, sí, el culpable de todo esto. ¡Un bandido!

Casildo había humillado la cabeza.

—No digo que no—convino—. Pero ¿qué culpa tenemos nosotros? La misma Marta, ¡pobrecita! No ha hecho más que sufrir. Ese hombre me la embrujó. Y si es el chiquito... Tan buena mi muchacha, señor Casiano, ¡tan buena! Pero ¡qué mabita tan grande! Desde que salí de mi casa he andado como el

judío errante, de un lado para otro. De donde quiera tengo que salir. Me metí primero por allá, por Pueblo Aparte, y en seguida me dijeron: “Desocupe que van a perforar aquí”. Después cogí para El Menito, y apenas había empezado a quemar unos tablones, otra vuelta lo mismo: “Desocupe”. Ahora, hace tres meses, me metí por ese monte adentro y ya me vuelven con la misma.

Seguía duro Casiano.

—Sin embargo, algo te dan por eso.

—Sí, me dan, me dan unos cobres, pero, ¿qué hago con ellos? Si parece que son riales de difunto, que se vuelven sal y agua. Ya no puedo más. Si fuera solo ¿qué carrizo! Pero con esa muchacha y ese niño enfermo...

—Y vos ¿no tenías otra hija?

—¿María? Ah, ¿pero usted no sabe, pues?

Nada sabía Casiano. Ño Casildo hizo una mueca amarga.

—María se fue con un musiú. Van para dos años que no la veo. Me dicen que tiene un hijo y anda echando lujo.

Guardaron silencio, cada uno de ellos arrullado por su propia amargura, por sus propios recuerdos. En Casiano el rencor se volvía miradas oblicuas. El nombre de Joseíto Ubert le hería como una cuchillada. Y esta cuchillada venía a dársela precisamente Casildo, a quien miraba como un cómplice del ladrón.

Los envolvía el tráfago de la intensa vida minera. Automóviles atronadores que tejían la ancha calle asfaltada, bordeada por casitas de tablas y zinc; flamantes comercios de canastillas y botiquines en su mayoría. Al cencerro de las bocinas mezclábanse las notas sincopadas de la música en discos, broncos mugidos de vapores que cruzaban el lago, pegados a la costa como sombras chinescas; gritos humanos en idiomas heterogéneos. Y el incesante pregón de los choferes: “¡Voy La Rosa!” “¡Voy Ambrosio!” “¡Lagunillas vooy!”.

Frente a ellos, la plaza, la aldeana plaza de otros días convertida ahora en parque urbano, con aceras de cemento y focos eléctricos y estatua de mármol. Más allá una calle nueva donde antes fuera bebedero de bestias. Y, al final, el muelle.

Acababa de arribar un vaporcito de Maracaibo y los viajeros se apelotonaban en el malecón. Mujerzuelas ojerosas salían a orear sus cuerpos abotargados por las noches de orgía. Pasaron dos hombres indignados.

—¡Cómo le parece! —decía uno de ellos—. ¡Cobrar un fuerte por un caldo mantecoso! ¡No friegue!

—Y a mí—protestaba el otro—a mí acaban de sacarme tres bolívares por traerme la maleta. ¡Es el colmo!

—¿De modo—reanudó Casiano—que te llamaron para eso?... Pues bien, yo también estoy citado. Y no sé para qué.

Ño Casildo captó al fin la rencorosa acidez de Casiano y se alejó de él sin despedirse. No por enemistad sino por timidez. Desató su burro de un cercano poste y se lo llevó del diestro.

Casiano penetra en la Jefatura. Una docena de personas, hombres y mujeres, ocupaban los asientos. Entre ellos algunos extranjeros blancos. Todos los hombres estaban en mangas de camisa. Saludó descubriéndose.

—Buenos días.

Como nadie contestara a su saludo, se aproximó al secretario que tecleaba con torpeza en una máquina de escribir.

—Soy Casiano López. Estoy citado por el jefe.

—Pues espérelo—respondió con brusquedad el funcionario.

Y Casiano quedó de pies porque no había más sillas.

Aquello también había cambiado. Radicalmente. La techumbre de enea desapareciera sustituida por un tejado flamante. Las paredes estaban recién pintadas de azul. Los pupitres eran nuevos. Había máquina de escribir y prensa para copiar las cartas. El ambiente, el olor, todo era distinto. Nada recordaba su época. La disciplina también. Y la actitud del secretario y los uniformes de los agentes.

Uno de estos se acercó al secretario para decirle que un arrestado podía ser puesto en libertad mediante el pago de una multa.

—Que pague cien bolívares.

El agente salió para volver a poco.

—Dice que no tiene más que sesenta.

—Dígale que paga cien o se madura ahí.

Poco después entró el jefe civil. Ya no era el mismo que reemplazó a Casiano, pero la blusa era una reproducción exacta de la de aquél. Este, además, portaba un foete forrado en piel-de-rusia.

Entró sin mirar a nadie, muy engolfado en una charla con otro sujeto que le seguía. Y Casiano sufrió un tembloroso presentimiento, pues en aquel individuo había reconocido a Carolino Kuayro.

El funcionario tomó asiento en su silla giratoria. Echó el panamá sobre la nuca y puso el foete en el pupitre.

—Siéntese, don Carolino—invitó cordial. Y como observase que todas las sillas estaban ocupadas, alzó un grito:

—¡Oficial de guardia! ¡Tráigale una silla a don Carolino!

Entonces advirtió a Casiano de pie junto a una ventana.

—Aja—hizo—. Ya está usted aquí. Bueno, déjeme salir de estos señores (indicó a los extranjeros). ¿Qué les pasó a los míster? Vamos a ver.

El secretario dio la novedad. A los míster les pasaba lo siguiente: dos de ellos manejaban sus respectivos automóviles, uno hacía La Rosa y el otro en sentido inverso. De pronto coincidieron en una estrecha curva de la carretera y ¡paf!: chocaron.

—No hubo desgracias personales que lamentar—dijo el informante.

—Y ¿dónde fue eso?

—En la carretera general: en aquel pasito peligroso donde usted mandó poner aquel letrero que dice: “Cuidado con las curvas”.

—Ajá—repitió el jefe en un tono que quería decir: “ya se me ponía”—. Pues eso no vale la pena. A la gente de trabajo no se la molesta por tonterías. Que se compongan los corotos y se acabó. Y al otro míster ¿qué lo trae aquí?

—Este señor—siguió informando el secretario—, este señor ha venido porque Valentín, el amo del Quiosquito, se queja de que anoche le rompió una vidriera.

—Y ¿dónde está Valentín?

—¡Presente! —dijo Valentín cuadrándose.

¿Cómo fue la cosa? —pidió el jefe—. Anda, contó para ver.

Muy agitado, Valentín contó que el místico, un poco excedido en su entusiasmo, habíase entretenido en dar puñetazos a la vidriera de su botiquín, y como él le cobrara el precio de dicho mueble, el místico le había puesto limpiamente el dedo pulgar debajo de la nariz y los otros cuatro sobre el cráneo., apretando luego.

—¿Es verdad eso, místico?

Visiblemente embarazado, el extranjero eludió:

—Yo no recordar nada, coronel.

El jefe meditó un momento. Luego, persuasivo:

—Mira, Valentín: vos sois de por aquí. Hay que tener cabeza para ciertas cosas. La mejor clientela de tu botiquín son los místicos. ¿Por qué no dejáis eso? Andá véte, andá. Vos sabéis que en una sola noche les sacáis para comprar veinte vidrieras.

—Pero es que esa me cuesta quinientos bolívares, coronel —protestó Valentín—, Usted comprenderá... Yo tengo mis testigos.

El jefe le miró y se soliviantó:

—Bueno, ¿queréis formarla entonces? ¿No te digo que lo dejéis así? Váyase, místico: ya su asunto está arreglado. Puede irse.

Los extranjeros y Valentín salieron.

—Y ¿estos otros, ¿qué desean?

Tomó de nuevo la palabra el secretario.

—Estos tienen un lío por una sortija que se le perdió a la señora.

—Ajá. Que vuelvan a la tarde para ver cómo es la cosa. Ahora estoy muy ocupado. Acérquese, don Carolino. Y usted don Casiano. Vamos a ver: don Carolino dice... ¿Cómo es que dice usted, don Carolino? Eche el cuento otra vez para que oiga don Casiano.

Kuayro aproximó su silla. Llevaba botas vaqueras, sombrero de empleita y traje de dril rayado, lleno de mugre.



—Mi cuestión con el señor—dijo aludiendo a Casiano— es la siguiente: acabo de comprar una tierrita detrás del cementerio, aquí en Corito, y según me han informado, allí hay un “gato” viejo que es del señor. Por lo tanto, quiero que lo saque de ahí. Eso es todo.

Miró el jefe a Casiano.

—¿Qué dice de eso el compañero?

Antes de responder, Casiano preguntó a su vez:

—¿Para eso me llamó?

—Para eso.

—Bueno, le diré: ese “gato” no es un “gato” sino una casa muy completa, con sus cimientos y todo. Por otra parte, eso no es mío...

Kuayro se violentaba con facilidad.

—Es suyo, no andemos con entaparados porque yo sé que es suyo.

Mas el jefe, persuasivo, no quería violencias.

—Tenga calma, don Carolo, tenga calma. A usted pueden haberle engañado. Díganos, don Casiano, si lo sabe: ¿de quién es la casa entonces?

Antes de responder, Casiano reflexionó un instante. Dije al cabo:

—La casa es de la Iglesia. Era mía, pero yo .se la regalé a la Iglesia.

Eran dos carbunclos los ojos de Carolino.

—De la Iglesia... ¡No trabaje! Ya se me ponía que iba a salir con eso. Es la alcahuetería de toda esta gente: la Iglesia.

—Mire—reclamó Casiano, pálido — mire que me está ofendiendo.

Pero Kuayro se rió con sarcasmo.

—¿Y qué?

—Que eso no se lo soporto.

—¿No me lo soporta? ¿Usted cree que todavía estamos en el tiempo en que metía a la gente en un calabozo porque no venía a besarle la mano al cura? ¡Qué va! Eso ya pasó.

—Bueno—terció con entereza el jefe—. Vamos a terminar esto. ¿Quiere decir que no es suya la casa, don Casiano?

—No, señor, no es mía.

—Ajá. Pues entonces, don Carolino, usted tendrá que arreglárselas de otro modo, porque lo que soy yo no mando a tumbar esa casa.

Carolino protestaba furioso:

—Pero, mi terreno...

—Yo no sé de eso. ya le digo. Vaya donde el juez a ver como se arregla su asunto. No quiero cuestiones con la Iglesia.

Hubo un silencio embarazoso. Casiano preguntó:

—Entonces, ¿me puedo ir?

—Cómo no...

Carolino salió tras él. Sus espuelas resonaban en el piso a compás de su ruda pisada de zambo. Poco después el jefe civil comentaba sonriendo:

— ¡Ah don Carolino! Le vendió a la Compañía toda esa tierra y todavía no está conforme. No lo ahorcan por dos millones y ya lo ve, |para arriba y para abajo en ese macho viejo. A un hombre con piafa puede perdonársele cualquier cosa, menos que no tenga una buena bestia de silla.

Y el secretario, aprobador:

— Eso es nada: si viera los tabacos que fuma. Dan grima.

En tanto, Kuayro miraba alejarse a Casiano con odio, impulsivo y fornido, a duras penas dominaba el ímpetu de seguir tras él y abofetearlo. El recuerdo de la humillación que un día le infligiese, hervía en su hiel y le subía a las pupilas en puntos de sangre.

Pero en aquel instante acertó a pasar un aguador pregonando su mercancía:

— ¡Agua dulce! ¡Agua dulce! A real la lata.

Y hacia él dirigió su atención.

—Mira, ¿dónde compráis esa agua?

—En la llanta de La Rosa. ¿Por qué?

—Porque yo tengo agua muy buena y te la doy barata. ¿A cómo te ponen la lata a vos?

—A medio.

—Bueno: yo te puedo vender agua de aljibe a cuatro cobres.

—En Punta Gorda.

— ¡En Punta Gorda! —el muchacho rió de buena gana—. ¡No friegue! Ni que me la regale.

Y lo dejó con la palabra en la boca.

—Qué clase de comerciantes—criticaba luego Kuayro, pasándola la pierna a su cabalgadura—. Por un cobre voy yo no digo a Punta Gorda...



**P**or el camino recién abierto avanza Carolino, caballero en su macho viejo, hacia el rincón salvaje que el petróleo va poniendo ahora al descubierto como una llaga escondida.

Ya su oído, familiarizado con ellos, no se resiente de los ruidos que forman el nuevo ritmo de la vida en esta tierra. Ni su piel terrosa, curtida por las inclemencias y el trabajo primitivo, se irrita bajo el huracanado sol del meridiano. Sus miradas ausentes caen desde el molido lomo de su matalón y resbalan sobre los montones de ramas mustias, cadavéricas, que reposan a la vera de la calzada esperando el fósforo nivelador.

Acaso piensa Carolino en su vida, tan mustia como aquellas ramas desgajadas; en su vida sin flores, estéril y agresiva como la comarca misma donde ha vivido desde niño. Quizá piensa en Casiano y en la afrenta que pide venganza. Quizás en el aguador holgazán que despreció su oferta de agua dulce a cuatro cobres la lata.

Algo de cardón hay en la vida de Carolino Kuayro. Algo erecto, espinoso y melancólico. Todos los hombres tienen un acento subjetivo que recuerda a un animal o una planta. Así, Casiano recordaba el buho y Ño Casildo Pérez al cordero.

Llegado de otra parte (no recuerda de dónde porque fue cuando era aún muy chico) Carolino espigó en aquel monte sin flores y sin agua dulce. Su

tenacidad logró apresar el agua de los cielos y conservarla en el aljibe construido con sus propias manos. El agua le preocupaba mucho; las flores nada en absoluto. Tenía hábitos agrestes y empecinados de dominador, y como no pudo dominar a otros decidió aislarse, enmontarse como los cimarrones, para que otros no le dominaran. Fue adquiriendo tierras, cosa fácil en esta zona estéril de la costa lacustre antes de la epifanía del petróleo. Cuando llegaron los mu-siúes buscando campos para la explotación, les vendió los suyos a buen precio, presintiendo que sería inútil resistir a la potencia que los destacaba. No quería abandonar las duras terroneras que tantas veces humedeció con su sudor.

Por ello continúa viviendo en su monte. Le pagan, además, por vigilarlo. Nadie sabe cuánto tiene ni dónde guarda su dinero. Y cuando alguien se permite hablar de sus riquezas, frunce el ceño y replica.

—En cuestiones de dinero, la mitad de la mitad.

Al tardo paso de su macho llega al fin a Punta Gorda. Allí está el rancho de bahareques con su techo de eneas. Unos perros flacos vienen a recibirle con las cabezas sumisas y las colas alegres. Entra y se despoja de los zapatos y la blusa. Sus pies son grandes y nudosos como tubérculos acabados de arrancar.

—¡Jeey! ¡Clorinda!

Sumisa como los perros y flaca como ellos, entra una chiquilla. Silenciosa, impúber. No hay una curva que suavice el escurrido aspecto de su bata sucia. La voz de Kuayro la estremece.

—Poneme el chao.

Arrastra un taburete, el único en la casa, y se arrellana en él.

Clorinda vuelve con un plato de zinc desportillado y un vaso turbio medio de ron.

—¿Qué es lo que traéis ahí?

—Chivo y cocidos.

—Uhú...

Carolino apura el ron de un trago y toma con los dedos una presa de chivo y un trozo de plátano cocido. Clorinda se ha quedado a la orilla de una mesa

y lo mira comer. Mueve las quijadas con vigor, resoplando como un marrano. Sus dientes crujen como piedras de molino. De pronto nota que en las pupilas de la muchacha hay un brillo inquieto.

—¿Qué tenéis? ¿Dónde está Ramona?

Ella lo mira de reojo y le responde:

—Está allá dentro...

Y luego de un segundo de vacilación:

—Me ha seguido buscando pleito; yo le dije que cuando usted viniera se iba a contar todo y entonces me contestó que usted no es su taita y que si le vuelve a pegar como antier, se va de aquí.

Gruñe Carolino:

—¿Dijo eso, de verdad?

—Pordiosito que lo dijo. Ya usted sabe que ella no le hace caso y sigue conversando con Felipe el aceitero, por la cerca.

Las pupilas de Kuayro han vuelto a llenarse de puntitos rojos. Empuja el plato bruscamente y se levanta.

En la pared está colgado un látigo de cuero crudo con encabadura de vera. Lo descuelga y sale al patio. Hay al fondo un segundo ranchejo, todo desven- cijado, y Carolino se dirige a él. Adentro está otra muchacha, bruna y ahilada como Clorinda. Parecen gemelas.

—¿Con que te vais, no es eso? ¿Con que te vais con el pendejo aceitero ese?

Ella le mira con espanto y sus rodillas chocan. Alza un grito agudo que perfora la paz de la canícula.

—¡No señor! ¡No señor! ¡Son cosas de ella!

Pero Carolino no la atiende. El látigo describe un raudo semicírculo y se arrolla al cuerpecito frágil. Ramona cae y se retuerce como un gusano. Chilla, chilla desesperadamente. En un espasmo se pone de rodillas; pero el látigo la tiende otra vez. Alza los brazos en un imposible gesto de defensa, pero la tira de cuero se los siega como espigas.

—¡Váyase, pues! ¡Esto es para que se vaya!

Un reguero de orina humedece el suelo negro. Desde la puerta, Clorinda mira con las pupilas redondas. Ya Ramona no grita. Un estertor oscuro la aplana contra la tierra y uno de sus pies, sacudido nerviosamente, escarba y hace un hueco. Allí tendida la deja Carolino y vuelve a su comida.

—Perra malagradecida. ¿Qué más pueden querer unas rapacejas como ustedes, que yo las tenga en mi casa?

Concluye de comer en silencio. De un manotazo se atusa los bigotes, donde han quedado prendidos pequeños filamentos de chivo, y se alza la franela hasta los sobacos dejando la panza al aire.

—Y usted—se dirige a Clorinda—, prepáreme la hamaca. Préndame ese tabaco.

Poco después se ha metido en su hamaca y se mece con un pie. Ha cerrado los ojos, con el tabaco entre los dientes, y Clorinda se desliza hacia el patio, sigilosa como una sombra.

Aún se oyen los gemidos de Ramona. La otra se dedica a desenjaezar el macho y lo lleva luego a una enramada que hay al fondo. El calor levanta ampollas y entontece. Con las alas esponjadas, unas gallinas acezan bajo la parva sombra de un matojo. Por la calzada pasa un tractor mecánico, gigantesco y ruidoso, arrastrando un *trolley* cargado de tubos de hierro. Cae una fina lluvia de petróleo que cubre todas las cosas con una capa de grasa negra.

—¡Clorinda!

La muchacha se sobresalta. Corre hacia la casa.

—¡Clorinda!

Es la voz de Carolino que se ha soliviantado en la hamaca y la mira llegar con desconfianza.

—¿Dónde andaba?

—Estaba desensillando la bestia.

—¿Ya acabó?

—Sí, señor

—Bueno, véngase para acá. Cierre la puerta.



En sus movimientos escurridizos y silenciosos, la muchacha obedece. Kuayro apaga su tabaco estrujándolo contra piso y guarda el cabo en un hueco de la pared. Luego, con breve indiferencia, despliega el ala de la hamaca y Clorinda entra en ella, acurrucándose a su lado.

En la choceta del fondo, en tanto, Ramona se ha incorporado y mira por la puerta con cautela. Ve la casa cerrada y corre de puntillas por el patio.

—¡Me voy, me voy y me voy!

Debajo de unos haces de paja que el macho mordisquea, saca un pequeño lío de ropas. Sus gestos son rápidos y sobresaltados. Su bata azul está húmeda hacia las posaderas y una veta roja le cruza un brazo.

—Esa chismosa. ¡Ojalá se muera!

Atraviesa el patio de carrera y sale a la calzada. Allí se detiene indecisa. Luego vuelve a correr, carretera adelante. Hacia Cabimas, para donde corre el viento.



Sabes lo que hizo Teófilo esta tarde?

—No, ¿qué?

—Le metió una puñalada a míster Rule, en un taladro de La Misión.

Hablaban dos obreros indolentemente recostados al mostrador de El hijo de la noche, bar y *dancing*, en la calle principal. La espuma derramada de los vasos corría como un río empapando las mangas de sus camisas. Caía al suelo y formaba charcas rielantes.

También allí tenían que alzar la voz para entenderse. Ya era un hábito gritar. El pueblo todo, de un confín a otro, estremecía en un trueno constante. Vibraban las sirenas, repercutían los martillos de aire comprimido, zumbaban los motores de los balancines. Cada taladro tiene un balancín que succiona el negro óleo de la tierra; cada balancín tiene un motor que palpita como el corazón de un cíclope; cada motor tiene una caldera que regurgita como una monstruosa arteria rota. Además de esto, en el recinto de El hijo de la noche había mil bocas que gritaban y reían: dos mil plantas que zapateaban, una orquesta ruin que chillaba desesperadamente, destrozando un paso-doble, y mil puños que golpeaban las puertas, los tableros de las mesas y las sillas de hierro. De la calle subían los rugidos de los automóviles y el herido grito de los gramófonos.

—Una puñalada, ¿por qué?

—Porque lo puso en la lista negra.

—Bien hecho, ha debido darle dos. A lo mejor se salva, porque esos carrizos tienen vida de gato.

—Lo malo fue que el negro se dejó coger. Ahora larga el forro. No quisiera hallarme en su lugar ni por mil pesos.

—Ni el otro. Cuando uno se resuelve a tirar una parada de esas, debe disponerse a rifar el carapacho antes que dejarse agarrar.

—Eso me lo contó Julián, que anda por aquí. Vamos a llamarlo para que nos explique mejor: él vio todo, según parece, pero no quiere que lo sepan para que no lo citen a declarar.

Fueron en busca de Julián. Para ello abandonaron el salón del bar y penetraron en el *dancing*. Antes de llegar a este, sin embargo, hubieron de cruzar la zona de los juegos de azar. Había una larga mesa cubierta de hule negro y llena de números, en cuya cabecera un hombre con visera de caucho verde daba vueltas a una ruleta, en tanto que un segundo, armado de larga raqueta de madera, arrastraba fichas y monedas.

—Bola... —decía el de la visera con voz sacerdotal.

Y hacía correr la bola con un hábil latiguillo de su índice.

—Nadie más—decía después el de la raqueta con la misma voz.

Un poco más allá, otra mesa, redonda esta, forrada en paño verde. Y ante ella otro individuo con visera.

—Juego—reclamaba este.

Y el círculo que le rodeaba clavaba su mirada sobre un par de dados que corrían sobre el tapete.

—¡Pinto!

—¡Topo!

Más allá todavía, una tercera mesa de altas cantoneras, detrás de la cual unos sujetos rubios, rojos, negros, amarillos, se miraban de soslayo.

—*Play*...

—*Seven.*

—*You win.*

—*Play...*

—*Eleven.*

—*You win.*

Para buscar a Julián con la mirada tenían que alzarse en las puntas de los pies. Se asomaron a un recinto contiguo, donde un jovencito, rodeado de curiosos, disparaba un rifle de bellota contra una rueda que giraba.

Uno de ellos localizó a Julián.

—Allá está.

Y para no extraviarse se agarraron de las manos.

—Allá va bailando con la Sietecueros.

Julián contorsionaba su cuerpo como un epiléptico sobre el no menos contorsionado de su compañera. La orquesta descerrajaba un son cubano. Hacía un calor insoportable sostenido por la fijeza térmica de las bujías eléctricas. Un olor exasperante, mezcla de perfumes baratos, de sudores copiosos, de eructos y de humo de cigarrillos, gravitaba como un sólido en los pulmones y las pituitarias.

Ellos esperaron a que cesara la música, y tiraron del brazo de Julián.

—Ven, vamos a pegárnoslo: podéis traer a la pareja.

Muestras de su galantería, dejaban al pasar pellizcos, besos y nalgadas. Algunas mujeres lo agradecían sonriendo. Otras protestaban:

—Un momento, no soy un piano.

—A pellizcar a su madre, el que la tenga...

Tornaron al bar y pidieron cerveza de sifón.

—Contános cómo fue lo del negro Aldana con el musió.

Y mientras saboreaban la cerveza, refirió Julián el episodio. No había podido Teófilo conseguir trabajo en ninguna compañía. Andaba envenenado y no era para menos: carecer de plata cuando todo el mundo la gana en abundancia... Aquella tarde se escondió en una estación de calderas, en La Misión, a donde

sabía que llegaría el míster con seguridad; lo esperó sin moverse, y sin darle tiempo a nada, le empujó el cuchillo de arriba a abajo.

—En todo el hueco del candelero. Negro fino, ese diablo.

...Pero el míster había gritado y unos peones que estaban en un taladro próximo vinieron y desarmaron a Teófilo y lo entregaron ellos mismos a la policía

—¿Ellos mismos? ¡Muérganos!

—Eran margariteños, y vos sabéis que Teófilo es coriano.

—Hijos de puya... ¿Y el musió?

—En el hospital. Parece que se muere.

—La boca se te vuelva de oro. Es un gran ajo. Le gustaba tratar a los trabajadores a patadas.

Julián echó a correr hacia el salón de baile porque la orquesta tocaba ahora un fox. A poco se le veía acoplado a la Sietecueros. Y uno de sus amigos murmuraba:

—En mala cosa se ha metido Julián. Esa mujer es un peligro: está con un policía.

Le interrumpió una mano posada en su hombro y un plañido doloroso:

—Ayúdeme con un bolívar, compañero, que no he comido hoy...

Se volvieron con asombro. Era incongruente aquella voz allí, pero la facha del que hablaba lo era más: un hombre escualido apoyado en un garrote, con el vientre y los pies hinchados.

—¡Un bolívar!

—Sí, para comer.

Uno de ellos agarró al mendigo vivamente.

—Yo conozco esta cara. Y vos ¿no te acordáis de mí?

Dijo el otro que sí con la cabeza.

—Trabajamos juntos: soy Anselmo Soto.

Le miraban abismados. Anselmo Soto había sido un hombre fuerte.

—¿Y qué le ha pasado? ¿De dónde sale así?

—¿De dónde?

Una sonrisa inenarrable le surcaba el rostro. Buscó una silla y dejó caer en ella toda su fatiga.

—Vengo de muy lejos. De Río de Oro, cerca de la frontera colombiana.

Hablaba con profunda desgana, con esfuerzo doloroso, anhelante.

—¡De Río de Oro! ¡Qué lejos está eso, compañero!

Le arrastraron a un rincón y se sentaron a su lado para oír la historia fascinante. Los ojos de Anselmo Soto, de esclerótica violada, sufrían ramalazos de pavor. Saboreó la cerveza y dijo:

—¿Saben dónde queda eso? Yo fui de los primeros que se reportaron para el trabajo del petróleo. Llegué a mi tierra en 1916 junto con un ejército de compañeros. Por allá pasaban todos los días vapores y más vapores, goletas y más goletas cargados con hombres y mujeres. Todo el mundo se embullaba con el oro del petróleo... Ustedes saben cómo era eso. Lo cierto fue que yo también me alebresté y me vine.

Se interrumpió para tomar aliento.

—He sufrido mucho, mucho. Gané dinero, pero ¿para qué? Ya me ven ahora: pidiendo una limosna.

Pasaron riendo a carcajadas una mujer y un hombre, y de un tropezón casi derribaron a Soto. El les pagó el ultraje con una sonrisa desgarrada.

—...Tuve mala suerte. Me mandaron para El Cubo. Treinta bolívares diarios. Me embullé... Claro, nunca había ganado tanto. Nos embarcamos en un monitor en Maracaibo, luego caminamos por entre la montaña. Íbamos rompiendo monte, abriendo caminos y levantando cabrias. ¡Aquel sol! ¡Aque-lla plaga! Los zancudos son grandes, furiosos, con unas lanzas enormes que le meten a uno por encima de la ropa. No hay mosquitero que valga. Los jefes nos daban quinina a porrazos y *mentholatum* para untarnos el cuerpo. Pero ¡qué va! Ustedes no se imaginan. Hay que ir allá.

Su pecho gruñía como un fuelle roto.

—Desde entonces agarré estas calenturas y no he podido cúramelas. Vi que los musiúes llevaban sus mujeres y yo llevé la mía...

Le maltrató el brusco recuerdo. Estuvo silencioso unos segundos y sus párpados se apretaron sobre las pupilas.

—Jovencita... Buenamoza... Carmen.

—¿Qué le pasó? —inquirió uno de los oyentes.

Meció la cabeza y su sonrisa se tornó atroz. La respuesta fue breve como un tajo:

—Me la mató un indio de un flechazo.

—¡Un indio!

—Un motilón... Aquella es la tierra de los motilones. Son terribles. No fue Carmen la única, no. Vi más de cien personas bandeadas por las flechas de macana. La macana es una madera de los indios, negra y dura como el hierro. Todos los días un muerto, algunas veces dos o tres. Las cuadrillas salían armadas con rifles, pero de nada nos servía. De nada nos servían la malicia ni la vigilancia en aquellos montes espantosos. Los indios son ágiles como los gatos.

—Dicen que son catires—interrumpió uno—, ¿es verdad eso?

—No; son indios, pero mucho más feos que esos que se ven por aquí. Hieden a tigre y son tan cerreros que si caen presos se destrozan con los dientes y se mueren de rabia. No los veíamos, no los oíamos y de pronto nos llovía del monte una nube de flechas.

—¿Envenenadas?

—Algunas; otras no. Pero ¿para qué? Es igual... Por la fuerza con que las disparan pueden atravesar un árbol. Yo lo he visto atravesar. A míster Muster, un jefe recién llegado y muy bueno, le metieron siete flechas de una vez y después lo hicieron pedazos. Eso fue en los primeros tiempos. Luego los extranjeros se calentaron y les hicieron una guerra brava.

—¿A tiros?

Anselmo Soto rió.



—¿A tiros? Pero si no se les veía, si no se sabía nunca cuando iban a atacar. No señor; con dinamita y electricidad. Habíamos descubierto que los indios, al abandonar sus campamentos, dejaban sus fogones preparados para volverlos a prender cuando regresaran al lugar. Bueno, entonces los musíúes inventaron meter grandes cargas de dinamita debajo de la ceniza apagada, y cuando los indios volvían, ¡pum! volaban como palomitas. Pero eso los enfurecía más. Tu vieron el atrevimiento de asaltar los campamentos en pleno día. Cuando percatábamos, la flechamentazón atravesaba las tiendas de campaña. Así murió la esposa de un americano. jovencita. Estaba en su tienda con la luz prendida, escribiendo. Yo la miraba desde afuera por la sombra reflejada en la lona. De pronto oí un grito y vi la varilla de la flecha clavada en su espalda.

—¿La mató en seco...?

—En sequito. La pasó de banda a banda. Pero aquel indio lo vi yo cuando corría. Vi el celaje, mejor dicho, y le pegué un tiro en la cabeza. Entonces los musíúes rodearon sus campamentos con alambre y le daban corriente.

—Los mataba la electricidad...

—Los quemaba el corrientazo. Quedaban engurruñados en el alambre, echando chispas azules. Pero no vayan a creer que los enemigos eran los indios solamente. Hay que ver la gente que mataba la calentura, y los que dejó medio muertos, como a mí. Aquí donde me ven. estoy bueno, como quien dice. Hubo tiempo en que no me toleraba nada el estómago y los pies no me cabían en las alpargatas. ¡Aquellas fiebres con frío! Valía más haberme muerto... Si no hubiera sido por eso, estaría bien: no me faltarían mis veinte mil bolívares, porque allá la plata no hay en qué gastarla. Vine a pie hasta Encontrados, arrastrándome. De allá hasta aquí me trajo de limosna el capitán de una piragua. Los jefes me dijeron que me presentara aquí a la compañía, pero esta mañana perdí la última esperanza el doctor me dijo que la compañía no paga calenturas...

—¿Qué doctor? ¿Algún musíú?

—No, un venezolano.

Inclinada la cabeza, pareció dormir. Despertó luego, abrumado por un gran cansancio, y dijo:

—Me voy.

—¿A dónde va ahora? —le preguntaron.

—Por ahí: tengo unos paisanos en La Rosa. Voy a procurarlos.

Se fue arrastrando los pies. Los otros quedaron pensativos ante sus vasos de cerveza. Los distrajo la llegada de un nuevo sujeto que venía de la calle.

—¿Saben? Le embargaron el sueldo a Rosendo.

—¿Y eso por qué?

—Por una cuenta que tiene con un turco. Parece que no le dio la cuota la semana pasada...

—Vamos a bailar.

Nuevamente entraron en el salón de bailes. Pero apenas habían enganchado parejas se formó un barullo y la música cesó. Entraron todos en el torbellino y nadie sabía lo que ocurría. Chillaban las mujeres, rodaban las sillas y vibraban los silbatos de los policías.

Salió un hombre bañado en su sangre y se abrió carrera por la calle. Detrás de él iban dos agentes:

—¡Agárrenlo! Por aquí cogió.

Preguntaban:

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué hizo?

Una mujerzuela lo explicaba a gritos en la puerta:

—Pues nada, que estaba apurruñado con la Sietecueros y en eso llegó el número 4, tuvieron unas palabras y salió con el casco abierto. ¡Qué susto, mi alma!

—Señores—dijo el jefe rubio en su castellano de emergencia—, señores: ¿ven esta cajita?

Entre los obreros que le rodeaban, algunos sonreían. Otros afirmaban con movimientos de cabeza.

Era una cajita de fósforos y el jefe la sostenía limpiamente entre el pulgar y el índice con aire de prestidigitador. También sonreían sus ojos azules, su boca enérgica, las dos chapas rojas que le encendían las mejillas. Todo en él sonreía.

—¿Saben ustedes que esta pequeña caja cuesta solamente un centavo y que contiene cuarenta fosforitos? Muy bien señores. Ahora, ¿pueden ustedes calcular, aunque sea aproximadamente, cuánto vale esta planta donde estamos, estas instalaciones, aquellas cabrias y aquellos tanques llenos de gasoil?

Los obreros modularon un ¡ah! de maravilla. No tenían idea del valor de tales maquinarias, ni de los filtros, ni de los edificios ni de ninguno de aquellos artilugios que les rodeaban. Apenas un sentimiento fantástico que solo podía expresarse así: ¡ah!

Pero el jefe rubio era hombre de datos, de concreciones técnicas. Dijo:

—Millones, mis amigos. Esto vale millones. En el trabajo del petróleo todo vale mucho dinero: hay aparatitos que caben en un bolsillo y han costado fortunas. Cada cabria con su maquinaria representa un costo de más de diez mil dólares... Un tractor cuesta cuatro mil. Una bomba, en fin...

Los obreros seguían sus palabras con máxima atención. ¡Qué bien decía las cosas el musió! Aquellas conferencias semanales organizadas por las compañías para ilustrar al trabajador nativo en la técnica abstrusa del *Safety First*, alcanzaban un éxito absoluto gracias a la elocuencia de este jefe tan simpático.

—Bien, bien: aquí está la cuestión. Todos estos millones, todas estas grandes cosas pueden desaparecer en pocas horas...

Rió con gran soltura para corregirse:

—... ¡Oh no, no! Pueden no... Pudieran... Este... dispénsenme. Yo no hablo muy correctamente el español todavía. Pudieran desaparecer en pocas horas por causa de uno de estos fósforos. Bastará que alguno de ustedes pierda el control por un momento y deje uno allí encendido. ¿Comprenden?

Sí, comprendían. Indudablemente, un malvado fósforo es capaz de todo eso. A pesar de su inofensiva apariencia.

—Eso es así, cuñao.

—Y cómo no; las compañías tienen que cuidarse. ¿Acaso es zoquetada lo que han gastado aquí?

Mancomunadas en el interés de la particular conservación y dada la similitud de sus actividades, las distintas empresas del petróleo habíanse asociado en diferentes ramas de aquéllas, tales como la curación de sus damnificados (para lo cual sostenían un hospital común), en la propaganda contra accidentes y en la sanción para las faltas graves cometidas por los empleados en su perjuicio. Todas estas ramas se sintetizaron en un solo ministerio bajo la genérica denominación de *Safety First*: Seguridad ante todo.

Se aplicaba esta divisa a todas las dependencias de la gran industria. Contra las infracciones de sus ordenanzas había severas sanciones: multas, expulsión, lista negra. Cada compañía sostenía un tren de médicos, *nurses* y practicantes de farmacia. Pero no bastaba. El ideal era que no hubiese accidentes. Si los médicos, las *nurses* y los farmacéuticos pudiesen ganar sus sueldos roncando en sus hamacas, mejor para las compañías.

—Se inició una propaganda intensa que no escatimó los más dramáticos recursos. A las puertas de los dispensarios médicos, carteles numerosos exhibían figuras horrendas: manos tumefactas, pies torcidos, ojos vaciados. Figuras que se acompañaban de leyendas espeluznantes:

“HE AQUÍ LO QUE LLEGARÁ PARA USTED SI NO ATIENDE DEBIDAMENTE SU TRABAJO”. “SI HA SUFRIDO ALGUN PEQUEÑO GOLPE, VENGA A VER AL MÉDICO: ASÍ EVITARA QUE EL MÉDICO VAYA A VERLE A USTED”. “BEBA AGUA CUANDO SIENTA LA TENTACIÓN DE BEBER, PERO PREFIERALA ESTERILIZADA”. “VISITE POCO A SUS AMIGAS, O MEJOR: NO LAS VISITE”.

Grandes tablas blancas con grandes letras negras, a las puertas de campamentos y talleres, a la vera de las tuberías y en las plantas de maquinarias, advertían:

*“NO PARKING HERE, DRIVE”.*

*“SLOWLY IT’S STRICTLY PROHIBITED TO SMOKE HERE”.*

“CUIDADO CON EL TREN”.

“SEGURIDAD ANTE TODO”.

Y, sobre todo, en lo que se refiere a los trabajos en el lago la vigilancia y la selección del trabajador eran extremas. Vino la experiencia a demostrar que para tales labores el obrero adecuado es el levantino, el hombre tostado y fornido de las costas orientales de Venezuela, y especialmente el margariteño. Hombres robustos, de vísceras curadas por la irradiación yódica del mar. Almas familiarizadas con todos los acentos de la tempestad. Fanfarrones y duros, los margariteños solucionaron el problema de la explotación minera dentro del agua. Inteligentes, además, superaron pronto el promedio de estimación que el director rubio da al nativo. Primero, porque en el pigmento del neoespartano hay un grado más próximo al suyo. Segundo, porque es el único que ha penetrado con inteligencia la técnica de la explotación, el único venezolano a quien el *driller* (perforador) extranjero confía la parte intelectual de su trabajo.

El occidental, en cambio, predomina en tierra. El falconiano, reconcentrado y oscuro, de ojos febriles y pómulos ardientes, marcha contra la barrera del monte con la silenciosa obstinación conque cargaría en la guerra.

Son estas las dos castas venezolanas más interesadas en la industria petrolera, las que más profundamente conmovió el negro señuelo. Oriundos de los extremos opuestos del país, sus almas y sus cuerpos, sus hábitos y sus emociones, son casi antípodas.

Separados en dos bandos, escuchaban la palabra del jefe que les hablaba de cuidarse y cuidar los intereses de las compañías. Proseguía aquél:

—“Seguridad antes que todo, amigos. Las compañías no están interesadas solamente en que ustedes se cuiden durante el trabajo, sino también fuera de él. No podemos acabar con todos esos focos de corrupción que se colocan intencionalmente delante de ustedes para sacarles la plata que ganan con tanto esfuerzo. No podemos, porque esas cosas representan intereses comerciales y nosotros no hemos venido a chocar con nadie. Pero sí podemos instruirlos a ustedes sobre el peligro que les rodea, más grande quizá fuera del trabajo que en él. Todos sabemos cuán funestas son las consecuencias de las amiguitas desaseadas, del alcohol, del trasnochar en la juerga. Yo que siempre voy por allí,

observando, he visto a muchos de mis hombres, borrachos sin sentido, echados en el suelo. Luego, estos mismos hombres van al trabajo enfermos, debilitados, torpes, y lo hacen mal o no miran donde ponen los pies y se matan”.

Subían murmullos de aprobación del grupo de los orientales y algunas voces distintas murmuraban:

—Tiene razón, cuñado, eso es así.

Los occidentales permanecían mudos, indiferentes, como si aquello no tuviera nada que ver con ellos. Para estos la vida era muy simple. No valía la pena rodearla de precauciones. Les bastaba el gato forrado de zinc, donde hasta moverse resulta problemático, y ello para poder decir como todo el mundo: “vivo bajo techo”. Les bastaba el trozo de arepa y el trozo de chivo. Lo demás, lujo. El aguardiente, bueno para insensibilizar el cuerpo y olvidarse aún de los pequeños deberes. Lo mismo da, por lo tanto, dormir la borrachera en una hamaca o en el suelo. Igual ocurre con el amor: hechos en un catre o en un mogote de cujés, los niños nacerán siempre tristes, barrigudos, con el ombligo piramidal. ¿A qué cuidarse tanto de semejante vida? Una puñalada o un tiro suelen ser una liberación.

Radicalmente distinto era el tono con que unos y otros decían los lunes:

—Esta noche hay que ir a la conferencia del místico.

Acaso lo que más molestara a los unos fuera la presencia de los otros. El discurso, al fin y al cabo, era algo inevitable y externo como un aguacero. Pero, aquellas sonrisas socarronas, aquellas frases dichas con entonación cadenciosa y urgente a la vez, aquella confianza para tutear a todo el mundo, y, sobre todo, aquel constante invocar a la Virgen del Valle, “como si fuera la única virgen del mundo”, exasperaban a los hijos de la duna. Mucho más ahora que “a cuenta de guapos” comenzaban a invadir El Cardonal, como si no hubiese más tierra en Cabimas para cantarle a esa Virgen.

El Cardonal está al sur, entre La Salina y el monte. Un grupo de falconianos, los primeros inmigrantes que llegaron de las estepas ardientes, prefirieron aquel punto por aislado, por silencioso, por la tupida cortina de cardones que

cerraba los horizontes. Lo poblaron con sus ranchos y sus hatos de cabras y le dieron un nombre. Era, pues, de ellos. Allí amaban como los pastores bíblicos bajo las estrellas de Manré. Allí entonaban sus cantigas, ebrios de soledad y de concentrados ímpetus batalladores:

Nació un coreano atrevido  
de la raíz de un cardón.

Allí nacían sus hijos y se tostaban el alma sus mujeres.

Pero un mal día llegaron aquellos “hablachentos”, gentes de mar engañadas, sin duda, por los espejismos de las salinetas y por un falso olor a yodo. E invadieron el poblacho. Construyeron casitas con rejas de madera que pintaban de azul y rojo, como navíos. Y el odio explotó en sangre más de una vez. Ahora mismo, al terminar la conferencia, se irían en grupos hostiles y entrarían al caserío por los extremos opuestos.



No había cesado aún de hablar el míster cuando el viento del sur trajo una garúa de petróleo. Extrañó el caso a todos, porque aquello implicaba alguna novedad. A poco pasó un hombre tinto en aceite de la cabeza a los pies, manejando un automóvil, y sin detenerse gritó en inglés algo que agitó al conferencista.

—Muchachos, acaba de saltar un chorro enorme en el taladro Erre Equis. Los míos que me sigan. Hay que fabricar un muro. ¡*Let us go!*

Echó a correr seguido del grupo de corianos. Y poco después partían en un camión que saltaba por encima de todos los obstáculos.

Vamos a ver, cuñao—propuso uno de los orientales. Precipitadamente siguieron la huella del camión A medida que avanzaban, arreciaba el aguacero negro y encontraban hombres que corrían en todas direcciones.

Oyeron exclamar:

—No se ha visto nada semejante.

Más adelante, en la linde del monte, se sintieron anegados, invadidos por una avalancha negra, espesa.

—¡Cuñao! Por la Virgen del Valle: este es petróleo derramado.

Y se descalzaron, arrollándose los pantalones.

—Tenemos que quitarnos los zapatos.

A la luz de reflectores eléctricos se destacaba la torre del taladro, envuelta en el impetuoso plumaje de aceite. Saltaba el chorro del seno de la tierra, silbando y gruñendo, disparado hacia los cielos; se elevaba a una altura de cuarenta metros y caía sin control pulverizado por la brisa nocturna, bañándolo todo en un centenar de metros a la redonda.

Dominaba el ajetreo la voz imperiosa y áspera de los jefes rubios. Un cordón de vigilantes, los famosos guachimanes, montaba guardia armada.

—¡Duro contra el que encienda fuego!

Ahora se veían avanzar de todos los vientos hombres bruñidos, hombres de diorita portando toda guisa de herramientas. Un ejército de obreros se afanaban en la construcción de un muro de contención, con tierra y cascajos de las inmediaciones. Roncaban los motores y bramaban las sirenas de los automóviles.

La anegazón crecía, glugluteante, como una marea infernal. Y pronto les llegó hasta los tobillos.

Los vecinos de las casuchas inmediatas tuvieron que desalojarlas precipitadamente. El aceite llovía sobre las techumbres de palmas y se colaba al interior. La zona afectada por el petróleo derramado cubría ya más de un kilómetro. Se habían perdido de este modo más de dos millones de barriles, calculados entonces a dos dólares por cada barril.

—¡Duro contra el que encienda fuego!

Tuvo fama aquel taladro. Su fotografía apareció en la primera plana de numerosos periódicos de ambos continentes. Pero el R. X. se enfadó de tanta publicidad y clausuró de pronto su producción. Dijeron los técnicos que alguna piedra disparada desde el fondo del yacimiento por la tremenda presión de los gases, había obturado el caño del taladro. La verdad es que el líquido cesó de fluir tan bruscamente como comenzara.

De todos los ángulos del distrito y aun de Maracaibo, venía la gente a conocer *de visu* aquella maravilla. En trance de turistas, hombres y mujeres se

calaban sus gorras y se aproximaban todo lo posible para enfocar sus Kodaks. Los choferes habían añadido a sus pregones: “¡Voy al Equis de La Rosa!”.

Ya no se lanzaba la palmera negra hacia las nubes, pero sus estragos permanecían visibles. Una laguna de betún anegaba las casas y las plantas, ennegreciéndolo todo.

Y, de pronto, una explosión. Una lengua roja apuntada hacia el cielo. Una lengua que se agitaba y retorció con furia inexpressable. Que bramaba y se alargaba, poseída una vida loca, amenazando los ranchos cercanos.

Había menguado, por fortuna, la pública curiosidad, solo una cuadrilla de hombrecitos negros trabajaba allí desde hacía días, procurando desembarazar el hondo esófago de aquella piedra intrusa. No se sabe a cuáles causas se debió el inesperado incendio, pero los expertos opinaron que fue a la fricción de la misma piedra que, expelida por el gas, produjo una chispa en el corazón de la mina.

La cuadrilla que trabajaba en el lugar, compuesta de diez hombres, estaba distribuida equitativamente en los distintos puntos de la máquina. La mitad de ellos, por lo menos, escalonábanse en los tramos de la torre, en cuyo tope maniobraban dos.

La sorpresa les paralizó, y casi todos, pávidos, recibieron el primer azote de la llama. Luego se produjo la reacción del pánico, de acuerdo con la sensibilidad y la agudeza mental de cada uno. De los que estaban en el tope, a veinte metros de altura por lo menos, uno dio un salto formidable hacia un cocotero próximo, logró asir la punta de una palma que se desgajó gimiendo, y cayó al suelo sano y salvo. El otro se aferró a uno de los cables de acero que sostenían la cabría y se deslizó a pulso a todo lo largo de aquél. También escapó con vida, pero lleno de horribles quemaduras, especialmente en las manos, a causa de la fricción con el acero ardiente. Al “encuellador” se le alcanzó a ver con los brazos levantados en el alma bermeja de la llama. Luego desapareció absorbido por ella. Los otros huían despavoridos, perseguidos por las lenguas voraces. Por último se pudo columbrar a uno de los escalonados en los medios de la

torre y que por precaución habíase atado al travesaño con una correa de cuero. A este se le vio agitar los brazos y quedar plegado por el cinto, penduleando, lamido con morosidad por la flama que gruñía.

A todo lo largo de la zona petrolera vibraban las sirenas de alarma, urgentes y doloridas. Las campanas del templo, agitadas por manos desconocidas, desgajaban sus racimos de notas, conmoviendo el corazón de la noche. Las cornetas de los vehículos cortaban el viento a lo largo de las calzadas. Y era una interminable romería de gentes locas, heridas por el dardo de la tragedia.

Alaridos de mujeres histéricas estremecían la vasta oquedad de la sabana. Llamaban a sus hombres y a sus hijos con desgarrada fiebre. En tanto, el espectáculo de aquel cuerpo doblado y péndulo revestido alternativamente por la llama y por las sombras, polarizaba la morbosa atención de todos, provocando conjeturas:

—Debe ser Pancho Colina.

—No, no es Pancho Colina.

Sobre el mutilado cuerpo de uno de los hombres lloraban dos mujeres mientras se preparaba una camilla para transportarlo. La llama estuvo a punto de volverle a alcanzar en una de las contorsiones que la aplastaban contra el suelo. El calor era horrible en los alrededores y el bramido del fuego ensordecedor.

De pronto, rompiendo locamente las barreras humanas, penetró una vieja desgredada en el círculo que el fuego barría.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Pretendieron detenerla, pero se sacudió con ira y avanzó. Su silueta colérica estaba envuelta en una roja túnica de reflejos.

—¡Francisco! ¡Francisco!

Levantaba los brazos escuálidos hacia aquel cuerpo obsesionante y clamaba:

—¡Pancho! ¡Pancho!

Alguien comentó fríamente:

—Era Pancho Colina: ya lo decía yo.

Entonces se oyó un crujido y la cabria inclinóse. La muchedumbre corría atropelladamente, pero la anciana avanzaba aún. Se alzó un clamor:

—¡Sáquenla que se quema!

Una moza oscura con un chiquillo en brazos se abalanzo gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! Te vais a quemar.

Y como no le hiciera caso, se volvió, soberbia, hacia los otros:

—¿No hay un hombre que la saque?

Lo hubo. Un guachimán, robusto y joven, arrojó su machete, se dobló hacia adelante, con el ancho sombrero sobre el rostro, y corrió contra la roja vorágine.

—¡Párese! —gritaba—. ¡Párese!

Pero en vano. La vieja no se detenía. El tampoco. Cuando la alcanzó, ya la piel le palpataba. La tomó con decisión en brazos y regresó con ella en carrera desesperada. Y cuando el aire fresco oreó sus rostros, cayeron desmayados.

Brigadas acuciosas manipulaban las bombas traídas en camiones. Pero el agua era impotente. La evaporaba el fuego con gruñidos feroces. Y la llama, como una serpe, se tendía hacia aquellos que procuraban matarla. Luego se alzaba, vigorosa, hacia las alturas y su resplandor ensangrentaba la noche.

Fue aquella la iniciación de una serie de catástrofes que rodeó con aureola de terror la fama del petróleo. Cada semana se registraba un nuevo evento de la muerte. A lo largo de los itinerarios de la explotación el fuego iba trazando una roja cadena.

Pero ni el fuego, ni el veneno de las sierpes y del zancudo anofelino eran bastante para desalentar a los ilusionados. Nuevos contingentes de carne moza y sana llegaban sin cesar a las playas petroleras: hombres que acababan de arrojar el lazo y la azada, que acababan de abandonar la pampa, la huerta y la paneta de la canoa pesquera... Hombres enardecidos por la gula áurea.

La leyenda de la riqueza del petróleo, de los salarios fabulosos, de las transacciones fantásticas, se irradiaba por toda la nación y atravesaba sus fronteras. Venía un ejército delirante de todos los vientos del globo. Sem, Cam y Jafet

trasplantaban sus odios seculares a este trozo escondido de la tierra. Y el nativo de mirar melancólico y de limitados horizontes intelectuales contemplaba con estupor el tropel que hollaba sus tierras y arrasaba sus sementeras y consumía la carne de sus rebaños arrojando el oro con loco desprendimiento.

Una inédita modalidad del alma indígena se abultó entonces en dramática evidencia: la admiración por el extranjero. La técnica del extranjero fue una brujería, inexplicable e inimitable. Un tabú. Y tabú también la belleza de sus mujeres. Esa actitud justificaba el concepto peyorativo del blanco sobre el nacional. Con una mirada tan irresponsable como la que tuvo para las grandes máquinas, este miró luego la belleza de las hembras exóticas y sus costumbres extraordinarias. Una gula sorda inflamó sus pupilas ante el espectáculo de sus piernas desnudas, del atrevimiento de sus tocados deportivos y del desenfado de sus movimientos.

La admiración derivó en breve hacia el plagio. Se vio al indígena alterar sus costumbres, proscribir su viejo sacó, su rústica blusa de lienzo, para exhibirse en mangas de camisa. Y dedicarse al aprendizaje de las lenguas invasoras o simplemente a su remedo.

Todo esto constituía, en realidad, un capitoso encanto para la vida en las aldeas petroletarias. El robusto extranjero rubio que miraba con indiferencia al raquíptico mestizo y que en el trabajo le acicateaba con sus interjecciones, no se excusaba sin embargo de frecuentar sus centros de diversión. Botiquines, casinos, tugurios indígenas eran invadidos a menudo por las ruidosas pandillas. Su oro corría a raudales y sus gaznates ávidos trasegaban el ron y la cerveza criollos con alegre desquite de las lejanas leyes prohibitivas.

—Son muy populares—se decía.

Y muy abiertos. No le tienen asco a gastar la plata.

A la madre de Pancho Colina alguien le aconsejó que reclamara el precio legal de su hijo: unos seis mil bolívares. Debía pensar en el futuro: días sin pan, noches sin lecho, Pero solo alcanzaba a lamentarse transida de dolor:

—Mi hijo, mi único hijo...

El consejero le azuzaba:

—Pues por eso mismo. Cóbrelo.

Un rábula rural que vivía de las carroñas del petróleo vino a verla.

—Mire, doña: usted no tiene nada de qué preocuparse. Usted me da un poder, yo hago los gastos y partimos.

Pero la anciana, simple y testaruda, no hacía sino repetir: —Mi muchacho, mi pobre muchachito.

Irritaba a los demás con aquella expresión vaga y ausente. Nadie se explicaba su obstinación.

—Pero mire, vieja, que se pasa el tiempo y va a perder sus cobres.

—Mi muchacho...

—Su muchacho no va a resucitar porque usted le llore tanto.

Fue inútil. La anciana carecía de la noción jurídica de su maternidad y de la económica noción de aquel dinero que le correspondía como compensación de su pérdida. Lo que quería era su muchacho, muerta de hambre o como fuese. Su muchacho nada más.





Esta mujer está muerta—dijo el médico, inclinado todavía sobre el cadáver tibio.

Una boca roja abría sobre el seno izquierdo. Fluía por ella un hilo de sangre, residuo de la que hubo dentro del cuerpo moreno. El excedente llenaba la cama, el piso, la pared, y comenzaba a coagularse.

Entre dos agentes de policía estaba otra mujer, flébil y pálida. Tan pálida como el cadáver. Sus pupilas oscuras se fijaban en la muerta con frialdad extraordinaria. El jefe civil del municipio, con su blusa blanca y su foete de piel-de-rusia, estaba frente a ella, ceñudo.

—¿Qué hiciste el cuchillo?

—Lo boté en el monte.

—Esa muchacha, ¿era tu amiga?

—No señor, era la amiga de un musió, pero venía aquí a encerrarse con mi hombre.

—¿Por eso la mataste?

—Sí, señor. Ya se lo había advertido, pero no me hizo caso.

—¿Cómo te llamas?

—Ramona Parra.

—¿De dónde eres?

—De aquí, de Punta Gorda.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

El funcionario permaneció reflexivo un instante. Luego:

—Cuéntame todo—dijo—, desde el principio.

Un nutrido grupo de curiosos llenaba el lugar. Otros llegaban aún, procedentes en su mayoría del cercano casino. Comentaban:

—¡Caray! Aquí no andan con chiquitas para matar a la gente.

—Hasta las mujeres.

Ramona Parra refirió la historia de su crimen. Era casi toda la de su vida. Un hombre “malo”, Carolino Kuayro, la había sacado de su casa, impúber aún, con el consentimiento de su madre. Avaluaron su virginidad en cien bolívares. Pero Kuayro prefería a Clorinda, su otra concubina, y a ella la trataba mal. Le pegaba con un rejo de cuero crudo. Un día se fugó de la casa donde las tenía a las dos. Estuvo en Cabimas dando tumbos. Rodó de casa en casa, sirviendo. Quiso a un hombre, luego a otros y a otros. La enfermó uno de ellos y una vieja de La Rosa, bondadosa, se la llevó para curarla. Aquella vieja era la dueña de la casa donde estaban, se llamaba Juana y era muy conocida en el lugar. Su casa tenía muchas habitaciones y en cada habitación había una cama ancha, exactamente como esta donde yacía la muerta. Había también un botiquín en la parte delantera a donde iban todas las inquilinas, veinte o treinta, a sonreír a los hombres para que se detuvieran. Ella curó de su dolencia. Una noche se detuvo un automóvil cuyo chófer era joven, guapo y decididor como casi todos los choferes.

—Si me brindáis te brindo—la propuso.

Y, en efecto, se brindaron mutuamente. Se tomaron confianza. Ella le puso cariño y comenzó a pensar si tendría bastante coraje para perderlo.

Después de haberse visto entre los brazos sudorosos de Kuayro, olorosos a bosta de vaca y a monte, era un delirio el apretón de Carlos, sus besos, sus mordiscos.

Era jugador, holgazán, parrandero. La hacía sufrir con las otras en el casino, pero ella le daba casi todo cuanto ganaba, para retenerle. Un día se presentó aquella mujer. No era cosa extraña: iban muchas como ella, acicaladas criollas y extranjeras. Machas. Pero dio la casualidad de que esta iba por él, por Carlos. Y eso sí que no ¡caray!

Primeramente averiguó quién era. Supo que se llamaba María, que era criolla y que vivía con un musiú. Luego la vio pasar con su querido en una “cucaracha” ataviada y tranquila como si no rompiese un plato. El musiú era grande y rojo, pero tenía cara de tonto. Comprendió que sería inútil decirle nada. Por eso ella abordó a María una noche:

—Déjame tranquilo a mi hombre, pedazo de mañosa.

—¿Tu hombre?

Había reído, con sarcasmo, despreciándola. Hasta entonces no le cruzó por la mente la idea de matarla. Pero aquella noche la odió con todo su corazón.

—¡Sí! ¡Mi hombre! Usted, ¿por qué no se conforma con el suyo? ¡Ociosa, muérgana! Que mientras mejor mantenidas son más zorras.

—¡Que va, chica!—se burló María.

—Bueno, ve bien lo que hacéis. Ten presente que si te vuelvo a ver con él, te clavo un cuchillo.

No la había creído. Y volvió.

—Entonces me escondí aquí adentro. Cuando se estaban desnudando les salté con el cuchillo.

Preguntó el jefe:

—Y ese Carlos, ¿qué se hizo?

—No sé.

Alguien comentó entre los presentes:

—Un cabroncito... Lo conozco.

Otro corroboró:

—Esto está lleno de sinvergüenzas de esa clase. Viven sin trabajar, a costa de las mujeres. Debieran organizarles una buena cayapa.

Sobre la cama permanecía el cadáver en la misma bochornosa posición. Una pierna desnuda caía a un lado y la negra melena ponía una nota aguda sobre la blancura de la almohada. En las pupilas vidriosas se dilataba un acento de supremo terror. Sin embargo los hombres, llenos de morbosa curiosidad, se agolpaban a la puerta. Sobre una silla estaban las ropas de la muerta.

El olor de la sangre cargaba la atmósfera y producía un prurito atosigante.

—Debieran dejar que la vistamos—decían unas mujeres—. ¡La pobre! ¿Hasta cuándo la van a tener desnuda?

En aquel momento llegaron dos agentes trayendo a Carlos esposado. Al entrar en la pieza prorrumpió, lleno de espanto.

—Ella fue! ¡Ella fue! Yo la vi.

Pero Ramona ni pestañeó siquiera.

Los comentarios hervían afuera.

—El petróleo—diagnosticaba un hombrecito oscuro—, el petróleo envenena a la gente. El más sano se vuelve una fiera. Debe ser el olor. Ya ven esa muchacha...

Rememoraban casos. Hacía un mes apenas, unos corianos habían acribillado a un margariteño, un tal Marín, sin saberse bien por qué. Le dieron diecisiete puñaladas. Poco antes otro había asesinado a su querida.

—Un hombre bueno, vea—aseguró un testigo—. La herida se la dio en el mismo punto donde la tiene esta. Además, le cortó un dedo.

Y, puestos en el cauce de las anécdotas, cada quien dijo la suya.

—¿Conocen el caso de los Puertos? Eso sí fue grande. Y no es nada... Un *maifrén*... Esto prueba lo que dice el amigo: que el petróleo envenena. Ya sabemos lo cobardes que son esos negros para la sangre. Sin embargo...

...El negro aquél era casado y tenía dos hijos. Su suegra vivía con ellos. Él trabajaba en el petróleo. Descubrió de pronto que su esposa se entendía con un paisano, negro pintoresco, cantador de canciones. No dijo una palabra de todo ello. Salió como de costumbre a su trabajo nocturno, pero en realidad no fue más allá de la esquina próxima a su casa. Dentro de un albañal metió

la mano y extrajo una pequeña hacha de abordaje, de filo reluciente. Y esperó, esperó hasta que el negro refistolero se presentó en la calle y se puso a silbar discretamente al pie de la venta. En la penumbra de la callejuela brillaban los dientes y las escleróticas de los adúlteros. Después se abrió la puerta y el galán entró. Eran las doce, hora en que el marido traicionado debía entrar en su turno de labor. Pero aquella noche su trabajo iba a ser otro. Se acercó de puntillas, hacha en mano, y abrió con su llavín. La casa estaba a oscuras, pero él se había descalzado y el hábito le fue llevando sin tropiezo hasta la alcoba del pecado...

El resuello de los cómplices y el cascabel con sordina de las risas le taladró las entrañas. Entonces rayó un fósforo los encontró desnudos, mudos de terror. No les dio tiempo de reaccionar. Como un huracán, el hacha se abatió sobre sus cabezas, sobre sus cuerpos temblorosos.

A sus feroces aullidos acudió la suegra. Un tajo formidable le hendió el cráneo. Aterrados, gimientes, habían llegado hasta la puerta los negritos:

—*¡Mother! ¡Mother!*

Fue lo último que dijeron en su vida. El hacha los alcanzó también. Cuando llegó la policía, la sangre hacía olas. Encontraron al asesino encorvado en una silla con el hacha en la mano. Ya su cuerpo estaba laxo, relajado después del violento disparo de los nervios. Miraba a los recién llegados con pupilas idiotas, y su belfo colgante sostenía un hilillo de baba.

Todo el mundo convenía en que fue un caso terrible. Pero había otro más fresco en el recuerdo de los comentaristas.

— ¿Conocen el de Alastre, en Corito de Cabimas?

José Alastre, coriano, trabajador, vivía en amancebamiento con una mujer casada. La dejara el esposo con tres hijos, la mayor, María, de catorce años ahora. Se pusieron a vivir y procrearon dos varones. Pero María se desarrollaba pulposa, prieta de ancas, turbadora. Alastre se prendó de ella y nada puso de su parte para ahogar la mala pasión. Entonces su concubina, ardida de celo maternal, lo abandonó. Fuese a vivir en Corito con sus hijos. Una noche llegó Alastre a su ventana y le pidió que le dejara entrar. Ella se opuso y a poco volvió

él con un machete. Le cayó a machetazos a la balaustrada, se introdujo por el hueco y la atacó a la mujer.

¡La pobre! Corría aterrorizada con su hijo más pequeño en brazos, y el asesino, como un perro rabioso, la seguía dándole machetazos. Cuando la vio tendida oyó gritar a otro de los niños, un varón de doce años, y se le abalanzó. De un mandoble enérgico le seccionó el cuello. Y no acabó con los demás por no haber podido dar con ellos...

La mujer murió al siguiente día y el parvulito (hijo del criminal) quedó manco de un brazo. Alastre se entregó sin resistencia a un vecino que le intimó la rendición. Estaba entontecido. Después se comprobó que no había ingerido alcohol aquella noche.

—He pensado—dijo otro aún—he pensado mucho en eso. El petróleo debe tener algo misterioso que vuelve a los hombres recelosos. Parece que irrita el cerebro. Pero hay algo más... Creo que todo el mundo habrá notado la influencia que ejerce en las mujeres. ¿Quién ha dejado de fijarse en la simpatía de que gozan los choferes entre las mujeres? Yo he visto a muchas dejar como unos tontos a hombres ricos por irse con choferes. Es como si las hipnotizaran, como si las embujaran. ¿Se acuerdan de La Granja, en Maracaibo? Allí los choferes eran reyes. No había quien les pisara el petate. Y ¿por qué? ¿Por guapos? ¿Qué va! Poirue se sentían pesados con las mujeres. Después que estas se comían y se bebían a uno, lo dejaban con los ojos claros. Y Dios libre que fuera alguno a reclamarles. En seguida se alzaban: ¡manilla! ¡manilla! Le caían cincuenta, cien, los que hubieran, apoyados por ellas.

Oían con gusto al evocador. La atmósfera de reserva y taciturnidad creada por la tragedia reciente fue descongestionándose, aereándose, por virtud de aquella anécdota ligera y humorística. No tardarían los chistes de color subido.

Proseguía el narrador:

Por fin, una vez se me ocurre preguntarle a una mujer: “Chica, ¿qué es lo que les pasa a ustedes con los choferes? ¿Es que los demás no son tan hombres como ellos?”. Era inteligente. Me contestó así: “No seas sonso, no son los

choferes. Es la gasolina. La gasolina tiene algo que se le filtra a una y que la arrastra. Algo como una brujería. No es lo mismo que el aguardiente, no. El aguardiente emborracha, tumba, la gasolina, por el contrario, aclara, aliviana, trastorna pero de otro modo. Y no es a nosotras, las de la calle, a las únicas que nos pasa esto, sino a las más serias. Por supuesto, una tiene que admirar y preferir al chofer, que es el brujo de esa brujería”.

La noche era grata, buena para noctambular. De los cercanos regazos silvestres venía un olor áspero de monte que hinchaba las narices y los pulmones. Este olor flotaba en el viento del norte que bañaba las cosas con el polvo amarillento recogido en los caminos. También en el viento venían ruidos heterogéneos, deshilvanados: un jirón de música del casino, un breve pero vehemente palpar de motores, el agudo ulular de un claxon: Se-te-ca-yó-el-te-te-ro...

—Debieran velarla aquí mismo.

Amortiguando el choque de la tragedia, volvía la muerte a ser un motivo común, a propósito para un trasnoche ameno.

Los curiosos se apartaron para dar paso al gigante. Era rubio y estaba sucio de grasa hasta el cuello. Decían:

—Ese es. Ese es el querido de la muerta.

La contempló en silencio, con horror. Hablaba mal el castellano y estaba profundamente conmovido, pero pudo responder al interrogatorio de la autoridad.

—Se llamaba María Pérez—informó.

—¿De dónde era?

—De Cabimas.

— ¿Tiene familia?

—*Sure...* Su padre. No le conozco, pero ella me decía llamarse Casildo.

El extranjero miraba a Ramona con asombro. Está a él con frialdad. Cada vez le parecía más tonto, de seguro. El jefe interrogó al grupo de la puerta:

—¿Alguno de ustedes conoce a un tal Casildo, padre de la difunta?

—Yo—dijo una vieja—. Vive por Curazaíto, en un conuco.

Hizo entonces su tercera aparición el viejo. Fue a enterrar a la hija pródiga.

Tres labriegos del contorno, que en el monte habían permanecido como él, sordos y ciegos ante la fantástica metamorfosis del paisaje, vinieron a acompañarle.

Encontraron allí al extranjero. Cabizbajo y mudo como un poste, el gigante rubio contemplaba la inhumación. Vio a los labriegos palear los rojos terrones y oyó el bronco ruido que hacían al caer sobre la negra caja. Y se estremeció.

Ño Casildo, en cambio, estaba impávido. Era este, para él, un rito complementario, porque María, su hija segunda, había muerto en su conciencia años atrás. Ni siquiera volvió a ver su rostro porque se la entregaron sellada dentro de la urna. No se movió a mirar al extranjero ni pensó en preguntarle por el hijo de que oyera hablar alguna vez.

Consumado el enterramiento, el hombre rubio arrancó de un arbusto próximo una rama con hojas y la clavó a la cabecera de la tumba. Luego, tan mudo como había venido, se alejó de allí; embarcó en su *roadster* y puso el pie en el acelerador.

El cementerio había crecido mucho. No era ya el antiguo matorral donde las cruces humildes naufragaban. El sol de la tarde rompía sus lanzas anaranjadas sobre espejos marmóreos. Ángeles blancos de estilizadas vestes, invitaban a morir.

Casildo salió poco después con sus tres compañeros. Y los cuatro desandaron a pie, sin apresuramiento, el largo camino hasta Curazaíto. Por el trayecto chupaban sus tabacos y miraban las volutas de humo adelgazarse hasta disgregarse en el viento fresco. Era para ellos como si no existieran aquellas novedades que invadían el paisaje: torres, edificaciones, automóviles que pedían paso con sus sirenas estridentes.

Cuando tomó a su choza, halló a Marta sentada en un cajón vacío, con el rostro entre los puños.



—No sigáis llorando, pues.

Había anochecido ya y el silencio del monte se sobresaltaba en sus peculiares susurros.

—Prendé la lámpara. ¿Dónde está José?

—Por ahí anda.

Después brilló la vieja lámpara de gas. Su luz rojiza dio aspecto de heridas sin cicatrizar a los surcos de su rostro. Había envejecido la infeliz. Había zonas plateadas en su cabellera.

—José—resonó la voz cansina de Casildo—. ¡Joséeee!

Y el eco dio saltitos por sobre las crestas agobiantes de los matorrales.

—¿Qué fue? ¡Ya voy, carrizo!

Media hora más tarde presentábase. Desnudo hasta el cinto, sucio de tierra roja, moreno y oloroso a sol.

—¿Qué queréis?

—Córtame dos varas derechitas.

—¿Ahora mismo? No friegue.

—Andá, hombre.

José trajo las varas. Ño Casildo las desnudó en seguida formó con ellas una cruz que ató con un bejuco.

Cachazudo y callado se alejó un poco de la choza. Y en el linde del calvero que la rodeaba plantó la cruz. Cuando volvió, sin que nadie se lo preguntara, quiso informar: —Ahí está María.



**Tercera parte**

**Negro**



Enguerrand Narcisus Philibert y Phoebe Silphides Philibert parecían mellizos. Sin embargo, fueron perfectamente extraños el uno a la otra hasta la mayor edad, cuando se conocieron bajo el romántico encanto de la Marcha Real, en un parque de Trinidad: *God save the King*.

Entonces se casaron. Él era electricista. Costurera ella. Reunieron sus ahorros, y se vinieron a Cabimas en un pasaje de tercera.

— Cuando regresemos a nuestra tierra iremos en nuestro propio yate—le decía Enguerrand a Phoebe reflejándola en el espejo de su dentadura.

—*Yes, darling* admitía la negra, acariciando la áspera pelambre de su negro.

Llegaron a Cabimas y en breve se relacionaron con toda la colonia de sus compatriotas, tan abundante por sí sola como el conjunto de todos los demás extranjeros radicados en el lugar. Les divertía sobre manera oírse llamar por los nativos con el dulce calificativo de *maifrén*.

—¡Mi amigo...! ¡Oh, mi amigo!

No esperaban tanta bondad. Pero andando el tiempo vinieron en la cuenta de que quizá no fuera cosa de alegrarse. En la manera como el nativo suele decir *maifrén* creyeron descubrir una posible confusión semántica. Siendo el sentido lo que da valor a la palabra, *maifrén*. puede, llegado el caso, significar gorila o algo semejante.

Poco después trabajaba Philibert en un taller con un salario halagador. Fueron a vivir en un alegre barrio habitado casi exclusivamente por gentes de su raza. Era él un negro puntual e inteligente. Amaba lo confortable y lo pintoresco. Sus primeros ingresos se invirtieron en paños azules que un paisano sastre convertía en flamantes ternos. En sedas tornasoladas de flamígeros colores para Phoebe. En zapatos de bizarros tonos, en lociones y cigarrillos perfumados. Su primer cumpleaños en la tierra del petróleo constituyó un acontecimiento extraordinario en su medio social. Mil negros de ambos sexos, saturados de extractos heterogéneos, llenaron la casa e invadieron el amplio patio engraminado. Farolillos de papel ponían una nota feérica en la noche semicampestre del campamento, y la orquesta de los *Happy boys*, todos compatriotas de Narcisus, hizo vibrar de júbilo los ecos con el ritmo del saxofón y el ukelele. Saltó con explosiva alegría el corcho del champán y las parejas se entregaron al desenfreno de la danza.

Al filo de la media noche un metodista, que por el día era zapatero en la calle del Rosario, pronunció un discurso y la congregación entonó un himno melancólico, impregnado de ingenuas fragancias infantiles. Bajo la luz multicolor de los faroles brillaban las pupilas y lágrimas solemnes resbalaban por la reluciente piel de ébano.

Rememoraban la lejana tierra insular donde dormían los muertos queridos y donde ardía el votivo fuego del recuerdo, en espera del retorno feliz.

*¡Alleluía! ; Alleluía!*

*¡Hearl lo Heaven and voices raise!*

*Sing to God a himn of gladness.*

*Sing to God a hinm of praise.*

El vino enredaba las lenguas y provocaba explosiones insólitas de ternura, de júbilo y de melancolía. Besaban los negros a sus negras y las hacían extrañas reverencias.

El pastor se había subido a una mesa y, cuando bajo de ella, otro negro, viejo de cabello blanquecino, ocupó su lugar. Era un masón ilustre, de la Orden de

los *Odd Fellows*, antes de comenzar a hablar se caló un pesado collar simbólico. Dijo otro discurso que todos escucharon con respeto. Y luego continuó la fiesta.

Aquello había durado hasta la alta madrugada. Pero muy temprano salió Narcisus para su trabajo. Sus párpados parecían dos trozos de hígado y su cabeza ardía, Pero iba a su trabajo.

Poco después, lima en mano, contemplaba las cosas y las veía danzar una danza desarticulada, entre azulados efluvios. Gemían sus tripas y se retorcían obligándole a apretarse el vientre con las piernas muy juntas.

—¡*Oh, God! ;Oh Lord!*

Realizaba heroicos esfuerzos para seguir adelante en su faena. Pero de súbito no pudo más. Tiró la lima y salió disparado hacia el retrete.

—¡*God! ;God!*

La puerta estaba cerrada. Tocó con timidez y una voz airada gruñó en el interior:

—Qué hubo! ¿No ve que está ocupado?

Imposible resistir un minuto más. Allá, junto a las oficinas del *Department of Labor* había otro excusado. Lo había visto alguna vez, pero recordaba que sobre el tablero de la puerta un letrero negro ponía: *PRIVATE*.

PRIVADO. Es decir, exclusivo para determinadas personas entre las cuales no se contaba seguramente Enguerrand Narcisus Philibert.

Empujó, sin embargo, la puerta blanca y reluciente, y entró. A poco se le oía gemir adentro.

Pasaron dos minutos, luego cinco, diez. Enguerrand seguía gimiendo como un cachorro con frío.

—*I die...*

Entonces vino un hombre alto, rojo, en mangas de camisa, y empujó la puerta suavemente. Viendo que no se abría, encendió un pitillo rubio y se puso a dar cortos paseos, con la precisión de un centinela. Dos minutos

después empujó de nuevo y tocó con los nudillos. La voz de Philibert tembló del otro lado:

—*¡Oh! Excuse me, sir.*

El rojo arqueó las cejas lleno de extrañeza. Debió chocarle la cadencia sumisa y cantarina de aquella voz.

—*¿Who are you?* —exclamó.

—*Oh, sir... I am very much ashamed, but ¿you know? I feel sick... and the other W. C. you know?... is closed.*

—*¡Open the door!*—rugió el hombre rubio. Y sacudió el tablero con violencia.

El rostro ceniciento y desencajado de Enguerrand Narcisus apareció ante la mirada atónita del otro.

—*Excuse me, please.*

—*¡Never mind!*

El blanco dio la espalda al negro y se dirigió a las oficinas. Poco después era llamado Philibert. El superintendente le miró con fría severidad.

—Vaya a recoger su orden de pago.

Quiso protestar el infeliz. Dos lágrimas enormes corrían por sus mejillas para juntarse, temblorosas, en la punta de su nariz.

—*¡Oh, sir!*

—*¡Get out! ¡Negro!*

Se retiró de espaldas, encorvado. Poco después lloraba a gritos, como un niño desamparado, en el seno de Phoebe. Venían a consolarlo sus más próximos vecinos y al informarse del suceso reprochaban la ligereza de Enguerrand:

—¿Por qué se metió usted en ese retrete?

—Porque el otro estaba ocupado...

—Calla, es verdad. Hay cosas fatales...

Pero ¿por qué entregarse a la desesperación? Era prematuro afligirse de tal modo. Si cuando una puerta se cierra otras se abren. Allí estaban otras compañías necesitando sus servicios.

—Un electricista es siempre necesario, querido Enguerrand Narcisus.



Una negra gorda, elocuente y maternal, hizo algunos chistes con lujo de ademanes, y consiguió verle sonreír. El rostro de Narcisus despejóse como un cielo vernal después del chaparrón. ¡Qué diantre! Era verdad: ¿por qué afligirse así?

Seguidamente se puso a hacer proyectos optimistas. Ingirió una pastilla analgésica y un vaso de refresco preparado por las amorosas manos de Phoebe. Y era tal la euforia que le llenaba ahora, que dio cuerda a la victrola y arrastró a bailar a la risueña negra gorda.

—Sácame mi flux azul. Phoebe *darling*. Si me dan trabajo en La Salina compraré una motocicleta para llega, temprano.

En lo más hondo de su conciencia quedaba, sin embargo, algo mortificante. Era el recuerdo vivo de las palabras del superintendente: ¡NEGRO!

Negro. Cierto. Pero ¿por qué enrostrárselo con aquella humillante entonación? Cosas de los blancos. Bien mirado, pudiera ser que tuviese razón el superintendente. Negro o no, el *private* del retrete debió privarle, por sí solo, el acceso a él. Empero, ¿quién va a andar parándose en tales consideraciones Cuando la necesidad apremia? También en inglés existe el proverbio: “el trasto no es de su amo sino de quien lo necesita”.

Desde chico le enseñaron a mirar como tabú las cosas de los blancos. El las respetaba. Pero aquí surgía un conflicto que su mente no hubiese podido conciliar, porque: ¿no era también de los blancos el pavimento de la planta? ¿Y si en vez de haberse metido en el *private* hubiese hecho aquello afuera, en el patio?

¡Negro! ¡Negro! ¡Qué cosa! También Phoebe le llamaba Negro. Y sus camaradas. Y su madre misma. Pero ¿cuán distinto dicho por sus labios queridos, de negros! Lo mortificante, lo doloroso era la entonación del blanco. Había dicho negro con toda la boca, con toda la hiel: NEGRO.

—Unc, unc, Philibert. Déjate de darle vueltas. No tiene remedio. Ya lo sabes, y no lo olvides. Blanco, dicho de cierto modo, puede también querer decir... En fin, basta ya, Enguerrand Narcisus.

Almorzó con apetito y salió a la calle. Empolvado. Perfumado. Fue a La Salina y pidió trabajo. Un negrilla emperejilado como él mismo, un hermano de raza, vino a atenderle. Oyó su petición y le hizo pasar al despacho del jefe.

—¡Ah! ¿Es usted electricista? Bien, bien. Quizá le ocuparemos. ¿Su nombre?

Dio su nombre. Entonces el negrito oficinista arqueó las cejas. Se aproximó al jefe, muy confidencial, y le sopló algunas palabras al oído.

—¡Oh! —hizo el superior.

Y lo repitió con una extraña matización de voces.

—¡Oh! ¡Ohhh! ¡OHHH!

El negrito volvió hacia Philibert con aire ofendido.

—Lo sentimos mucho. No necesitamos sus servicios.

—*But, you...*

—*I am sorry.*

Tuvo tentación de aplastar sus narizotas. Pero reflexionó que sería empeorar las cosas. Sentía nuevamente encogido el corazón. En la actitud de estas personas había algo intrigante.

Arrastrando los pies fue a las oficinas de la tercera compañía. Tampoco le admitieron. Entonces, ahogado en sorda desesperación, tomó un automóvil que pasaba y se dejó llevar. Un torbellino de emociones agitaba su espíritu. Era la catástrofe, el violento, inesperado *stop* de su vida. Jamás había cruzado por su mente la idea de hallarse en semejante contingencia. Sin trabajo donde a todos les sobraba. Sin dinero donde hasta los lustrabotas jugaban a las chapas con monedas de oro. Y esto, ¿por qué?

De súbito brilló una palabra que no había tenido tiempo de evocar, no obstante haber estado girando a su derredor como el caminante que en medio del camino busca el camino: *Black List*.

¡Espantoso! ¡Catastrófico! Le habían puesto en la lista negra: “Enguerrand Narcisus Philibert, negro antillano, por haber osado ocupar el retrete de los blancos”.

El automóvil viajaba dando tumbos por el camino polvoriento. Enguerrand se inclinó hacia el chofer.

—¿A dónde vamos?

El chofer rió y rieron los otros pasajeros.

— ¿No lo sabes? Qué gracia. Si lo vengo gritando por todo el camino. ¡Voy Lagunillas! ¡Lagunillas voooooy!

Y Enguerrand se dejó caer de nuevo en el asiento. Bien estaba así, después de todo. ¡Pobre Phoebe! Era mejor que no lo viera más. No tendría valor para decírselo.

A lo largo de la carretera se notaba gran animación. Multitud de vehículos cruzaban en todas direcciones y cuadrillas de hombres grasientos construían torres y tanques. Sus compañeros de viaje conversaban a gritos y tomaban tragos de una botella que llevaban.

Le ofrecieron:

—¿Quiere, *maifrén*?

Y él bebió. Bebió automático y ávido. El ron le confortaba un poco. Quizá no estuviese todo perdido. Quizá en Lagunillas no le conocieran.

¿Cómo hacer para borrar aquella mancha negra de su hoja de servicios y levantar la sanción terrible? Si se atreviese a cambiar de nombre. Hubo casos. Pero las circunstancias pudieran ser peores. No faltaría quien le reconociera.

Cuando el automóvil llegó al pueblo le cobraron dos duros por el pasaje. Era, casualmente, cuanto le quedaba. Ni él ni Phoebe tenían un céntimo más. El pueblo de Lagunillas era un cencerro. Una colmena enloquecida. Casas, casitas fabricadas a la diablo. Casitas de tablas, esquemáticas, sucias, grasientas, hacinadas a ambos lados de un callejón que de pronto se troncaba en puente de tablones negros suspendidos sobre columnas de mapora, por encima del lago. Era la planchada.

Esta plataforma que se prolongaba sobre las aguas como un dedo estirado para apreciar la temperatura lacustre, se estremecía bajo el peso de una muchedumbre histérica y transpirada, compuesta de mujerzuelas y quidames.

A ambos lados de la planchada, apretadas como en una almáciga de ostras, las casas iban hacía el lago, atestadas de aquella gentuza escandalosa. Muestras comerciales exhibían su vanidad en las fachadas: *Restaurants Barbee Shop, Laundry, Cine*. Y botiquines, innumerables botiquines. Debajo del hacinaamiento humano, el agua se cuajaba inmóvil, cubierta por espesa capa oleaginosa y negra. Y la atmósfera vibraba azotada por desenfrenado entrevero de músicas. Música de pianolas, de gramolas... Música infernal.

Partían de la planchada principal otras laterales, callejuelas aéreas igualmente bordeadas de casitas. Como un sarcasmo, las había con escalinatas fronteras y alguna lucía un tiesto con una mortecina macolla de lirios. Pero Enguerrand Narcisus no penetró en la aldea fantástica hasta después de haber visitado una por una todas las oficinas y te dos los talleres petroleros. Fue al atardecer, cuando las luce eléctricas brillaban en una niebla oscura que subía del lago y Lagunillas de Agua era una visión de pesadilla, cuando pisó la planchada.

Avanzó por ella y marchó, como quien no tiene quien le espere, de puerta en puerta. Curioso sin curiosidad. Fatigado, bruñido por la tinta de su transpiración. Había abundantes compatriotas suyos que charlaban en grupos, entre ademanes desbordados. Salían las mujerzuelas solas o de bracetete con hombres de todas las cataduras. El ruido de la música comenzaba a asumir en sus tímpanos y en su alma una vertiginosa velocidad de girándula, .de ruleta acústica. Y asimismo la luz. No había comido, pero no sentía hambre sino vacío, fatiga, agotamiento mental y espiritual. Audición y visión se le iban confundiendo en una sensación de fuga y desequilibrio. Su cuerpo entorpecido fue como un corcho flotante, golpeado por la marejada humana. Un chino horrible se quedó mirándole desde la puerta de un *restaurant* y le pareció que su rostro congelado, de ojillos inmóviles, crecía. Sintió pánico y apretó el paso. Luego oyó que una refrigerante voz familiar decía:

—*He is drunk.*

¿Borracho? No, no lo estaba. La última vez que bebió hasta emborracharse fue en el patio de su casa, entre la jubilosa muchedumbre de sus amigos. Phoebe le abrazaba, amorosa, y le cantaba cantos de la patria:

*¡Alleluía! ¡Alleluía!*

*¡Hear! lo Heaven and voices raise!*

*Sing to God a himn of gladness.*

*Sing to God a himn of praise.*

Pero ya nadie le amaba. Phoebe misma, la pobre, se desesperaría de verse por él abandonada, ignorante de los motivos que le inducían a dejarla. Lloraría con la cabeza hundida en el agua de sus proyectos de felicidad, y al fin se casaría con otro negro menos desdichado.

En los oídos de Enguerrand seguían atropellándose los ruidos del pueblo. Le fusilaban desde los flancos de la planchada. Cruzó por una callejuela oscura a cuyo extremo recortábase un lienzo regular de lago rutilante, festonado por las luciérnagas rojas y verdes de los taladros, y su figura negra se borró en la tiniebla del callejón. Pero por algunos minutos aún se oyeron sus pisadas resonar en los tablones. Y luego, un chapuzón discreto. Un opaco glú-glú en el agua cubierta de petróleo.



Una capa negra, espesa y rugosa como piel de paquidermo. A trechos se abre en temblorosas soluciones y aparecen sobre el tul del agua llagas tornasoladas en sugestiva irisación donde predomina un tono lapislázuli. Cuando cae un objeto la piel lo recibe, abierta como boca de hipopótamo. Un breve glú-glú y un rápido estremecimiento. Luego, calma tumbal.

Quieta como bajo una pesada digestión, el agua mira pasar sobre ella el caño de la vida, el precipitado riego de las pasiones. Sobre las planchadas de madera rezumante se funde el impaciente taconeo de las mujeres y el traquear de los *trolleys* de hierro. Y el agua finge dormir bajo su piel de óleo, recogiendo el eco de la despreocupación y el egoísmo.

Refiérese que cierto sacerdote visitó una vez a Lagunillas y su sermón se redujo a estas palabras, temblorosas de horror: “¡Pueblo sin Dios! ¡Arrepentios!”. Pero la gente se rio de sus palabras. No sabía de otro culto que el del placer. Pueblo provisorio, aluvional y fermentado, no pensaba en Dios. Cada una de aquellas almas había dejado su sentido religioso en el pueblo originario, allá donde contaban regresar, más pronto o más tarde, según lo que tardaran en acumular la ilusoria fortuna que al partir habían soñado.

Posteriormente, un geólogo extranjero comprobó el fenómeno del hundimiento de la población acuática. El cieno lacustre, dijo, es en este lugar inestable

y fofó como carne corrompida. Calculado a razón de tres pulgadas por año, el descendimiento puede llegar a hacerse más acelerado en razón del peso que se acumulase sobre las estacas de mapora.

Y día por día este peso aumenta. Nuevos seres ávidos vienen de todas partes a reforzar el volumen de los apetitos desbridados. Nuevos tentáculos le nacen al pulpo que simula la topografía. Nuevas planchadas, nuevas casitas temblorosas. Ya la piel de grasa comienza a acariciar el dorso de los tablones y las planchas de los pies presienten el húmedo contacto. Hay algo en esta vida que recuerda las narraciones de Shanghai, en donde los chinos numerosos hallan conmovedoras remembranzas patrias.

*Shop Swey, Chinese Store, Laundry...*

Parte importante de la arteria principal está llena de estas muestras, aturdida por la cantarina e infatigable parla. Y junto a los chinos de aire de brucolacos están los sirios-libaneses de inflamados ojos negros, de tez morena, de ademán untuoso y tornasol como el petróleo:

—Barchanta: basa adelanta. Yo venda toda buena, bor guota.

Luego los botiquines. Pianolas y gramolas. Risas agresivas. Ebriedad. Fulgurante cinematismo. Pero es la noche, la noche nodriza del vicio y del dolor, la que ama Lagunillas. De noche todos los gatos son pardos, todos los rincones buenos para macularlos, todas las mujeres hermosas. De noche vibra el frenesí del populacho. Sube en espirales y se expande en ondas centrífugas. Las calderas y los mechurrios roncan como seres degollados y salpican de sangre palpitante la periferia nocturnal, los bordes de la gran copa invertida de los cielos.

Aquella agua quieta, impávida y acorazada, devolvió, dos noches después, la carroña de Philibert. La proa de una lancha tropezó con ella.

—¡Un ahogado! —gritó un marinero.

Flotaba quieto, preso en la garra de la costra negra. En el fondo prieto de la noche se destacaba el brillo vítreo de los ojos y de los dientes.

—¿Quién será?



Le ataron una soga a un pie y le arrastraron así hasta la planchada. Allí le dejaron, sujeto a una columna de mapora.

—Que lo recoja quien le interese.

Quedó flotando allí, difumado en la negrura de las sombras y del agua. Reflejos cárdenos tallaban la esponjada silueta que se balanceaba. Y los ojos redondos, fijos y duros, sin párpados, se volvían al cielo. Una mujerzuela al verlo lanzó un chillido histérico:

—¡Un ahogado!

Y corrió por las planchadas disparando la noticia:

—¡Un ahogado!

La miraban con extrañeza. Un ahogado, bueno, ¿y qué? ¿Era acaso el primero? Las demás mujeres reían. En la puerta de un botiquín, alguna tiró de su brazo:

—¡Qué escándalo! ¿No habéis visto nunca un ahogado?

Y unos hombres:

—Está borracha.

Y otros aún:

—Es nueva. Después se acostumbrará.

Pero ella, en realidad, estaba aterrada.

Penetró en un salón donde una muchedumbre ahíta de alcohol flotaba en una densa niebla de humo. Bailaban mujeres con mujeres.

—¡Un ahogado!

—¿De veras? ¿Por qué no lo sacáis?

—Va a reventar. Está feísimo.

Una muchacha tambaleante y babosa la detuvo con brutalidad. Alzó sus propias faldas y golpeóse el sexo con la palma:

—¿Más feo que esto?

La casa se estremeció en una carcajada unánime. Reían todos con la boca ancha, separándose por un momento. Luego volvían a abrazarse y a pegar cuerpo con cuerpo, labio con labio, en estrujones violentos.

Iban saliendo, sin embargo, los menos insensatos. Alumbraban el camino de las plataformas con sus linternas eléctricas. Charlatanes y despreocupados, se acumulaban en el extremo de la planchada y se inclinaban para contemplar el cuerpo aventado y negro.

Visto desde la abierta perspectiva del lago, el compacto grupo de curiosos parecía suspendido por obra de milagro en el fondo negro de la noche. Sobre las inquietas cabezas se perfilaban los reflejos impacientes de los focos de los taladros, rojos y verdes. Y más lejos, en una curiosa burla de la profundidad espacial, la llama de los mechurrios alargaba sus lengüetazos rojos, exprimiendo zumo de sangre al corazón de la noche. Estaba feo, feo como ninguno aquel ahogado.

—Tenía razón la Mañosa; va a reventar.

—En cuanto lo muevan revienta.

—Y nos baña a todos.

El morboso espíritu de la multitud se negaba a abandonar por un momento su predisposición fiestera. Flores de un humorismo triste, saltaban de los labios la alusión soez y la macabra burla. Las meretrices borrachas, arremangadas las faldas, subían a las espaldas de los hombres.

—Ya hiede. ¡Foo!

Vino la policía. El juez. Los curiosos se apretaban como racimos para ver mejor. Y la planchada se mecía crujiendo.

—¡No arrempujen!

Hubo un ruido de chapuzones en el agua y las flemas negras pintaron placas en las ropas de los de arriba. ¡Plaf! ¡Plaf! Dos cuerpos cayeron. Cuatro manos crispadas agarraban sombras.

—¡Auxilio que me ahogo!

—¡No arrempujen!

Feo. Espantable. La tela del traje, que fue azul y ahora negra, prensaba la carne pútrica, dilatada por los gases comprimidos. Los cordones del calzado habían saltado. Los ojos seguían extáticos, en su inalterable dureza

obsesionante. Blancos, redondos coronados por la pupila violada. El diente de los pececillos había roído los párpados arrasándolos, aislando aquellos globos que parecían a punto de saltar como proyectiles. También las orejas desaparecieron cercenadas casi hasta la base. Solo quedaba de ellas un lívido cogollo, dentallado y húmedo de un nauseabundo humor. Y los labios... La ausencia de los labios dejaba a pleno aire la dentadura poderosa, rútila como los ojos. Menudos, fuertes sanos, los dientes se apretaban en una mueca insólita, con algo de sonrisa y de grito pasmado.

—Era un negro.

—Está hediondo. ¡Foo!

El juez pretendía en vano la identificación por testigos. Una voz de hombre gritó desde la sombra:

—Que lo desnuden a ver si alguna de las mujeres le encuentra algo conocido.

Se mandó prender al gracioso, pero no se pudo matar el germen de la irreverencia. Todos reían, reían agitadamente glosando el macabro humorismo.

—Así, de seguro no faltará alguna que lo conozca.

Tampoco lo reconocían los negros traídos exprofeso. Entonces se dispuso su registro. Costó trabajo hallar quien se acercara lo bastante para ello. Lo hizo al cabo un pobre diablo. Con un cortaplumas rasgó la tela azul y desfondó los bolsillos. Y en uno de estos, dentro de una cartera de piel, hallaron unos pliegos duros como pergaminos, numerados, presentando estas extrañas inscripciones:

AGAINST ALL PESTILIENCE I ENGUERRAND  
NARCISUS PHILIBERT

|  |   |
|--|---|
| J E H O V A H<br>F A T H E R   | D E U S<br>S —CHADDAY   |
| D E U S<br>A D O N A Y<br>E L O H E I C I T E T H E E<br>T H R O U G H J E H O V A H | E C A D<br>I C O N J U R E T H E E<br>T H R O U G H J E H O V A H |

Vean, Alm, Ah! Iba, Wich, Ika, Mi  
 Tmol, Big, Ktas, Ylm, Mehok, Ym.  
 Retak, Weal, Li7, Uma, Ima, Aki,  
 Lakad, Betu, Ybak, Rul, Lela, Aab,  
 Sskin, Mili, Etcchu, Kuck, Vetat

|          |         |
|----------|---------|
| ,Anan,   | Beni,   |
| ,Ymi,    | Becha,  |
| ,Miz,    | † Mehí, |
| ,Afcham, | Resh,   |
| ,Raasch, | Jaub    |

El juez se incautó estos papeles, profundamente intrigado. No obstante el atropello que produjo el levantamiento del cadáver la muchedumbre desfiló tras él, agotando su curiosidad morbosa. Luego, saciada, volvía al fragor de la fiesta, a los botiquines, a los casinos donde la musiquita ruin destrozaba rumbas

y foxtrotos. Ebrios, ansiosos de apurar la posesión de la vida, empeñados en acallar sus voces interiores, acudían al primario estupefaciente del alcohol. Hombres y mujeres, arrastrados por la ferocidad del instinto, acoplaban sus cuerpos, estrujaban, por encima del aislador de los trajes, las mucosas sexuales aletargadas en su mayoría por el derroche de energías.

Solo vivía el instinto, el instinto primitivo buscando cauce en la pantomima y la caricatura. La danza era un exasperado remedo de coito. Las criaturas se agitaban en un ritmo contorsionado y vertiginoso que daba, en vez de recibirla, la pauta musical. Mujeres que no hallaron un varón que las invitara, bailaban solas. Sus faldas subían en las puntas de los dedos y dejaban al descubierto la sudorosa desnudez en absoluta impudicia. Olores venenosos de transpiración gravitaban sobre las cabezas epileptoides. Gritos agudos, breves y cortantes como los de la indiada en la guasábara:

— ¡Jipa! ¡Junny!

Pero quedaron extáticos de pronto, paralizados como el cuadro del cinema cuando se rompe el film.

¡Fuego! ¡Fuego!

El grito surgió de la calle, de la planchada. Luego repercutió, se expandió, tembló en mil, en diez mil voces aterradas.

—¡Fuego!

Los cuerpos se desacoplaron. Las masas locas embistieron hacia las puertas rompiendo marcos y batientes. Hacia el escape de la tierra, por la única válvula de la pasarela de tablones.

—¡Incendio!

Por sobre los caballetes de cinc apareció, vibrante, la roja espiral del fuego. ¿Dónde había surgido?

Todos embestían hacia la misma meta en estampida loca, en inconsciente desgaritada. ¡Fuego! ¡Fuego! Pavor en las pupilas, pavor en las bocas abiertas, pavor en las piernas aceleradas. ¡Incendio! ¡Incendio!

La lengua, las mil lenguas viboreantes, gruñidoras, venían detrás, ganando la retaguardia. Se detenían con voluptuosidad, poseídas de una conciencia diabólica, para arropar los deleznable obstáculos, las casitas ruines, una por una. Y el obstáculo caía gimiendo, primero mancornado sobre sus patas de mapora, asentado luego sobre la negra costra del agua, y acabando al fin por hundirse en la ancha boca abierta. Una melena de llamas quedaba arriba, fragorosa. Estas llamas se destacaban como seres vivos, saltaban a la angosta plataforma y se deslizaban en pos del tropel pavorecido.

Luna. Una aurora precoz teñía el cielo de la madrugada, donde los luceros palidecían. En el refugio de la tierra firme se detenían los escapados acezando, y se ponían a contemplar los rápidos estragos. Era una selva roja, maravillosa. Una inversa tempestad, de la tierra al cielo, que avanzaba obstinadamente, provocando estallidos vehementes, música de aves, música de maldiciones.

Ya en salvo, los que no fueron alcanzados por el fuego se dividían en dos bandos: la mitad espectadora de la otra mitad. La primera podía permitirse el lujo de reír. La última se componía de los que tenían algo que perder: los propietarios, los comerciantes, los chinos y los sirios. Héroes desconocidos de la noche hacían frente a la llama invasora, penetraban en su vorágine y se perdían en los recintos incendiados para regresar después cargados con cosas recogidas a la loca, en desesperada búsqueda, esclavos de la avaricia. Hubo uno que pudo apenas recuperar, a costa de numerosas quemaduras, un zapato. Y con él en la mano se sentó a llorar a la vera del camino.

Era inútil todo este heroísmo. El fuego cobraba sin regateos. Dos horas después había terminado su labor. Dejaba un panorama plano de cenizas, tizones encendidos, planchas de hierro retorcidas. Centinelas de retaguardia, quedaban algunas espirales aisladas sobre los escombros. Y balsas flotantes en el lago. El viento de la madrugada las doblaba sin matarlas; las hacía navegar a la deriva, las hacía gruñir. Una aurora pálida fue descubriendo los más íntimos detalles del siniestro. Frente a estos, los derrotados se agrupaban. Y de vez en cuando, como una rezagada nota, caía un gemido. Lloraba el hombre del

zapato, encorvado sobre una piedra, y le rodeaba un grupo de curiosos. Era raro ver llorar así. En aquel pueblo no se conocían las lágrimas.

—Todo, todo lo he perdido—gemía el hombre—. Siete años de trabajo. Cincuenta mil bolívares.

—No llore por eso.

Se volvió a mirar. Era un obrero quien le consolaba, vestido ya con su ropa sucia de trabajo

—¿Usted qué sabe de esto? Usted no tiene qué perder.

El obrero rio con crueldad y los otros le imitaron. Ahora el rumor circulante e irresponsable balanceaba las pérdidas barajando cifras: Dos millones. Veinte millones. Quizá cuarenta millones de bolívares.

—Y ¿cómo no? Si cualquier gatucho inmundo tenía adentro una fortuna.

—Imagínense: aguardiente y telas... Telas y aguardiente.

—Y petróleo, casi nada.

Un viejo indígena, venido de Bachaquero o de Machango para ver el incendio, censuraba.

—Esto tenía que suceder. Un pueblo perdido. La iglesia cerrada. ¿Cómo se puede vivir así?





---

Enguerrand, *darling!*

Lloraba a gritos y se retorció, histérica. Se mesaba la alambrada masa de cabellos, pegados con gomina.

— ¡Enguerrand Narcisus!

Phoebe no era negra tinta. Había en ella una chispa, un soplo leve de blancura remota, reminiscencia de quién sabe cuál pecado ancestral. Su nariz tendía a adelgazarse hacia el extremo inferior, aun cuando expandiera su compás en la bifurcación del arquitrabe ciliar. Sus ojos se alargaban hacia las sienas, rasgados casi, adormecidos bajo el abanico de las pestañas. La boca grande, pulposa. La dentadura perfecta. El talle de avispa. Los senos apretados y pequeños como nísperos verdes. La pierna nerviosa, un tanto ahilada, y el pie grande pero delgado.

— ¡Enguerrand, *dear!* !

Supo que le habían visto en Lagunillas, porque al fin todo se sabe. La misma lista negra le servía ahora para sus pesquisas. La información no era precisa, pero las señas coincidían. No podía ser otro aquel negro que buscaba trabajo y halló la muerte en el lago. Su traje azul, sus zapatos rojos...

Fue al cementerio, acompañada de la compatriota gorda y compungida. Era el cementerio de los pocos lugares que no ardieron. Y allí estaba el montículo

reciente, húmedo. Phoebe abrió su libro de salmos y leyó el himno de la muerte, marcado con el número 608:

*All live unto Him.  
 GOD of the living, in Whose eyes  
 Unveil'd Thy whole creation lies;  
 All souls are Thine; we must not say  
 That those are dead who pass away;  
 From this our world of flesh set free,  
 We know them living unto Thee.*

*In our day of thanksgiving one psalm let us offer  
 For the saint who before us have found their reward:  
 When the shadows of death fell upon them, we sorrow 'd,  
 But now we rejoice thath they rest in the Lord.*

Después paseó su desolación sobre la desolación del paisaje. Salvo algunas compatriotas muy graves, muy solemnes, que salían a darla el pésame, nadie le hacía caso. Iba de luto riguroso, con su sombrero, su tul y sus guantes negros. ¡Quién lo creyera! Enguerrand Narcisus Philibert muerto de aquel modo absurdo. ¡Tan joven!

—*He is dead, darling. It is terrible.*

¡Muerto amado! Rara, rarísima en un negro, semejante resolución. El negro no suele buscar la muerte así. ¿Cuál tremenda fascinación ejerció en el alma atormentada de Enguerrand el tornasol del lago?

El lugar estaba quieto ahora porque la población se había irradiado hacia los caseríos vecinos. Unos personajes parleros, hombres, y mujeres, barrían los escombros. Y cerca de ellos merodeaban algunos chinos impasibles y algunos sirios libaneses enternecidos.

—¡Barchanta!

Los demás se habían ido a Maracaibo en busca de recursos para recomenzar. A Las Morochas, Tasajeras y Cabimas. Opinaban algunos que más valía mudarse a otros lugares, porque Lagunillas tendría siempre para ellos una sorpresa igual. Allí estaba el lago mostrando su irritable meninge negra. Ese aceite verdoso que se conglomeraba ahora sobre el agua era combustible en grado sumo. Y como por razones especiales (la del anofele entre otras) la población no podía dejar el agua, la contingencia seguiría latente. Los demasiado prudentes y los pesimistas eran pocos, sin embargo. La abrumadora mayoría lo que deseaba era ver surgir de nuevo, lo más pronto, el acuático nido de su riqueza.

—Algo hay que exponer—decían.

Bien valía el riesgo aquella oca bruna de los huevos de oro.

Phoebe fue exhibiendo su dolor por el dolorido escenario donde Enguerrand Narcisus dejara el último rastro de su vida. No conocía ella a Lagunillas sino de oídas, por su fabulosa fama. Arbitrariamente asociaba la misteriosa causa de la catástrofe colectiva a su particular catástrofe de viudedad. Solo en este *melting-pot* pudo exaltarse hasta el suicidio la red nerviosa de su negro. El castigo llegó pronto para la Sodoma: la misma noche en que se rescató el cadáver de las aguas.

Ya no tenía hogar. Su dulce, su pintoresco *home* era apenas un montón de cachivaches, un guardarropas de cartón con pijamas de seda; una gramola portátil, dos ceniceros de latón dorado. Se hospedó en una casita de Campo Rojo por bondad de unos paisanos condolidos. Y Phoebe fue arraigando en este que también era su mundo, poblado de negros. Su pena no podía durar eternamente. La juventud se le resolvía —acaso a su pesar—en risas y cánticos. La silueta de Enguerrand Narcisus comenzó a marchar en su imaginación, a marchar alejándose, esfumándose.

Negros alegres y generosos, como todos, eran estos que formaban su nueva sociedad. Había sus gradaciones, sus escalas. Pero ella, Phoebe Silphides, estaba en el tramo más alto... Por su juventud limpia y elástica, por su

acicalamiento y su nación, estaba arriba. Descendían así, por orden étnico: los de Trinidad—y ella era nada menos que de Puerto España—; los de Jamaica, los de Granada, Barbados y Tobago... Los últimos son negros de alma y de cuerpo. Zamarros y desaseados.

Érale placentero asomarse a la puerta de la casa envuelta en su pijama verde. Un mestizo joven con cara de chino, le traía paquetes de pitillos rubios. Se llamaba, el mestizo, César Egbert Conrad y a Phoebe le causó mucha risa cuando le refirió que sus paisanos la llamaban *Merry Widow*. La viuda alegre alegraba el campamento. El mismo Conrad le preguntó más adelante:

—¿Quieres dejar de ser viuda?

Y ella lo bañó con su risa de perlas:

—¡Oh, no, *dear*. *Never!*

¡Nunca! ¿Renunciar a tan bonito apodo? He aquí que ya era una heroína romántica. Estaba bien así. Encantada en su mundo. Aquí también se reunían los domingos para entonar sus salmos.

*¡Alleluia! ¡Alleluia!*

*¡Hearts to Heav 'n and voices raise!*

Y ponían fiestas con baile, porque todos los negros saben tocar un instrumento: el violín o el saxofón. César Egbert, sin ser negro puro, tocaba el ukelele y el serrucho mágico. Ella admiraba a César, como a todos los de su casta híbrida, por su inteligencia y simpatía. Porque reproduciendo los peculiares rasgos fisonómicos del mongol, espiritualmente tiran hacia el ancestro negro.

En tanto, a medida que la Lagunilla de Agua iba surgiendo nuevamente, como si el agua misma la vomitara sobre sus patas de mapora, la silueta azul de Enguerrand se borraba en las perspectivas mentales de la viuda alegre. Phoebe trabajaba. Había sido contratada como *nurse* de unos niños rubios y tenía que pasarse el día en un *cottage* del campo de los blancos. Pero se resarcía por la noche, después que los niños, agotados por las travesuras, se rendían en sus cunas. Linda la negra, con su toquilla de encajes y su delantalito rizado. Ganaba

para vivir, para enviar un giro a Trinidad todos los meses y aún para poner la fiesta. Había montado casa, un museo de baratijas. Los bibelots no dejaban espacio suficiente para moverse de un lado a otro. Sin embargo, allí bailaban. Allí se reunía su corte: César Egbert, el radiotelegrafista Astrolabius, un tal George Anthony que era esbelto, pelirrojo y con los ojos verdes; Débora, esposa de George, negra y menuda como un amuleto infantil; Josephine, gorda y sandunguera, plena de bondades para toda la colonia, y Calixtus, Grand Master de la Logia de *Odd Fellows*.

Phoebe recibía grandes paquetes de *The Port of Spain Gazzete* y libros de cocina. Nunca regresaba a casa con las manos vacías. Su bolso de piel era como el sombrero de un prestidigitador, de cuyo fondo milagroso hacía surgir todas las noches, paquetes de chocolates, pequeños cubos de mantequilla congelada, cucuruchos de leche en polvo, harina, mermelada, queso. Sus amigos agrupábanse alrededor de su estilizado talle, estiraban los pescuezos y explayaban las bocazas atragantadas de risa:

—*Very funny... Ho! Ho! Ho!*

Ladina la viuda. Allí venía la alacena del amo para delicia de ellos, sus admiradores. Dichoso quien pudiera conquistar su corazón, más rojo que un pimiento. Con mujer tan lista podría sentirse bien un negro. Solo un idiota como Enguerrand Narcisus Philibert, tocador de violín, pudo dejarla de una manera tan triste en este mundo hecho para la risa.

—*Very, very funny.*

La llamaban a veces con urgencia de la casa del patrón. Madame estaba ausente y los niños lloraban. Al principio iba maldiciendo su negra suerte, con los ojos abotargados y la pelambre en desorden. Después fue habituándose. Antes de salir se acicalaba.

Había de atravesar la callejuela de su casa para subir a la calzada y tomar un taxi. Y apresuraba el paso, incomodada por el presentimiento de las avizoras pupilas que la espían detrás de las cortinillas de cretona. Negros curiosos,

malignos maldicientes, hundidos en la negrura de sus cubiles, macerados en su esencia de sábila y en los detritus de sus hijos.

Y una mañana, inopinadamente, la viuda alegre regresó llorando. La madama, la blanca, había amanecido como una energúmena. La había tirado cosas a la cabeza. La había llamado mala.

—*It is terrible!*

La había echado como un bicho inmundo. De igual manera debieron arrojar a Enguerrand Narcisus. Así, con aquel violento arranque de odio y con aquellas restallantes palabras: ¡Negra! ¡Negra!

—*But, why?*

Pero ¿por qué? Abismados, sus amigos inquirían: ¿por qué? Echarla así, a ella, *the merry widow!* Y ¿qué más le había dicho? Pues, la acusaba de una cosa infame con el blanco...

—¿De veras? Pero eso es calumnioso, ¿no?

¡Oh Dios! ¡Ultraje tal! ¡Con el blanco! ¿Y eso iba a quedar así? Alborotando el vecindario, despertaba el instinto litigioso de la raza. Alzaban las negras sus brazos al cielo invocando a Dios, al Honor. Los negros daban puñetazos sobre las mesas. César Egbert Conrad rompió ruidosamente las cuerdas de su ukelele.

— ¡Una demanda! ¡Una demanda!

Llevar a la blanca calumniadora al tribunal. Cobrarle cien dólares, mil dólares. Estrujarle el insulto en la boca roja. ¡Mil dólares para reparar el honor de la viuda alegre! ¿Que no tenía dinero para los gastos del proceso? Allí estaban ellos, sus amigos, sus admiradores, sus hermanos. Luego todos cobrarían. ¡Mil dólares o más, con los gastos!

Hidalgo y teatral, César Egbert le tendió su mano:

—Heme aquí, Phoebe. Una vez más, solemnemente te ofrezco mi nombre. El nombre de un *gentleman* que quiere salvaguardar tu honor en esta hora de prueba.

Los otros, conmovidos, se estrujaban los ojos con los dedos.

—*Oh man! ;What a gentleman!*

Era demasiado dramática la escena. ¿Cómo rehusar? ¡Tan noble César! Y no solo eso. ¿Cómo no lo advirtió antes? Era rubio al lado de ella. Con su cabello negrísimo y chorreando, cayéndole sobre los ojos cuando se agitaba.

—*Yes, darling.*

César tenía amigos en el pueblo. Iban de bracete a pasear a Lagunillas de Agua, por la noche. ¡Felices! El deseaba que todos contemplaran su dicha. Hizo imprimir tarjetitas con orla dorada, en libretines desglosables:

*Mr. and Mrs.*

*CESAR EGBERT CONRAD*

Paseaban por las nuevas planchadas. Se detenían a contemplar las nuevas edificaciones, reproducción exacta de las que el fuego consumiera.

—No hace falta que conocieras la otra Lagunillas. Dentro de poco todo estará como si nada hubiese ocurrido.

Lo único que faltaba era la capilla católica. No había quizá quien se acordara de ella. Mucho menos quien gastara su dinero en reconstruirla.

—Mira, Phoebe, aquí recogieron su cadáver.

Entornó los ojos.

—*Poor boy.*

Pobre muchacho... Allá estaría, en el cielo, en las verdes praderas, con su traje azul y su violín. Con dos grandes alas de casimir para volar de nube en nube. Lejos de la Lista Negra.

A los cuatro meses de casada con César, Phoebe dio a luz un niño blanco. ¡Blanco!

— ¡Terrible!





**Cuarta parte**

**Azul**



Complaciente, el técnico informaba:

—He aquí un aparato que reduce en un notable porcentaje el coste de la producción. Puede suponerse: con los métodos antiguos cada taladro necesitaba un hombre, por lo menos. Ahora esta catalina pone en función, simultáneamente, diez, veinte o más taladros.

Consiste la catalina en una gran rueda horizontal accionada por un motor. Esta rueda mueve un dispositivo excéntrico del cual parten, en irradiación perfecta, varias cabillas que van a mover, a su vez, los balancines de los pozos de explotación. Algunas abarcan un radio de una milla. Y esta máquina, para su cuidado, solo necesita un mecánico. Las compañías lacustres, que por razones técnicas no pueden emplear el mismo método, empiezan a electrificar sus pozos. Estas seguirán empleando a los orientales, hombres de mar, para el trabajo acuático. Pero de todos modos, la innovación reducirá notablemente el contingente humano.

La economía que se obtiene de este modo, sin embargo, queda compensada por otros gastos que impone la necesidad de penetrar a mayores profundidades en la perforación. Los yacimientos se agotan. Los pozos existentes tienen que ser reperforados. Los geólogos anuncian que el buen petróleo está cada vez más abajo y que para llegar a él es preciso atravesar grandes capas geológicas,

rocas durísimas, venas de agua a temperaturas diversas y aparentemente caprichosas. Últimamente, alguna de las empresas que operan en el lago ha sobrepasado los tres mil pies. Y ¿sabe lo que ha hallado en su complicada y laboriosa búsqueda? Una hoja de árbol. Una hoja supermilenaria, fosilizada, a mil metros de profundidad en el seno de la tierra y debajo de los quince metros de agua que tiene el lago en ese sitio. Una hoja espléndida, nítida, encerrada en el corazón de un trozo de roca calcárea. Cosa admirable que solo ha podido llegar a nuestra vista gracias a la formidable capacidad de penetración de los modernos berbiquíes con punta imantada, capaces de taladrar la pizarra y el granito como si fuesen pedazos de cera.

—Esas cosas —agregó sonriendo el geólogo— harán pensar a quienes le niegan poesía a la industria. Estos ignoran que hay hombres de ciencia, que ganan fortunas, ocupados en cazar mariposas, escarabajos, y serpientes, flores y resinas para estudiar en ellos las posibilidades mineralógicas del terreno. Ya no son los días iniciales de la explotación, cuando bastaba dar un golpe sobre el piso para que brotase el chorro de aceite de primera.

Sé que es cruel, hasta cierto punto, lo que estoy diciendo para los sentimientos humanitarios de la gente de la calle. Pero la verdad no es cuento: el hombre, cuando carece de conocimientos técnicos, es más bien un enemigo de esta industria y su concurso es suplido ventajosamente por la máquina que reduce al mínimum el riesgo de las equivocaciones y de los descuidos. Una buena máquina bien alimentada, bien ajustada y aceitada, no sabe lo que es el error ni conoce el cansancio ni el sueño.

Acabó de hablar y se alejó encendiendo su pipa. Las noticias eran alarman-tes. Una palabra presagiosa florecía en todos los labios: crisis.

Un día corrió la nueva de que algunas compañías eliminaban hasta a sus empleados rubios traídos de Europa y Norteamérica bajo contratos especiales. Reinó por un momento el descontento, casi el terror de los naufragios. Las gentes iban por las calles realizando sus bienes para no perderlos todos en la total depreciación que presentían. Casas, tierras, muebles. Zarpaban los

buques hacia las rutas del mar cargados de emigrantes que ya se fatigaban de azotar las calles. El hambre asomó su ceño en los cielos teñidos por el rubor de los mechurrios.

¡La crisis!

Ahora se veían vacías, abandonadas, aquellas casas relucientes de La Rosa, y la maleza invadía los simétricos jardines.

La gente comentaba:

—Es que hay mucho petróleo depositado en Norteamérica. Y no hay mercados.

—Los ingleses están en competencia con los norteamericanos y los precios han bajado.

—No son los ingleses sino los rusos. ¡Malditos bolcheviques!

—Nada de eso. Es el Japón que está fabricando petróleo sintético con agua de mar.

—Si hubiese otra guerra todo volvería a su antiguo estado. Volvería a correr el oro.

¡Si hubiese otra guerra! Era el comentario predilecto en los corrillos de las esquinas. Los hombres en mangas de camisa, con las manos en los bolsillos, hablaban con desencanto.

¡La crisis!

En los escaños del parque: ¡La crisis! En las puertas de los botiquines: ¡La crisis! En el fondo de los vasos de cerveza: ¡La crisis!

Como un tul mojado que arrojara los corazones: la crisis.

Casuchas extramuranas, cuyos cánones rentísticos llegaron a alcanzar sumas fantásticas, iban quedando abandonadas. El abandono las arruinaba en breve. Filas de guaridas, en La Rosa y Ambrosio, donde se hacinara una humanidad sudorosa y estragada, dejaban batir sus puertas y se llenaban de sabandijas. Las orquestas de los casinos ponían notas melancólicas en el fervor de las noches cálidas. ¡La crisis!

Fue descendiendo el diapasón.

La emotividad humana iba buscando el equilibrio perdido. La música de nuevas esperanzas reguló el ritmo de los corazones. Del estruendo discordante de aquellas muchedumbres atolondradas, se pasaba por el tamiz del dolor al reposado compás de una ciudadanía que de pronto se descubría en posesión de cariños y deberes inexplorados. Cariño y deber al pueblo donde corrieron sus ansias, donde quedó un poco de sangre trasfundida en otras venas. Descongestionados como ahora, tras la revelación de la crisis, era como podían los sentidos descubrir el verdadero valor de la nueva ciudad fundada en hora de ceguera y desenfreno.

Un claro día amanecieron los obreros poniendo piedras sobre piedras. La calma acompasada de sus movimientos, el ritmo de sus espíritus iba dando vida a aquellos cantos. Surgió la forma nítida y preconcebida: una escuela.

—Pero ¿es que hay crisis de veras?

Nunca se pensará en atacar obra semejante en las épocas de derroche y ruido. Todos venían, admirados, a contemplar aquellas paredes sólidas, hechas para durar siglos, aquella elevada techumbre de tejas; aquellos claros recintos donde el sol penetraba con alegría. ¡Una escuela! En sus salones amplios y ventilados se reunirían los hijos a redimir el pecado de los padres, a echar raíces de verdadera vida.

El día de la inauguración aparecieron los trajes negros. La música sonó distinta. Himnos, discursos, cantos escolares.

—Nada de esto se hizo cuando “el chorro”.

Las prostitutas que antes invadían todos los barrios, fueron relegadas a zonas especiales de concentración. Una sociedad incipiente, aluvional pero tomada de ciertos prejuicios aristocráticos, fue desalojando las malas costumbres de las arterias centrales. El pueblo, la antigua aldea minera, iba adquiriendo cierta fisonomía citadina y convencionalista, jerarquizándose en sus elementos de pro. Y estos elementos eran en su mayoría gentes de actividades ajenas a la explotación del hidrocarburo.

Volvió la parroquia a tener cura y estas almas que curar. Hastiadas de las caricias fáciles, del amor mercenario, las almas varoniles buscaban equilibrio

en la válvula del matrimonio. Fue frecuente entonces el ingenuo espectáculo de los cortejos nupciales bajo las estrellas. Vino una compañía de ópera que representó *Rigoletto* y hubo quien se vistiera de frac para oír a los cantantes.

Pero quedaba el sentimiento reverencial, la admiración por el musíú. En este sentido las recepciones de los extranjeros fueron el *tour de force* para la aristocracia criolla. Allí el bodeguero adinerado, el doctorcito mestizo, el agente de gramolas y el antiguo peón que supo conservar su oro, recibieron el espaldarazo soslayado del blanco ultramarino. Las morenas matronas de ojazos negros se encogieron regocijadamente bajo la luz terrible de las bujías eléctricas, disfrutando la ácida sensación de su paralelo con las deslumbradoras madamas rubias. Y los nativos endomingados se hartaron de whisky and *ginger-ale*, celebrando hasta desternillarse los chistes en inglés.

—Ese míster ¡qué gracioso! No le comprendo bien, pero la manera de decirlo...

Y las mujeres:

—¡Qué bien aquella madama sin medias!

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡Qué amable! ¿No?

Hubo un mitin.

—Tenemos que hacer algo para retribuir tanta amabilidad. Pero ¿cómo? Si en el pueblo las únicas casas presentables son las de ellos.

—Fundemos un club.

—Cierto, un club; pero hay que fabricar la casa.

—Fabriquémosla.

Para comenzar se suprimieron las medias del tocado femenino. Las carnes morenas se doraron bajo el crudo sol, los finos dedos de uñas esmaltadas oprimieron el cigarrillo rubio. El clásico recato —o la clásica gazmoñería— de la criolla para el placer del humor desapareció. Con entusiasmo extraordinario se dio comienzo a la construcción del edificio para el club.

—¡Un baile, un baile para inaugurarlo!

“*Mister and mistress; tenemos el honor...*”.

La imprevista accesibilidad del elemento nórdico prendió en el espíritu nativo un nuevo estímulo: el deporte. Sin embargo, la criolla no tuvo bastante fuerza de voluntad para seguir a la extranjera a la cancha de *tennis* después de los ayunos a que se sometió para guardar la línea. Se conformó con batir palmas en el estadio.

Con doloroso entusiasmo devoraban las soñadoras pupilas negras la traza elástica de los cuerpos rubios, tensos de músculos y de voluntad. Los seguían al cruzar las calles asfaltadas. Aquel dolor de las pupilas elevaba retorcidas resonancias espirituales.

—Allí van las madamas que nos presentaron anoche. Parece que no nos han reconocido.

Pero ni la función del club, ni el melifluo saludo de los maridos en la calle, ni las tarjetitas aduladoras, ni los dulces de hicacos pudieron romper el hielo y franquear el paraíso de la intimidad. Pudieron regocijarse hablando de los clubs exclusivistas y de algunas otras conquistas protocolares, pero nunca de una invitación privada, de hogareño calor.

—¿Cómo serán por dentro las casas de los musiúes?

Alguno que otro *driller* rudo llegó a matrimoniarse con una pollita indígena, pero luego quedaba relegado al colofón *native*. Uno de ellos, que después de largo período de amores desposó a una linda montañesa, confesaba brutalmente:

—Me gustó. El matrimonio es un recurso cómodo para conseguir la mujer que a uno le gusta y el divorcio es el aspecto más práctico del matrimonio. Con este matrimonio, además, he molestado un poco a los idiotas que nunca han podido perdonarme por completo el que sea hijo de una mexicana.

Este hombre iba al matrimonio a los cuarenta años, después de una juventud borrascosa, de tabernas y prostíbulos. La niña se mostraba encantada y su familia comenzó a darse humos de importante. Después de la boda, el marido la llevó a un *bungalow* de pino, en el campo de los extranjeros. Allí encontró la esposa una cocina eléctrica, un refrigerador, un radio y cuatro butacas de



resorte. A los lados había otros *bungalows* idénticos. Ángela formaba proyectos de conquista apuntados a la amistad de sus vecinas.

—Tienes que presentarme a tus paisanos —le decía colgándose de su cuello.

*All right*—respondía él descolgándose.

Pero no lo hacía. Pronto se dio cuenta ella de que él mismo no los visitaba. Cuando fue a ver a su madre, esta no pudo excusar su alarma:

¡Niña! ¡Qué demacrada estás!

Ángela hizo esfuerzos para sonreír.

¿Qué te pasa? Cuéntame—insistió la madre.

—Nada, mamá, estoy bien.

E hizo unos pucheros muy monos.

— ¡Mentira, mentira! Tienes algo. Hasta tu visita, a esta hora, me lo prueba.

Cayó en sus brazos, sofocada por el llanto. La madre se sintió oprimida.

—Ya te decía que lo pensaras mucho. Cuéntame, ¿qué te pasa?

—Nada en concreto, mamá, pero sufro. Jorge nada me niega, pero todo me falta. Ustedes, sobre todo.

La madre guardó silencio. Luego resignada:

—Pues, hija: eso no tiene remedio. Ahora es tarde para verlo. El matrimonio es cosa seria; para toda la vida. Tienes que acostumbrarte.

Reprochó Ángela.

—Y ustedes ¿por qué no van a verme? Tú siquiera...

—No quería decirte nada, pero ya que me preguntas... Había hecho el propósito de no volver a visitarte, por lo menos mientras estés viviendo allí.

— ¡Cómo! Pero ¿por qué?

—Por nada, hija. Yo que sé... No me gusta. Entra una como una ladrona. Los porteros...

—¿Los guachimanes?

—Esos hombres que están en las puertas del campo. No sé cómo les dicen. Miran a una de cierto modo, le preguntan tales cosas que, francamente... Hasta las negras sirvientas se ponen a cuchichearse en su lengua

y a sonreír. Eso sí que no; de mí no se ha reído nadie hasta hoy, y ya estoy vieja para eso.

Ángela humillaba la miraba. Replicó sin convicción:

—¡Jesús, mamá! Ideas tuyas.

Pero la madre, vehemente:

—Y si son ideas mías, ¿de qué te quejas tú?

Como guardaba silencio la apremió:

—Contéstame: ¿de qué te quejas?

No pudo menos de admitir:

—Es cierto, mamá, es cierto. Estoy muy sola. Me parece que estoy en otro mundo. A veces siento calor y quiero salir al patio, pero no me atrevo porque siempre están ellas allí. Jorge, además, ha cambiado de carácter. Lo noto... no sé: cambiado.

—¿Te maltrata?

—No, no es eso. ¿Cómo diré? Parece agriado de algo, incomodado. Me contesta en un tono áspero y ya no es tan cariñoso como cuando me enamoraba.

—Cuando te enamoraba... —suspiró la madre—. Francamente, nunca supe cómo eran esos amores. Esos abrazos, esos apretujones, esos besos delante de todo el mundo.

—¡Mamá!

—Sí, sí; ya sé que eso es lo moderno. Así me decían tú y tus hermanos. Lo demás hipocresía. En cambio, recuerdo cómo te pretendió Emilio, en nuestro pueblo. Y no porque fuera menos hombre: ¿recuerdas que una vez me llegaste toda encendida a decirme que Emilio te había dado un beso?

—¡Por Dios, mamá! ¡Recordar eso ahora!

—Recordarlo, sí. ¿Sabes tú acaso cuáles viejos amores estará recordando tu marido? Casada con Emilio, tus hermanos no podrían, es cierto, llenarse la boca hablando de su cuñado musíu, pero tú no tendrías que estar pagando esa vanidad.

—Ay —deploraba Ángela—. Yo que venía a buscar consuelo aquí.

Pero su madre se había transfigurado.

—Y haces bien: ¿dónde más irías a buscarlo? Pero, hija, aunque te arda, permíteme que me desahogue un poco. Yo también necesito este consuelo.

Días después la escena era más dura. Ángela llegaba deshecha, lívida:

—Nos vamos para Lagunillas.

—¿Para Lagunillas?

La madre quedó pálida. El hermano, presente, terció con displicencia.

—¿De veras? ¿Cómo así?

—Han trasladado a Jorge.

La madre se mostraba abatida.

—¡Dios mío! ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer yo sino seguirle?

—Ya lo creo—dijo el hermano—. Y no me explico por qué lo toman así. Las casas de los extranjeros son allá tan confortables como aquí. El mismo clima, el mismo vecindario *chic*.

—Sí —retrucó Ángela—, y la misma soledad.

—¿Soledad?

—El mismo abandono. Ni el recurso siquiera de venirme para acá a pasar el día. Jorge trabajando y yo solita, sin una amiga a quien hablarle.

El hermano se marchó irritado. En la frente de la madre, una arruga profunda. Una saeta de dolor.



Volvía el Padre Nectario. Después de veinte años, volvía. En el malecón un grupo de nativos le esperaba. Casiano presidía la recepción. Ya no estaba allí su asistente con el burro del diestro. Ni se disparaban cohetes. Ni tocaba la orquesta. En lugar de todo esto, un palpitar de motores y la vocinglería estridente de los automóviles. No llegó La Linda cuya silueta balanceara en otro tiempo su gentileza de ave sobre las ondas grises, sino un vaporcito negro, abigarrado, pleno de agentes brutales. La figura negra del cura destapábase en la baraúnda de los pasajeros que se defendían del asalto de las faquines del muelle. Joaquín, el yerno de Casiano, sostuvo su corpulencia para que no cayera.

—Estoy mareado—confesó el levita.

Casiano lo observaba:

— ¡Qué viejo estáis, Nectario!

Y después le presentaba a las muchachas:

—Mira: estas son las hijas de Carlina.

— ¡Tus nietas! ¡Aquellas que todavía mamaban la última vez que las vi?

—Las mismas: esta es Sila. Esta otra, Electa.

Las muchachas besaron su mano con sonrisa irónica. Era recomendación expresa del abuelo.

—Vean cómo se portan con el cura, si quieren estar de buenas conmigo.

El Padre Nectario limpiaba sus cristales con un trocito de gamuza.

—Y vos, Casiano, también estáis gastado. No tanto como yo, pero lo estáis.

—Los trabajos. Hemos sufrido mucho. No te imagináis.

—¿Que no me lo imagino? ¿Qué creéis que he hecho yo en estos veinte años? Esas andanzas por Santa Bárbara del Zulia, por Encontrados, por San Carlos, han acabado conmigo. Gracias a la Virgen que al fin Monseñor me ha mandado para acá. Ojalá que me deje enterrar estos pobres huesos aquí, junto a mi gente...

—Junto a tu gente... Quizá no tanto. El cementerio viejo está clausurado. Ahora han hecho otro.

—Será mucha la gente que ha muerto aquí en todo este tiempo.

—Imagínate.

Quedaron pensativos, uno frente al otro, humillados por un peso terrible. El peso del pasado. Pero allí estaban las muchachas riendo y charlando, y los dos viejos tuvieron que despertar. El cura se admiraba ingenuamente. Ya no era este el desembarcadero de cañas que crujía bajo sus pies. El ajetreo actual, el tráfico de cargas y viajeros no recordaba en forma alguna la antigua quietud del lugar sembrado de cocoteros, bordeado de eneas y sobresaltado por el vuelo de los patos silvestres.

—¡Y esto es lo que fue La Playa... ¿Cómo se llama ahora, Casiano?

—¿Cómo? Pues nosotros, los hijos del pueblo, seguimos llamándola lo mismo: La Playa; más allá, La Plaza... Pero los forasteros dicen: el Muelle Municipal para diferenciarlo de los otros, del muelle del mercado y de las compañías.

Cuando dejaron el malecón para enfilar la avenida, los asaltaron los choferes:

—¿Vamos a hacerle la carrerita, padre?

—Venga, mayor: mi carro es mejor que ese.

Casiano le preguntó, solícito:

—¿Queréis ir en automóvil?

No lo quería. Su deseo era volver a ver todo aquello que le rodeaba calmamente para revivir sus emociones en el recuerdo visual. Siguieron andando.

Las cansadas pupilas del levita, contraídas con esfuerzos tras los gruesos cristales, se posaban furtivamente en los amarillentos árboles en la residuaria verduza relegada a un secundario término pero resistida a morir. Y era como si tratara de identificar cada copa, cada rama, cada hoja.

—Dios mío, ¡qué de cosas! ¡Qué gentío! ¡Qué ruido!

Las muchachas iban junto a él, risueñas. Y comentaban:

—Ah, pues esto es nada, padre. Hubiera venido dos años antes. Todavía era Cabimas.

—¿Cómo? ¡No había estas cosas hace dos años?

Ellas soltaron el chorro de la risa. Pero la mirada severa del abuelo restañó aquel chorro.

—No, Nectario: estas no saben a qué Cabimas te refieres tú. No la conocieron. Hablan de la época ruidosa, de la que llaman época del oro.

—Luego, ¿esto que veo ahora es menos de lo que fue?

—¡Puh!—hizo Sila.

—¡Dígame! —corroboró Electa—. Ni su sombra. Aquí hay ahora casas de familia y hasta las hay vacías. Hace dos años esta calle metía miedo.

La regañó Joaquín, su padre:

—¡Cállate! Habláis más que una cotorra.

Y Casiano:

—Charlan demasiado. No se parecen a las muchachas de otro tiempo.

—Ni Dios lo quiera—sopló Sila al oído de su hermana. Pero el sacerdote, que las oía complacido, las alentaba: —Dejálas estar, hombre. Sigue, mijita, sigue.

—Pues eso, eso que dice Electa. Esta calle no se entendía. Eran garajes, botiquines, fondas y negocios de todas clases. ¿Y la calle principal? ¿Y la plaza? Por la plaza, padre, había momentos en que no se podía pasar.

—Es verdad —admitió Joaquín—, a mí mismo me daba miedo.

—Pero, ¿por qué?

Volvían las niñas a reír de la candidez del cura.

—¿Por qué? Explícale vos, Sila.

—Sí, yo se lo explico, padre. En esa época había cuatro o cinco veces más gente que ahora. ¿Comprende? Esta calle y la plaza estaban siempre repletas y oía usted hablar en chino, en inglés, en alemán. ¿Se cree que hace dos años podíamos ir tan tranquilos por aquí? ¡Qué va! Cada empujón, cada palabrota paraban el pelo. Además...

—¿Qué más?

—Que todas estas casas estaban llenas de mujeres malas.

—¡Niña!

Para disimular su confusión el Padre Nectario se detuvo a mirar un edificio de tablas y cinc.

—Aquí, en esta esquina, estaba la comadre China. ¿No?

—¿La comadre qué? —inquirió Electa.

China Ríos explicó Casiano—. Ustedes no la alcanzaron. Sí, Nectario: aquí era.

Atravesaron la plaza para llegar al templo. Nuevos asombros.

—Ah, pero la plaza tiene enlosados.

—¿No lo sabía?

—¡Qué iba a saber yo! Metido en esa costa matando plaga.

—Pues no solo enlosados, vea: tiene su estatua y su luz eléctrica.

Apuntó Joaquín:

—Fíjese en la jefatura: ahora tiene tejas. Ya no es la casita de enea de cuando mandábamos nosotros.

—Es verdad. ¿Y la iglesia?

Casiano bamboleaba de cabeza gravemente.

—Es lo único que sigue como antes. Parece mentira. Pero vamos a dejarlo así. No se debe hablar mal de los curas; sin embargo, ese español que tuvimos hace dos años...

—Psss—cortó Nectario con un dedo en los labios.

Limpió de nuevo sus cristales, agregando:



—El obispo sabe lo que hace. No estamos autorizados para criticarlo. ¿Qué somos nosotros para eso?

Habían llegado a la capilla. Tanto en el atrio como dentro de la casa cural había gentes esperándoles. Eran viejos nativos que venían a dar la bienvenida al ilustre hijo de la tierra.

—¡Nectario! ¡Qué cambiado estáis, muchacho!

Algunos de ellos le habían cargado en sus rodillas, le habían seguido paso a paso en su sagrada vocación desde el remoto domingo en que por primera vez vistió la desvaída sotanuela de acólito.

—¡Nectario! ¡Qué cambiado estáis!

Iba abrazando los rugosos cuerpos, duros, en su mayoría, como troncos. Y les gastaba chanzas.

—¡Ricardo! Todavía dais guerra, cristiano. Vos tenéis más de ochenta años.

Espuma de vino clásico, (fluían las bromas predilectas de la aldea, donde los años vividos son trofeos inestimables.

—No embroméis la paciencia: viejo vos, Nectario. ¿No te acordáis que cuando venías a decir misa yo era todavía un muchacho de catecismo?

Un júbilo ingenuo caldeaba el frío y penumbroso ambiente de la sacristía, en cuyos anaqueles luchaba la polilla con el ancestro aldeano. Allí, en los cuatro libracos carcomidos, repetíanse generación tras generación los mismos nombres extravagantes pero peculiarísimos: Alcibíades, Rudecindo, Lúcido, Cromático. Hasta un momento dado en que todo, cualitativa y cuantitativamente, cambiaba: el color del papel protocolar, el volumen de los libros, los nombres de los parroquianos.

Para calar toda la hondura del drama de su tierra, le hubiera bastado al Padre Nectario hojear aquellos libros. En ellos hallaría la pauta de la desgarradora sinfonía que iban ejecutando afuera, en ese mismo instante, los choferes de los automóviles, los constructores de edificios, los perforadores de pozos de petróleo, los cómicos, los boxeadores, los mil y un charlatanes de todas pintas que colmaban el pueblo.

— ¡Virgen Santa! ¡Cómo ha cambiado esto!

— Como del cielo a la tierra—afirmó Ricardo, el octogenario.

En homenaje a la emoción del cura guardaron un instante de silencio. Alguien dijo luego:

— Parece, sin embargo, que esto vuelve a su ser.

Pasaron al recinto del templo. El Padre Nectario limpiaba con frecuencia sus quevedos. Los necesitaba diáfanos para contemplar los sagrados ornamentos, los cuadros, los escaños, las imágenes que ya conocía pero que su corazón soñaba ir reconstruyendo. Avanzaba en silencio y en pos suyo iba el grupo de feligreses. Se detuvo delante de una hornacina donde reposaba, de pie y llorosa, la imagen de la Virgen.

— La Patrona...

Quedó en éxtasis. Sus labios se estremecían en silencio y a su espalda los corazones palpitaban. Cuando se alejó de allí, después de persignarse, Casiano murmuró a su lado:

— Todo está lo mismo. ¿Ves? No le han hecho una gracia...

El cuerpo del levita sufrió un sacudimiento. Regresaba de un sueño remoto.

— Y ¿qué queréis? ¿Para qué más? Todo, todo está igual. ¡Gracias a Dios!

Hubo otra pausa tensa. Y luego:

— Es lo que necesitamos, Casiano. Que todo aquí esté igual.

Fueron después a algunas casas íntimas. Tenía buena memoria el cura. Pedía noticias de los viejos conocidos, de Celesta, la que fabricaba aquel pan blanco. Y Casiano le informaba con prolijidad.

— Todavía dura la vieja. Una de las hijas, Albertina, se casó con un ritero y se quedaron viviendo en la casa... Fue una historia que dio mucho que hablar. Imagínate que después va y sale la otra embarazada y todo el mundo dice que el muchacho es del cuñado.

— ¿Y el tocayo Nectario Nava, aquel de las esteras?

—¡Jesús! Ese murió qué de años.

—¿Y tus otros hijos, Casiano? ¿Qué hacen?

Juvencio había muerto. Yayito casó y fabricó hijos.

—¡Cuántas cosas, cuántas cosas y nosotros vivos todavía!

—Y sufriendo nuevas mortificaciones diariamente. Ahora son las nietas, estas muchachas. Muy buenecitas, muy trabajadoras, las pobres, pero la han cogido por andar en el cinematógrafo y en ese fulano estadio de pelota con un grupo de compinchitas, todas forasteras. Y lo peor no es eso, lo peor es que se han enamorado de dos forasteros también.

El Padre miró a Casiano y, sonriendo, le puso una mano en el hombro:

Y ¿vos qué queréis? ¿Que no se te enamoren?

No —resolló—no es eso; pero que se casen con gente de aquí. Hoy las engatusan esos hombres y mañana se van y me las dejan desacreditadas. No tenéis idea de lo que es esto, ahora, aquí en Cabimas. Hombres y mujeres están perdidos: se besan y apurruñan en todas partes, delante de todo el mundo. Yo no he sorprendido todavía a mis nietas, y quiera Dios que nunca las sorprenda en eso...

—Pero, bien: si esos sujetos traen buenas intenciones...

—Y ¿quién puede adivinarlo?

—Adivinarlo no, comprenderlo. Peor sería otra cosa. Que se las lleven, pero honradas.

El levita quedó meditabundo y agregó:

—A nosotros, Casiano, lo que nos embroma es el egoísmo. No queremos que lo nuestro vaya a otras manos. Juzgamos ciertas cosas de índole moral — como el corazón de nuestros hijos, por ejemplo, y el derecho de ciudadanía— como algo estrictamente personal, como propiedad privada que podemos negociar a nuestro arbitrio y negarlo o concederlo a quien nos haga sangre. Gran fracaso pensar así. Aquí tienes el resultado: los forasteros hechos dueños de todo y los hijos del pueblo arrinconados, apartados de la vida.

—¿Y qué queréis? Es nuestro modo.

—Nuestro modo... Ojalá nuestros hijos sean de otro modo.

Habían llegado a la casa de Casiano. Carlina, la hija de este y madre de las muchachas, besó la mano al cura, excusándose:

—Perdóneme, Padre, que no fuera a recibirlo al muelle. Pero yo soy aquí la del todo. Mamá está tan achacosa que ya casi no ve.

Adentro se oyó, la cascada voz de la esposa de Casiano:

—¿Ya están ahí Carlina?

—Sí, mamá.

—Decíles que ya voy para allá.

Arrastrando los pies y sostenida por Joaquín y Sila, entró después. El Padre Nectario fue a abrazarla.

—Gracias a Dios, hijo —gemía la anciana enjugándose los ojos—. Siempre tenemos alguna alegría entre tantas amarguras. ¿Te quedáis aquí, Nectario?

—Sí, Zulema. Me han nombrado párroco de ustedes.

—Gracias a Dios, mijito. Hace años que no voy a la iglesia, ni siquiera me asomo a la puerta de la calle. Pero alegre saber que tenemos un hijo del pueblo en el altar. Gracias al Señor.

Sentáronse en la sala a reposar. Todos habían rodeado al sacerdote y le miraban, pendientes de sus palabras. Habló de sus andanzas de doctor de almas y de su pobreza. No poseía más que la sotana, pero no se arrepentía de su vida. Había hecho mucho bien.

—Sin embargo —le observó Casiano—, pensar en las necesidades propias no es pecado. Ahora que estáis aquí, en tu tierra, es bueno que procuréis economizar algo para el caso de un apuro. No se debe vivir tan al día.

Las niñas, en tanto, se mostraban inquietas y el cura lo notó:

—Y a ustedes, muchachitas, ¿qué les pasa? Quieren irse?

Por compromiso se excusaban ellas:

—No, no es eso...

—Sí, hombre, ¡cómo no! ¿Para dónde van ahora?

—Casa de unas amigas, en La Punta.

—¿La Punta de Icotea?

Salieron sin advertir su repentina gravedad. El recuerdo le golpeaba súbito. ¡La Punta de Icotea, origen de todas sus vicisitudes y amarguras! A raíz de aquel asunto de las tierras que tan cándidamente pusieran en manos de Joseíto Ubert, hacía veinte años, comenzó el periplo de su vida, de aldea en aldea, como cura rural. Cura rural, él que estuvo abocado a una prebenda, quizá a una protonotaría. ¡Veinte años de castigo! El fracaso de sus ambiciones, de sus ilusiones. Joseíto Ubert le había deshecho la carrera pero le había proporcionado la seráfica gloria de los bienaventurados.

Casiano dijo:

—Si vieras cómo está La Punta, Nectario: no es ni su sombra.

¿Verla? ¿Para qué? Limpió una vez más el cristal de los quevedos y se quejó con un gesto del rigor de sol que le ponía los ojos húmedos. Por política inquirió:

—¿Tumbaron las matas?

—Casi todas, menos los cicales. Pero a los cocos les han pintado el tronco con carburo, no sé para qué. Hay edificios y máquinas por donde quiera y para visitar el lugar hay que pedir permiso.

El Padre había quedado con los lentes en la mano. Veinte años llorando su Jerusalén, noche tras noche, a través de los pueblitos palúdicos de la costa lacustre. Veinte años edificando almas de negros, oleando cuerpos revolcados en petróleo, sufriendo cotidianamente en sus oídos el impacto de aquella palabra odiosa, Mene, que parecía haber enloquecido al universo. Mientras tanto, el charlatán embaucador que se decía socio de la Virgen para extraerle al aldeano sus ahorros, y nieto de Úrsula Castro para sorprender la ingenuidad del pueblo, vivía en Europa vida de millonario. Un gran suspiro le hinchó el pecho y su mano gorduzuela descansó en el hombro de Casiano:

—Sí, me imagino como estará eso. Todo cambiado. Pero lo que no debe cambiar es la iglesia. ¿Me comprendes? Siempre igual y siempre nosotros en ella.



**H**acer el trayecto de Lagunillas a Cabimas en una hora con la carretera empantanada, constituye una hazaña. Ángela realizó esa hazaña. Cuando abrió la portezuela del *roadster* y descendió de él, estaba deshecha. Sucia de barro hasta el sombrero. Sin embargo, tuvo fuerzas para correr hasta la cocina dando gritos:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

En la cocina encontró a su madre con el recetario en la mano, instruyendo a la criada. Se colgó de su cuello.

— ¡Mamá!

— Ángela, ¿viniste sola?

Y al mirar su estado:

— ¿Qué te pasa niña?

Pero Ángela buscaba resuello con gesto ansioso y oprimido. No podía hablar.

— Ven a mi cuarto.

La arrastró la madre. Y ya en la alcoba, con el sombrero puesto aún, se arrojó en la cama hundiendo el rostro en las almohadas, sacudida de espasmos.

Hubo de alzarla por fuerza.

— ¡Niña! ¡Niña! ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

Gemía:

— ¡Horrible, mamá, horrible!

— Pero ¿qué? Dime, sosiégate.

Se enderezó violentamente y clavó el rostro de su madre la mirada de sus pupilas locas.

— Jorge... me ha echado.

La anciana vibró con ella:

— ¿Qué dices?

— Que me ha echado. Que se va para su tierra. Terminó su contrato y se va para su tierra. Me ha dicho que después me mandará buscar, pero tú comprenderás que eso no es cierto, que no son más que evasivas. ¡Y en mi estado!

El común espanto les anudaba de silencio las gargantas.

La madre hinchó su viejo pecho y suspiró:

— Pero, Ángela, ¿no habrás procedido con ligereza? ¿Por qué te viniste sola?

— ¿Por qué? ¿Y qué seguía haciendo allá? Dime tú: ¿no ha sido bastante sufrimiento vivir como he vivido? ¡Sola! ¡Sola! ¡Dios mío!

Se puso frenética.

— ¡Aquellas noches! ¡Aquellas noches con un hombre que no me quiere ni me ha querido nunca! No puedes imaginarte. ¡Sí, me vine sola! Antes debí venirme, mamá.

Calló. La madre, con su mano enharinada, contenía los latidos de su corazón. Ángela se sacó el sombrero con desaliento y quedó mirando sus zapatillas empolvadas. Se oía el chisporroteo de la sartén en la cocina y en la calle un pregón: “¡Heladero! ¡Heladeroooo!”.

Después de un rato inquirió:

— ¿Puedo quedarme entonces?

— Claro —respondió su madre—, pero veamos qué dirá tu hermano. Ya sabes cómo es Alberto.

Esta reserva la encrespó de nuevo:



—Sí, ya sé cómo es Alberto. Pero te advierto que no volveré con Jorge por nada de este mundo. ¡Alberto...! Alberto es el culpable de lo que me pasa. No puede oponerse a que me quede.

Su madre no replicaba. Era cierto cuanto Ángela decía. Alberto, su hijo mayor, lo sacrificaría todo a su vanidad y a su interés. Su idolatría por el extranjero rubio influyó decisivamente en el desgraciado matrimonio de la hermana. Ahora quedaba la infeliz en la más triste situación de una mujer: separada del marido y encinta. Una catástrofe.

Joven, bella, inteligente, hela aquí fracasada en plena hora de las ilusiones de amor, hundida en vergüenza y desencanto. De ahora en lo adelante sería una sombra esquiva condenada a deslizarse en los entretelones. Ella que llenó el estrecho círculo de su sociedad con el fragante encanto de su juventud y su alegría, tendría que buscar la sombra y la soledad.

El hermano llegó después, ajetreadísimo. Era hombre de negocios. Cuando oyó la novedad se puso pálido de indignación.

—¿Y has tenido valor? ¿No te ha dado vergüenza? Y esa cabeza, esa cabeza ¿para qué te sirve?

Gritaba, golpeando casi la cabeza de su hermana. Fue y vino por la casa tirando las cosas en tanto que las dos mujeres guardaban silencio. Luego se detuvo, brutal.

—¡Estúpida! Tendrás que volver con tu marido. ¡Vamos, lárgate!

Entonces Ángela se irguió.

—Eso sí que no. Nunca volveré con él.

—¿Qué no? Pues aquí no te quedas. Bella película ¿no? Y antojársete ahora, dos días antes del baile del club.

Pálida, su hermana le miró con fijeza extraordinaria. Sus pupilas rutilaban en las cuencas labradas. Esperó a que callara para decir:

—¿De modo que no puedo quedarme?

—¡No!

—Me iré entonces.

—¡Te irás! ¡Te irás! No sé para dónde diablos vas a irte. Necia, arréglate ya, que iré contigo a Lagunillas y convenceré a Jorge para que te lleve.

—¡Que no! —gritó Ángela—. ¿No oyes que te digo que no?

Entonces intervino la madre:

—Ella no volverá con ese hombre, Alberto. Es inútil.

—¡Ah! De modo que eres tú quien la aconseja. Ya se me ponía. Desde un principio te has estado atravesando en este asunto. Bueno, que haga lo que quiera, pero aquí no se queda.

—Ni yo tampoco—afirmó la madre.

—Te vas con ella, ¿no?

—Me voy con ella, sí. Quédate con tus clubs y tus musiúes.

Y en un tono incisivo, preñado de amargura:

—Lo que me extraña es que no hayas podido tú mismo casarte con una extranjera, en vez de empeñarte en casar a los demás.

Alberto quedó inmóvil, con los ojos cuajados de asombro. Sorprendido en su más recóndito secreto. La madre había adivinado cuanto ocurría en su corazón, y puesta en la alternativa de defender a su hija arrostraba la reacción del hijo.

—¿Vas a decir que no has pensado en eso? —insistía desafiadora—. ¿Por qué no lo has hecho?

Quedó desarmado y humillado. Soslayó el apremio:

—No se trata de mí ahora, sino de ella. Y es ella quien ha dado motivos...

— ¡Mentira! ¡Mentira! Tú sabes que es mentira. Ese hombre se casó con ella porque tú se la metiste por los ojos. Bien sabes que no se querían. Sin embargo, Ángela se hubiera resignado a todo si hubiera hallado estimación en él, si hubiera visto una probabilidad de hacerse querer más adelante. Pero esa probabilidad no existe porque ese Jorge está arrepentido, avergonzado de ella.

Alberto se engalló de nuevo:

—No lo creo. Aquí tenemos muchos ejemplares de extranjeros que viven con mujeres criollas, que tienen hijos y los llevan a todas partes.

—Sí, replicó la madre con sarcasmo—, a todas partes, menos a las casas de sus compatriotas y mucho menos a su país. Podrías decir también que muchos de ellos andan borrachos por esas calles con vagabundas de las más sucias, y que ese mismo Jorge, antes de visitar nuestra casa, pasó muchas veces por encima de nosotros con sus concubinas.

El mozo dio un portazo y salió. Decididamente, la familia es un trastorno. El ideal del hombre—pensaba—es no tener familia. En el fondo de su conciencia se clavaba aquella certera saeta de su madre: ¿había, en efecto, llegado a acariciar la idea de casarse con una rubia musiúa? Sí, lo había rumiado en secreto, en el sellado secreto donde toman cuerpo las quimeras ridículas. A esto lo llamaba él “su ambición”. Al verificarse el matrimonio de su hermana con Jorge Klass, ingeniero constructor, pensó que había dado un paso decisivo en su propio camino hacia los *bungalows* herméticos. Ahora comprendía que aquél había sido un paso en falso.

Muchas otras ideas se aglomeraban en su mente y allí roían como ratones. Ese Klass, en efecto, había sido un libertino. No mentía su madre. Él mismo llegó a verle pasear por las calles, a plena luz del sol, borracho como un marinero con una prostituta del casino. Algo—mucho—del pigmento tropical había en su hibridismo. Era, pues, trepador dentro de su propio círculo social. No tuvo amor, no tuvo carácter para imponerse a la fuerza centrífuga de aquel ambiente exclusivista, ni para abandonarlo con la mujer elegida como tantos otros lo hicieran con sus concubinas.

Alberto no tuvo más remedio que admitir los hechos consumados. Ángela quedó en su casa y él hizo esfuerzos por olvidar el enojoso asunto. Gozó mucho en el baile del club, aunque se vio turbado a ratos por algunas tendenciosas preguntas de sus amigos: “¿Cómo va el asunto de Ángela?”. “Bueno, ¿se va o se queda?”. Llegó a notar la ironía de aquellas palabras. Cosa embarazosa que él trataba de barajar fingiendo aplomo y despreocupación: “¿Era acaso la primera vez que un marido va de viaje sin la compañía de su mujer?”.

—El estado de ella no le permite viajar... Ustedes no dejarán de comprender... Es peligroso.

—Sí, sí.

Todos comprendían. Pero todos sonreían con reticencia. El whisky había soltado la lengua a un perforador bastante bruto que montaba sus grandes zapatos sobre las mesas del club, y balbucía:

—Yo saber... yo saber que Jorge Klass dejando su esposa y un *baby* en Kansas City. ¡Oh! *That George is a nice boy.*

La noticia de esta revelación no llegó a oídos de Alberto hasta el siguiente día, ya bastante deformada. Cuando la supo tronó la casa:

— ¡Eso sería el acabose!

Después de los decisivos acontecimientos ocurridos en su vida, Ángela había sufrido una metamorfosis física y espiritual. Adelgazó notablemente. Su figura jugosa y carnal se notaba alargada, estilizada. Su alegre voz de cascabeles cálidos, adquiría una grave, profunda entonación. Su tez se tornaba blanca, mate, con sugestivas matizaciones hacia la cuenca de los ojos, alrededor de los labios y en el cuello. Sus manos vivaces se afilaban y languidecían.

Ocurría que cerca de su casa habitaba una pareja irregular, formada por un alemán y una nativa, fea ella, treintena. Tenía cuatro niños rubios traviesos, y todas las tardes salían a pasear en su gran Buick destartalado. De pronto sintió Ángela una gran curiosidad por la vida de aquella familia cuya existencia miró antes con desdén. Por las tardes, de cuatro a cinco, iba a la ventana y alzaba una punta del visillo para verles pasar. Su seno, que comenzaba a redondear una efusiva turgencia, se hinchaba al escuchar las risas de los chicos y los coscorriones primitivos de la madre y las guturales interjecciones del alemán. Y reflexionaba: “¿Tendría yo valor bastante para salir con mi niño, como ellos? ¿Cuál será la condición social de mi hijo? ¿Legítimo? ¿Bastardo? ¿Si Jorge se ha casado antes en su país soy yo algo más que su concubina?”.

No pensara antes en ninguna de las tonterías que ahora la asaltaban con frecuencia: el crepúsculo, la vida humilde, el dolor ajeno... El misterioso palpitar

de sus entrañas acuciaba su imaginación. Y la llevaba a plantearse problemas enloquecedores...

Otra tarde su hermano la acorraló en su habitación, en presencia de la madre.

—He recibido carta de Jorge. Está fechada en Nueva York.

Ángela pestañeó, estremecida. Preguntó su madre:

—¿Qué dice?

Lo que se esperaba. Léela... Ni una palabra sobre los rumores de su doble matrimonio. Ni afirma ni niega. Pero informa que está dispuesto a divorciarse y que acepta nuestras condiciones.

—¡Jesús!

Las manos de la madre temblaron como hojas. Ángela estaba pálida hasta la transparencia.

—¡Divorciarse!

—No hay otra solución—afirmó Alberto—. Y me parece lo mejor que podría ocurrir. El divorcio dará que hablar pero la anulación por bigamia... figúrense

Ángela, ruborosa:

—¿Y el niño? ¿Y el nombre del niño?

—El de su padre.

La madre, dudando y con ansiedad:

—Pero, siendo su padre... casado por allí, ¿puede el niño llevar su apellido?

Alberto reflexionó. Luego, violento.

—No sé, no sé de esas cosas. Consultaré a un abogado.

Le atajó la madre:

—¡Dios mío! ¿Más consultas, Alberto? ¿Más gente que se imponga de estas cosas?

—Bueno, pues, que busque otro con quien casarse antes de dar a luz... Pero tampoco sé si la ley lo permite. De todos modos hay que consultarlo.

Ángela:

—¡Casarme con otro!... ¿Estás loco?

La madre:

—Ni pensarlo...

Y Alberto aullando:

—Entonces, ¡que se mate!

Dos días después la hallaron desangrada en el baño.

—No imaginaba que pudiera hacerlo—balbucía el hermano—. Ni por un momento llegué a sospechar tal cosa.

Sus labios temblaban de terror. La madre le fulminó con una mirada atroz.

Floreció sobre la tumba de Ángela un jazminero que emborrachaba la caliginosa atmósfera del cementerio. Pero había ya un precedente en este insólito fenómeno floral. En otra tumba, humilde, había prendido antes un rosal que daba rosas. En esta tumba humilde había una cruz de madera negra con una tarjeta que ponía:

†  
MARTA PÉREZ  
Q.E.P.D.

Ante estos dos montículos, uno de mármol, de roja tierra el otro, se detenían los visitantes y arrancaban flores para llevarlas a sus respectivos muertos. Y decían:

—Cómo cambia todo. Hasta flores hay ya en el cementerio.

El jazminero de Ángela lo sembró la temblorosa mano de su madre. No se sabe quién plantó el rosal de Marta.





---

**Pleno monte.**

Ni una gota de agua en el jagüey. Acezaban las gallinas en las ardientes cuencas de sombra. Dos perros bayos, raquítricos y garrapatudos, aplastaban las cabezas agudas y cerraban los ojos.

También la choza se aletargaba bajo su techumbre de palmas. Casildo estaba adentro y zurcía con una aguja negra un trozo de tela desflecada. De vez en cuando se alzaban sus pupilas y miraban al cielo. En el cielo tejían dos zamuros una parábola remota.

Los labios de Casildo se movían un ratito y volvían a quedar quietos. Estaba blanca su cabeza de cordero. Blancos sus bigotes, sus pestañas, sus cejas y su barba. También reía a ratos. Reía puerilmente y la voz se le iba engrosando en el monólogo.

zamuro que vas volando

Y ello le hacía reír: ji, ji, ji.

Cortó el hilo con los dientes y se caló el pingajo. Era su saco. Luego salió a asolear su cabeza a la orilla del camino.

Hizo bocina con las manos y gritó hacia el viento:

— ¡José! ¡Joseítooo!

El camino era largo y pelado, reverberante bajo el sol del mediodía. Por el camino venía un hombre. Casildo se puso la mano de pantalla.

—Caracha, allá viene un hombre. Y no es José. ¡José! ¡Joseítooo!

Esto también le hizo reír. Los perros alzaron las cabezas y las volvieron a aplastar. Él se volvió a meter bajo las palmas. La vibración de una sirena lejana rasgó el silencio de la canícula.

—Las once y media en el pito de La Rosa. José no habrá cazado nada. ¡Qué bicho va a caer por ahí, sin agua!

Ahora eran tres los zamuros en el ciclo. Se desplazaban raudos, solemnes, deslizándose por el resbaladizo aluminio del cielo.

—El y que fue a cazar. Lo veo mosca.

Gruñeron los perros y se dispararon hacia el tranquero fatigando el silencio con sus ladridos. El hombre del camino estaba frente al rancho.

—Buenas tardes, hermano.

—Buenas...

Seguían los perros ladrando y Casildo los mandó callar:

—¡Perro! ¡Perro!

Y se fueron gruñendo, alevosos. El caminante avanzaba hacia Casildo. Era delgado y fibroso. Estaba amarillo de polvo.

—¿Tiene agua, compañero?

—¿Agua?

Casildo rio:

—¿Agua dice?

—Una poquita, sí, que vengo asado.

—¿Y de dónde viene por ahí?

Los surcos se alargaron en el curtido rostro del peregrino.

—De por ahí.

Y enseñó vagamente al este.

—Caray—dijo Casildo—, yo como que conozco esa cara.

—No es extraño: soy del pueblo.

—Vos sois Narciso Reinoso, si no me equivoco.

—El mismo. Y vos Casildo Pérez, ¿no es eso?

—Ujú. Y ¿qué andáis haciendo por estos peladeros?

—Caminando.

—Pues pasá y sentáte: ese sol está como una brasa. Ya no te conocía; tengo tanto tiempo que no voy a La Plaza...

—Lo mismo que yo. Dame razón de tus hijas.

Le miró extrañado.

—¿Mis hijas?

Enmudeció. Sus pupilas vagaron como si buscara a sus hijas en el aire diáfano del mediodía, y de pronto se enderezó, vivaz.

—Vení para que las veáis.

Le arrastró casi. En la linde del calvero había dos cruces de madera virgen. Una de ellas tostada ya, la otra aún jugosa.

—Mirálas... Ahí están.

Esto le produjo risa. Las mismas tres notas agudas: ji, ji ji.

—La más seca—explicó después—, la más seca es María; la otra es Marta.

Narciso se le quedó mirando con curiosidad...

—¿Se murieron tus hijas entonces?

—Ya lo creo, ¿no las veís ahí?

En aquel momento llegó José. Era un mozo encanijado y negro, con los calzones arrollados y los pies cuajados de tierra roja. Traía un conejo gris colgando de las orejotas. Entró sin saludar y Narciso se puso a mirarlo. Casildo se le aproximó:

—Mira: este conoció a tu madre.

Pero el mozo ni se volvió siquiera.

—Ujú...

Y se puso en cuclillas a encender fuego de chamizas en un triángulo de piedras... Casildo había tomado en sus manos el conejo.

—¿Esto es lo que habéis cazado?

—¿Queréis más? —replicó José con brusquedad—. Anda vos mismo, andá para que veáis cómo está ese monte.

Y luego en voz baja y concentrada.

—Las maticas echan humo.

Estuvo un rato con los carrillos abombados soplando el fuego. Para ello se había puesto de rodillas y metía el hocico entre las piedras. De pronto se enderezó.

—Dáme una poca de agua.

De una vieja lata de gas, Casildo extrajo el agua. Con grandes precauciones para no perder una gota. Narciso aguzaba la mirada, fija en el chorrito cristalino. Y no pudo resistir.

—Bueno, Casildo: ¿te habéis olvidado?

—¿De qué?

—De la agüita que te pedí.

Ya José había bebido. Casildo arrugó el ceño pero le llenó el pocillo hasta la mitad. El nieto protestó:

— ¡Ah! ¿Vais a dar la poquita que nos queda?

Reinoso saboreaba el agua con lentitud. Con cachaza dejó el pote en manos del anciano y se volvió a José.

—Muchacho—dijo—una poca de agua no se le niega a nadie.

—Narciso es amigo—justificó Casildo.

—Y aunque no lo fuera—institió Narciso—. Recuerda el verso aquel que dice:

*Siendo el agua un elemento  
que Dios da sin regatear,  
¿quién se atreverá a negar  
un trago de agua a un sediento?*

*Vos que sois un rapacejo  
y no tenéis experiencia,*

*recíbeme, este consejo  
que te va a dar mucha ciencia:*

*El jardín del corazón  
también con agua se riega.  
No te pongáis mal con Dios  
negando lo que Él no niega.*

El viejo se entusiasmó:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Eso es verdad. Fíjate José, fíjate. Este es Narciso Reinoso, el mejor cantador de estos contornos. Ya te lo he dicho yo: el agua no se le niega ni a los perros. Vos veis cómo es de seca esta tierra, y sin embargo, ¿cuándo nos ha faltado una poca de agua para beber?

José había enderezado el busto, permaneciendo arrodillado, y miraba a Narciso con admiración. Virgen como San Juan, alzaba su rusticidad maravillada ante la rítmica de este evangelio del agua.

—Dispense—murmuró después—. Tiene razón. Beba.

Su abuelo le miraba con ternura. Y de repente soltó su risilla raída: ji, ji, ji. Se encaró con Narciso:

—¿Sabéis quién es este rapacejo, como vos decís? Nieto mío. Lo único que me queda ya. No porque lo veáis así creáis que es malo. El monte lo ha puesto así como lo veis.

Reinoso contemplaba el panorama con melancolía.

—Este monte es el que nos pone así a todos. Yo conozco otros lugares donde el montuno es abierto. Da lo que tiene y se queda riendo. Donde los árboles son altos y copudos y dan una sombra fresca. Donde el agua que corre por donde quiera le pone a uno de buen humor. Y ¿sabéis lo que he oído decir por ahí? Que el petróleo, el petróleo que llena todo esto por debajo, es lo que no deja brotar el agua dulce y crecer las matas.

Casildo y José le escuchaban estáticos.

—Y yo lo creo—prosiguió—Lo creo porque esas venitas de agua que se tropiezan cavando en algunos lugares, son corrientes que han podido huirle al petróleo. ¿Comprendéis lo que te quiero decir? Bueno, yo pienso que cuando acaben de sacar todo ese petróleo, el agua dulce reventará en todas partes y tendremos ríos, ríos...

Quedó meditabundo y luego:

—Hay que esperar... Pero yo prefiero esperar donde haya ríos...

—Donde haya ríos—replicó Casildo como un eco—. Yo que no conozco ninguno...

Y se puso soñador.

Había vuelto José a agacharse sobre el fuego y lo atizaba parsimoniosamente con ramitas secas. Este hombre traía algo nuevo, algo desconocido en su actitud y su palabra, que le ponía a reflexionar. Así como ardía la candela entre las topias negras y levantaba su lengua roja cada vez que le agregaba una chamiza, así comenzaba a arder su corazón después de oír aquellas palabras extrañas. Ríos... Caminos... Arboles... ¡Cuántas cosas sabía este Narciso Reinoso!

Ño Casildo, acuclillado en el suelo y recostado a un horcón, había entornado los ojos, con la sonrisa en los labios. Narciso le miraba grave y bruscamente se aproximó al muchacho:

—Mira, José—susurró mostrándole el calvero donde se asaban las cruces—, decíme una cosa, que tengo curiosidad: ¿hay gente enterrada ahí?

La inicial extrañeza se le volvió sonrisa al joven.

—¿Adonde? ¿Allá? No hombre: son cosas de mi agüelo.

—¿Entonces?

—Nada, cosas dél. Cuando yo estaba chiquito y mataron a mi tía María, la enterró en el cementerio de Cabimas pero vino aquí después y plantó aquella cruz. Ahora, el año pasado, amaneció muerta mi madre y el viejo hizo lo mismo. Está medio trastornado, digo yo...

—Pobre viejo. Yo lo conocí cuando vos no habías nacido. Tenía su posesión allá en La Plaza.

No replicó José y volvieron a arrojarse de silencio. Casildo dormía con el labio desmayado. Uno de los perros, dormido también, gemía estremeciéndose cual si soñara con puntapiés. Iba el sol describiendo su larga trayectoria, buscando el denso refrigerio del lago, y sus lanzadas hacían palpar la tierra. De las entrañas de esta subían sordos latidos que la sensibilidad de Narciso captaba por la invertida antena de los pies. Era como si un remoto Vulcano estuviese enderezando su eje a mandarriazos.

Hecho ya a la confianza de aquel desconocido que tenía el prestigio de haber conocido a su madre y se expresaba en versos, le rozó, sonriendo, con el codo.

—Vea—y señaló a su abuelo—, así se la pasa.

Y poco después:

—Ha debido caminar bastante ¿no? Está todo lleno de arena.

—Bastante. Llevo cuatro días caminando.

—¡Cuatro días! ¿Y de dónde viene?

—Vos no conocéis eso. ¿Para qué voy a decirte?

La evasiva hizo fruncir el ceño a José. Agachando la mirada, púsose con ahínco a preparar el cadáver del conejo. Narciso le espía a hurtadillas, con plena simpatía.

—¿Te interesa saberlo?

—No—desdeñó lacónico.

—Sí, te interesa. Decílo con franqueza.

Su sonrisa ingenua le deshizo el ceño.

—Bueno, es verdad: quisiera saber...

Antes de responderle Narciso escudriñó una vez más el panorama. Después, transido de emoción:

—¿Habéis pensado alguna vez en las tierras que debe haber más allá de esos montes?

—Muchas veces—declaró con transporte.

—¿Y no quisieras ir allá?

—Seguro.

—Bueno... Lo mismo que yo.

Le golpeó en el hombro con dulzura:

—José, el hombre debe andar, conocer tierras. No es preciso que lo boten a uno de una parte para mudarse a otra. La gente de mi pueblo cree que aquí nada más se vive. ¡Qué equivocados están! Donde quiera hay buena gente.

José se sintió de pronto invadido de dudas.

—Entonces ¿usted por qué ha vuelto?

—¿Por qué? Porque hace mucho no venía.

En aquel momento una ráfaga caliente trajo envuelto en polvo rojo el delgado eco de la sirena, y Narciso aguzó el oído para captar el lejano silbido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El pito de una compañía. Son las cuatro.

—¿Hasta aquí se oye?

—Sí, señor, hasta aquí. Es el pito de la refinería de la Rosa.

Con el mismo gesto recóndito de antes, puso Narciso su mano en el hombro de José. Entornó los ojos, concentrado, y con sibilina entonación recitó:

*Cuando oigáis que ya no suenan  
esos pitos del carrizo,  
podéis decir que no penan  
ya los huesos de Narciso.*

Recogió su sombrero y su garrote y salió nuevamente al camino. Echó a andar hacia el mismo horizonte que le había traído y José desde el tranquero se quedó mirando su silueta menguante, envuelta en un resplandor dorado.

Súbito, sin mirar hacia atrás, el muchacho echó a correr en su seguimiento:

— ¡Espéreme! ¡Espéreme!

FIN



## Cumboto



**Primera parte**

**Un mundo encantado**



# I ENCUENTRO AL ATARDECER

Desde la ventana grande de la casa se domina el monte extendido al otro lado de la carretera. La ventana grande mira al norte y por su forma alargada parece que se la hizo a propósito para que en ella cupiese todo el paisaje con sus miles de palmas ondulantes, su cielo pálido y los perezosos zamuros que se deslizan en él.

Allí está don Federico como todas las tardes, con su perfil de Greco, su encanecida barba y su blanca mano cuyos dedos tamborilean suavemente sobre el cristal.

Don Federico contempla la lejanía y sueña hacia atrás, removiendo el pasado. Quizás inventándolo. En el dedo anular de su mano derecha un gran diamante despide afiladas saetas de luz. Yo le miro desde la penumbra de la biblioteca y detallo una vez más sus puros rasgos adelgazados por la intensa vida interior; su recta nariz romana, sus ojos profundos y azules ennegrecidos ahora por las sombras que se depositan en ellos; sus labios finos y exangües. Nadie conoce como él la historia de este pueblo, de este país, de esta heredad. Yo, Natividad, que he vivido a su lado toda mi vida, no puedo olvidar esta historia. Si tuviese hijos se la referiría a mi vez para que también ellos la conocieran. Es una historia larga y agitada, hermosa y melancólica, digna de ser conocida.

A esta hora no se ven ya pájaros en el cielo ni en las matas del monte. Lo que queda del sol es como la huella de un labio roto apoyado en la copa del horizonte. Del mar, al otro lado de las malezas, sube en estos momentos un bilioso vapor que va envolviendo la tarde. Hay sobre las ásperas crestas de los cardones y los cujíes y en el dorso de las palmas maduras, un resplandor amarillo que chisporrotea por momentos y que rápidamente pasa por todos los tonos del verde hasta volverse azul, índigo y negro.

Yo no sé, ciertamente, qué papel represento aquí mientras observo a don Federico. No sé si soy un vulgar espía o si realizo una función digna de la antigua solicitud que los siervos sentían por sus amos. Lo cierto es que desde hace más de veinte años hago lo mismo todas las tardes. Dentro de pocos instantes don Federico empuñará su bastón de cerezo, se calará su sombrero de paja fina y saldrá al camino para emprender su cotidiano paseo por el campo. Entonces su alta y delgada silueta, toda vestida de blanco, vacilará entre las sombras como si se asfixiara en medio de ellas. Y yo le seguiré una vez más a través de la noche costeña, inmensa, hueca, salobre y llena de pesados reflejos azules. Marcharé en pos suyo procurando que no me vea ni me sienta. Las sombras se adherirán a nuestros cuerpos como blandas membranas y el mundo nos parecerá más ancho y vacío. A lo lejos el sordo zumbar de las olas irá aumentando de volumen y los dos avanzaremos guiados por las estrellas, sin reunirnos un solo momento, fingiendo ignorarnos, pero sabiéndonos protegidos el uno por el otro.

Si don Federico experimentase lo mismo que yo cuando se acerca la noche, debiera sentir ahora como si un frío taladro perforase sus huesos. No es miedo precisamente; no es ese terror impreciso pero vehemente que se apodera del alma de los negros ante la oscuridad. Es una especie de angustia consciente e incluso desafiadora que nos impulsa a explorarla, ora por el camino que va hasta la playa, ora por entre los huecos tenebrosos de los cocales.

Familiarizado con ella desde su juventud, don Federico conoce la noche hasta en sus más ocultos repliegues. Puede identificar cada una de sus palpitaciones, cada uno de sus suspiros. Sabe distinguir la comprimida risa de la lechuza, el

helado graznido del chupahuesos, el roce de la mano del viento en las caderas de los árboles, la ondulante caricia de la mapanare y el maraqueo impaciente de la cascabel. Siempre vestido de blanco, con su corbata negra y su cabellera nevada, su cuerpo se rodea entre las sombras de un halo que le forma uno como segundo relieve. Así le miramos todos: yo que le sigo en silencio y los otros negros que le atisban desde sus ranchos, a través de las rendijas de sus puertas y de las grietas de sus paredes de barro. Estos dicen:

— Ahí va don Federico caminando... ¡Ave María!

Y se persignan.

Muchas veces he oído a estas gentes, en medio de sus corros vespertinos, manosear entre el humo de sus tabacos una pregunta medrosa en la que parecen buscar la clave de algún enigma:

— ¡Válgame Dios! ¿Por qué no se habrá casado don Federico?

Yo bien comprendo que esto les apasione. Los antepasados de don Federico fueron casados y tuvieron hijos. Él, en cambio, permanece soltero, solitario en las siete leguas de su heredad. Todavía viven algunos ancianos que recuerdan a su abuelo, don Lorenzo Lamarca. Yo conocí a su padre, don Guillermo Zeus, y a su madre, doña Beatriz.

—¿Por qué no se habrá casado don Federico, santo cielo?

Es una pregunta arisca que se disuelve en sombras como la noche. Quizá sea yo el único que pueda responder de una manera satisfactoria.

Ya sale don Federico. Marcha. Por la calzada, en sentido contrario, avanza la delgada figura de un hombre. Viene caminando de prisa. Al pasar junto al caballero se detiene a mirarlo. ¿Por qué le contempla con tan sostenida atención? ¿Qué ha visto en él que mueva así su curiosidad?

Lejos va ya la figura de don Federico, la cual comienza a vacilar entre las sombras, y todavía está allí el transeúnte, mirándole. Cuando llego al lado de este advierto que se estremece como si despertara de un sueño

—¿Y usted —pregunta— es también de Cumboto?

Su pregunta se dirige a mí. Sus ojos me miran. Yo le contemplo a mi vez y experimento un desasosiego en todo mi ser. ¿Dónde he mirado antes este rostro delgado y estos ojos verdosos, fosforescentes? ¿Dónde he oído esta voz que acaricia como el filo de una navaja? Se trata de un joven. De un niño casi.

—Sí —le respondo—. Ese es don Federico.

—¿Y usted — insiste — es también de Cumboto?

—También...

—Yo necesito hablar con don Federico.

Antes de responderle de nuevo miro su rostro con más atención, buscando en él la respuesta a las interrogaciones que interiormente me he hecho. En realidad no sé si este muchacho me inspira simpatía o no. Su silueta fina, sus manos largas, sus movimientos felinos despiertan en mí recuerdos remotos y dolorosos. No quisiera acertar en la secreta sospecha que se ha deslizado en mi corazón.

—¿Cree que podré hablar con él?

—No lo sé; vaya a la Casa Blanca, mañana.

Por la noche vuelvo a construir la escena de la calzada y la voz del adolescente resuena en mis oídos con una lentitud que me obsesiona. Los recuerdos se agrupan y crecen con ella como una catarata que amenazara ahogarme. Toda nuestra vida pasada, con su alucinante y cruel incoherencia, incorporase en mi memoria mientras mi cuerpo fatigado se inmoviliza en la cama.

En el cielo sin nubes brilla una luna redonda cuya luz traspasa las hojas de los árboles que circundan la casa. Yo miro esta luna a través de la abierta ventana y me digo a mí mismo que así debió brillar cuando éramos niños, mucho antes aún, en la época en que saltaron de sus *cayucos* a las costas de Cumboto los primeros pobladores negros. Muchas lunas como esta debieron contemplar aquellos seres martirizados, perseguidos como las bestias, evocando sus lejanas tierras mientras el tiempo operaba su lenta transformación.

La presencia del muchacho de la carretera ha tenido la virtud de remover en mí este dormido légamo.



## II

### MUNDO PRIMITIVO Y ARDIENTE

La hacienda conserva el nombre primitivo de la región Cumboto, y se extiende desde la orilla del mar, por el norte, hasta el pie de la serranía por el sur. Dentro de sus antiguos términos crecieron aldeas con sus plazuelas y sus iglesias. Está cruzada por caminos y ríos. Paralela a la carretera principal, de este a oeste, corre la línea del ferrocarril y todos los días el agudo silbato de la locomotora nos hace volver las cabezas y agitar los párpados.

En la costa la vegetación es áspera y retorcida como pelo negro. Predominan en ella los cactus, el cují y otras plantas agresivas. Pero hacia el interior, penetrada y enternecida por el agua de los ríos, la tierra se vuelve oscura y los árboles crecen robustos, coronados por copas enormes. En su mayor extensión estos predios fueron sembrados de cocoteros por algún antepasado de don Federico. Cerca de la casa de la familia fue instalada una batería de calderas para la cocción del aceite de coco.

Hubo un tiempo, cuando todavía vivían sus padres, cuando la casa era alegre y él y yo éramos niños, en que oí referir al padre de don Federico una historia que quedó para siempre grabada en mi mente. Fue un domingo por la mañana y en la casa había invitados de la ciudad. Yo trepanaba cocos verdes para que los visitantes refrescaran el calor del verano con el agua dulce y blanca, y doña Beatriz tocaba al piano un trozo de música lenta, turbia como

los ríos. De repente don Guillermo levantó sus enormes brazos y dejó oír su voz de trompeta:

—Óiganme todos —dijo— para que sepan cómo se poblaron estas tierras y cómo se formó esta hacienda.

Don Guillermo había bebido mucha cerveza aquella mañana y estaba encajado como un cangrejo.

—Antes de que existiera Puerto Cabello la población más próxima a estos parajes era la Borburata, situada a la orilla del mar, entre la sabana de Santa Lucía y la playa que llaman de Gañango. Era un pueblo laborioso pero condenado por el destino a vivir poco tiempo. Cuando Lope de Aguirre invadió el país, sus habitantes lo abandonaron y reinó una casi completa soledad en estos contornos. Algún tiempo después se fundó la Compañía Guipuzcoana, una empresa capitalista creada en España para explotar las riquezas agrícolas de Venezuela. Fue en esa época cuando se comenzó a hablar de Puerto Cabello porque la Compañía, para proteger sus intereses, construyó allí depósitos, fuertes, murallas, una iglesia y un varadero para sus buques. De los indios de estas regiones poco sabemos. Generalmente se cree que la gente de la Borburata y los empleados de la Guipuzcoana fueron los primeros pobladores, pero esto es un error: antes que ellos habían venido los negros.

¡Los negros! Estas palabras tenían necesariamente que llamar mi atención. Desde chico he poseído un alma curiosa, ávida de conocimientos. Además, soy negro y las palabras de don Guillermo no podían menos que interesarme. ¿De dónde venían aquellos antepasados míos que precedieron a los blancos en la posesión de estas tierras? ¿Cómo llegaron a nuestras costas? ¿Cómo se comportaron una vez en ellas? En su exuberancia dominical, don Guillermo nos lo iba a explicar también. Eran esclavos africanos escapados de los depósitos que los negreros europeos poseían en las Antillas, seres enloquecidos por el terror que preferían desafiar las furias del mar a seguir padeciendo los malos tratos de sus civilizados amos. Cuando los españoles los apresaban y sometían

a interrogatorio, ellos se debatían en un torbellino de ademanes de angustia: “¡Cum-boto! ¡Cum- boto! ¡Cum-boto”.

Así se explicaba todo: con botes, en frágiles navecillas y balsas fabricadas de troncos, habían cabalgado las olas durante días y noches, hasta caer rendidos en los cantiles donde las aguas saladas besan las raíces de los cujíes. Durante meses y años se había prolongado la angustia de ahuecar los troncos y mantenerlos ocultos entre las malezas. El mar era el salto más allá de la muerte, la agonía interminable y heroica que creaba una nueva forma para la historia del mundo. También ellos, los perseguidos, realizaban una conquista armados de su pavor. Eran un escupitajo lanzado por Dios sobre la cristiana empresa de los blancos; un escupitajo negro, fermentado, rico en gérmenes para la creación de la vida.

Muchos de ellos lograban escapar hacia el interior. La tierra nueva los recibía en su regazo, los ocultaba en sus verdes entrañas, los digería como un gigantesco estómago. Desnudos, descalzos, sudorosos y desgarrados corrían por los bosques alejándose de la costa, abriendo con sus plantas sangrantes los futuros caminos de la civilización blanca. La resistencia física de cada uno de ellos iba dando la medida para las marcas de una nueva geografía. Sus voces oscuras, broncas, coléricas o aterrorizadas, cósmicas como el viento de la noche, hacían, palpar los bosques. Su llanto regaba las raíces de la esperanza. En sus sonrisas amanecía, cada mañana, una promesa de amor. Así iban perforando el destino, haciendo de cada muerte una aurora. En los altos de sus fugas, en breves y estremecidos paréntesis, a orillas de los ríos, sembraban las simientes de las nuevas aldeas: hacia el sur Goaguaza, hacia el este el Quizandal, la nueva Borburata, el distante Patanemo, hacia el poniente Morón, Sanchón, Alpargatón, San Felipe... En mi niñez y luego, hombre ya, muchas veces sentí la tentación de echarme a andar por los bosques, seguir el hilo de los ríos y perderme en lo más oscuro de la selva, para descubrir los antiguos refugios de aquellos primeros negros, guaridas oscuras donde la Naturaleza palpita con el corazón de los grandes tambores; caminos donde todavía se siente el áspero olor de los cimarrones.

Cerca del mar quedaron los que desfallecieron, los que por débiles fueron aprisionados. Sus chozas de barro y palmas brotaron en medio de los cujíales como tumores de la tierra irritada. De vez en cuando se organizaban cacerías humanas para reducir a los alzados y entonces resonaban los bosques heridos por los ladridos de los mastines. La hacienda se iba formando así, prosperando como un monstruoso apéndice de la ciudadela porteña que surgía al borde de la marina. Puerto Cabello, la bahía de aguas mansas donde los buques podían amarrarse con hebras de pelo, albergaba la dura y batalladora ambición de los blancos. Era apenas una lengua de tierra rodeada de aguas putrefactas, a cuyas orillas se asomaban los negros con el pavor en los corazones. Esa empecinada abnegación, esa perseverancia con la que los fundadores vascos desafiaron la muerte en aquella hondonada calenturienta, fue un arma definitiva en la historia de la dominación europea. Poco a poco la muerte sería vencida por la codicia, la ciudad crecería dentro de sus murallas y fortalezas y un puentecito de tablas suspendido sobre un canal serviría al mismo tiempo para unir y para separar los dos mundos originales de la ciudad: Puente Adentro, el ámbito de los amos; Puente Afuera, el de los siervos.

Por supuesto que no todas estas noticias las adquirí del padre de Don Federico. Algunas llegaron a mi conocimiento por otros caminos, al tardo correr de los años, de la misma manera como la oscura ciudad porteña cegó sus manglares y abolió la solución de continuidad de su puentecito. Así he averiguado, por ejemplo, que la explotación de Cumboto no data de los mismos días en que la Compañía Guipuzcoana comenzaba a romper la crisálida de estos mares, sino de mucho después.

Las tierras de Cumboto fueron fraccionadas, cercadas, canalizadas y bautizadas con nombres diversos por los distintos colonizadores que se asentaron en ellas. La denominación primitiva vino a parar con el tiempo a poder de don Lorenzo Lamarca, el abuelo materno de don Federico.

Varón fuerte y recto consideraba la gente a don Lorenzo, quien supo ganar en la comarca fama de justiciero. Uno de sus hijos, el mayor, se hizo marino y pereció en un naufragio. Otro de ellos se dedicó al sacerdocio, marchó a tierras de infieles y desapareció sin dejar rastro de su persona. Su única hija, la infortunada doña Beatriz, fue la esposa de un extranjero, don Guillermo Zeus, apodado el Musiú.

Los más viejos de los negros —en Cumboto los hay centenarios— solían referir cómo ejercía don Lorenzo en sus dominios la justicia, sin recurrir jamás a las autoridades ordinarias de la comarca. Su voluntad era ley y a él acudían, sumisos, cuantos tenían alguna demanda que formular. En realidad este poder de que disponía no lo había creado él: lo adquirió con la finca, pero lo usaba a discreción, a la manara de un antiguo señor feudal. Amonestaba y castigaba de hecho a los culpables, imponiéndoles incluso ciertas penas corporales que las leyes de la República habían proscrito por infamantes, como los azotes y el cepo. Sin embargo, los habitantes de Cumboto respetaban a don Lorenzo y le obedecían como a un buen padre. Y tenían razón, después de todo, pues era él quien los proveía de tierra y de semillas para que efectuaran sus siembras, de madera y palmas de coco para sus viviendas, de agua y sal para sus comidas, de aire, en fin, para sus pulmones. Él bautizaba a sus hijos y enterraba a sus muertos, y como sabía algo de medicina, llegado el caso les recetaba píldoras para sus cólicos y ungüentos para sus llagas. Nadie se rebeló jamás contra la autoridad de aquel recio varón cuya sola presencia bastaba para desarmar a los díscolos cuando la ira o los vapores del aguardiente se subían a sus cabezas.

Esto no es cosa de broma. Aficionados a la parranda, los negros y los mulatos suelen terminar sus fiestas a cuchilladas, palos y cabezazos. Son pendencieros y lenguaraces, y aun cuando olvidan pronto sus querellas, les gusta subrayarlas con sangre. En Cumboto existen consumados maestros de esgrima a garrote y machete, y los hombres, cuando no llevan armas, antes que los puños prefieren usar sus cráneos, que son duros como los cocos.

Esto no obstante, el negro es alegre e ingenuo como los niños. Su vida ondula en un holgorio constante, entre risas, cantos y charlas interminables. Le encanta jugar. Su atmósfera es de retozo. Imita a los animales del bosque, particularmente a los pájaros por los que siente predilección. No existe un negro que no crea a pie juntillas que los animales hablan y que algunas personas poseen el secreto de su lenguaje.

Muchas veces, al andar por los campos o detenerme a mirar el trabajo de los coqueros, me he preguntado cuál de estos seres que exhiben en sus cabezas los recuerdos de sus pendencias, formaría la sustancia de mi cuerpo al rescoldo de una fogata o a la orilla de un río.

Cuando mis ojos se abrieron ante el mundo, me hallé en la blanca mansión de los amos, danzando en el columpio del miedo entre las risotadas de don Guillermo y el medroso silencio de la familia. La puerta que daba al patio era para mí como una frontera de dudas espirituales. ¿A cuál de los dos mundos pertenecía yo? ¿Al del alegre sol que dora los mangos y ennegrece la pulpa del coco haciéndole brotar el aceite, o al de la blanca penumbra que resbala sobre los pisos brillantes y fríos?

Buscando respuesta a esta pregunta miraba a los negros y los mulatos de la hacienda —hombres y mujeres parlanchines hundidos en el trabajo como en un río— y mi mente se llenaba de sombras. Ellos nada sabían. Casi todos habían nacido en Cumboto y amaban aquellos cocales como el único mundo posible, en donde tendrían que pasar la vida, engendrar los hijos y recibir a la buena muerte.

El trabajo de los hombres consistía en tumbar los cocos secos trepándose a las palmeras. Con los cocos llenaban grandes y pesadas carretas que soñolientos bueyes arrastraban por los caminos. La carreta de bueyes es una queja de la tierra dormida y el boyero tiene que perforar la piel de las bestias con su garrocha para que la copla no se le muera mientras camina. Los bueyes me inspiraron siempre una infinita ternura. Me recuerdan esos ancianos que se acercan a las puertas de las casas de campo a pedir un poquito de agua para apagar la sed.

En la hacienda, no lejos de la casa de la familia había unos enormes galpones donde hombres y mujeres de todas las edades se pasaban las horas del día rompiendo montañas de cocos con sus cortos y afilados machetes. Despojando el fruto de su primera envoltura, el machete cae con un golpe certero sobre la corteza interior y el cuerpo compacto se abre en un lloro de aguas azucaradas. Luego un enjambre de manos expertas desprende la blanca pulpa con unos pequeños cuchillos que llaman rabones. De esta manera el galpón y sus alrededores se van llenando con grandes pirámides albas que el sol ennegrecerá y enranciará antes de que las pailas entren a completar su labor.

Los galpones de Cumboto eran como inmensas colmenas donde las negras abejas cumplían, a lo largo de las generaciones, su gozosa faena. Yo solía acercarme allí con frecuencia y miraba el alucinante vaivén de las manos y de los machetes y el bosque de pies descalzos lavados por la dulce cascada que caía sobre ellos. Un calosfrío corría por mis vértebras cada vez que uno de los machetes se abatía sobre la dura cáscara de un coco produciendo el seco crujido de la fractura. Como no hubiese podido mirarles a todos al mismo tiempo, mi atención se concentraba en alguno de ellos y seguía sus movimientos con fijeza de hipnotizado. Los cocos me parecían cabezas humanas; cabezas de negro, precisamente. La coraza fibrosa y esponjada del exterior era la cabellera que las ágiles manos arrancaban con un par de tirones. El machetazo se me antojaba un sacrificio a los dioses de la floresta. La complicidad de aquel ejército en el que figuraban muchachas de piel brillante y dientes como luceros, terminaba con un acto de indescriptible sevicia cuando los rabones desprendían de los cráneos los pedazos de seso blancos.

Había sin embargo una sabrosa compensación para mis nervios en el mundo de los coquetos. Era el deporte de echar cocos al que por temporadas se entregaban los negros con verdadero tutor. Armado cada cual con un coco seco, desprovisto de la fibrosa cabellera, proceden a golpearlos por turno, el uno contra el otro, hasta que uno de los dos se rompe. Esto es preciso verlo. Los echadores de cocos rodean sus actos de una solemne liturgia, realizan ciertas fórmulas cabalísticas y canturrean en voz baja misteriosas palabras cuyo objeto

parece ser el de propiciar a los espíritus de la selva. Una vez, acercándome a él, pude oír las que murmuraba un risueño negrito:

*Coquín, coquito,  
coco, cocón...  
Viejo virulo de verde ropón;  
pónmelo bueno,  
pónmelo pon,  
dame la agüita con este pelón.  
Coquín, coquito,  
coco, cocón...*

El escogimiento y la preparación de los cocos para este deporte constituye una verdadera ciencia. Quizás una de las ciencias ocultas. El preparador examina la corteza minuciosamente, la mira al trasluz, observa “los ojos”, golpea todo el contorno con los nudillos, agita el fruto cerca de la oreja para oír el batir del agua en el interior y, no contento con esto, encomienda su empresa al santo de su devoción. Los cocos más chicos suelen ser los más compactos y resistentes. Cuando el examen le satisface, el preparador dice con tono de oráculo:

—Este es un gallo.

El viejo Cervelión era un negro largo y flaco como vara de macanilla, con una cabecita brillante clavada en la punta del cuerpo, que gozaba fama de ser el mejor preparador de cocos en todo Cumboto. Cervelión no se limitaba a examinar “los gallos” sino que además los curaba con misteriosos untos y manoseos. Era muy cariñoso conmigo. Cierta vez me tomó de la mano y me dijo muy serio:

—Voy a enseñarte a ensalmó lo coco para que seaj un gran echadó.

Cogió uno y comenzó en seguida la primera lección:

—Fíjate bien: agarra el coco así, apretao entre la do mano, por la parte de abajo. Tu do deo grande deben queda etiraos, ni muy pegado ni muy separado,



dejando nada má que el güequito donde el contrario va a dá su gorpe. Tú procura que no te le dé en una vena porque te lo aplasta como un biscocho. El güequito tienej que marcarlo así, con un poquito de saliva, y raspólo arriba con la uña er deo. No deje por nada del mundo que el otro te ventée er coco porque te lo quiebra en el primer gorpe. Cuando te toque dar a ti lo agarra así y te embica con un solo envión, pulseado pero con fuerza. ¿Comprendite?

Me miró de un modo especial, mostrándome sus dientes amarillentos por el tabaco, y repitió su pregunta:

—¿Comprendite?

Yo me quedé mirándole sin responder. Entonces él movió su lejana cabecita brillante y dijo dubitativo:

—Unc... unc, mijito... Me parece que voy a tené que enseñóte mucha cosa a ti. Óyeme bien: lo negro tenemos que conoce mir maña pa defendeno. Aquí me tienej a mí: no sé leé pero me escriben. Tú estáj metió entre lo blanco pero ere negro por lo cuatro costao y ello no van a enseñáte nada de lo que saben; así é que tienej que comé avipa si quierej viví como un hombre.

A donde no llegué a aproximarme sino algún tiempo más tarde, fue a la sala de las calderas donde hervían el aceite. Don Guillermo, el Musiú, se lo pasaba allí y yo le tenía verdadero pavor. No conocí a don Lorenzo, el caballero feudal, pero creo que hubiese preferido su mirada severa a la risa aterradora de don Guillermo. Fue este gigante colorado y peludo, que por agua bebía cerveza, quien hizo instalar en la hacienda las grandes pailas para extraer el aceite. Sus órdenes iban siempre subrayadas por bruscos gestos de sus manazas bermejas, y con frecuencia, sin dejar de reír, usaba los pies para hacer andar más de prisa a los peones.

Desde donde arrancan mis recuerdos, de entre las nieblas de la primera infancia, veo surgir la imagen blanca y delgada de Federico, quien contaba poco más o menos mi propia edad, y la rosada y rubia de su hermana Gertrudis, algo menor que nosotros. Por supuesto que entonces no le llamaba Don sino Federico a secas. Ninguno de los dos había heredado el humor expansivo y

brutal de su padre. Eran unos niños amables entregados a la autoridad de una institutriz europea. Tan amedrentados parecían siempre que yo llegué a sentir compasión por ellos, lo que es ya mucho decir. Su madre era una mujer alta y pálida, de cabellos castaños y ojos asombrados, de quien se decía que no estaba en su sano juicio. Había, caído sobre su conciencia un suave velo de melancolía que parecía aislarla de la realidad circundante y que la daba, a mis ojos la apariencia de un ídolo. Su demencia era dulce y tranquila. Sin embargo, a veces se veía acometida por extraños impulsos que la hacían incurrir en inesperadas extravagancias.

Solo de esta mujer recibí alguna caricia en mi niñez. Su mano azulada, flexible y aérea, solía posarse sobre mi cabeza mientras sus ojos vagaban por los caminos del pensamiento. Su blancura se difundía sobre la heredad de los Lamarca como un don de la luz.

### III

## LA CASA BLANCA

La casa de los señores está rodeada por un corredor español cuya techumbre de obra limpia sostienen redondos pilares de mampostería, fuertes como árboles. En la mañana el sol entra por este corredor y visita el salón principal. También se cuela por las ventanas y curioseas en las habitaciones como un niño convaleciente. Del centro de la techumbre, exactamente frente a la puerta, pende un antiguo farol de hierro forjado que alumbra el lugar por la noche.

La Casa Blanca —así la llaman en la comarca por el color de sus paredes— es vieja de más de cien años. Se halla enclavada en un parque abierto en medio de la floresta, a un tiro de fusil de la carretera. En el parque hay naranjos, granados, guayabas, pomarrosos y otros frutales. Existe igualmente un jardín poblado de rosas, magnolias, jazmines y palmas de distintas clases. La Casa Blanca tiene dos plantas y, distribuidas en estas, numerosas habitaciones. El salón, la biblioteca y el comedor están en la planta baja; los dormitorios de los señores y de los niños en la alta. Yo duermo en un cuartito de tablas construido entre la cocina y el baño, fuera del cuerpo principal del edificio. Cuando llueve no puedo llegar a mi habitación sin mojarme, pero así y todo no la cambiaría por la mejor de la casa. En sus oscuras paredes, pobladas de caprichosas manchas y figuritas, ha creado mi fantasía un mundo de amigos discretos sin los cuales la existencia se me haría muy insípida.

En el interior de la casa respirase un perfume suave pero persistente y original, que parece haberse ido creando en la atmósfera, a través de los años, con las fragancias que vienen del campo. Un perfume grave y discreto que me llena el espíritu de reverencia. Las paredes están siempre limpias y el piso brilla como un espejo. Cuando yo era pequeño me provocaba echarme en él y ponerme a nadar. Recordando una estampa iluminada que la cocinera conservaba junto a su cama, me imaginaba a Jesús caminando en aquella sala, sobre las olas.

El techo de la casa es tan alto que cuando cae la tarde no se distinguen los detalles de las molduras. Esto solía producirme vagos temores. Sin embargo me gustaba mirar hacía arriba para ver cómo se adensaban las sombras e iban absorbiendo las cosas. Recuerdo que una vez penetró por una de las ventanas un murciélago que, luego de hacer una amplia evolución en la sala, lanzó un agrio chillido y se clavó como una saeta en el golfo negro. “Se ahogó”, pensé yo temblando. Pero en seguida rectificué: “No, no se ha ahogado; se ha confundido con las sombras, se ha diluido en ellas como un trozo de jabón en el agua. Porque los murciélagos —reflexioné gravemente— son seres diabólicos que están hechos de la sustancia de la oscuridad”.

Durante mucho tiempo después, al caer la tarde, no pude cruzar esta sala sin sentirme agitado por una desconfianza medrosa. Miraba de reojo hacia arriba y me decía interiormente: “Si no fuera por el miedo que tengo, me pararía aquí hasta ver cómo se forman los murciélagos”.

Seguramente lo que daba a la sala su aire misterioso, era, más que otra cosa, la forma y distribución de sus muebles. El piano de cola, en el centro, semeja un buque fantasma anclado en la inmensidad del océano. Había tres mullidos sillones de cuero negro, un diván de lo mismo, y, en la pared del fondo, un arcón también negro sobre el cual brillaban sordamente dos candelabros de plata. Para ir al comedor se cruzaba una puerta de arco alargado y para subir al piso superior había que recorrer cuarenta y seis escalones de madera barnizada que crujían levemente cual si se burlasen de lo que veían subir y bajar. La puerta de la biblioteca era de caoba tallada.

En aquella época la encargada de la limpieza interior era una negra cenicienta, con cara de flauta, la que con solo estirar el brazo dominaba la altura de las puertas y alcanzaba los marcos de los cuadros colgados en las paredes. Se llamaba esta mujer Eduvige y andaba sin hacer ruido, escurriéndose como una mentira. Al ver sus ojos inexpresivos y su boca amarga y muda, me preguntaba yo si estaría realmente viva. Y dejaba correr mi imaginación ideando en torno a ella las conjeturas más caprichosas. De un momento a otro esperaba ver a Eduvige dispararse hacia el techo con el brazo extendido y evaporarse allí, dejando como único rastro de su existencia el trapo blanquísimo con el que limpiaba los muebles.

Siempre me había intrigado la biblioteca. Cuantas veces me era posible — cuando Eduvige se hallaba ejerciendo su oficio—, me situaba estratégicamente en la puerta del comedor y desde allí espiaba a mis anchas. La heterogeneidad y confusión de las cosas acumuladas en aquel recinto, el imponente aspecto de las vitrinas llenas de libros, las mesas, las lámparas, los cofres, los bustos amarillentos diseminados aquí y allá, los oscuros cuadros que colgaban en las paredes, la esfera geográfica encaramada en lo alto de un estante, los mil y un objetos de formas y colores diversos, se confundían de tal manera ante mi mirada, que nunca, por más empeño que puse en retenerlos, pude formarme una visión coherente de aquel universo fascinador.

Yo hubiese querido entrar allí y detenerme largo rato frente a cada uno de esos objetos, observarlos, palparlos hasta familiarizarme con todos ellos. Sospechaba que debía haber cosas maravillosas, reveladoras de una existencia que yo ignoraba y que sin embargo presentía vagamente. Pero había de pasar mucho tiempo antes de que lograra ver realizado este anhelo. Durante todo ese tiempo conservaría la impresión de haber estado frente a algo terrible, trágico, escalofriante, sin que pudiese precisar de qué se trataba.

El comedor caía hacia el naciente y por sus ventanas abiertas penetraban la brisa del bosque y la suave música de las palmas. En una gran mesa cubierta con un impoluto mantel de lino, se sentaban los señores, los niños y la institutriz.

Allí comían en silencio. Eduvige servía y yo la ayudaba trayendo el agua y llevando los platos vacíos a la cocina. Las órdenes me eran dadas por señas, por medio de miradas breves y rápidas que aprendí a interpretar admirablemente. Empero, cuando había invitados el carácter de don Guillermo cambiaba. Entonces poníase locuaz y trataba con gentileza a su esposa. Hasta la invitaba a tocar al piano.

Olvidaba decir que en el piso bajo tenían también sus dormitorios la silenciosa Eduvige y la descolorida institutriz, una mujer blanca y pecosa, con cabellos color de paja, a la que oí siempre llamar con este exótico nombre: *Frau Berza*. Cual si con ella se hubiese querido completar la gama de la taciturnidad, *Frau Berza* también era casi silenciosa. Sin embargo, sabía sonreír y no pocas veces la sorprendí sentada en el comedor con la mirada perdida en la lejanía de los campos. Era ella quien enseñaba a los niños a leer, escribir y contar, quien los hacía tararear canciones para mí ininteligibles y les obligaba a permanecer largas horas golpeando las teclas del piano. Nunca olvidaré la imprevista dulzura con que esta mujer matizaba su voz cuando repetía las notas de la escala para grabarlas en los oídos de sus pupilos:

*Do... do... do... do...*

*re... re... re... re...*

*mi... mi... mi... mi...*

Federico aprendía con facilidad; Gertrudis, por el contrario, era torpe e indiferente. Cuando no se hallaba ante el piano o repitiendo las lecciones que le dictaba *Frau Berza*, aquél se distraía dibujando animales y paisajes con sus lápices de color. Este era el momento en que yo podía aproximarme a él para verle y hablarle. Me paraba a su lado y con los ojos muy abiertos seguía los trazos de su mano, veía brotar y correr sobre el papel las líneas multicolores y asistía a la creación de pequeños mundos en los que me hubiese gustado vivir.

Él sonreía complacido y, a cada trazo que daba, levantaba su cuadro para que yo lo admirase. Entonces mi impaciencia se desbordaba y olvidando todo comedimiento me permitía interferir en el proceso de sus creaciones.

—¿Por qué no le pones más verde a esta palma?

—Porque está bien como está.

—¿Lo crees tú?

—Claro que sí.

Incluso solíamos discutir:

—¿Pero quién te ha dicho que las hojas del níspero son verdes?

—¿Y cómo van a ser? ¿No las estás viendo tú mismo? —Yo no las veo verdes sino azules.

Una vez me largó una pregunta que me dejó confundido:

—¿Quieres pintar un cuadro tú mismo?

Me entregó su cuaderno y sus lápices y se puso a mirarme. Sudé tinta aquella tarde. Cuando hube concluido y le mostré mi trabajo, Federico rompió a reír.

—¿Pero qué es lo que has hecho? ¿Son hojas estas que salen del palo? ¡Dios mío! Parecen burros. ¡Burros azules!

Su risa atrajo a *Frau Berza*, la que frunció el ceño y le dijo algo que no entendí pero que hizo a mi amigo bajar la cabeza. Después se dirigió a mí mismo:

—Este no es tu lugar. Vete a limpiar el piso.

Mi consternación no puede ser descrita. Aquellas palabras me hirieron en lo profundo y despertaron en mí fibras desconocidas, sentimientos nuevos e inexpresables. Comprendí en tal momento que era posible morir de vergüenza, y el pequeño mundo de mi infancia, lleno de extrañas resistencias pero matizado asimismo por los más hermosos colores, se me puso de pronto negro.





Difícil me sería ahora, al cabo de tanto tiempo, explicar la verdadera índole —o si se prefiere, la verdadera forma— del sufrimiento que me causaron las palabras de la institutriz. Desde algún tiempo antes —no sé cuánto— me había dado cuenta de que Federico y yo no éramos iguales. Había comprendido que él era superior a mí por una razón muy sencilla: porque él, y no yo, era el hijo de Don Guillermo. A esta objetiva consideración de los hechos adaptaba yo mi conducta sin ninguna violencia y me hubiese sentido completamente feliz si a *Frau Berza* no se le ocurre la malhadada idea de hablar al oído de Federico antes de lanzarme sus hirientes palabras. Esto fue para mí como una revelación. Algo había en la indiscutida superioridad de Federico que este ignoraba hasta el momento en que *Frau Berza* vino a soplárselo al oído. Yo no sabía qué era ello, pero no tardé en experimentar sus efectos.

Horas de amarga cavilación pasé en mi viejo catre de madera tratando de descubrirlo. A la mañana siguiente no pensé en otra cosa. El ajetreo del día, los mil estímulos exteriores que dirigen la atención del niño, la inconsciente esperanza de que todo lo ocurrido fuese mentira, me fueron anestesiando hasta hacerme olvidar casi por completo el asunto, pero a eso de las cuatro de la tarde, cuando *Frau Berza* dormitaba en el comedor, se acercó a mí Gertrudis con mucho sigilo y deslizó en mi oído estas perturbadoras palabras:

—¿Sabes lo que le dijo *Frau Berza* a mi hermano el día que te dio aquel regaño? ¿No lo sabes? ¡Ay, qué lástima! Yo quisiera saberlo, pero Federico no quiere decírmelo.

Esta salida de la hermanita tía Federico reabrió mi ya casi cicatrizada herida. Por fortuna, para los niños existe una Providencia que se encarga de anestesiar aquellos centros nerviosos donde se producen los grandes dolores. Si los adultos fuésemos menos cobardes, si pudiésemos conservar la mitad siquiera de las energías y la buena voluntad de la infancia, la Humanidad sería incalculablemente menos desdichada. Hubo un momento en el que, en medio de mis turbias cavilaciones, se produjo una pequeña luz y a esta luz me aferré yo con la tenacidad de un náufrago que se agarra a una débil alga. Debía haber un medio para burlar la dura sentencia de *Frau Berza*. Bastaba que Federico colaborase un poco, por su parte, para que todo volviese al bello estado de antes. Y al razonar de este modo debo advertir que no lo hacía por egoísmo, esto es, no pensaba en mí únicamente. Poseía el convencimiento de que también Federico sufría y mi deseo era aliviar la pena de mi amigo antes que la mía.

No fue mucho lo que tuvimos que discurrir. Ocurría que después del almuerzo *Frau Berza* tomaba un libro y se sentaba a leer en el comedor, cómodamente recostada a uno de los pilares. Poco a poco sus ojos se iban cerrando y su pecosa mano caía con languidez sobre las páginas del libro abierto. Así pasaba una hora, a veces más. Al cabo de este tiempo sus ojos volvían a abrirse, su mano arreglaba la cabellera color de paja y la lectura se reanudaba hasta la hora de la comida. Esta fue la oportunidad que Federico, Gertrudis y yo aprovechamos para renovar nuestras relaciones.

El momento en que nos vimos nuevamente reunidos —dos días después de la catástrofe— fue de fiesta para nosotros. Tanto más sí se considera que fue una fiesta muda, un júbilo sin palabras. Tácitamente convinimos en hablarnos por señas para no despertar a *Frau Berza*, pero nuestros ojos lo decían todo. Lo que más me alegraba era el entusiasmo de Federico al verme de nuevo cerca

de su persona. En honor de nuestros espíritus debo decir que ninguno de los tres derramó lágrimas, porque los niños no lloran sino por menudencias. Éramos dichosos. Aquella tarde me desquité dibujando rebaños enteros de burros azules. Federico me miraba sonriendo y me indicaba por señas que les pintara de rojo siquiera las orejas. De repente mi amigo se puso serio, arqueó las cejas y se llevó un dedo a los labios. Ante mi ansiedad, moviendo las manos quiso explicarme algo que yo no lograba entender y que debía referirse a *Frau* Berna. Convencido de la inutilidad de su esfuerzo se decidió por último a usar la voz. Deslizó en mis oídos estas palabras:

—*Frau* Berza tiene un secreto.

Pasaron algunos días. Al amparo del sueño vespertino de la institutriz hallá-bamos manera de cruzarnos algunas palabras furtivas y Federico me entregaba sus dibujos para que yo los admirase por la noche, en mi cuarto. Desgraciadamente para mí, la cocinera carecía de sentimiento artístico y apagaba la luz sin consultarme siquiera cuando me hallaba más embebido en mi admiración. Pero había de llegar una noche en la que creí tomar mi desquite. Fue una espléndida noche de junio, cálida y satinada de luna. Mientras hubo señales de vida en la casa pude contemplar a mis anchas los dibujos de Federico, unos maravillosos mares, ríos y árboles que poseían la virtud de hacerme soñar con viajes y aventuras. Repentinamente me di cuenta de que todo dormía y callaba a mi alrededor, y allí terminó mi alegría. La luna que había sido hasta ese momento una compañera cordial, se convirtió en un manantial de inquietudes. Cerca de mí la cocinera roncaba y resoplaba con la precisión de un fuelle de herrero. Cosas olvidadas, palabras dispersas, figuras incoherentes acudían a mi imaginación agrandadas por el silencio. “*Frau* Berza tiene un secreto”, esto me había dicho Federico ¿Cuál era el secreto de *Frau* Berza y de qué manera podía interesarme? “Vete a lavar el piso”. ¿Quién ha visto nísperos azules? “*Frau* Berza tiene un secreto..”. Las horas pasaban lentas como las aguas de un río de plata, los ruidos del monte se deslizaban por mis oídos y caminaban por mi espinazo como inquietos insectos; la luz de la luna, clara, fija, metálica,

fantasmal, se volcaba en nuestro cuartito de tablas y alargaba las cosas dando a sus sombras contornos absurdo, y yo permanecía con los ojos tirantes, fuertemente cerrados pero inabordables al sueño. De vez en cuando soltaba uno de mis párpados, muy poco a poco, para mirar la fantasmagoría que me circundaba, mas rápidamente volvía a cerrarlo, apretándolo hasta dolerme. Largo, infinito me parecía el tiempo. El silencio no tenía dimensión. Era inútil que pensara en los burros azules y en la sonrisa de Federico; sus palabras volvían obsesionantes como la luz de la luna: “*Frau Berza* tiene un secreto”. No sé cuánto tiempo pasó de esta manera. De repente oí correr un chorrillo de voces que orinaban la noche y tuve que apretarme la boca para no gritar. Pensé en las ánimas del purgatorio de las que había oído decir que salían por la noche a recorrer los campos desiertos. Pero no podía ser, pues las voces que yo oía no pisaban de dos y se iban haciendo, a pesar de mi pavor, cada vez más distintas. Además no era viernes sino martes. Quizá fuese el ánima sola... Pero tampoco, pues ya he dicho que no era una sola sino dos las personas que hablaban: un hombre y una mujer.

Habría sido lo más sencillo taponar mis oídos con ambas manos, debajo de la colcha de retazos, para no seguir escuchando aquel murmullo que comenzaba a espantarme, pero no lo hice por la sencilla razón de que no me atreví a mover uno solo de mis miembros. Por fortuna, cuando esperaba ver entrar aquellos fantasmas por la ventana, una de las voces, la de mujer, se me hizo perfectamente identificable “Pero si es la voz de *Frau Berza*”, pensé. Y en ese mismo momento mi miedo se alejó por los campos dando alegres saltitos. En seguida descubrí mi cabeza para oír mejor.

—No, no, Cruz María —decía *Frau Berza*—; por favor, no insista. No puedo ir con usted esta noche, con esta luna.

Reaccioné cual si hubiese pisado una brasa. También conocía a la otra persona que hablaba. Era Cruz María, el hijo de Cervelión, el que ordeñaba las vacas y traía la leche por las mañanas. Sí, sí, no había duda: era el único Cruz María conocido en todo Cumboto, y le apodaban el Matacán por su

semejanza con un venado pequeño. Hubo un breve silencio tras el cual habló de nuevo la institutriz:

—Suélteme, Cruz; le ruego que me suelte. Se lo ordeno. No volveré a salir con usted... Además, ¿no le he dicho que debe bañarse antes de venir a verme? Usted, huele a vaca, Cruz

—Pero si me bañé esta tarde en el río.

—Sin embargo usted huele a vaca y esto no es bueno para el amor.

Entonces, perdido el miedo completamente y lleno en cambio de curiosidad, me deslicé de la cama y llegué hasta la puerta evitando despertar a la cocinera. En aquel momento aparecieron ante mi vista las dos figuras desmesuradamente agrandadas por la luz de la luna. Sus sombras enormes fosforecían en la blanca pared de la casa y sus voces, a pesar del sigilo con que hablaban, parecían también iluminadas. Hombre y mujer forcejeaban conteniendo el aliento. Yo quedé inmóvil junto a la puerta, contemplando la fantástica escena. ¡Qué grande, que inmenso estaba el campo en medio de aquella luz azulenca! Cruz María tenía el torso desnudo y su piel brillaba como la coraza de un gran abejorro. *Frau* Berza vestía un peinador vaporoso que la hacía casi invisible. Alrededor de su talle los fuertes brazos de él parecía que rodearan una columna de humo. Su cabellera flotaba, irreal, esquivando las acometidas de dos ojos ardientes y de dos labios inflamados que la acosaban.

El sentimiento que ahora me dominaba era de una naturaleza completamente distinta. Sentía la necesidad de defender a aquella mujer de los brazos, los ojos y los labios de Cruz María, pero no osaba siquiera gritar por el temor de ver aparecer ante mí el colorado rostro de don Guillermo, la enorme túnica de la cocinera y la cara rígida y cenicienta de Eduvige. No tuve tiempo, sin embargo, para reflexionar pues en aquel momento los luchadores se volvieron hacia donde yo estaba y sus cuerpos quedaron paralizados. Fue cosa de segundos. Cruz María saltó como un venado y se lanzó veloz a través del jardín, *Frau* Berza vino hacia mí con las manos extendidas. Sentí la presión de sus dedos en mi garganta.

—Dime: ¿qué has visto?

—Nada —gemí fascinado por sus pupilas plateadas.

—¡Cállate! Habla más bajo.

Pensé que iba a ahorcarme allí mismo. Podía hacerlo, sin duda, porque poseía manos fuertes y dedos largos. Pero de pronto, para sorpresa mía, cambió de actitud. La vi sonreír.

—Bueno —añadió con dulzura mientras arreglaba su peinador y se atusaba el cabello—. No dirás nada de esto a nadie, ¿verdad? Yo en cambio te haré un bonito regalo.

Se movía con rapidez. Suavemente me arrastró hasta la puerta del comedor y ya allí se puso un dedo sobre los labios.

—A nadie, ¿comprendes? Ni a los grandes ni a los chicos. ¿Me lo prometes? Dije que sí con la cabeza.

—¿Me lo juras?

Repetí la señal

—Habla. ¡Dime que sí!

—Sí.

Me miró entonces con una punzante mirada y luego, sin añadir palabra, echó a andar y se perdió en el pasillo que conducía a su habitación.

La tarde siguiente hablé con Federico en voz baja:

—Es verdad. *Frau* Berza tiene un secreto. Anoche la vi peleando con Cruz María.

Federico sonrió:

—Yo también los he visto.

—¿Y no tienes miedo?

—No, no tengo miedo.

Su sonrisa se acentuó de una manera enigmática.

—Ella —añadió— es quien debe tener miedo ahora.

Repentinamente, y casi sin proponérselo, Federico y yo imprimimos a nuestras vidas un ritmo distinto arrastrando con nosotros a la pequeña Gertrudis. Fue algo tan inesperado y fascinador que nos sentimos envueltos por una atmósfera de embriaguez. Yo estaba maravillado por la nueva conducta que *Frau* Berza observaba con nosotros. Algo había ocurrido en su corazón para que nos tratara ahora con tanta dulzura y complacencia, para que abandonase sus escrúpulos acerca de mi persona y para que se mostrase menos severa en sus lecciones de piano. En realidad, yo mejor que nadie debiera saber lo que acontecía a la institutriz. Sin embargo nunca se me hubiese ocurrido relacionar este cambio con la nocturna escena del jardín. De esa aventura conservaba solo dos recuerdos que producían en mi espíritu emociones distintas: el uno, la inexplicable conducta de Cruz María, el extraño brillo de sus pupilas; el otro, el bonito regalo que me ofreciera *Frau* Berza y que aún no había recibido a pesar de los días pasados desde entonces.

Fue Federico quien tomó la iniciativa para alterar nuestras viejas normas de vida. Con su enigmática sonrisa constantemente sobre los labios, acechaba los momentos propicios para burlar la disciplina impuesta por la institutriz. Ya no tenía yo necesidad de espiar el momento en que *Frau* Berza cabeceara en su silla para venir a conversar con él en el comedor y a mirarle dibujar en su

cuaderno, sino que lo hacía impunemente en el momento que me viniese en gana.

—¿Por qué te escondes? —me reprochó Federico burlonamente—. Tonto, no tengas miedo... Ven ahora mismo.

Y me arrastró consigo hasta hacerme parar a su lado, con los codos en el borde de la gran mesa. Ya allí me guiñó un ojo y me repitió en voz baja:

—No te asustes que no te dirá nada.

Y en efecto, *Frau Berza* se limitó desde entonces a mirarme muy seria, pero sin pronunciar palabra. Pasaba a mi lado rígida, con la cabeza altanera y los ojos fruncidos cual si el relente del sol le hiciera cosquillas sobre los párpados. Federico me preguntó, de improviso, una tarde:

—¿Quieres aprender a leer?

No vacilé en responderle que sí porque aquello formaba parte de la misma aventura. Aprender a leer al lado de Federico, en su propio libro, bajo su dirección, era para mí lo mismo que dibujar con sus lápices las fantásticas hojas que a él le parecían burros azules. Cada letra que conocía, presentada por él como si fuera un nuevo amigo, tenía a mis ojos la vitalidad de un ser que se animaba de pronto, que surgía de un mundo de sueños para incorporarse a mi propia existencia. Con sus distintos nombres y formas, las letras eran pequeños Federicos y Gertrudis que venían a enriquecer nuestra sociedad.

En su gran libro de hojas acartonadas y tapas multicolores, abundaban figuras y paisajes familiares: árboles intensamente verdes, casitas de techos rojos, frutas apetitosas de tentadores matices, vaquitas pintadas que pastaban en limpios prados taraceados de florecillas, y niños blancos que parecían soñar a la orilla del río. Viviendo tan próximos a los ríos de Cumboto nosotros solo poseíamos vagos y desvaídos recuerdos de ellos. Yo, por ejemplo, no recordaba haberme acercado a un río en toda mi vida. Inesperadamente y como para retribuir una de las muchas preguntas que Federico me hacía a cada instante, le hice yo la siguiente:

—¿No te gustaría ir al río?



—¿Al río? —repitió con extrañeza.

Limíteme a señalarle en el libro, con la punta del dedo, aquel delicioso lugar donde reposaba el holgazán Enriquillo con sus calzones color de canario y me puse a mirar hacia el campo donde los árboles se balanceaban gravemente. Ambos nos pusimos soñadores. No se habló más de esto entre nosotros, pero desde aquel mismo momento sorprendí muchas veces a Federico con el libro inmóvil en las rodillas y la mirada de huelga en el verde misterio de los cocales.

—Hay mucha gente que yo no conozco, ¿verdad? —me preguntó una vez.

—¿Dónde? —quise saber a mi turno.

—Ahí —respondióme abarcando con la mirada el horizonte del campo.

—Yo no sé...

Pero rectificué en seguida:

—Hay uno que se llama Cervelión.

—¿Cervelión? ¿Qué nombre tan raro ¿Quién es Cervelión?

—El papá de Cruz María.

—¿Y quién es Cruz María?

—El que trae la leche de madrugada.

—¡Ah...! ¿Y a quién más conoces?

—A Cruz María.

No conocía a nadie más en particular. Al mismo Cervelión le había visto dos o tres veces en la Coquera y si le distinguía entre los demás era por su apasionante conversación sobre los cocos de riña. De esto hablamos Federico y yo Largamente mientras leíamos o dibujábamos. Me trastornaba descubrir la emoción que mis palabras le producían. Volvíame loco a preguntas sobre aquel mundo desconocido al que yo, por mi singular condición en la casa, tenía el privilegio de aproximarme, y yo se lo describía lo mejor que me era posible, poniendo incluso grandes aportes de mi cosecha. No contento con esto quiso que se lo dibujara. Evocado por mi lápiz, Cervelión pareció una mata de coco sin palmas. Una tarde encontré a Federico muy agitado.

—Mañana —me dijo— vamos a ir al río.

—¡Al río!

—Sí: mañana sale papá para el Puerto. Se lo oí decir a don Serafín.

Don Serafín era el mayordomo de la hacienda, un viejo de cabeza plateada que casi nunca aparecía por la casa.

—En cuanto salga papá —añadió con vehemencia— nos vamos nosotros y buscamos a Cervelión.

El papá de Federico montó, en efecto, muy de mañana a caballo, y partió seguido de un negro que cabalgaba en otra montura llevando en su mano un machete resplandeciente. Los niños y la institutriz desayunaron en el comedor y doña Beatriz en su habitación. Yo miraba todo esto temblando de impaciencia y de miedo. Cuando el desayuno hubo concluido y mientras *Frau* Berza iba al interior de la casa, Federico corrió hacia mí y me tomó febrilmente de la mano.

—Vámonos, vámonos ligerito antes de que nos llame a dar la lección.

Al traspasar el umbral y hundir nuestros pies en el prado que rodeaba la casa, experimentamos una electrizante sensación de libertad. Al lado de Federico, mirando a todos lados sobresaltada, venía su hermana Gertrudis. Los tres caminábamos de prisa. Los rostros levantados, las narices palpitantes respirando aquel aire joven que venía de los confines azules. Verde y húmedo el parque, en medio del cual se alzaba la blanca mole de la casa, nos parecía un manso mar bañado por el sol adolescente.

—¿Adonde me llevan? —nos preguntó la pequeña Gertrudis.

Pero ni Federico ni yo consideramos prudente responderle. Su hermano la llevaba de la mano y la hacía marchar a saltitos. Era yo quien guiaba la caravana procurando mantenernos ocultos por el follaje. Pronto comenzamos a transpirar y acezar. Federico me preguntaba frecuentemente: “¿Está muy lejos todavía?” Y su hermanita le hacía coro con su vocecilla saltona de asombro: “¿Adonde me llevan?”. No tardamos en ver asomar por encima de la vegetación las techumbres de tejas de los galpones y la gran chimenea de ladrillos de las calderas donde hervían el aceite.

—Mira: ya vamos a llegar —dije yo.

Cuando Federico desembocó frente a la Coquera, quedó anhelante de admiración. Los galpones bullían como una pajarera repleta de tordos. Solo los negros viejos trabajaban en relativo silencio. Las muchachas cantaban y los mancebos hablaban a gritos y reían con toda la boca. Pero nuestra aparición les hizo enmudecer. Yo, en realidad, nada significaba para ellos, mas la presencia de Federico y sobre todo la de Gertrudis les dejó pasmados de asombro. De repente vi la desmesurada figura de Cervelión venir a nuestro encuentro con su andar cachazudo y toqué a mi amigo con el codo. El viejo se inclinó sobre mí con una cómica gravedad.

—¡Muchacho! ¿Y qué andan haciendo utedes por etos lados?

—Venimos a hablar contigo —le respondí con el pescuezo torcido para poder mirarle la-cara.

—¿Y andan solitos?

Sin responder le llevé a un lado tirándole de una mano.

Le hice agacharse y le hablé al oído:

—Esos son los hijos de don Guillermo.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿qué buscan aquí a etas horas?

—Guá vamos para el río.

—¿Solos?

—Solos no, contigo.

Cervelión se incorporó de nuevo y se rascó la cabeza. Arqueó las cejas y miró a su alrededor antes de volverse a inclinar hacia mí. Su voz zumbaba como el vuelo de un cigarrón.

—Este sí que es compromiso, muchacho. Yo no quiero que el Musiú me ponga la vista. ¿Por qué no se devuelven para la casa?

—Porque queremos conocer el río.

—Ujun, ¿y no lo conocen?

Federico se había aproximado seguido de su hermana.

—Usted es Cervelión, ¿verdad?

Se mostraba muy serio mirando al rostro del negro. Sin esperar su respuesta tomó una de sus manos y se la estrechó.

—Yo soy Federico y esta es mi hermana Gertrudis. Nosotros estamos resueltos a ir al río de cualquier modo. Si usted no nos acompaña iremos solos. Lo único que le pedimos es que nos enseñe el camino.

—¡Caramba! Está bueno, pues.

Me sentí deshecho de admiración. Mientras yo comenzaba a arrepentirme de la aventura, mi amigo hacía gala de firmeza y resolución. Su hermanita miraba en torno suyo con indiferencia.

Sin añadir palabra, Cervelión nos llevó consigo a algunos metros de los galpones y ya allí tendió su mano hacia la floresta.

—Pongan cuidado a lo que les voy a decí. ¿Ven ese camino que se mete en el monte? Bueno: sigan por él derecho, sin cruzar para ningún lado. Caminen un rato y cuando encuentren una empalizada de alambre de púas, pásenla con cuidado y sigan por la misma vereda. Un poco maj allaíta van a encontrá un rancho de teja que tiene la entrada muy limpiecita. Esa es la casa de Ana, la vieja Ana, una que hace chuchería para vendé. Toquen la puerta y pregunten por dónde deben cogé para ir al río. Si atienden bien a lo que les digo no pueden tener perdedera.

Nosotros nos miramos estupefactos. ¿Qué hacer? Si Federico me hubiese pedido mi opinión le habría respondido resueltamente: “Volvámonos a la casa”. Pero lejos de eso se volvió a Cervelión y le preguntó con firmeza:

—¿Derechito por este camino?

—Sin cruzá para ningún lado.

En uno de los libros de mi amigo había oído a este leer la historia de un niño que habiendo caído en poder de un mago, viajó por los aires y entró de repente en un mundo desconocido en el cual le ocurrieron aventuras cautivadoras. Al penetrar en el camino derecho que conducía al río, yo hubiese jurado que

se trataba del mismo universo del mago y como tal me conduje en lo sucesivo. Miraba a lo alto y veía el espeso ramaje de los árboles que formaban una gran bóveda sobre nosotros, y juraba que el sol había desaparecido. En el mundo de los sueños infantiles hay mucha luz pero no existen el sol ni la luna ni las lámparas. Estrellas son las que alumbran las casas y los caminos. Estrellas de oro y plata que suenan como cascabeles y que los magos tocan con sus varitas para hacerlas brillar y cantar.

En las altas ramas del bosque trinaban entonces pájaros invisibles. De pronto, con susurro sobresaltado, saltaba alguno y se echaba a volar. Ruidos inesperados sacudían la hojarasca y los matos enormes salían disparados con las colas al aire. Todo aquello era nuevo para nosotros y su descubrimiento nos sobrecogía meciéndonos en un columpio de placer y de miedo. Iban y venían gentes por el camino. Mujeres y hombres junto a los cuales pasábamos serios y tiesos con el temor de vernos atrapados y conducidos a remotas cavernas.

Pronto estuvimos frente a la casa de tejas que tenía la terraza barridita. Casi todos los ranchos que yo conocía eran negros o rojos, sucios, agrietados, desollados por el inclemente fuego del sol, ariscos como animales salvajes que se escondieran en la floresta. Este, en cambio, sonreía con el ojo de su ventana bajo los brazos verdes que se inclinaban a acariciarlo. Un viento suave agitaba las hojas y hacía caer sobre el tejado una garúa de flores flamígeras y canosas. Federico y yo nos quedamos mirando a través de la puerta entreabierta. Gertrudis había recogido una flor y jugaba con ella. En el interior cacareó una gallina.

—¿Llamamos? —pregunté.

—Sí; toca tú.

Me extrañó su voz imperiosa, pero no hice caso. La puerta resonó golpeada por mis nudillos.

—¿Quién es?

—Ente de paz.

— Vooy...

Poco después apareció una muchacha un poco mayor que nosotros —quizás algo menor— cuya delgadez me hizo recordar una raya de lápiz. Era morena, estaba descalza y peinaba en aquel momento sus crespos cabellos que chorreaban hilillos de agua sobre su frente.

—¿Qué buscan?

—¿Es aquí donde vive la vieja Ana?

Fui yo quien formuló esta pregunta. La muchacha me miró con el ceño fruncido y me apuntó con su peine.

—¿La vieja Ana? ¿Cómo la vieja Ana? Entienda que son bien groseros. Aquí la que vive es mi abuela Anita.

Federico intervino, conciliador:

—No te pongas brava. Nosotros lo que queremos es que nos digas por dónde se coge para ir al río.

Entonces ella hizo un mohín, me miró con desdén y dirigiéndose a mi compañero le dedicó su más deliciosa sonrisa.

—Esa es otra cosa: hablando se entiende la gente. Yo acabo de venir del río con mi abuela, pero...

—¿Pero qué?

Toda su gentileza era para Federico. Con un expresivo guiño de inteligencia dio tres brincos hacia el interior de la casa y poco después volvió con sus alpargatas colgando de un dedo.

—Voy a volver con ustedes... Vengan conmigo para enseñarles...

La aventura tomó de pronto un giro imprevisto con la compañía de aquel ser inquieto, cambiante e inusitado que segregaba palabras por todos los poros. Ya la naturaleza no penetraba en nuestros espíritus sino a través de la magia de su lengua. Todo allí le era familiar, todo lo conocía por su nombre y todo lo relacionaba, directa o indirectamente, a su propia existencia y a la de su abuela.

—A mí me gusta meterme en el río con las alpargatas puestas —decía—. Así puedo moverme y caminar por todas partes. Por eso están mojadas ahora, ¿las

ven? Mi abuela Anita vive peleando conmigo por esto y aquello, pero yo no le hago caso. Es tan vieja, la pobre... Por aquí se va para Paso Real y también para Goiguaza, si ustedes quieren. Por el camino de Goiguaza están las Tres Cruces. Ustedes no son de aquí, ¿verdad? Deben ser forasteros. Yo he ido con mi papá y mi hermano Prudencio. Más allá de las Tres Cruces queda el Barrial del Machete...

A veces caminaba normalmente a nuestro lado, pero a veces, con repentino ímpetu, se ponía a saltar cual si jugase a la cuerda. Sus flacos y largos brazos se movían como aspas, cual si estuviesen prendidos con alfileres a sus hombros estrechos. Sus pies, delgados también, poseían una movilidad tan individual y sorprendente que parecían dos extraños animalejos.

En un arranque se aproximó a Gertrudis y se apoderó de una de sus manos. —¿Por qué no saltas, zoqueta? Anda, salta como yo a la patica coja.

Pero Gertrudis no comprendía. Desde el encuentro con aquel torbellino humano la pobre niña se mostraba sobrecogida. ¿De dónde —parecía preguntar— le brotaba a este ser arbitrario su vitalidad enloquecedora? Y los ojos azules, grandes y soñadores, de la hermanita de Federico transparentaban una sorpresa que no estaba lejos del llanto.

Mientras tanto avanzábamos y el caminito por donde habíamos entrado siguiendo a nuestra nueva amiga, se volvía cada vez más tortuoso y estrecho, a tal punto que teníamos que ir apartando malezas para seguir adelante. Confieso que no las tenía todas conmigo en aquellos momentos y al volverme a mirar a Federico noté que éste se había puesto pálido. Gertrudis en tanto, atada a su hermano, iba dando tumbos, enredada en los faraloes de sus pantalones. Los tres habíamos enmudecido, nuestras ilusiones naufragaban en aquella borrasca verde y si no nos volvíamos a todo correr era porque el ser absorbente que nos conducía nos ataba a su voluntad.

—Yo también me llamo Ana, como mi abuela —explicaba ahora—. Mi nombre completo es Ana Agustina, pero algunos me llaman Pascua porque dicen que soy muy alegre. Conozco todo esto como la palma de mi mano. Mi

papá se llama Ernesto y mi hermano Prudencio. Él es mayor que yo, pero Dios libre que se meta conmigo. El otro día me haló por un moño para lucirse con una fulana Carmita que vende arepas, pero le pegué un mordisco que todavía tiene la marca.

Sin cesar de brincar, sin tomar aliento, moviéndose en el océano vegetal con la ligereza de un caballito del diablo, cambiaba de tema como un colibrí cambia de flor.

—Yo soy una gran bailadora, ¿no saben? Cuando aquí ponen baile me llaman. Pero yo no bailo con todo el mundo. ¿A ti no te gusta bailar? —preguntó encarándose con Federico—. ¿Dónde viven ustedes? ¿Son del Puerto? ¿De Goaguaza? Yo nunca los he visto por estos lados, aunque la cara de este (aludía a mí) me parece que la he visto en alguna parte. Yo quiero que conozcan a mi abuela... Ahora, al regreso, van a entrar en la casa, si quieren.

De pronto Federico se detuvo con ambas manos en el pecho.

—No puedo más —jadeó. Y todos nos detuvimos.

Su hermana le miraba con ojos despavoridos.

—¿Estás cansado? —preguntó Pascua—. ¡Ay, mijo! ¡Qué flojo eres! Aguanta un poquito que ya estamos llegando.

En aquel momento, muy cerca de nosotros, resonó una risotada de regocijo y nuestros ojos se volvieron ansiosos. Pero no vimos a nadie. Estábamos prácticamente inundados por la vegetación. Sobre nuestras cabezas abríase un ancho boquete en el que se recortaba un cielo azul, rutilante, moteado de nubecitas blancas. Era algo tan imponente que nuestra pequeñez no difería de la de los grillos que chillaban en la espesura. Segundos después la risa volvió a resonar, más bronca, más alegremente amenazadora. Entonces Gertrudis se cubrió las orejas con ambas manos y se puso a dar gritos. En lugar de la risa se oyó una voz:

—No se asuste, mi blanca, que no le va a pasar nada.

Al otro lado de un matorral, redonda y brillante, la cabecita de Cervelión emergió iluminada por su risa. En su dentadura amarillenta no faltaba una pieza.



—¿Creían que los iba a deja venir solos? ¡Jo! ¡Jo!

Nos explicó que había tomado una pica solo de él conocida y sus palabras chorreaban una ternura de siervo.

—Vengan conmigo.

A dos pasos de allí estaba el río, en el fondo de un suave talud que se resolvía en una franja de playa de doradas arenas. Había una gran cepa de bambúes de largas cañas que se doblaban en una ofrenda de lanzas hasta herir la piel del agua corriente. Vivos regueros de sangre simulaban en los ribazos los puñados de florecillas rojas. También las había amarillas como monedas y azules como pupilas exóticas. Unas mujeres que lavaban sus ropas y se bañaban en el pozo, bajo el dosel del bambú, se pusieron a gritar y reír. Cervelión las tranquilizó arrastrando el ala de su voz cachazuda.

—No se alebresten tanto que ya yo no veo tan lejos.

Se volvió a nosotros, solícito:

—¿Quieren bañarse?

Pero Federico dijo que no con la cabeza. Tampoco yo sabía si deseaba bañarme. Todo era tan sorprendente y grandioso que necesitábamos tiempo para pensar si nos habría gustado efectivamente.



## VI

### LA ABUELA ANTEA

Fuera de *Frau* Berza, Eduvige y la cocinera, nadie más en la Casa Blanca se había enterado de nuestra aventura. Pero para la institutriz aquello había adquirido las proporciones de una tragedia. Apenas estuvimos de vuelta la vi precipitarse hacia Federico y hablarle nerviosamente en aquel lenguaje gutural que yo no entendía. Luego se puso a arreglar el deplorable tocado de Gertrudis, lo que hacía con gestos bruscos de contenida cólera.

Mientras *Frau* Berza se ocupaba de su hermana, Federico permanecía de pie en medio del salón, muy cerca del piano. Miraba las espaldas inclinadas de la institutriz y se iba poniendo pálido. De repente pronunció algunas palabras, para mí ininteligibles, que la hicieron volverse cual si la hubiesen mordido en la nuca. Vi temblar sus labios, pero no oí su voz. Fue como si algo se hubiese desplomado de pronto dentro de ella. ¿Qué le había dicho Federico? No tardaría en saberlo. Aquella misma tarde me detuvo ella en el pasillo que conducía a su alcoba y me hizo entrar de un tirón.

—Se lo contaste, ¿verdad? Se lo contaste a pesar de haberme prometido no decírselo a nadie.

Quedé alelado. Vi lágrimas en los ojos grises de *Frau* Berza y me pareció que su rostro había enflaquecido cual si un centenar de años hubiesen pasado por él. Al notar cómo temblaban sus labios sentí una gran pena y perdí el miedo de pronto.

—No fui yo, *Frau Berza* —le dije con calor—. Se lo juro.

—Entonces, ¿cómo lo supo?

—No lo sé; fue él quien me lo contó a mí.

El espectáculo que presencié a la tarde siguiente fue más lastimoso aún. Sentada frente a la mesa, con las manos cruzadas sobre el libro abierto, *Frau Berza* lloraba calladamente en presencia de Federico. Sin proponérmelo pude oír algo de lo que le decía, pues hablaba entonces en castellano.

—Sé bueno: no llores a la niña contigo. Te lo suplico.

Al verme llegar sacó un pañolito de punto y lo llevó a sus ojos. Federico, pálido, sonreía. Yo tuve miedo de nuevo.

Desde aquella tarde o, más exactamente, desde el instante en que vi aquella sonrisa de Federico, mi admiración por este se transformó en un vago sentimiento que me inducía a buscar en él algo diferente a las otras personas. Ya no supe moverme ni hablar ni siquiera pensar sino en función de lo que él quisiese o pensase. Llegué incluso a soñar cosas absurdas relacionadas con su persona. En estos sueños le veía invariablemente como un gato blanco que andaba en dos pies y sonreía con unos ojos azules y crueles.

Lo que siguió a aquella escena fue una verdadera orgía de libertad. Don Guillermo se ausentaba con frecuencia, siempre seguido de un negro a caballo, y nosotros salíamos poco después que él a hartarnos de campo, de río, de todo cuanto aquel mundo voluptuoso podía deparar a nuestros sentidos recién abiertos. En estos días no había lecciones ni dibujo ni piano. Nadie nos detenía ni nos preguntaba siquiera a dónde íbamos, y apenas si Eduvige posaba en nosotros su mirada de esfinge cuando regresábamos a la casa. En lo único que transigió Federico con la institutriz fue en no llevar a Gertrudis.

De entonces data nuestro conocimiento con la vieja Ana, la abuela de Pascua. Por primera vez la visitamos una mañana, después de un largo baño en el pozo del bambú. Desde ese momento no dejamos de entrar en su casa en ninguna de las ocasiones en las que salíamos al campo. Su sola presencia, en el limpio ambiente que la rodeaba, tenía para nosotros una irresistible atracción.

La garrulería de su nieta complementaba este delicioso espectáculo. Igual que Pascua, la anciana amaba hablar de sí misma y alardear de su edad y de su fortaleza.

—Nosotro lo negro —nos decía la Abuela Anita— tenemo el hueso duro. ¿Cuántos año me echan ustedede? Pues aquí donde me ven llevo casi noventa comiendo pan. Y mírenme lo diente: ni una sola picadura. Cuando muchacha, por presumir, me lo limpiaba con palito de malagüera y de orozú; después que tuve mi primer hijo, cuando aprendí a fuma pa mata la pena, me estrujaba lo cabo de tabaco en la dentadura. Pero no nos desviemo y volvamo a lo de la edá. Yo me he reído siempre de esa persona que se quitan los año, como si los año lo hicieran a uno má viejo. Mi agüelo vivió má de un siglo y si no e porque una mula le da una patada en el pecho, cuando la estaba herrando, todavía anduviera por ahí dando que hacía. Mi agüelo era muy chitoso: para todo tenía un cuento oportuno y, si a mano venía, un verso. Mi hijo Erneto heredó su carácter, fue fiel a su sangre; pero mi hijo Fernando... Ma vale no habla de eso... Mi hijo Fernando —añadía maliciosa y confidencial— se casó con una blanca y que pa mejora la raza.

Cuando estaba de vena la Abuela Anita era un encanto. Alegre y locuaz nos reunía a todos a su alrededor y formaba una tertulia que consumía nuestro tiempo sin que lo advirtiésemos. Desdichadamente esto sucedía con menos frecuencia de lo que nosotros habríamos deseado, porque por lo común la viejecita permanecía encerrada en un hosco mutismo o balanceándose a solas en un canturreo que duraba horas.

La Abuela Anita era negra retinta, absoluta. En su juventud, sin embargo, debió poseer cierta gracia especial que la hiciera gustar a los hombres. Debí ser alta, airosa y llena de un picante donaire que todavía coloreaba sus charlas. Para la época en que la sitúan mis recuerdos, los años y las penalidades habían encorvado su busto y marchitado sus carnes. Su figura tenía un aire de fetiche africano. Un viejo hábito, del que nadie hubiese podido despojarla, la inducía a mantenerse siempre cubierta con un enorme pañuelo de colorines atado a

la cabeza y encima de este un estropeado sombrero de fieltro de anchas alas lustrosas. Sobre su chata nariz se sostení a duras penas unas antiguas antiparras con cerco de alambre, adorno superfluo por encima del cual sus ojillos húmedos lo escudriñaban todo en su derredor. Cuando se abstraía en alguna labor, el labio inferior colgaba flácido dejando al descubierto la dentadura menuda.

La Abuela Anita vivía en compañía de su hijo menor, Ernesto, y de los retoños de este, Prudencio y Pascua. El mayor de sus hijos, aquel fabuloso Fernando que habíase casado con una blanca, vivía en la ciudad y jamás visitaba el campo. Nuestras tertulias se celebraban casi siempre en la parte trasera de la casita, en las inmediaciones del fogón. Formábamos el grupo de sus oyentes Federico, Pascua y yo, porque Prudencio ya trabajaba para esa época en los establos. Pascua era, como ella misma decía, “la adoración de la abuela”. Y en efecto, esta chica morena y ahilada era el único ser capaz de estimular la locuacidad de la vieja. Y lo que es más interesante todavía: la única que lograba, en ocasiones sensacionales, hacerla abrir el viejo baúl de caoba donde guardaba los heterogéneos tesoros de sus recuerdos.

Cuando la Abuela condescendía a meter la llave en la cerradura de su baúl, era fiesta para nosotros. La rodeábamos palpitantes, con la misma emoción que debió embargar a Edmundo Dantés en la caverna de Montecristo. El retintín de la gran campana de que estaba armada la cerradura, se desparramaba en el campo como una aleluya y nosotros lo recibíamos en nuestros corazones, le abríamos nuestros oídos, lo aspirábamos con las narices abiertas cual si más que un sonido fuese un perfume. Luego quedábamos en supersticioso silencio, pendientes de sus labios, mientras sus dedos negros y temblorosos iban mudando de un lado a otro, con suavidades rituales, las piezas de vestir de policromadas telas, las joyas de orfebrería, los grandes pañuelos de Madrás impregnados de seculares perfumes, las menudas tazas de porcelana holandesa y unos raros instrumentos de música que constituían nuestra mayor curiosidad.

El baúl de la Abuela era un cuento de hadas no solo por los objetos que atesoraba sino por las historias que lo ilustraban. ¿De cuáles maravillosos países

procedían aquellas sedas estampadas y coloreadas? ¿Cuáles cuerpos vistieron las amarillentas batistas que solo los dedos de la anciana podían tocar sin romperlas? ¿Qué labios se posaron en las frágiles tacitas de borde dorado y en cuáles senos descansaron las serpentinas cadenas, los pálidos camafeos de marfil y las finas Custodias de los guardapelos? La Abuela nos lo contaba con su cansada voz agorera. Todo aquello había venido a sus manos a la muerte de su abuelo Mamerto quien a su vez lo recibió en depósito de un caballero blanco que fue su amo.

—¿Su amo? —le preguntó una vez Federico muy intrigado.

—Sí... ¿Saben ustedes? Así lo mentaba mi abuelo.

Y al hacer esta explicación que ninguno de nosotros comprendía bien, la Abuela reía irónicamente.

—Así mentaba él —insistía— a todo lo de su casa, porque deben saber ustedes que mi agüelo sirvió a una rica familia que tenía grandes haciendas de café y de cacao y que cuando el último de los señores se metió a la guerra, encargó a mi agüelo de su casa para que la cuidara.

—¿Y aquel señor no volvió, Abuela? —preguntaba Federico.

—No, no volvió. Si hubiera vuelto no estarían aquí todas esta cosa.

—¿Y qué haría usted si volviera?

—Se las entregaría porque así me lo ordenó mi agüelo ante de morise.

En el heterogéneo contenido del baúl me intrigaban particularmente los instrumentos de música, unos amuletos de plata que figuraban pequeños miembros humanos, barcos, pájaros y otros animales, y un viejo cromo que representaba a un general de gran barba negra y con muchas medallas en el pecho. Federico, por su parte, habría dado diez años de su vida por leer unas cartas azules atadas con una cinta descolorida. En cuanto a Pascua, solo le interesaban los justillos, las faldas y los chales multicolores.

Entre los escasos objetos que la Abuela nos permitía profanar con nuestras inquietas manos, figuraban unos pequeños retratos en daguerrotipo, borrosos y ennegrecidos. A duras penas podíamos distinguir en ellos los rostros de dos

damas de lisos cabellos negros y de dos caballeros muy tiesos, uno de los cuales lucía unas grandes patillas de las llamadas de boca-de-hacha. El efecto que estas fotografías producían en mi espíritu era muy singular. Se me antojaban la evocación de cuatro fantasmas, ánimas del purgatorio apresadas en las minúsculas cárceles de sus retratos por algún arte diabólico.

—¿Quiénes son, Abuela? —le pregunté una vez.

—Son cuatro persona blanca, pariente del amo de mi agüelo.

—Pero, ¿cómo se llamaban? —insistí mirando los oscuros rectángulos de metal.

La Abuela no lo sabía o no lo recordaba. Aquellos seres fantásticos, con sus rostros irreales, habían vivido muchos años antes, cuando la vida era distinta a la actual y las personas se conducían de un modo muy diferente a nosotros. Esto lo deducía yo de las evasivas palabras de la anciana, y así debía ser en efecto a juzgar por el vago temor que imponían a mi espíritu las graves imágenes. Si esto ocurría con sus simples retratos, mustios y secos como hojas guardadas en un libro, ¿qué no ocurriría si estuviesen vivos? Amos los llamaba el abuelo de la Abuela y esta misma quizá les llamara así, en secreto. ¿Debía considerarlos yo del mismo modo y pensar en ellos con igual reverencia e idéntico sentimiento servil?

Este problema, siempre planteado ante los cuatro daguerrotipos, representó por largo tiempo uno de mis más graves conflictos infantiles. Cierta vez interrogué a la vieja con resolución:

—Abuela, ¿eran amos tuyos, también, esos señores?

A lo que ella me respondió después de mirarme por un momento:

—Sí, y si vivieran serían tus amo.

Cuando oí esta insólita afirmación, en la que había un no sé qué de maligno, experimenté una sensación extraña e indefinible. ¡Mis amos! En lo primero que se detuvo mi pensamiento fue en Corazmin, un perro callejero y realengo que se presentó un buen día en la casa de los señores y al que don Guillermo echó de allí a patadas. Corazmin era un perdiguero blanco con manchas



achocolatadas, manso y cariñoso, pero muy hambriento y aficionado a meter el hocico en todos los rincones. No volvió a portar por la casa, pero apenas veía a alguno de nosotros se ponía a seguirlo como una sombra.

—Este fulano perro —protestaba Pascua furiosa—, ¿por qué no sigue a sus amos?

Esta exclamación fue una especie de clave de mis preocupaciones. Muertos aquellos señores, ¿a quién debía mirar yo como amo?

Desde aquel día y durante largo tiempo sentí hacia Federico un oculto recelo que por fortuna no llegó él a sospechar.

Fuera del baúl de las maravillas, lo que solía ‘congregarnos en torno a la Abuela eran las golosinas que esta fabricaba por temporadas, y los cuentos que nos contaba cuando estaba de humor.

Para aquellos manjares que siempre recordaré con deleite, envueltos a través de los años en un hálito de fragante manteca de coco, de anís y clavos de Ceilán, la Abuela Anita poseía manos de diosa. Yo la oía hablar con frecuencia de las riquezas desconocidas que atesoraba la culinaria curazoleña, de las delicias del *banana stobat*, de los *calás*, de la sopita, el quimbombó y los buñuelos, pero no sabría decir cómo pudo ella apropiarse tales recetas porque nunca tuve interés en averiguarlo. Solo puedo afirmar que engullía los productos de su laboratorio con insaciable glotonería.

Cuando la anciana amanecía canturreando, con el labio inferior distendido, nosotros nos preparábamos a pasar una mañana feliz a su alrededor. Aquella era la señal inequívoca de que tendríamos ventas o cuentos espeluznantes, o ambas cosas a la vez. (Olvidaba decir que las granjerías de la Abuela se cono- cían en el campo con el nombre de ventas y que ella misma se cuidaba mucho de subrayar este nombre para que nadie se equivocase).

En efecto, quien no dispusiese por lo menos de un centavo, podía estar cierto de que no probaría un *calá* ni un buñuelo. Solo cuando el buen humor de la Abuela rayaba en el deliquio, nos daba alguna que otra golosina al fiado

para pagársela el próximo sábado. Existía, sin embargo, una excepción en el grupo: era Pascua, la meta predilecta.

He mencionado el laboratorio donde la Abuela Anita preparaba sus especialidades y el asunto merece, en verdad, unas cuantas líneas. Cuando se trataba de hacer *calás*, se proveía de un gran cuenco de totuma y de un viejo pote de hojalata donde se remojaban pacientemente los frijoles bayos. Cuando estos estaban macerados y su cáscara se arrugaba como la piel de un ahogado, los dedos de la Abuela poníanse a remover la oscura película con una minuciosidad que nos ponía los nervios de punta. Ya completamente mondado, limpio como una perla, cada frijol pasaba a la totuma y esta iba llenándose gota por gota. Terminada esta operación, la Abuela pasaba sin apresuramiento a la segunda etapa del desesperante proceso, la cual consistía en triturar los frijoles dentro de la totuma a favor de una extraña mezcla aceitosa que constituía, precisamente, el secreto de su arte magnífico. La mezcla, batida con un molinillo de enroscadas ramas, medida frecuentemente en su densidad y probada por la sibilina lengua de la Abuela, pasaba por último al renegrido fogón donde previamente se calentaba, en un hogar de brasas gozosas, un antiguo budare de hierro minuciosamente engrasado.

Algo que nos producía exaltado interés, recóndito y misterioso respeto, era ver a la Abuela probar la espumosa crema de los frijoles. Nuestras pupilas se iban en pos del molinillo y nuestros corazones galopaban ansiosos durante los segundos que tardaba en desprenderse la espesa gota para caer en la palma de aquella mano sabia. Nuestras bocas se hacían agua cuando veíamos asomar por encima del labio de la anciana la lengua húmeda, ancha y flexible como una sierpe, recoger de un golpe toda la gota de crema y paladearla después en un éxtasis. Aquello era demasiado para nuestra ansiedad y la pregunta saltaba de nuestra boca preñada de gástrica urgencia:

—¿Está buena, Abuela? ¿Está sabrosa?

Según el humor y la dirección en que navegasen sus pensamientos, el momento de mondar y batir era también el de contar los cuentos de aparecidos. Y

digo según el humor porque no era raro el que, a pesar de su euforia, la Abuela Anita prefriese hacer su trabajo al amor de una suave canción sin palabras, un ronroneo más bien, uniforme y sedante.

Hoy, transcurridos los años y borrada la imagen de entonces, creo poder interpretar aquel armonioso ronroneo. La Abuela Anita disfrutaba amorosamente el regusto de sus recuerdos y eran estos los que movíanla a aquellas labores, como si en ellas hallase un apoyo para desplazarse por los caminos del ensueño. La preparación minuciosa, paciente, de sus ventas, abría a su corazón un recóndito paraíso. Poseía, pues, la anciana una intensa vida interior. Su corazón alimentaba ideales semejanzas con su baúl: debía estar lleno de joyas, de colorines,...de guitarras y bandolinas, de selváticas esencias mezcladas con bárbaras supersticiones.

Estas supersticiones, precisamente, eran las que asomaban a la flor de sus labios cuando sentíase comunicativa. Eran sus cuentos, o para decirlo con sus propias palabras, “sus historias de diablos y de visiones”. La Abuela Anita ignoraba el civilizado mundo de las leyendas de hadas donde los príncipes se casan con pastorcillas después de rescatarlas de los hechizos de alguna bruja perversa, mucho más esa literatura donde se mueven seres tan refinados como la Caperucita Roja, Blanca Nieve o Robinson Crusoe. Las suyas eran verdaderas historias, hechos de los cuales podía dar fe jurada, manifestaciones de un universo que no por estar más allá de lo perceptible era menos real que el universo donde nos movemos todos los días.

Como introducción a sus alucinantes relatos usaba ella indistintamente dos fórmulas sacramentales. Unas veces decía: “Ustedes pueden creerme si quieren...” Y otras: “A pesar de lo que digan los incrédulos...”. Sus casos referíanse por lo común a ella misma o a alguno de sus más cercanos parientes: a su padre, su madre o su abuelo Mamerto.

—Ustedes pueden creerme si quieren, pero yo he visto la cosa más fea, la más aparatosa e impresionante que puedan imaginarse. Una vez, viviendo en

Borburata con mi agüelo Mamerto, se me apareció la visión del hombre que se paseaba con la cabeza en la mano.

Claro que esto era bastante para ponemos los pelos de punta, pero la curiosidad podía más en nosotros y así, apretándonos cuanto podíamos los unos a los otros, gritábamos a coro:

—¡Con la cabeza en la mano, Abuela! ¿Cómo era eso?

Y ella lo refería con prolijidad, acumulando detalles, satisfecha de nuestro interés y de nuestro miedo. El hombre aquel, según se decía, fue el fundador de la finca de El Quizandal, cerca de Borburata, donde ella, su madre y su abuelo habían ido a vivir. Fue un caballero español que no quiso rendirse a las fuerzas patriotas y que al ser tomado prisionero fue decapitado con un hacha en presencia de su servidumbre. Enterraron su cadáver en el patio de la propia hacienda, con la cabeza entre las manos, y desde entonces su pobre alma se pasea por aquel lugar sin descanso. Sale unas veces de un bosquecillo y se mete en la casa; otras parece venir de los cafetales, se queda un momento parado en el centro del patio y hace ademán de querer decir algo. Pero ¿qué puede decir ese desdichado si no tiene la cabeza en su puesto?

También había visto la Abuela un espeluznante espectáculo que ella llamaba del “caigo o no caigo”. Esto le ocurrió en su niñez, no recordaba con precisión en cuál sitio, pues ella había recorrido muchos en pos de su abuelo Mamerto.

—Estaba yo muchachita y una noche que tuve necesidad de salir de la casa, en un patio muy grande que allí había, lleno de arbole, vi un bulto negro colgando de un samán enorme. Lo samane, como usted saben, atraen a las almas en pena. Ver aquel bulto y quedarme paralizada, todo fue uno. De pronto oigo una vo ronca y horrible que me dice: “¿Caigo o no caigo?”. Y en seguida otra que le contesta: “Caiga”. Entonces vi desprenderse uno de lo brazo del bulto envuelto en candela. “¿Caigo o no caigo?”, repitió la vo... “Caiga”. Y otro brazo llameante se vino al suelo. “¿Caigo o no caigo...?”, “Caiga”. Y vi caé la cabeza como una bola de fuego. Entonce, sacando fuerza no sé de dónde, eché a corre como una loca, me metí en la cama y me arrojé hasta la cabeza.

Al día siguiente, cuando referí la espantosa visión a mi agüelo, este me dijo: “Muchacha, esa visión e de la má fea que yo he visto en mi vida, ñero uno, en ve de asustase, lo que debe hacer es decile: “Caiga, hermano, y descanse en el nombre de Dios y de la Tre Divina persona”. Era la única forma de que aquel ser maligno no volviera loco al cristiano, y si yo me salvé fue porque todavía no era mujer completa.

Sería cosa de nunca acabar la enumeración de las visiones que había tenido la Abuela Anita y las que le refrieran su abuelo Mamerto, su madre y sus numerosos parientes. Familiares le eran todos los fantasmagóricos personajes que infestan el mundo de los negros y que se meten en las alcobas, se apoderan de los hogares, pululan en los suburbios de las ciudades y hacen de las iglesias y los cementerios lugares de pavor. La mula maneada, el Carretón, la Sayona, las Ánimas del purgatorio, los difuntos atormentados que arrastran cadenas más allá de la tumba y los infelices que habiendo enterrado en vida su dinero penan después de muertos hasta que algún alma piadosa los desentierra y los saca de pena con unas misas.

—Porque a pesar de lo que digan los incrédulos, los espíritus de lo que se fueron están siempre junto a nosotros y vuelven a recorrer sus pasos y a cumplir la penitencia de sus pecados.

La Abuela poseía toda una teoría de lo sobrenatural, teoría primitiva, simplista, pero no por ello menos definida. Su abuelo Mamerto fue un erudito en esta materia, un faculto como ella decía, que sabía exorcizar a los perseguidos por los espantos, ensalmar y rezar toda clase de daños. Para ella existían dos zonas perfectamente delimitadas en el orden de los fenómenos del otro mundo, la de las almas en pena y la de los demonios.

—Mucha gente —explicaba— confunde una cosa con otra, pero eso es un disparate. Lo diablo no tienen nada de común con lo difunto y má bien se dice que lo persiguen. Lo diablo no hacen má que maldade, espantan a la gente y ponen todo su empeño en hacela que se condene. Ello son los que soplan en el oído de los hombres para que cometan crímenes horroroso, los que calientan

la cabeza a la mujeres para hacela pecá; lo que empujan a los hijo contra lo padre; son, en fin, lo que causan todo lo malo, hacen crece lo río, temblar la tierra y perdesse la cosecha.

—¿Y como cuántos diablos hay, abuelita?

La pregunta era casi siempre de Pascua, porque las mujeres ponen más atención que los hombres en las cosas del infierno. La Abuela le respondía con la doctoral vaguedad con que siempre salía del paso en las coyunturas difíciles.

—Mucho, muchísimo, tanto que no pueden contase. Pero no todo son iguale ni tienen el mimo poder. Uno dominan pueblos entero, ciudades y campo; otro no pueden pasar de una casa; otros, en fin, apenas alcanzan a la persona.

Pero aún había en la jerarquizada legión infernal otros demonios menores cuya misión no pasaba de hacer travesuras y sobresaltar a las gentes. Estos eran los duendes, unos seres pequeños y burlones que tiran piedras a los tejados, arrastran los muebles en los salones, rompen los platos en las cocinas. Ella conoció más de una casa habitada por duendes. A una pobre mujer, que vivía de hacer arepas, le derramaban todas las noches el maíz salcochado, le abrían el grifo del agua y le sacudían la cama donde dormía. A otra llegaban hasta darle de bofetadas.

—¿Y tienen un jefe los diablos, Abuela?

—Sí, el má grande de todo lo diablo: Mandinga.

Al nombrar este personaje la Abuela se santiguaba invariablemente con gran reverencia. Y sus labios musitaban la fórmula de un piadoso conjuro: “Ave María Purísima”. Mandinga, llamado también Belcebú, el Maligno y el Enemigo, solo se hacía sentir en las grandes conmociones del mundo, en las catástrofes nacionales e internacionales. Sobre todo en las guerras. Él es el ángel del mal, monarca de las tinieblas a quien el Señor arrojó de los cielos en castigo de su soberbia. Desde entonces rema con poder absoluto sobre la vida de los humanos y les hace sufrir.

La voz de la anciana se tornaba sombría cuando hablaba de estas cosas.

—Cuando Mandinga anda suelto, temblemo. La ruina, la peste, la sangre y la muerte van con él por toda parte. Su pata de cabra quema la tierra que pisa, seca la hierba y marchita la flore. Hay persona que llevan al demonio por dentro y que no están contenta sino cuando hacen el mal. E fácil reconócela. Cuando alguno les haga mal, muchachito, mírenle la cara, la mano y lo pie; en alguna de esta paite del cuerpo llevan la marca de Sataná.





**Segunda parte**  
**La huella de satanás**



# I LA PALA DE PLATA

Inesperadamente, un mediodía, se presentó Doña Beatriz en el comedor ataviada como para una fiesta. Con su crinolina celeste y un chal de gasa sobre los hombros, semejaba una gran campánula que el viento del Norte empujara sobre las pulidas baldosas. Llevaba el cabello liso, brillante y peinado en bandos a ambos lados de la frente; y prendido en él un manojito de florecillas azules. En sus ojos había un brillo húmedo. Yo ayudaba entonces a servir la mesa y ante la sorpresa de todos la oí decir con un tono voluble y lánguido:

—Me he vestido temprano para no hacer esperar al General.

Sus hijos la miraron en suspenso. *Frau* Berza, con la cabeza inclinada sobre el plato, fabricaba pelotitas de pan. Don Guillermo hizo una mueca y dio un manotazo en la mesa.

—¿El general? ¿De qué demonios estás hablando?

—¿No lo sabes? —repuso ella dulcemente—. El general que llega hoy a inaugurar la línea del tren y viene después a almorzar con nosotros. Creí que papá te había hablado de esto.

El ceño de don Guillermo era como río crecido. Sus pupilas azules se habían puesto pálidas y lanzaban fulgores. En el color escarlata de su rostro aparecían y desaparecían unas manchas blancas que yo miraba con admiración. De pronto abrió la boca y sus carcajadas revolotearon en el comedor como bandada

de pájaros enloquecidos. Doña Beatriz había quedado inmóvil, rígida, apoyada con ambas manos en el borde de la mesa que comenzó a temblar. Me pareció que de un momento a otro ornamos sus gemidos y la veríamos rodar en el duro suelo. Pero nada de esto ocurrió. Después de algunos segundos alzó una de sus mano\*» hasta el pecho y salió lentamente del comedor.

—¡El general! —comentó entre dientes don Guillermo—. ¡Valiente cómico el fulano general!

Nadie añadió palabra después de esto. Solo se oyó el tintinear de los cubiertos en los platos de porcelana y los cálidos ruidos del campo. Pero cuando sus hijos iban a retirarse, el señor Zeus los retuvo con un ademán.

—¿Sabéis cuánto tiempo hace de ese famoso almuerzo para el cual se ha emperifollado hoy vuestra madre? Nada menos unos treinta años. Os sorprende, ¿verdad? Entonces era casi una niña y yo no soñaba siquiera venir a este país. Oídme con atención para que conozcáis la verdad. Su padre, es decir, vuestro abuelo, me contó el episodio. Acababa de triunfar uno de esos desórdenes que aquí laman revoluciones y la palabra federación servía para justificar cuantos disparates son capaces de concebir los locos de este país. El general de que habla vuestra madre ejercía entonces la Presidencia. Era el perfecto fantoche, un típico producto del trópico con todo lo necesario para que ciertas mujeres se volvieran locas por él. Algún día os voy a enseñar su retrato para que le conozcáis mejor, con su barba negra y su pecho lleno de medallas.

También explicó don Guillermo que aquel fantoche era un maniático de los ferrocarriles y andaba de un lado a otro hablando de-ellos. En realidad, dijo, el proyecto de un ferrocarril entre el Puerto y las principales poblaciones del interior, existía ya, formalizado por un grupo de capitalistas porteños entre los que figuraba el padre de Doña Beatriz. La empresa estaba en sazón cuando estalló aquella guerra absurda. El general venía a inaugurar lo poco que se había hecho, después del triunfo de los suyos. Esto ocurrió el veintiuno de diciembre de mil ochocientos sesenta y cuatro. El viejo don Lorenzo Lamarca, que era también medio loco, hizo fabricar en Londres, expresamente para la

cómica ceremonia, una carretilla de caoba con rueda y guarniciones de plata, y una pequeña pala del mismo metal.

¡Una carretilla y una pala de plata! Yo oía fascinado el relato y esperaba que alguno de los presentes hiciera un comentario, una pregunta que aclarase mejor la historia. Pero Federico, su hermana y *Frau* Berza permanecieron mudos como estatuas. Mi imaginación se puso entonces a funcionar de un modo desaforado. ¿Sería uno de aquellos objetos extraordinarios lo que yo había columbrado en la biblioteca cuando Eduvige dejaba la puerta entreabierta? Pero, ¿para qué había mandado a fabricar una carretilla y una pala de plata el abuelo de Federico?

—La ceremonia —añadió Don Guillermo— se celebró en Paso Real. Vuestra madre asistió a ella en una calesa descubierta tirada por dos yeguas pardas.

Se detuvo a mirar a sus hijos y de repente, cual si hubiese dicho algo muy chistoso, reventó a reír.

—¡Dos yeguas pardas! ¿No os dais cuenta de lo ridículo que debió ser todo eso?

A mí me parecía, por el contrario, algo muy bello. Si doña Beatriz se había presentado con el mismo traje celeste que vestía aquella mañana, su aspecto debió ser el de un ángel. Iría flotando en el asiento de la calesa como las flores que caen en el río y se balancean en la corriente. Quizá llevaría una sombrilla también de seda. En alguna parte había, visto yo una mujer así, en una calesa arrastrada por yeguas pardas y cubierta con una sombrilla azul.

La voz de don Guillermo me arrebató de los brazos del sueño. Decía:

—El general, naturalmente, dijo un discurso que fue muy aplaudido por toda la concurrencia. No es necesario haber estado allí para imaginárselo. Los negros, particularmente, le mirarían como a un arcángel venido a la tierra para libertarlos y darles el bienestar de los blancos.

Su sarcasmo me hirió como una espada. Nunca he podido olvidarlo. A Federico también debió hacerle daño porque bajó la cabeza, pálido.

—Con la pala —prosiguió luego— extrajo un poco de tierra del suelo y con la carretilla transportó esa tierra de un lugar a otro. En seguida se puso en marcha la primera locomotora.

—¡Qué bello! —oí que murmuraba Federico entre dientes.

—¿Te parece? Pues debes saber que tu ilustre abuelo perdió doscientos mil pesos en esa bella aventura. Pero lo más divertido es lo que pasó cuando el general estaba cavando la tierra: la pala de plata chocó con una calavera...

—¿Humana? —preguntó Federico con ansiedad.

—No, la calavera de un negro.

No sé por qué me imagino que el padre de Federico decía estas cosas solo para humillarme. Han pasado los años, he aprendido mucho de la vida y algo de los libros, pero esto sigue siendo para mí un enigma. ¿Por qué, si no le caía simpático, me toleraba en su casa el señor Zeus? Una sola respuesta hallo a esta pregunta. Federico. Federico era el único ser en la Casa Blanca que se permitía comentar las palabras de su padre y algunas veces hasta replicarle en más de una oportunidad aquel gigante bermejo, ante quien todo el mundo temblaba en Cumboto, se mostró desconcertador una frase de su hijo. Inconscientemente yo me sentía protegido por este.

Aquella misma tarde, apenas don Guillermo se hubo marchado, Federico fue a la cocina a buscarme.

—Ven conmigo, vamos a ver esas cosas que están en la biblioteca.

—En la biblioteca! ¿Cómo vamos a entrar?

Me mostró triunfalmente la llave.

—¿Cómo la conseguiste?

—*Frau* Berza —fue su lacónica respuesta.

Entramos. Una emoción desconocida me hacía temblar todo el cuerpo. En la semioscuridad del recinto, al recibir en el rostro el aire enrarecido y oloroso a naftalina, me pareció que penetraba en una tumba. Federico se orienta en medio de los objetos acumulados allí y fue a recorrer las cortinas de la ventana que daba al campo. La luz penetró entonces a borbotones metiéndose en las más escondidas rendijas. Durante largo tiempo estuve de pie contemplando aquel antro donde se aglomeraban tantas cosas heterogéneas, para mí desconocidas, y que a pesar de la luz me seguía pareciendo una tumba. Aquellas

estanterías de madera oscura, atiborradas de libros, que cubrían las paredes, me recordaban las urnas que había visto a los negros conducir al cementerio de la ciudad. En el centro, ocupando un espacio enorme, había una gran mesa con los bordes tallados y en torno a ella cuatro sillas con fondo de cuero negro. Sobre esta mesa solo se destacaba un objeto: un viejo y complicado reloj metido dentro de una campana de vidrio. En un ángulo de la estancia una consola de pie sostenía un pesado álbum forrado en marroquí con guarniciones de oro. Un tintineo cristalino me hizo alzar la mirada. Era una gran araña de cristal que pendía de la techumbre y cuyas irisadas lágrimas agitaba la brisa que se colaba por la ventana. Eran tantas las cosas que solicitaban mi atención, que no sabía en cuál de ellas fijar mis miradas. Los estantes no eran en realidad muy altos. Sobre ellos alzábase la pared tapizada con grandes rosas descoloridas y cubierta con unos cuadros sombríos. Dis-tinguíanse también unos bustos amarillentos de personajes melencólicos y graves, lámparas con globos de vidrio policromados, cofres pesados como sarcófagos, una esfera geográfica que ya antes había llamado mi atención desde lejos, y mil cachivaches más que no pretendo retener en mi memoria. De improvviso la voz de Federico me sustrajo a mi arrobamiento:

—Mira, ¡la carretilla!

Allí estaba en efecto, escondida bajo la mesa. Federico tiró de ella y vimos entonces en su interior la pala de plata.

Al advertir la desenvoltura con que movía él aquellos objetos, me sentí invadido por el temor. Algo malo tendría que ocurrimos por haber venido a violar el reposo de tantas cosas difuntas. El metal que guarnecía la pala y la carretilla tenía un color mortecino que recordaba la luna nublada. ¿Era esta la plata? Sí, esta era y Federico se empeñaba en sacarle brillo frotándola con su pañuelo. A alguien había oído decir que la plata es guiñosa. No recordaba a quien, pero la evocación me produjo un irresistible complejo inhibitorio: no hubo forma de que consintiera en mirarme la cara en la pala como hacía Federico.

Lo que no pudimos hallar, por más que buscamos en toda la estancia, fue la calavera. En realidad quien la buscó fue Federico pues yo apenas me atrevía

a respirar en aquel mundo sobrecogedor, hundido en la gruesa alfombra que ahogaba nuestras pisadas. Solo un sentimiento de vergüenza y una decidida solidaridad con lo que mi amigo hiciese o pensase, me mantenía allí arrojando los mil peligros imaginarios de que sentíame circundado. Inesperadamente oímos sonar el piano y ambos quedamos inmóviles. Hacía tanto tiempo que nadie lo tocaba que más que sorpresa sentimos miedo. Las notas subían alegres en una suave espiral, nítidas y cristalinas, pero de pronto se volvieron lentas como un responso.

—Es mamá —reconoció Federico con el ceño fruncido—. ¡Cuánto tiempo que no tocaba!

Salió al pasillo y yo le seguí. Allí, en el salón, estaba doña Beatriz con las manos tendidas sobre el teclado.

—La *Appassionata*, de Beethoven —explicó su hijo, erguido y reverente cual si escuchase un himno oficial.

Esa tarde doña Beatriz exhibía los brazos desnudos y su carne resplandecía de blancura. Durante todo el tiempo que estuvo tocando permanecimos nosotros en la misma actitud. Federico me habría degollado sin vacilar si yo hubiese hecho el más pequeño ruido, la más ligera interrupción. La emoción que le producía aquella música se reflejaba en su rostro como un mudo delirio. En mí causaba una inquietud inexplicable, entre la ansiedad y la tristeza, poco propicia-para formarme una clara opinión de ella. Si me hubiesen preguntado entonces -si me gustaba esa música, habría respondido resueltamente que no. Sin embargo, no hubiese sido sincero. Sus enrevesadas armonías, sus caprichosas cadencias, sus saltos inesperados de la alegría al lamento, despertaban en mí sensaciones tan bruscas que me producían una especie de vértigo. Pero después que cesaba de oírlas quedaba como quien sale de un baño tibio, balanceado por una dulce soñolencia.

Esa tarde no pude volver a hablar con Federico, pues este, después que su madre dejó de tocar, fue a acodarse en una de las ventanas y se puso a mirar hacia el campo. Miraba hacia los lados del mar, por sobre los penachos del



cocal, y guardaba silencio. Yo no me atrevía a interrumpir su meditación, pero me pareció todo tan raro que comencé a cavilar. Ni él ni yo habíamos pensado nunca en dirección al mar; siempre hacia el río. Por en medio del cocal que llamaban “del otro lado”, pasaba el ferrocarril con sus retumbantes vagones, el silbato perforador y el gran árbol de humo que fabrica caballos y naves negras en el cielo. Por qué no nos había seducido nunca aquel lado de la hacienda y por qué miraba ahora Federico hacia allí, fueron dos formas del mismo problema que me mantuvo por algún tiempo meditabundo. Esta cavilación me retrollevó a la escena del mediodía, al relato de don Guillermo, al general barbudo y petulante que golpeó la calavera de un negro con la pala de plata. Toda una avalancha de preguntas se precipitó entonces sobre mi mente. ¿De quién era y por qué estaba allí esa cabeza? ¿Tendría que ver aquel general con el que vi pegado en el interior del baúl de la Abuela Anita? ¿Qué necesidad había de sacar tierra con una pala de plata y transportarla de un lado a otro con una carretilla de lo mismo cuando se va a inaugurar un ferrocarril? ¿Por qué hablaba don Guillermo de estas cosas con tanto desdén? Recordé las palabras que oyerá una vez a la Abuela sobre la huella de Satanás que ciertas gentes llevan impresas en el rostro, los pies y las manos, y quise saber por qué los blancos se comportaban como si todos ellos llevaran esa funesta marca.

Por las tardes, al terminar su tarea en el galpón. Cervelión mataba el tiempo tejiendo palmas de cocotero. Otros negros hacían lo mismo. Los había que se iban al río a pescar camarones, a cazar pájaros con trampa-jaulas o a cortar leña para hacer carbón. Precisamente al lado de la choza de Cervelión estaba la del viejo Venancio, un mulato gordo y calvo que vivía de vender pájaros a los buques extranjeros que llegaban al Puerto.

Cuando llegué, los dos trabajaban en una limpia terraza que había frente a sus viviendas. Trabajaban y conversaban. El sol declinaba. Venancio, sentado en un taburete, daba los últimos toques a una jaula fabricada con veradas

y varillas de coco, y Cervelión, perniabierto sobre sus palmas, entrelazaba las largas lacinias e iba formando un extenso lienzo que arrollaba a sus plantas. El rancho de Venancio era una pajarera. En el interior y en la fachada arracimábanse jaulas de todos tamaños y formas. Cientos de pájaros inquietos, nerviosos, saltaban chillando dentro de ellas. De improviso, en un breve vuelo de saeta, vino del interior una paraulata ajicera que se posó en el hombro del viejo y se puso a cantar. Cervelión me miró socarronamente.

—¿Te gusta la Coronela? Está cantando la diana.

Yo la miraba fascinado. Nunca hubiese creído que una avecilla pudiera imitar de aquel modo el sol del clarín y modular con tal perfección las notas marciales. Por supuesto, en aquella época yo no sabía lo que era una diana, pero las notas mismas, la música áspera y penetrante, me entusiasmaron. Sobre todo, después de haber oído lo que tocara al piano doña Beatriz, cuando todavía llevaba el espíritu humedecido por su desgarradora melodía, la voz broncínea de la paraulata era como un despertar.

—¿Se llama la Coronela? —pregunté conmovido.

—Sí, por ahí debe andar el Coronel.

Venancio me miraba de reojo, sonriendo. Alargó sus labios en forma de trompetilla y emitió una escala de chasquidos breves y melódicos. Poco después, ante mis ojos maravillados cruzó otra saeta alada que vino a clavarse en su otro hombro. Era un arrendajo. Su buche amarillo y sus alas negras relampagueaban heridos por los últimos rayos del sol.

La voz del Coronel era distinta, vibraba como una campana o como el bordón no demasiado tenso de una guitarra.

—¿También toca la diana?

—No, da las horas y hace como lo demás animale: ladra como el perro, maúlla como el gato, rebuzna como el burro, berrea como el chivo y se ríe como uno.

Extasiado contemplé a los pájaros que daban saltitos en los hombros de Venancio y que a veces le picoteaban la calva y las orejas. ¡Qué dichoso me

hubiese sentido si el Coronel y la Coronela fuesen míos! Gris ella, amarillo y negro él, me parecían dos seres mágicos, una princesa y un príncipe convertidos en aves como en los cuentos que oyera contar alguna vez a los coqueros en el galpón. Venancio y Cervelión sonreían trabajando. Mundo feliz el suyo, simple, sin neurosis. Si estos dos seres, con sus pájaros y sus palmas, llevaban también la huella de Satanás, aquella tarde la tenían muy oculta bajo los trinos y la sonrisa.

—¿Y qué anda haciendo tan solo a estas horas por aquí? —me preguntó el Pajarero.

A lo que respondió Cervelión:

—Viene a buscarme a mí, algo tiene entre mano.

Y luego:

—Vamo... desembucha.

Entonces referí lo que había presenciado durante el almuerzo y más tarde en la biblioteca. A medida que hablaba los dos viejos iban poniéndose graves. Después se miraron en silencio y Cervelión habló con solemnidad:

—Hicite bien en no tocar la pala esa. Está empavada.

No dijo más ni yo insistí en preguntarle. Cuando regresé a la Casa Blanca, oscurecía. Eduvige estaba encendiendo las luces.



## II

### DIABLURAS EN NEGRO Y BLANCO

No sé si a otros chicos les ha ocurrido lo que a mí aquella mañana de julio, cuando Federico me dijo que le iban a enviar junto con su hermana a seguir estudios en Europa. De primera intención no entendí lo que aquello significaba, pero luego me sentí amarga la boca y vacío.

—¿Cuándo se van? —inquirí.

—No lo sé todavía, pero papá nos mandó a prepararnos.

No le hice nuevas preguntas. Me fui al pie de un frondoso mango que se elevaba más allá del galpón y me senté en un rústico banco de bambúes fabricado bajo su sombra. Medité largo rato. La palabra Europa carecía entonces de límites para mí. Era un concepto abstracto y fantástico como la gloria o el infierno. Ir a Europa significaba salir del mundo, romper las leyes de la gravedad y convertirse en un ser distinto a los mortales comunes, en un dios. Tal era la fascinación que este concepto ejercía en mi imaginación que al anticiparme a pensar en la partida de Federico solo se me ocurrió compararla con la muerte, mas no con su muerte sino con la mía.

No podría decir que aquella separación me doliese. No sé si es ésta la palabra adecuada. Me espantaba. Desarticulaba mi vida. Me colocaba de pronto frente a un abismo. ¿Qué iba a hacer yo solo en aquella casa, sin la protección de mi amigo, a merced de su despótico padre y de la amargada *Frau* Berza?

Muchas cosas amadas desaparecerían de mi vida; muchas pequeñas cosas que formaban parte tan importante de mi existencia como el oxígeno y el alimento. En realidad, muchas habían desaparecido ya sin que lo notase, por obra de una lenta e insensible erosión del espíritu, y acaso todas desapareciesen del mismo modo, sin advertirlo, pero la brusquedad del anuncio convertía el acontecimiento en un cataclismo.

Unas reflexiones trajeron otras. Si habíamos cambiado con relación a nuestro pasado, era, sin duda, porque habíamos dejado de ser los mismos. Al mirar hacia atrás y evocar nuestras deliciosas travesuras y nuestros prodigiosos sueños de niños, una comprobación sorprendente venía a dejarme absorto: cuatro años habían pasado desde aquel día en el que, como tres pequeños aventureros, nos escapamos de la Casa Blanca y marchamos a descubrir el río. Todo seguía aparentemente igual, pero todo era distinto. Pasé revista en la imaginación a los seres que nos rodeaban: don Guillermo seguía siendo el hombrachón colorado y sólido que se hartaba de cerveza a todas horas, pero en su rostro se advertían ahora surcos más definidos y en sus azules pupilas un fulgor más sombrío. Doña Beatriz apenas bajaba al comedor y ya no tocaba el piano. *Frau* Berza había perdido hasta el recuerdo de las antiguas sonrisas que iluminaban a ratos la palidez de sus cabellos de paja. La cocinera había engordado un poco más y Eduvige, en contraste, enflaquecía de manera alarmante. Los únicos que parecían invariables eran la Abuela Anita, Cervelión y Venancio. Los propios Federico y Gertrudis distaban mucho de ser los mismos. Él creció como un silbido, largo y afilado. Sus cabellos rubios, echados sobre los ojos, y su cara llena de granos bermejos, le daban la apariencia de una mazorca de maíz. Ella era una chica presumida que usaba lentes con montura de oro y se mostraba muy apegada a la institutriz. ¿Y yo? ¡Santo cielo! También yo había cambiado. Lo notaba con solo mirarme los miembros. Me sentía más fuerte y al mismo tiempo más tímido. Mi voz sufría cambios inesperados, involuntarios, que me avergonzaban. Una tarde, en la Coquera, se burlaron de mí y Cervelión dijo con una cómica seriedad:

—Está cambiando el canto como lo pollo.

Cierto día, bañándome en el río, observé la presencia de unos pelitos negrísimos y entorchados alrededor de mi sexo y esto me produjo una risa nerviosa. La última vez que me hallé frente a Pascua me llené de sorpresa y curiosidad. Había cambiado también. Había crecido seguramente, pero no era solo eso: se había redondeado, inflamada como una fruta cuando se inicia la madurez. Seguía tan inquieta y burlona como antes. Lo que más me turbó en su presencia fueron las puntas morenas que levantaban la tela de su corpiño. Miraba de un modo distinto y exhalaba un olor turbador.

Creo que lo que me había hecho hasta entonces menos sensible el cambio, eran los derivados emocionales que hallaba en la biblioteca y en mis visitas a la Abuela Anita y a Cervelión. La curiosidad había podido en mí más que los supersticiosos temores que en un principio me hicieron temblar en la biblioteca. Primero en compañía de Federico, más tarde por mi propia cuenta, me habitué a visitarla y terminé por pasar largas horas en ella. Esto lo hacía en las horas del mediodía, cuando la Casa Blanca se aletargaba en un tranquilo silencio de siesta. Lo único que no llegué a tocar allí fue la carretilla y la pala de plata. En cambio hojeé todos los libros, incluso los que no podía leer, para solazarme en la contemplación de sus láminas. Los editados en castellano estaban en minoría; los demás, impresos casi todos con letras góticas, eran para mí totalmente inservibles. Había muchos relatos de aventuras y cuentos fantásticos, pero después de una prolija selección mi interés se redujo a dos tomos enormes, los que solo podía abrir sobre la mesa: un libro de las razas humanas y una traducción del *Paraíso Perdido*, ambos lindamente ilustrados.

Nuevos mares surcó por aquella época mi galopante imaginación. De las escenas de países remotos y de batallas sangrientas saltaba a la vida de Satanás en las tenebrosas regiones a donde lo arrojó la cólera del Señor. Hubo un momento en el que, confundido por el embrujamiento de aquellas imágenes, no supe distinguir entre lo histórico y lo imaginario. Yo había oído decir, por ejemplo, que Satanás y Mandinga eran una misma persona y que su color era

negro; incluso en el libro de las razas humanas figuraba cierta casta de negros africanos a la que se denomina Mandinga Sin embargo, en el *Paraíso Perdido* Satán no aparecía como un gran murciélago negro sino como un joven blanco y hermoso, provisto de una cabellera magnífica y de grandes alas de ave, como las del Espíritu Santo.

De estas observaciones hable con algunas personas del campo dejándolas pensativas. Ni Cervelión ni Venancio poseían una idea precisa sobre la existencia de diablos blancos. Empero la Abuela estaba segura de ello. Claro que había diablos blancos y quizás en mayor cantidad que los negros. ¡Cuántas cosas podría contarme ella acerca de tales personajes! Habitudo a visitarla en su casa casi todas las tardes (ya no me producía temor el regreso después del crepúsculo), me familiaricé con la intimidad de su vida. En el único cuarto dormían ella y Pascua; en la salita Ernesto y su hijo Prudencio. Cuando pequeños, los dos hermanos sufrieron el sarampión y fueron encerrados en aquella estancia. La que Ernesto empapeló con periódicos viejos para evitar las corrientes. Allí permanecían aún, amarillentas y desgarradas, las hojas impresas, y en una de ellas aparecía un caballito negro cuyo descubrimiento me sedujo desde el primer momento. Su cuerpo sin relieve, sin ojos y sin detalles, galopaba con las crines y la cola al aire. Al verlo se me ocurrieron dos versos que repetía mentalmente:

*Caballito negro*  
*Cuando te veo me alegre.*

También había algunas estampas que me agradaban. En un coloreado almanaque de pared se exhibía el retrato de León XIII, un papa fino e inteligente que me miraba sonriendo, y en un cromó lleno de flores y de frascos estos seis exóticos nombres, seductores como una clave para descubrir tesoros ocultos:

*Camia,*  
*Des Roses,*  
*Lidilia,*



*Sonia,*  
*Le Muguet,*  
*Liseris.*

Pascua no había cambiado de actitud con respecto a mí desde los días de nuestro conocimiento. Una extraña, inexplicable reserva erigía entre nosotros un muro de hielo, y no era precisamente mi timidez la que pudiese romper ese muro. Por tanto apenas si nos cruzábamos palabras. Con su hermano tampoco me mostraba muy expansivo, porque, insustancial y retozón como un animal joven, Prudencio no me inspiraba confianza. Mis relaciones eran, pues, con los viejos. Sin embargo, una tarde Prudencio me hizo cierta revelación que me interesó vivamente. Comenzó por una pregunta desconcertante:

—Oye, Natividá, ¿tú no ha visto nunca una muchacha desnuda?

Le dije que no y él añadió:

—¿Quiere vela?

Entonces me llevó aparte y me habló de una tal Pastora, una india “medio distraída” que andaba por los caminos y se entregaba a los zagales como nosotros por una fruta o un pedazo de pan. Nadie sabía de dónde vino Pastora a Cumboto. Vino, sencillamente. No era negra, mulata ni blanca. Era india, andaba descalza y dormía donde la cogiera la noche.

—Y tiene maña, ¿sabe? Hace animalito con tierra y saliva.

Naturalmente quise conocer a Pastora. Prudencio me puso ante ella esa misma tarde en un rincón del bosque, bajo un gigantesco jabillo cercano al río Allí estaba sentada en el ribazo, absorta, revolviendo con un palito una pelotita de tierra. En su cabellera negrísima y desgredada llevaba prendidas todas las basuras del monte. Vestía una vieja bata color de sangre llena de desgarrones, y en la piel de sus piernas se rompían las costras del barro que había recogido a lo largo de los caminos.

—Háblale —me acució Prudencio exhibiendo sus dientes como un pequeño demonio—. Levántale el camisón.

Lo hizo él mismo para estimularme y la muchacha le dejó hacer insensible, cual si no hubiese notado nuestra presencia. Como tenía las piernas muy juntas, Prudencio se las separó sin que opusiera la menor resistencia. Sonreía con sus carnosos labios descoloridos. Él la empujó con suavidad hacia atrás y Pastora quedó tendida, con la cabeza en el suelo y los ojos serenos fijos en el profundo follaje del jabillo.

—¿Ves?

Yo permanecía inmóvil, tenso como un arco, hipnotizado por el cuerpo bronceado de la india-. Miraba su sexo sin relieve y casi lampiño, su ombligo pequeño y sus muslos separados, y sentía afluir la sangre a mi cabeza al impulso de una presión lenta e irresistible. Prudencio, arrodillado a su lado, la tenía puesta una mano sobre el pecho y me sonreía con toda la boca negra, rutilante de dientes, como un mercader que ofrece su mercancía.

—¡Anda: ¡móntate, hombre! Todo lo muchacho lo hacemos a cada rato.

Pero no fue posible porque en aquel mismo momento se oyeron voces en el bosque y los dos echamos a correr dejando a Pastora tendida en la hojarasca.

Más tarde la hallaría de nuevo y me aprovecharía de su pasividad. En su carne semivegetal hallaría la revelación que mis sentidos buscaban ya ansiosos. No era completamente idiota. Hablaba, pero solo de aquello que apetecía: de los bichos nacidos de su saliva. A ella no le quedaba duda de que los pájaros se formaban de las frutas maduras, los gusanos de la porquería, los piojos del sucio acumulado en la cabeza. Largas horas pasaba bajo los árboles mirando ora a las ramas, ora- a las raíces. De pronto dejaba caer un escupitajo y se ponía a revolverlo con una ramita, y cuando veía salir de allí algún pequeño insecto, sus ojos se iluminaban. De todos los hombres que habían pasado junto a su vida, rozando su cuerpo insensible e indiferente, solo recordaba un rostro y un nombre: el de un tal Zacarías, viejo tuerto y sin dientes que fue el que la enseñó a fabricar sus animalitos. Ese sí que era grande; ese no solo hacía gusanitos y *piqui-juyes*, sino ratas, monos y hasta caballos. Cuando hablaba de Zacarías, Pastora se transfiguraba:

—Tiene el sol metido en una botella, ¿sabe? Yo lo vi; él me lo enseñó. De noche ilumina como una lámpara. Con lo que hay en su botella hace vivir a los animales más grandes. Pero a él no le gusta hacer caballos ni vacas ni burros ni chivos porque entonces vienen los demás y se los quitan. No le han dejado ni un pobre perro sarnoso.

Más de una vez pensé hacer a Federico partícipe de esta aventura, ofrecerle la pecaminosa revelación que a mí me ofreciera el hermano de Pascua, pero me abstuve de ello convencido de que ya Federico no era el mismo de antes. Podría jurar que evitaba mi compañía. Sin embargo, una tarde, de manera inesperada, le hallé en la biblioteca hojeando el gran álbum de marroquí con cantoneras de oro. Me sentí cohibido por su presencia pero él me habló sin volverse:

—Te estaba esperando. Ven para que veas estos retratos.

Me mostró primeramente la desvaída fotografía de una joven envuelta en gasas, con un racimo de tirabuzones oscuros cayéndole sobre los hombros.

—¿Sabes quién es? —me preguntó.

Yo le miré indeciso, adivinando, pero sin atreverme a decirlo.

—Es mamá cuando era joven —declaró él. Y quedó silencioso por un momento, con la cabeza ladeada y una suave sonrisa en los labios.

De pronto volvió las rígidas páginas y me mostró otra fotografía en la que aparecía la arrogante figura de un militar cuyos brazos cruzados servían de sostén a una copiosa y pretenciosa barba negra.

—¿Y este sabes quién es?

—¡El general!

La sonrisa de Federico se acentuó y se hizo enigmática. Volvió a la página donde estaba su madre y dijo como si hablase consigo mismo:

—Así era ella en aquellos tiempos.

Después cerró el álbum y salió de la biblioteca.

Naturalmente no podía dejar de hablar de esto a la Abuela Anita. Ahora no me quedaba duda de que el general de doña Beatriz era el mismo del baúl mágico. Pedí a la anciana que me lo mostrara de nuevo. La única diferencia entre uno y otro era que en el álbum aparecía en negro y en el baúl en colores. Esto dio motivo a que yo hiciera nuevas preguntas y a que la Abuela me diera nuevos detalles de aquellas remotas épocas. Hubo mucha alegría en Cumboto por ese tiempo. El general le tomó afición al lugar y venía en cuantas oportunidades se le presentaban. La Abuela y los suyos le miraban “desde lejito” y observaban cuando salía con doña Beatriz a caminar por el jardín. Ella parecía un sueño entre nubes.

—El señor don Lorenzo, que Dios lo haya perdonado, los veía juntos y se ponía muy alegre. El general estaba soltero todavía. Estuvo aquí en unos carnavales y que para inaugurar la estación de El Palito. Le trajo a la niña una yegua blanca de regalo, inmensa de grande, y se disfrazaron. Pero después de eso la cosa parece que se pusieron fea y él tuvo que irse pa el extranjero. Volvieron a mandá lo godo. Yo veía mucho por aquí a lo godo porque don Lorenzo sabía mucho y estaba bien con uno y con otro. Parece que un peje gordo, de lo que llamaban oligarca, pretendió a la niña, pero ella no le hizo caso. Cuando el general volvió, el setenta, esto no se entendía. Nunca se vio fieta igual en todos estos contornos. Pero la Casa Blanca no abrió entonces su puerta. Se quedó oscura como una tumba.

—¿Qué había pasado, Abuela?

—Que ya el general se había casado en Caraca.

Quedé pensativo y dije:

—¡Pobre doña Beatriz!

Poco después hice una nueva pregunta:

—¿Ya ella tocaba el piano?

—Creo que estaba aprendiendo. Cuando el general llegó por primera vez, había aquí un maestro que le daba clase de piano. Decían que la niña se había enamorado de él. Habladurías... El pobre no era de su misma clase. Un día

desapareció y la gente se puso a decir que lo habían matao y enterraao en el cocal por orden de don Lorenzo.

—¿Del papá de doña Beatriz?

—Ujum...

—¿Y usted qué piensa, Abuela?

—¿Yo qué voy a pensá, muchacho? A mí no me gusta meterme en esas diabluras.



### III

## LA MUERTE DEL MATACAN

El estampido rasgó el tul de la noche y se extendió en ondas concéntricas por la inmensa quietud de los campos. Me incorporé de un salto en mi catre y quedé sentado, rígido y expectante. No oí más. A medida que se escurrían las últimas vibraciones del eco, mis nervios se relajaban y mi imaginación se ponía a funcionar. Entonces fui a la ventana. No había luna pero las estrellas brillantes difundían un fino polvillo de luz que daba a las cosas borrosos contornos azules. Precisamente en aquel momento cruzaba una forma blanca en dirección a la casa.

Si no hubiese sido por el estampido, habría jurado que se trataba de un fantasma. Pero no era un fantasma sino un ser real; un ser a quien yo conocía. Era *Frau Berza*, sencillamente. Entonces me volví a estremecer, más que si se tratase de un fantasma. A aquellas horas miles de seres, en siete leguas a la redonda, estarían igual que yo, con el alma en un hilo, convencidos de que la muerte había penetrado una vez más en los términos de Cumboto. ¡La muerte! ¡Cómo temblarían los corazones de los negros, desde Paso Real hasta Goaguaza, reconstruyendo la visión del ser descarnado y armado de guadaña que vaga por los campos durante la noche, con sus cuencas vacías y su terrible sonrisa negra! ¿A quién habría atrapado aquella noche la condenada? Muchos otros intuirían con tanta claridad como yo. Muchos lo habrían estado esperando noche tras noche, desde hacía cinco años.

Sin embargo, debo confesar que yo no lo esperaba. Hacía tanto tiempo de aquella escena lunática, que ya me había olvidado de ella. Al comprender ahora de qué se trataba, me sentí maravillado de que todavía aquellos dos seres tan desemejantes —*Frau* Berza y el Matacan— continuaran celebrando sus encuentros nocturnos. La muerte, más constante que ellos, los había acechado en la sombra con su infinita paciencia y su risa siniestra. Todos los negros de Cumboto debían estar imaginando lo mismo. Me parecía oír el sordo clamor de sus lenguas pavorecidas: “Ohhhh... Señor, ten piedá de su alma, y perdónanos a nosotros que no hemos hecho nada malo”.

Mientras esperaba lo que habría de ocurrir después, mi fantasía galopó sin concierto. Recordé el episodio de la calavera que golpeará el general de la barba con la pala de plata. Aquel cráneo sin nombre era como el símbolo de todos los negros que permanecían sepultados en las extensas tierras de Cumboto, teniendo por cruces los cocoteros, mangos y los jabillos. Sus jugos habían nutrido aquellas raíces, endulzado la pulpa de las frutas y el agua de los cocos desde los lejanos días en que los fugitivos de las ergástulas antillanas pisaron la costa firme. Cruz María, el ingenuo Matacán deslumbrado por la carne rubia de *Frau* Berza, venía a aumentar con su humana pequeñez la contribución que sus antepasados prestaron a la civilización de los blancos.

Cruz María no era completamente negro. Tenía los ojos leonados y la piel del color de las frutas pintonas. Me parecía estarle viendo con su rostro agudo de rasgos móviles, sus labios pulposos y sus cabellos ensortijados. En el fondo de mi corazón entonaba un réquiem por su alma humilde y fascinada. No era su culpa la que pagaba sino la de su sangre mezclada. ¿Quién era su padre? ¿Cervelión? Tal se decía, tal decían ellos mismos. Pero Cervelión era negro, y él no lo era del todo.

Yo casi no traté a Cruz María. Apenas le veía de tiempo en tiempo, cuando me levantaba muy de mañana, a la hora en que llegaba él a dejar el bidón de la leche en la puerta trasera de la Casa Blanca. Sé que era muy alegre porque siempre le vi bromeando y silbando. Físicamente en nada se parecía a Cervelión.



¿Cómo se entendieron él y *Frau Berza*? ¿Quién sugirió los medios para sus encuentros nocturnos? Ninguna de estas consideraciones me preocuparon cinco años antes, la primera vez que les vi juntos en el jardín, porque entonces era yo un niño. Ahora formaban el manantial de la cólera que me iba ganando y que en mi corazón se mezclaba —debo confesarlo— a un agri dulce sentimiento de envidia.

Todas estas cavilaciones llenaban mi espíritu cuando mi cuarto se llenó bruscamente de luz. Frente a mí apareció don Guillermo con un gran farol en una mano y un rifle en la otra. Se cubría con una bata roja que le llegaba a las pantorrillas y calzaba sus pies con pantuflas de piel también rojas. Yo me puse a temblar en silencio mientras él recorría el recinto metiendo la luz del farol en todos los rincones y debajo del catre. Su examen fue breve pues la habitación era pequeña y estaba casi desnuda. Una vez terminado se detuvo frente a mí, alto como la torre de un faro.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

—Aquí — le respondí.

—¿No has salido afuera?

—No, señor. Me desperté con el tiro y me asomé a la ventana.

—¿Cuál tiro?

Su pregunta me pareció espantosa. En su mano enorme el rifle semejaba un juguete. Si aquello se hubiese prolongado un minuto más, me habría desmayado de miedo. Pero él mismo vino en mi auxilio con una nueva pregunta.

—¿Viste algo de particular cuando te asomaste a la ventana?

Mi pensamiento trabajó entonces vertiginosamente. Le respondí sin vacilar:

—No, señor.

Don Guillermo me miró aún con sus penetrantes ojillos azules, salió a la puerta y desde allí me ordenó:

—Vístete y ven conmigo.

Nunca padecí tortura semejante a la que me produjo esta orden. Atolondrado por el terror me calé mi saco y salí, descalzo, en pos de aquel hombre

terrible que atravesaba el jardín a grandes zancadas, armado de su rifle y su farol. ¿A dónde me conducía? ¿Qué se proponía hacer conmigo? ¿Iba acaso a matarme para evitar que contase a otros lo del disparo?

Mientras trotaba sobre la tierra húmeda, me puse a rezar en silencio cuantas oraciones sabía. Invocaba el nombre de Dios y le hablaba de su Divina Madre y de la Corte celestial de sus Santos. Si hubiese tenido algún amuleto mi angustia habría sido menor, pues en él hallaría apoyo mi pobre espíritu atribulado. Pero no lo tenía. ¿Por qué había sido tan descuidado que no me procurase una crucecita de palma bendita, una medallita sagrada, siquiera una humilde pepa de zamuro?

Don Guillermo marchaba de prisa y yo comencé a sentirme cansado. Quizá me llevaba hacia el río. Allí le sería más fácil deshacerse de mí. ¿Cómo lo haría? ¿Dispararía su rifle sobre mi cuerpo o me golpearía la cabeza con la culata del mismo? Acaso llevase un cuchillo oculto bajo la bata. Luego echaría mi cuerpo al agua y la corriente lo arrastraría hacia el mar. ¿Qué espanto, morir en el mar despedazado por los tiburones! Sin embargo, quizá fuese menos terrible que deshacerse bajo la tierra como todos aquellos miles de negros cuyos huesos alimentaban las raíces de Cumboto.

De pronto vi a don Guillermo detenerse en medio del campo y cerré los ojos. Su voz llegó a mis oídos amortiguada por el aire nocturno:

—Mira bien al suelo. ¿Ves manchas de sangre?

Fue como una resurrección. No sé lo que dije ni si dije algo. Don Guillermo marchaba ahora inclinado, iluminando la tierra antes de pisarla. Miraba a uno y otro lado y me repetía constantemente:

—¡Fíjate bien, fíjate bien...!

Con todo mí corazón deseé ver algo parecido a una mancha de sangre para poder decirle que sí, que en efecto veía lo que él tanto deseaba. Pero Dios no me concedió esta pequeña felicidad. Fue él mismo quien bailó el primer rastro: unos goterones que bajo la luz del farol lucían negros. A don Guillermo se le encendió la voz en vibraciones gozosas:

—Aquí está, ya lo tengo.

La huella sangrienta seguía, cada vez más visible, en dirección al galpón de la Coquera. En la linde del bosque abandonaba la tierra para continuar por encima de la maleza.

—No puede haber ido muy lejos —afirmó Don Guillermo—. Fue un tiro bien puesto.

Comenzaron a aparecer las chozas de los colonos, naves oscuras ancladas en el inmóvil océano de la floresta. El bosque estaba negro y hacía frío. Silbidos sutiles, suspiros ahogados, sordas risotadas que parecían surgir de las profundas entrañas del suelo, volvían a llenarme de espanto. Todo el mundo sabía que por aquellos senderos desfilaban en la alta noche las almas en pena y los espíritus malignos de que nos hablara una vez la Abuela Anita. No tardaríamos en ver colgando de las ramas de un árbol el cuerpo en llamas que dejaba caer su cabeza y sus miembros mientras gritaba: “Caigo o no caigo”. En medio de estos terrores comenzó a invadirme una nueva preocupación: yo sabía bien adonde nos conducía el rastro de sangre. ¿Lo sabía don Guillermo? Dentro de algunos minutos nos detendríamos frente a la choza de Cervelión. Sabe Dios lo que iba a ocurrir entonces. Por fortuna el padre de Federico parecía no saber tanto como yo. Le vi detenerse dubitativo y tender el haz luminoso de su furor en torno a su cabeza, por encima del dormido follaje. Le oí decir:

—Es inútil, mañana le sacaremos por los zamuros.

No sé si lo dijo con ironía. La verdad es que el grupo que vino por la mañana a la Casa Blanca recordaba un poco a aquellos pájaros negros. Yo les miraba a través de mi ventana y no sabía qué actitud adoptar. Allí estaban Cervelión, Venancio el Pajarero. Ernesto, el padre de Pascua, y dos negros más de los que trabajaban en el galpón. Después de mi regreso yo había llorado. Luego me quedé dormido. Tuve sueños inquietos y desperté de pronto cual si me hubiesen pinchado en la nuca. Mis ojos ardían. Nunca hubiese esperado ver en el

rostro de un hombre la expresión que vi en el de Cervelión. Ensangrentados y saltones, sus ojos no miraban. El labio inferior colgaba, inerte y húmedo de saliva. Sus brazos inmensos caían a lo largo del cuerpo doblado. Parecía haber enflaquecido hasta la total descarnación dentro de las pardas ropas que flotaban en torno a sus miembros. Sus acompañantes se mostraban sombríos y cabizbajos. Eduvige salió a atenderles.

Venancio tomó la palabra:

—Venimo a avisale a don Guillermo que Crú María se murió esta misma madrugada.

Nadie hizo comentario alguno. Hierática como un túmulo, Eduvige fue a llevar el recado. Poco después aparecía el padre de Federico. En su rostro encendido se reflejaba una sincera sorpresa.

—¿Fue él entonces?

Hubo un silencio caliginoso. En la cocina la cocinera enjugó sus ojos con la punta del mandil. Al cabo de unos segundos Don Guillermo hizo un esfuerzo para volver a

hablar:

—Cervelión, créame que lo siento mucho, pero su hijo faltó al respeto en mi casa...

¿Qué más podía decir? Sin embargo, todos comprendimos que quería decir algo más.

Hizo una nueva pausa:

—Yo pagaré el entierro.

Entonces habló el padre de Pascua:

—Entre todos lo enterraremos, don Guillermo; lo único que venimo a pedirle es que nos permita velarlo en el rancho de Cervelión.

Aquel rostro alargado y descolorido, aquella nariz afilada y aquellos ojos entrecerrados apenas recordaban al festivo Matacán que yo conocí. Enmarcados

por la blanca venda del pañuelo, sus rasgos tenían una dulce serenidad sorprendida. Quién como él creyó que todo en la vida era cosa de juego y de risa, no debió esperar jamás que el amor pudiera convertirse en muerte tan de repente.

Cuando yo llegué, por la tarde, ya lo habían metido en la urna negra. Su cuerpo estaba vestido de blanco, con el traje de dril de los días festivos. La urna descansaba en dos sillas y a su alrededor ardían cuatro velas sostenidas por viejos candelabros de cobre. Al lado de la cabecera había una mesita cubierta de blanco con un crucifijo y una amarillenta estampa de la Virgen María. La choza de Cervelión estaba repleta de gentes venidas de todos los entornos. Todas las sillas, los taburetes y los cajones de Cumboto habían sido requisados para ofrecer asiento a estas gentes. Las mujeres se aglomeraban dentro del rancho sudaban a mares; los hombres conversaban, fumaban y bebían afuera, en el terraplén donde Cervelión tejía sus palmas. Flotaba un olor a cubil, a sábila y a carnaza. Cuando llegué al lugar, una negrita sonriente que parecía tomar aquello como una fiesta, me ofreció galletas de soda, café tinto y un trocito de queso blanco. En la choza de al lado aleteaban los pájaros de Venancio.

Poco después comenzaron las lamentaciones de las mujeres. Se reanudaron, más bien, pues debían haberse iniciado desde la hora misma de la muerte de Cruz María. Primero fue el sollozar de una mulata pulposa, de ojos lascivos, a quien los hombres devoraban con la mirada. En seguida el de una negra seca y reluciente que balaba como un carnero. A poco todas ellas lloraban deplorando la terrible tragedia. Pero aquél fue un acceso pasajero, pronto vencido por el calor que hacía dentro de la choza. Los gritos y los sollozos se desgonzaron como pájaros en la noche, en los nidos de las gargantas cansadas.

Por poco observador que yo fuese, no podía dejar de notar la reserva, más aún, la hostilidad con que fui recibido. Miradas oblicuas recorrieron mi cuerpo cual si buscaran en él el lugar donde se iban a clavar los colmillos. Pascua no respondió a mi saludo. Yo sentía gravitar sobre mí el rencor de cien corazones en los que la cólera corría subterránea como un río que buscara su desembocadura

en la oscuridad. Y comprendí en el acto: todos aquellos hombres, todas aquellas mujeres, todos aquellos chiquillos —negros, mulatos y zambos—, me habían visto en pos de don Guillermo el Musiú, recorriendo el campo sombrío, como un perdiguero que orientase a su amo hacia el cobro de la presa herida. Yo era el perdiguero de don Guillermo; ellos eran los gatos, rebeldes y sigilosos. Me parecía verles asomados a las rendijas de sus puertas inmediatamente después que sonara el disparo, y deslizarse de choza en choza, sin ruido, para comunicarse sus impresiones. Quizá Cruz María había caído mucho antes de llegar al rancho de Cervelión y ellos le habían rescatado entre sus amorosos brazos de sombra.

En la salita, a la cabecera de la urna, entre el bullente mar de cuerpos sudorosos, vi el rostro de Cervelión rodeado por el halo amarillo que le formaba la luz de una vela. Parecía dormir. Su cuerpo escuálido se desmoronaba sobre una silla con fondo de cuero. A su lado estaba Venancio. Tuve miedo de nuevo.

En realidad yo no podía esperar otro recibimiento. Si no se hubiese tratado de Cervelión no habría portado por todo aquello. Pero el afecto de este era más fuerte que mis temores. No podía hacerme a la idea de tenerle por enemigo. Por lo demás, la muerte de Cruz María me espantaba. Yo mismo había agonizado cuando él agonizaba. Yo haría que Cervelión, Venancio y todos los demás supieran esto.

Las horas se deslizaron lentas, lamiendo la llaga viva de mi corazón. Había hallado un hueco donde acurruqué mi inquietud como un can perseguido, y desde el cual oí las conversaciones. Supe que Don Guillermo había opuesto reparos para el velorio, temeroso de que el cadáver se corrompiese durante la larga espera, pero que Ernesto, el padre de Pascua, le había replicado que no se preocupase por eso, pues ellos sabían cómo retardar el proceso de la descomposición. Oí hablar con respeto supersticioso del mutismo de Cervelión y comentar la fortaleza de Cruz María que había podido correr casi media legua, saltando como un verdadero gamo, con una bala de rifle metida en el pecho.

—Por algo lo llamaban el Matacán —comentó un mulato joven de mirada agresiva.

—Ya era venado —corrigió un negro viejo y meditabundo.

Un entrecortado sollozo rubricó estas observaciones y una herida voz de mujer enarboló la bandera de su lamento:

—Ay Matacancito querido, te llamaban Matacán por la agilidad de tu pierna y por el color de tu cuerpo...

Otra voz añadió en un tono de letanía:

—Porque era alegre y tenía lo sojo dulce...

Y una tercera:

—Porque no le hacía mal a naide...

Y una cuarta:

—Porque salía a comé de noche en el campo...

Y una quinta:

—Porque no comía sino pasto fino...

Y la primera de nuevo:

—Por eso te mataron tan malamente, Matacancito...

Después de una pausa la letanía tomaba un rumbo más apacible con la sordina que le aplicaba el cansancio. Una mujer recordaba el día en que le halló en el camino del río y le dijo que iba a bañarse y ella le aconsejó que tuviese cuidado porque estaban dando unas calenturas malignas y él le replicó que no tenía miedo a las calenturas ni a los encamisolados, y ella le dijo de nuevo que no tuviera tanta confianza y él le contestó finalmente que no tenía miedo porque estaba cerrado contra todos los daños...

—Una vez —corroboró otra en el mismo tono de evocación se estaba estrenando un flux azul y yo me lo tropecé en el camino del Puerto; le dije que me diera el medio del estreno y él me contestó que no tenía sencillo y yo le dije entonces que me lo quedaba debiendo y él me dijo que se lo acordara otro día y yo le dije que quien debía acordarse era él... ¡Ay, Crú María, mijito!

—¡Qué bueno era! ¡Qué corazón tan grande tenía! Un día, siendo muchacho, se iba comiendo una lechuga y yo le pedí un pedazo y él me dio todo lo que le quedaba; yo le dije que por qué me la daba toda, que no quería sino una

tajá, pero él me contestó que la cogiera toda porque ya había comido bastante. ¡Ay Crú María, mijito!

—¡Señor! ¿Qué le había dado al Matacán al fijarse en aquella mujer extraña? ¿Qué condenación le cegó para que no viera el peligro? ¿Y quedará la diabla blanca sin un castigo?

Seguramente él no la había ido a sacar de su cuarto, todas las noches, durante casi cinco, años. Por su edad ella podía ser su madre. ¡Claro! ¡El muchacho había sucumbido fascinado por su carne hambrienta y deslumbradora! ¡Ay, Matacancito querido!

Una negra gorda con el rostro perlado por el sudor, espantaba las moscas con una rama verde.



## IV

### LOS CUENTOS DE VENANCIO EL PAJARERO

No pude despedirme de Federico. Él, por su parte, no puso el menor empeño en ello. Desde la ventana de la biblioteca, oculto tras la cortina, les vi embarcar en un coche tirado por dos caballos y partir entre las brumas de la mañana. Iban cuatro en el coche: Federico, su padre, Gertrudis y *Frau* Berza. Esta última llevaba la cara oculta bajo un velo y estaba rígida como una momia. Desde la muerte de Cruz María yo no había vuelto a verla. Creo que por orden expresa de don Guillermo permaneció durante más de un mes encerrada en su habitación.

Todo aquel día lo pasé caviloso, agitado por presentimientos. En la Casa Blanca todo era silencio y melancolía. Al mediodía vi subir a Eduvige llevando el almuerzo a doña Beatriz y cuando el sol declinaba vi a esta bajar y sentarse ante el piano. Lo que tocó entonces me era completamente desconocido. Me puse a escucharla desde el comedor y la tocata me pareció un lamento. “Es posible —pensé— que el bárbaro rojo no la haya permitido despedirse de sus hijos”. Y sentí apretárseme el corazón.

Ya oscureciendo, en medio de las brumas azulencas que envuelven la costa a esa hora, regresó el coche a la Casa Blanca. Don Guillermo comió solo en el cernedor y por la noche se paseó largo rato frente a la puerta trasera de la casa. Yo tuve un sueño agitado, casi tanto como la noche de la muerte del Matacán.

Pensé en Federico, que entonces iría navegando con rumbo desconocido, y me pregunté reiteradamente cómo sería mi vida en lo sucesivo. A la mañana siguiente, al despertar, me sentí vagamente sobresaltado como si alguien hubiese estado espionando mi sueño.

No habría de tardar mucho tiempo en hallar la justificación de esta misteriosa ansiedad. Ello ocurrió cuando llevé el desayuno al señor Zeus. En el momento en que recogía los platos su voz se metió en mis oídos con una suavidad serpentina, con una finura tan dulce que me hizo temblar.

—Ahora —me dijo mirándome con fijeza— recoges tus cosas y te vas para el rancho de Cervelión, ¿sabes? Ya aquí no haces falta. En cambio, a él, que acaba de perder un hijo, podrás servirle de compañero.

Quedé boquiabierto, congelado en medio del comedor. Don Guillermo se puso de pie sonriendo.

—¿Cómo te parece? ¿Verdad que es divertido? Ya has estado mucho tiempo en este encierro; necesitas vivir al aire libre, con tus amigos.

De pronto su rostro adquirió una dureza aterradora y su enorme pie hizo retemblar los cimientos.

—¡En seguida! ¿Comprendes?

De esta manera cambió mi vida de la mañana a la noche. El cambio era radical, sin atenuantes: una caída vertical y catastrófica. En la choza de Cervelión, donde apenas había cabida para la persona del pobre viejo y para sus rollos de palma tejida, tuve que aprender a moverme como un insecto. Por fortuna las palmas ofrecen un lecho mullido y fresco, pero el cambio en sí mismo me humillaba. La primera noche la pasé llorando en silencio. Dolíame, de otro lado, la actitud de Cervelión, su silenciosa indiferencia. Apenas tuve que explicarle lo ocurrido. No opuso reparo alguno a que yo compartiese su vivienda. Me dejó entrar como a un pequeño perro desamparado y luego no volvió a mirarme.

Pronto me convencí, sin embargo, de que el silencio de Cervelión no era una manifestación de hostilidad contra mí. Obedecía a su estado psíquico, al sordo dolor que le taladraba el pequeño cerebro como un piojo perseverante. Creo que estaba viviendo una especie de doble vida interior, pues con frecuencia hablaba solo, dialogando con una persona invisible. Venancio era quien le sacaba de estos estados obligándole a conversar con él y a tejer sus palmas.

Por lo que a mí respecta, las cosas no quedaron ahí. A la mañana siguiente a mi salida de la Casa Blanca se presentó en la choza un negro fornido, llamado Juan Segundo, que me llevó consigo al establo.

—Aquí —me dijo— vaj a tené el mimo trabajo del Matacán.

Este Juan Segundo era una especie de diablo malo cuya presencia hacía estremecer a la gente. Sombrío e irritable, ponía empeño en conservar su fama de matón. Siempre iba armado de garrote o machete y miraba de reojo con sus inyectados ojos de jabalí. Cuando hablaba abría toda la boca negra, cuyo interior tenía un rojo sangriento de entraña herida. Su gran lengua redonda brincaba adentro como un sapo escarlata en su cueva. Le llamaban Juan Segundo el Luango.

primeramente se me destinó al establo de las bestias que acarreaban el coco. Más tarde se me envió a la vaquera. Aquí aprendí a ordeñar las vacas y pastorearlas, cantándoles versos rústicos que ellas parecían entender; también a herrar los becerros grandes y otros menesteres semejantes. Pronto estuve desconocido, hediondo a monte y a estiércol, cubierto de garrapatas. Por la noche, cansado, sin ánimo para asearme un poco, me iba a oír a los peones que se reunían en el galpón a hablar de sus problemas y sus terrores.

Era una vida torpe, vacía, que los cobardes espíritus procuraban llenar con oscuras supersticiones. Parecían otras tantas bestias, sin moral, sin ideas de belleza, sucios, taimados. Yo me sentaba junto a ellos y les oía arrastrar las cadenas de sus anécdotas y en mi espíritu se alzaba como un vapor la desesperación lenta de los recuerdos. En la Casa Blanca había adquirido hábitos de los que nunca podría desprenderme —esto creí por lo menos en aquellos días—,

nociones que se agitaban en mí como pequeños pájaros asustados. Jamás me acostumbraría a semejante vida ni me sentiría unido espiritualmente a aquellos seres estúpidos y socarrones que no sabían hablar sino de miserias. ¿De dónde —me preguntaba—, de dónde sacaba Cruz María el Matacán aquel entusiasmo para ir a bañarse al río todas las tardes y para andar luego, de noche, la media legua de monte que había entre su choza y la Casa Blanca? Yo no hubiese podido hacerlo. No lo hubiese intentado. Quería dejarme podrir y comer por las moscas verdes que vuelan zumbando sobre las bostas.

Poco a poco, sin embargo, fue perfilándose ante mi espíritu una nueva perspectiva, una desconocida dimensión de la vida que solo pude apreciar viviéndola. Aquella existencia oscura y reptil de los negros tenía ciertos encantos que yo no hubiese podido descubrirle de otra manera, así hubiese vivido siglos. Sentados en los troncos o en los travesaños de los tranqueros, acucillados en el suelo o echados de pecho sobre la hierba fresca, en medio de la oscuridad de la noche, dejaban correr sus voces con una pereza cálida de miel derramada, de velas negras que se derriten. En el fondo de sus corazones arden verdaderas hogueras de deseos reprimidos, fantasías ardientes que se convierten en carbón en los hornos de sus corazones. Sus tabacos, encendidos como ojos de fieras, perforaban la oscuridad y transmitían a lo ancho de la arboleda la clave de sus sueños irrealizados. De sus cuerpos solo era visible el brillo de los dientes y la porcelana de los ojos.

Allí descubrí que no todos los negros son iguales ni parecidos. Aun en los que pueden considerarse como negros puros, sin mezcla, existen diferencias que abarcan desde la conformación fisonómica —la forma de la cabeza, la de la nariz y la boca—, hasta las más sutiles manifestaciones de la inteligencia. Hay negros realmente feos y toscos, espantables; pero los hay también finos y bellos. Juan Segundo el Luango era de los primeros; la Abuela Anita debió ser, en su juventud, de los segundos. Entre las mujeres, algunas lucían rasgos físicos admirables, cuerpos venustos. Tampoco el cabello era igual en todos. Había diferencias notorias en su aspereza, desde el que llaman pegón, formado

por pequeños y apretados rollitos, hasta el cesposo y sedoso que las mujeres trataban de hacer más liso y brillante a fuerza de untarse aceite de coco.

En los cuentos se revelaban los grados de inteligencia y espiritualidad de aquellos seres. Algunos eran simplísimos, elementales; otros complicados y llenos de humor. Había narradores especializados en relatos espeluznantes, lúgubres sobrenaturales, de aparecidos y brujerías; otros en fábulas alegres e ingeniosas, en las que bullía el sentimiento humano del valor y de la astucia encarnados en los animales del bosque. Las hazañas de Tío Conejo y Tío Tigre resultaban interminables y Venancio el Pajarero las conocía todas. Con su calva tierna, del color del tabaco maduro, y su sonrisa de obispo, Venancio poseía el secreto de monopolizar el interés de sus oyentes y de aligerar el ambiente después que desfilaban por el corro los fantasmas y los demonios. A él se atribuía la paternidad de todos los sobrenombres aplicados a los habitantes de Cumboto. A Cruz María le llamó el Matacán, a Prudencio el Pitirri, a Pascua la Culebrita. A mí desde el primer momento me bautizó el Bachaco.

En realidad Venancio era múltiple, conocía toda suerte de cuentos y todos los refería con la misma gracia. Los espíritus enfermizos pedíanle historias de muertos y él les complacía hablándoles unas veces de hechos remotos y otras de ocurrencias cercanas, del propio Cumboto. En Cumboto, por ejemplo, hay caminos que nadie atraviesa después de las seis de la tarde porque están habitados por espantos que se pasean por ellos y que se presentan a veces en forma de personas y a veces como animales.

—Esos son los espíritus de los españoles que vivieron aquí hace muchos años, ¿comprenden? Yo los he visto muchas veces. Los espantos se conocen en que no pisan el suelo sino que resbalan en el aire...

Pero otros preferían las amables fábulas de animales o de príncipes y princesas, y él les complacía con la misma jovialidad. Cuentos de Pedro Grimaldes (a quien a veces llamaba Rimal y a veces Rímales) y de Su Sácarra Majestá.

—Pedro Rimal fue una vez al cielo pero llegó en momentos en que San Pedro estaba cerrando la puerta y le dijo: “No puedes entrar, Pedro”, “por Dios,

Tocayito —le suplicó Grimales—, no me dejes afuera que ya va a ser de noche y me da mucho miedo volver para Cumboto a estas horas”. Y diciendo esto, el tal Grimales, que era muy entrador, metió la cabeza y parte del cuerpo en la puerta. Entonces San Pedro se puso muy bravo, apretó la puerta y dejó a Rímales con el trasero afuera. En esto llegaron unas avispas y al ver el trasero de Rimal creyeron que era un *campate* y empezaron a meterse. Rimal se puso a reír porque aquello le hacía mucha cosquilla y San Pedro se puso más bravo todavía y le dijo: “¿Por qué te ríes?”, “Porque estoy sintiendo una comezón muy sabrosa en el culo; yo no quiero entrar ahora sino quedarme aquí para seguir sintiendo esta cosquilla”. “¡Una cosquilla! —dijo San Pedro—. A ver, déjame ver cómo es eso”. Entonces abrió la puerta y dejó entrar a Rímales para ponerse él en su lugar y saber cómo era la cosquilla que sentía. Pero San Pedro era muy viejo y tenía el cuerpo muy arrugado, así es que las avispas se pusieron muy bravas y en vez de hacerle cosquillas le cayeron a picotazos. El pobre San Pedro salió dando gritos por todo el cielo, rascándose y buscando aceite de coco para untarse, pero los otros santos al verlo así se echaron a reír. Entonces vino el mismo Papá Dios en persona a ver qué escándalo era ese que había en el cielo, y cuando San Marcos le contó lo que pasaba en el cielo, Papá Dios se puso a reír también y preguntó quién era el causante de aquella gracia. “Pedro Grimales, Papá Dios —le dijo San Antonio—: un hombrecito de Cumboto que acaba de llegar al cielo”. “Pues tráiganme a Pedro Grimales para conocerlo”. San José lo llevó y papá Dios le dijo sin poder aguantar la risa: “Mira, Pedro Grimales: hace mucho tiempo que no me reía con tanto gusto; si quieres quedarte aquí, te nombro Patrón de las avispas”. Y de este modo Pedro Grimales se quedó en el cielo.

Esta índole de cuentos y aquellos donde Tío Conejo burla a Tío Tigre y le induce, por medio de tretas muy ingeniosas, a machacarse los testículos o quedarse sin piel, hacían reír a los negros. Los otros les ponían medita-bundos y recelosos y les hacían apretar en silencio sus amuletos. Existen amuletos de todas clases, de una fantástica variedad; simples unos, tomados de la naturaleza

salvaje; complejos otros, producidos por raras combinaciones e industrias. Venancio el Pajarero poseía, por ejemplo, una hermosa bola negra. “Bola de toro” llaman a esta curiosa formación estomacal de los rumiantes a la que los negros atribuyen virtudes mágicas para ahuyentar la pava. También poseía un pequeño frasco lleno de azogue al que miraba como a un ser vivo y prodigioso. Pesado y argénteo, el frasquito parecía entre sus dedos la pupila de un monstruo o una alimaña diabólica. Venancio lo alimentaba metiendo en su interior moneditas de medio real que el mercurio devoraba golosamente. El amuleto de Ernesto, el padre de Pascua, era una hermosa sortija fabricada con un clavo de casquillo. Tanto Prudencio como su hermana soñaban con heredar este amuleto algún día. Otros poseían rabos de conejo, dientes de bestias feroces, trocitos de piel de reptiles, crótalos de cascabel, pedazos de madera labrados bajo la luna menguante. Yo pude al fin obtener un amuleto, humilde como lo soñé alguna vez, el que llegó a mis manos de un modo inesperado. Fue una pepa de zamuro y me la regaló Prudencio una tarde en que volvía cabizbajo al rancho de Cervelión. La pepa de zamuro es la semilla de un árbol frondoso que crece en el monte y resulta bastante difícil de hallar. Tiene forma lenticular y es dura como una piedra. Su apariencia es la de una pupila de ave. Pobre del negro que no posea una. Sobre él se descargarán todos los contratiempos y no habrá empresa que le salga bien. Son muchos los amuletos de que suelen proveerse los negros, pero cada uno de ellos posee poderes particulares. Para ganar dinero no hay como un trocito de cuerda de ahorcado. Para conjurar la mabita se recomiendan muchos antídotos —el cariaquito morado, la piedra que llevan en el buche algunos peces, la seña con los dedos índice y meñique extendidos; agarrarse el testículo izquierdo, y algunos otros—, pero ninguno tan eficaz como la pepa de zamuro. Este es el amuleto polivalente contra las pequeñas tragedias, y yo, no obstante lo mucho que mi propia razón ha luchado contra las supersticiones de la ignorancia, no puedo pasarme sin él.

Mi amistad con Prudencio era algo extraño e intermitente. A veces me miraba con indiferencia, hasta el punto de pasar a mi lado sin saludarme; a veces

se mostraba amable hasta la exageración. Era un tipo así: voluble e inquieto como los pájaros. Venancio le había bautizado con el apodo de Pitirrí porque siempre andaba de prisa y silbando, igual que las avecillas que el pajarero usaba como pitadoras para atraer a los arrendajos, azulejos y gonzalitos.

El día que llegué a la comunidad y me obligaron a trabajar en los establos, Prudencio se detuvo frente a mí y soltó una carcajada provocadora.

—¿Te botaron, Bachaco? ¿Cómo que te estabas creyendo que te iban a llevar para el extranjero?

Tuve tentación de pelear con él, de aplastarle el silbido en los labios de níspero verde, pero me sentía tan agobiado por la tristeza que no le respondí una palabra.

Después de esto le vi acercarse muchas veces a la vaquera para invitarme a visitar a la Abuela, pero yo me negaba a ello, roído por un sordo rencor contra todo el mundo. Al propio Cervelión no le habría visitado a no ser por la necesidad de dormir bajo techo. Poco a poco el viejo iba volviendo a la vida, dulcificándose. Una tarde me miró detenidamente y me preguntó:

—¿Por qué estaj tan sucio? ¿Por qué no te baña en el río?

Fue como si se abriese una espita en su corazón. Prosiguió con melancolía:

—Él se bañaba todaj la tarde... mi pobre muchacho. ¿Te acuerda una ve que te dije que lo negro tenemos que come avispa? Él se descuidó, se alucinó con la blanca. ¡Cuánta vece le llamé la atención sobre deso! “Cruz María, apártate de esa mujer, mira que lo blanco no traen sino desgracia a lo negro”. Pero no me hacía caso. Se creía muy ágil y se imaginaba que la musida lo quería de corazón. ¡Querelo! Claro, para que la ensillara na má. ¿Dónde está mi muchacho ahora? ¿Por dónde anda su espíritu? Yo le he puesto vela y le he hechó reza y me he sentao a esperalo a ver si lo veo por la noche, pero no, no lo veo.

No lloraba. Sus ojos habían sido siempre rojos y húmedos. Solo su voz sonaba más lenta y desgarrada que antes. Creo que mi presencia en el rancho hacía bien a su corazón. Al fin comenzaba a hallar en mí un poco de compensación porque más de una vez le sorprendí mirándome con la boca entreabierta y



los labios temblorosos. Ahora venían gentes del vecindario —los vecinos más próximos— a conversar a su puerta y cuando menos lo imaginamos prendióse una nueva tertulia en la terraza donde tejía sus palmas.

Una noche, al volver de la vaquera, me sorprendió la presencia de tres negros desconocidos, altos y flacos, muy parecidos a Cervelión. Eran su hermano Roso y los dos hijos de este que acababan de llegar de Morón. El parecido físico de los dos hermanos era impresionante: la misma cabecita poblada de ricitos cenicientos, idénticos ojos inyectados y húmedos, iguales el labio colgante y la voz lenta y dulzona. Sin embargo, Roso se distinguía en algo impreciso, inconfundible, que fluía de todos sus actos. Quizá fuese la forma de mirar, oblicua y dura, acaso cierta manera de mover las manos para subrayar las palabras. Por lo demás, al contrario del Cervelión de los buenos tiempos, hablaba muy poco.

Para quien fue una fiesta la aparición de estos personajes fue para Venancio el Pajarero. Venancio conocía a Roso desde la infancia, habían crecido juntos y corrido multitud de aventuras. Su presencia determinó un cambio radical en los cuentos que amenizaban el corro. Ya no se habló más de almas en pena ni de Pedro Grimaldes y Tío Conejo, sino de una grande y dura guerra en la que los dos amigos habían participado. Venancio, lleno de alegría cual si en su corazón reflorciesen viejos arbustos marchitos, aleteaba y gorjeaba como una de sus paraulatas. Los recuerdos afluían a su memoria en oleadas, golpeaban sus labios y se desbordaban de ellos en cataratas irrestañables. Solo él hablaba. Tocaba el brazo de Roso y lo sacudía. “¿Te acuerdas, Roso...? Supongo que no te habrás olvidado...”.

¡Ah diablo malo este negro Roso que llegó a ser sargento nada menos que en la guardia personal del general Zamora! ¡Ah negro endiablado, cará! Cuando el catire Zamora asaltó El Palito y derrotó ahí al bravo coronel Pinto, casi todos los que le acompañaban eran negros de ese litoral de Morón, Sanchón y Alpargatón. Ahí se le incorporaron ellos —Roso y Venancio— y un Jeremías a quien los godos mataron en Barinas y se lo comieron los zamuros en la sabana.

Venancio presenció cómo se lo comían y solo pudo quitarle la hebilla de la faja, como recuerdo. Los zamuros —explicó Venancio— comen bailando y chillando y se pelean por las tripas de los cadáveres. Él los espantó y se acercó a Jeremías que se había puesto blanco después de muerto.

Cuando se incorporó con su hebilla en la mano, quedó paralizado de miedo: detrás de él estaba el propio Zamora presenciando la operación.

—¿Y saben lo que me dijo el catire? Me dijo: “Mire, negro, no se me quede atrás registrando los muertos porque le mando a poner un zamuro de prendedor”.

¡Qué hombre, Virgen Santísima! ¡Y cómo le gustaba la candela! A Venancio, por lo visto, también le gustaba, porque al evocar los incendios que el general hacía prender en los pajonales, chupaba con fuerza su tabaco y se ponía a mirar la pequeña rosa de fuego con una fijeza de hipnotizado.

—Ese sí que no cargaba preso amarrado. Una vez le vi mandar a fusilar a diez godos porque no querían decir dónde habían escondido un parque. Mandó llamar al adivino y le dijo: “Mira, Adivino, rézale a estos el *De profundis* porque dentro de poco van a pasar el páramo, si no me dicen dónde tienen encerrados los chopos”. ¿Y saben quien era el Adivino? Un zambo más malo que el mismo Zamora; con eso les digo todo. Andaba en la tropa de un tal Espinoza en la que era algo así como doctor y padre al mismo tiempo. Matando gente, saqueando casas, forzando mujeres. Se las echaba de brujo y decía misas en las iglesias de los pueblos. Cuando íbamos a entrar en una pelea, el general lo llamaba y le mandaba que hablara a la gente; y todo lo que el condenado decía salía igualito. Aunque quería parecerse a un padre y se ponía las cosas de las iglesias, para mí tengo que su arreglo no era con Dios sino con Mandinga. Trabajaba a lo humano, no a lo divino. Y esto lo digo por la gente que hacía matar y las cosas que inventaba para hacerlas sufrir. Yo lo vi acostar un viejo en el suelo, amarrarle por las muñecas y por los tobillos y rajarle la barriga con una peinilla. Y todo esto enfrente del hijo del viejo. Al Espinoza le llevaba las muchachitas blancas o indias y las desnudaba enfrente de sus familias para

que las gozaran todos los oficiales, uno tras otro. Esto lo hacían en todos los pueblos donde entraban y por eso las gentes temblaban y dejaban los pueblos solos. Espinoza tenía ojos de culebra y a sus oficiales les había puesto nombres de animales del monte: uno era el tigre, otro el león, otro el caimán y así los demás. Pero un día que el catire Zamora amaneció atravesado, hizo amarrar a Espinoza y le mandó pegar cuatro tiros en la placita de un pueblo.

Esta nueva modalidad de los cuentos de Venancio produjo sensación en sus oyentes, que le oían fascinados y estremecidos. Las hazañas de Zamora sacaban pequeños relámpagos de los ojos. Las candelas de los tabacos tejían en la oscuridad la telegrafía de las emociones. La atmósfera temblaba sutilmente sacudida por aquel miedo retrospectivo, henchido de carnal voluptuosidad. También allí había muerte y misterio y lubricidad. Algo que se fijó en mi mente con persistencia fue aquella expresión de Venancio sobre los poderes del Adivino, lo de que su arreglo no era con Dios sino con Mandinga. Ya había oído hablar de esto mismo sin poder precisar a quién y en qué sentido. Debía ser una fórmula mágica. Hice el propósito de averiguarlo más adelante con el propio Venancio.

Por lo pronto también yo estaba fascinado por las nuevas narraciones del Pajarero, las que parecían no tener fin y se repetían noche tras noche. Roso dejaba contar y a veces movía la cabeza aprobando. Rara vez hacía rectificaciones. Él mismo iba perfilándose a través del relato como un héroe magnífico. Él fue de los que compusieron el pelotón que fusiló a Martín Espinoza. ¿Y Venancio qué hacía en tanto? ¡Ah! pues él también tenía sus aventurillas.

—Yo no era muy buen soldado. ¿Para qué lo voy a negá? Pero tenía que echar pa'lante como todo el mundo. Cuando bebía aquel aguardiente con pólvora que nos daban antes de comenzar la pelea, me volvía un demonio. Y me aprovechaba. ¿Para qué lo voy a negá? Todos estábamos pendientes de los jefes esperando que nos dijeran: “Saqueo libre, muchachos”. Saqueo libre quería decir entrar en las casas de los mantuanos —y de los que no eran mantuanos también— y arrasa con lo que encontráramos. Quería decir petateo.

Al pronunciar esta palabra. Venancio ponía los ojos en blanco, saboreando el recuerdo. Petatear significaba correr tras las mujeres, buscarlas en las alcobas, sacarlas de bajo de las camas y del interior de los escaparates, arrancarlas de los altares frente a los cuales oraban y de los brazos de sus madres, entre los cuales temblaban de espanto, para poseerlas unos tras otros, desnudas, semidesnudas, cubiertas de cardenales, sujetas por los pies y las manos sobre los pisos forrados con petates de palma. Venancio guardaba recuerdos inenarrables de aquellos días. ¡Días gloriosos que no volverían para él! Era tal la fruición con que describía estas escenas, que yo, al oírle, veía la turba de negros borrachos, con los garrasíes desgarrados, las manos en alto como banderas y los ojos llameantes, caer sobre los cuerpos de aquellas mujeres cuya blancura desaparecía en el pataleo de la lúbrica rebatiña. ¿Cuántos hijos habían nacido de aquellas uniones? ¿Cuántos mulatos de ojos rayados, de sangre vengativa y maligna? Yo recordaba, oyéndole, a Cruz María el Matacán y a la Abuela Anita. Esta había dicho: “Cuando hay guerra es porque el diablo anda suelto”. En aquella guerra de que hablaba Venancio los diablos negros embestían contra los diablos blancos.

—¿Cuántas jembras petateó usted, viejo Venancio?—le preguntó Prudencio con la boca hecha agua.

—Ay, mijito; no tengo la cuenta...

—¿Blancas?

—Toítas blancas. ¿Me iba a molestar por las negras? ¡Qué cuerpos, mijito! ¡Qué piernas y qué pechos y qué cinturas! ¡Cómo relampagueaban sus carnes al lado de este tizón! Eso sí, un tizón bien prendió, jum...

—¡Ah malhaya, viejo Venancio! Si esos tiempos volvieran...

—¡Qué van a volvé! Después que mataron al catire Zamora aquello no sirvió pa más nada. Entró a mandar Falcón y todo se echó a perder. Que si el catire no muere nuestra suerte sería distinta... Ahora fuéramos los amos.

Una de aquellas noches Prudencio se aproximó a mí y me dijo en voz baja que la Abuela Anita deseaba verme. Todo el día siguiente estuve pensando

en ello Por la tarde, al salir de la vaquera, fui al río y me bañé en el pozo del bambú, en el mismo lugar donde una mañana maravillosa abrí ante Federico las ventanas de mi universo. Allí, mientras el agua corría lamiendo mis carnes, un recuerdo violento vino a herirme como una flecha: el recuerdo de aquella risotada de Cervelión que nos llenó a todos de miedo. ¡Qué mansa y dulce había sonado después la voz del viejo para apaciguar a la aterrorizada Gertrudis: “No se asuste, mi blanca, que no le va a pasar nada”. En efecto, nada nos había pasado, que para eso estaba él a nuestro lado. En cambio...

De regreso, entré en la casita de la Abuela. Me acerqué a ella y me hizo sentar a su lado. Luego estiró su mano negra y rugosa y la posó sobre mi cabeza.

—Me ha contado Prudencio que Roso, el hermano de Cervelión, está aquí en Cumboto...

Hizo una pausa para mirarme y añadió:

—Me ha contado también que Venancio está echando unos cuentos de la guerra de los cinco años y que a ti te gustan mucho esos cuentos.

Nueva pausa para volver a mirarme y una pregunta:

—¿Es verdá eso?

Yo me encogí de hombros porque en realidad no tenía deseos de hablar.

—Mira, muchacho —dijo entonces la vieja—, anda con mucho tiento. Tú no conoces la vida. En este mundo unos cantan a lo humano y otros a lo divino. Ese Roso y ese Venancio no son de los que cantan a lo divino.



## V

### A LO HUMANO Y A LO DIVINO

“Más sabe el diablo por viejo que por diablo”. Esto dice la gente del pueblo, y yo pude comprobar la veracidad del aforismo al aproximarme de nuevo a la Abuela Anita. Era mucha la experiencia, incalculable la sabiduría que una existencia de más de noventa años había deparado a la anciana. Ella, al verme, debió comprender mi estado de ánimo y darse cuenta de que si no usaba un recurso enérgico no lograría fijar mi atención. Usó ese recurso sin vacilar.

—¿Tú crees que Cruz María era hijo de Cervelión?

Alce la cabeza para mirarla. Sonrió satisfecha.

—Pues estás muy equivocado. No era su hijo: se lo encontró una noche, recién nacido, en la puerta de su rancho, metido en una canasta.

No tuve necesidad de abrir los labios porque las preguntas fluyeron atropelladas por todos mis poros.

—¿Y sabes —me interrogó ella de nuevo— a lo que viene Roso a Cumboto? Pues viene a hacer algún daño.

Según el juicio de la Abuela, el hermano de Cervelión, que tanto se parecía a este en lo físico, era su antípoda en lo moral. También ella le conoció desde joven y supo de sus andanzas. Había sido un rebelde, un resentido. Cuando muchacho abandonó la casa de sus amos en Goaguaza y fue a alzarse en las montañas del Yaracuy. Formó con otros una cimarronera. Por aquellos

montes cometió muchas tropelías, asaltó viajeros paja robarlos, incluso raptó mujeres blancas. Ella no concebía enormidad semejante. Abandonar a los amos era ya una infamia, pero poner la negra mano sobre el cuerpo de una blanca era algo sin paralelo. Ella misma había sido esclava, lo fueron su abuelo, su madre, todos los suyos. Y todos sintieron igualmente dichosos mientras sus amos lo fueron. En las horas de angustia supieron acompañarles. Era ella una niña cuando se prendió aquella guerra espantosa que duraría tantos años y que tendría tantas alternativas: la guerra de los criollos contra los españoles. Sus amos eran entonces unos señores Arguíndegui que desaparecerían más tarde para dejar su lugar a los Lamarca. Arguíndegui eran las niñas y los caballeros de los daguerrotipos que conservaba en su maravilloso baúl. Tendría ella de doce a catorce años de edad cuando se presentaron las tropas que llamaban patriotas, mandadas por el entonces coronel Simón Bolívar, y se posesionaron de toda la costa y de la parte de tierra de la ciudad. Cumboto, Goaguaza y todas las demás aldeas comarcanas tuvieron que alimentar a aquellos soldados famélicos. Ocurrió una hecatombe; el castillo se alzó y las mujeres, los niños y los ancianos fueron trasladados a San Esteban. Fueron muchas las que quedaron preñadas y parieron después hijos de los soldados. Un verdadero calvario. Bolívar, arrojado del Puerto, tuvo que huir y los españoles siguieron mandando, pero la inquietud no cesaba porque el demonio de la política había hundido su garra en los corazones. Aun entre los miembros de la familia Arguíndegui —y no solo de los hombres, sino de las mujeres— se formaron dos bandos, uno español y otro patriota. Ana les veía discutir y pronunciar palabras que no comprendía, y cuando preguntaba a su abuelo Mamerto qué significaban aquellas disputas, el viejo se limitaba a decirle: “Es que el diablo anda suelto, mijita”. En 1814 fue el general Ribas quien se apoderó de las tierras costeñas. Luego el general Mariño. Pero el castillo seguía inexpugnable. Y así pasaron más de diez años, hasta que un día se presentó el general Páez y todo cambió. Porque al general Páez le inspiraba el dios de la guerra.



—Nunca, nunca —recordaba la Abuela remontando la cuesta del tiempo con su memoria hercúlea—, nunca caminamos tanto como en esa época las gentes de estas tierras. Mi agüelo Mamerto iba a Valencia a pie, por el cerro de San Esteban que era entonces el camino. Llevaba recaudos del viejo don Carlos Arguíndegui para las familias de allá. Una vez llegó hasta Caracas...

—¿Caminando?

—Caminando... Y eso que ya tenía más de sesenta años. Nosotros estábamos en San Esteban, en la hacienda de cacao. Un día a mí misma me mandó la niña María Belén al Puerto, a pie, a llevarle un recado al negro Julián, esclavo de la familia Iztueta que vivía en la calle del Mangle. En ese entonces las calles del Puerto tenían otros nombres: yendo de aquí entraba uno por la de la Soledá, de Jesú o del Tamborete (el tamborete es el depósito de agua de la Alcantarilla); seguía por la del Negocio que después, se llamó de Valencia; cruzaba para la dé Ballajá o de Paso Real; atravesaba un pedazo de la de los Cocos y seguía por la de Alante que después- llamaron de la Iglesia y también de Colombia. La casa de los Iztueta quedaba en Puente Adentro y por lo tanto había que pasar por la Estacada para llegar a ella, pero a nosotros los de Arguíndegui no nos ponían inconveniente los centinelas españoles porque nuestra familia era del rey. Sin embargo, esa vez iba yo a cometer una traición...

—¿Una traición usted? No lo creo...

—Pues sí, debes creerlo. Fue una traición que después me ha hecho pensar mucho en la salvación de mi pobre alma. No sé si estoy condenada. La verdad es que yo no hice sino obedecerle a la niña María Belén, y ella, la pobre, lo que quiso fue salvarle la vida a su padre; pero de todas maneras fue una traición y desde entonces cayó la mala sombra sobre la familia.

La Abuela quedó pensativa, balanceando la fatigada cabeza bajo el ala de su gran sombrero. En aquella cabeza, apretada de ricitos grises, volvía a vivir el pasado con sus alegrías y sus dolores, se poblaba de blondas y peinados floridos, de uniformes azules y rojos y de penachos níveos. Pero luego se abatía sobre ella el ala sangrienta de la guerra y al brillo de los velones de cera y de las

anchas cañuelas doradas, lo sustituía el negro reflejo de los esclavos que huían hacia los bosques y el espanto de los amos que veían acercarse a la muerte agarrada a las crines de los caballos.

—El negro Julián Iztueta venía a Cumboto dos o tres veces a la semana. A veces llegaba hasta El Trapiche y hasta San Esteban. Buscaba bastimento para sus amos, pues la ciudad, sitiada por los patriotas, estaba pasando hambre. Un día se presentó en la Casa Blanca el general Páez en persona y ordenó hacer preso a don Carlos. Lo encerró en uno de los cuartos y le puso dos centinelas de vista. Estaba furioso y decía, cosas espantosas. Parecía un verdadero león enjaulado. “Si no me dicen ahora mismo cómo pasa ese negro hasta aquí y cómo regresa a Puente Adentro, los voy a fusilar a todos”. ¡Qué horas pasamos, mijito! Yo vi cuando el general mandó poner en fila a los soldados y cuando sacaron a don Carlos con las manos amarradas a la espalda. Entonces la niña María Belén no pudo aguantar más y echó toda la historia. Julián —dijo— se metía en el agua y atravesaba los manglares por un lugar que muy pocos conocían. Con el agua al pescuezo llegaba a la costa por el punto que llaman Poza el camino de Borburata, y después caminaba más de tres leguas para llegar a Cumboto. Así se portaban los negros de entonces para ayudar a sus amos.

En los húmedos ojos de la anciana se calaba la profundidad del recuerdo. Yo columbre en esas aguas oscuras la silueta del negro Julián, su cabecita angustiada, flor quemada sobre el manglar de las lágrimas. El general Páez le hizo poner espías y le tomó prisionero. Le puso a escoger entre la muerte y la fortuna. Pero fue la niña María Belén la que le persuadió al fin a que traicionara a sus amos. La Abuela me repitió sus palabras con voz temblorosa y mojada: “¿Qué ganamos con esto, Julián? Algún día tendrán que entregarse, cuando estén todos muertos de hambre. Por otra parte, nosotros no somos españoles; somos venezolanos. El rey está a mil leguas de aquí y no conoce nuestros sufrimientos. Lo único que le interesa es nuestro cacao. Esta es tu patria, Julián; nuestra patria. El general quiere que esta patria sea libre. ¿Me comprendes?”. Julián pareció comprender. La palabra patria era nueva para sus oídos, pero

hacia correr finos estremecimientos por su columna. Algunas noches después, el negro de los Iztueta guio a través del manglar a la tropa libertadora y los españoles fueron sorprendidos y aniquilados. Muchos de ellos huyeron por la calle de Morián perseguidos por los hombres de Páez, y desde entonces esa calle se llamó de Lanceros.

En este punto de la narración el pesar de la Abuela se hizo ya insoportable. El dolor la doblaba y su cabeza moviase como un péndulo, cual si se negara a aceptar lo pasado. Apenas tuvo fuerzas para murmurar:

—Cuando don Carlos supo lo que había hecho su hija, se ahorcó de una viga del techo, en su cuarto. Y desde entonces la guiña cayó sobre la familia.

Hizo una pausa. Cobró aliento y continuó:

—Pero la patria también se empavó. Vinieron guerras y más guerras, miserias y más miserias. Todos los diablos del infierno se soltaron sobre la tierra y la sangre corrió como río crecido. Mi agüelo Mamerto no descansaba llevando comisiones, herrando caballos, fabricando balas. Nosotros nos la pasábamos caminando: de aquí para el Puerto, del Puerto para San Esteban; de San Esteban para el Quizandal; del Quizandal para Borburata; de Borburata para Patanemo. íbamos, veníamos, volvíamos a ir... Los Arguíndegui —los jóvenes— se hicieron paecistas. El general venía por tiempos. Le daban fiestas. Antonio, el mayor de los hermanos, tocaba el violín; Francisco la flauta; María Belén el piano y Matildita, la menor, la bandolina. El general era hombre alegre, fuerte como un samán, con una cabeza grandota de pelo castaño y alborotado. Cantaba con una voz muy bonita. Yo creo —Dios me perdone— que María Belén se había enamorado de él.

Cumboto, en la narración de la vieja, aparecía como la boca del infierno. La cercana ciudad —el Puerto— como el infierno mismo. Allí habían de estar siempre peleando. Un día se presentó un mulato mal encarado y se plantó delante de los negros con los puños en alto. Les dijo que no siguieran pensando en Páez pues este había sido derrotado, preso y expulsado de la república. Ya no existía. ¿Por qué habían de estar pensando en un cadáver? Además, el general

Páez no era sino un farsante: había hablado de libertad, pero los negros seguían siendo esclavos. Fue necesario que vinieran otros generales —los hermanos Monagas— para que la libertad fuese un hecho cierto. “Todos ustedes son libres ahora. ¿No lo saben? ¿En qué mundo viven, entonces? Sí, libres como el aire, como los pájaros; para hacer lo que quieran, para ir donde les dé la gana, para vestirse como les plazca, entrar en la iglesia y arrodillarse en reclinatorios o alfombras bordadas ya no hay amos. Los blancos son iguales a los negros”. La Abuela le oyó. Sintió espanto primero y luego odio contra el intruso. Pero no sería solo aquel endemoniado mulato el que hablara de esa manera. Luego vinieron otros y tanto gritaron que muchos negros se fueron con ellos. Los que se quedaron estaban confundidos. Ella no. Ella no dudó jamás de su destino. Blanco es blanco y negro es negro y el destino de este es ser esclavo de aquel. Algún tiempo después, en Goaguaza, un señor hizo meter en el cepo a uno de sus siervos. ¿Y no somos libres, pues? —murmuraron los otros—. ¿Por qué nos meten todavía en el cepo? “¡Mátalo!” —aconsejó alguien al castigado—. Este se subió a una mata de mamón, se deslizó por una rama y penetró en la casa del amo por la ventana. Con una raja de leña le trituró el cráneo mientras dormía. Huyó. Otros hicieron lo mismo. En el monte vagaron, robando y matando, hasta que se prendió la guerra de nuevo. ¿Por qué peleaban? Por la igualdad, por la libertad, porque los negros que habían dejado de ser esclavos querían convertirse en amos. Era terriblemente desconcertante y la Abuela no lo entendía.

De improviso alzó la cabeza y me clavó esta pregunta:

—¿Sabes quién era el negro que le partió la cabeza a su amo? Roso, el hermano de Cervelión.

Después de esto nadie haría creer a la Abuela que la vida de Roso fuese mejor que la suya, ni antes ni después de recibida la libertad. Ella siempre fue libre, lo mismo que su abuelo Mamerto. Iba donde quería. ¿Y a dónde mejor que a las casas de sus amos? Estos poseían muchos parientes y sus haciendas se distribuían en todas las aldeas de la costa. Las andanzas del viejo Mamerto eran

objeto de celebración para los señores. “Dios santo —decían—, este hombre es de hierro”. Y escribían a sus parientes: “Mamerto se ha ido de nuevo, no sabemos a dónde. Si se presenta por allí, cuídenlo mucho que está muy viejo”. Cuando murió, a causa de la cox que le pegó la muía, su nieta heredó todos sus privilegios. Libre de cuerpo, esclava de corazón. Los blancos se perseguían, se odiaban y mataban unos a otros por cosas que ella no comprendía. Los liberales contra los godos y viceversa. A sus amos les tenían por godos. ¿Por qué? Tampoco se lo explicaba. ¿Cuándo y cómo se había efectuado el cambio? Allá en su juventud, en la época en que don Carlos Arguíndegui puso fin a su vida, oyó decir al general Páez: “¡Qué viejo tan godo!” Y luego, refiriéndose a la niña María Belén y a sus hermanos: “Ustedes, los jóvenes, han hecho bien; la juventud debe ser liberal”. Sin embargo, los liberales echaron a los Arguíndegui de sus tierras, los persiguieron y les llamaron godos, lo mismo que al general. Ella no volvió a verles, pero quedaban las tierras, las casas, los árboles. Nada había cambiado. ¿Por qué había de cambiar ella?

—Algún día volverán y aquí estaré yo esperándoles. Entonces les entregaré las cosas que dejaron en poder de mi agüelo, en ese baúl yo los vi ricos, cuando las niñas eran lindas como princesas. Después los vi pobres, envejecidos, asustados y sin un trapo que echarse encima, porque todo se lo quitaron. Hubo un tiempo —era yo una muchacha entonces— en que las niñas no se ponían un vestido dos veces. Los estrenaban y nos los regalaban a las sirvientas. Cuando los liberales saquearon la casa no tenían qué ponerse para huir. Yo les entregue otra vez los vestidos que me habían regalado.

Un elemento nuevo, de confusión y de miedo, intervenía en mi vida con aquel relato del cual fluía un mundo retrospectivo que nunca oí mencionar hasta entonces. Por algún lado yo mismo estaba ligado a este mundo, aunque no hubiese sabido decir por dónde ni cómo. El nombre de Arguíndegui, completamente desconocido para mí, se me antojaba unido a un terrible secreto. En todo eso que objetivamente pertenecía al pasado, había, sin embargo, mucho del presente y del porvenir. Federico no era un Arguíndegui. Ni su abuelo,

ni su padre. Su madre era hija de aquel famoso Lorenzo Lamarca del que se contaban tantas historias. Me hubiese gustado aclarar esto, hacer a la Abuela ciertas preguntas, pero no sabía cómo expresarlas, por dónde comenzar. Por otra parte había allí una mezcolanza que aumentaba mi desconcierto: porque la Abuela, un tanto incoherente a mi juicio, había referido todo aquello casi sin proponérselo, quizás a su pesar. ¿Por dónde había comenzado la historia la Abuela? Por la vida de Roso. Ella quería prevenirme contra este hombre del que tantas cosas terribles sabía. También me había hablado de Cruz María. ¿Y qué me había revelado? Que el Matacán no era hijo de Cervelión. ¡Cuántas cosas extraordinarias! La Abuela desvariaba sin duda. Chocheaba. Pero en su desvarío había una homogeneidad y un ímpetu moral que me causaba estremecimientos.

No fue hasta la tarde siguiente, después de poner un tanto en orden mis propias ideas, cuando pude formularle una pregunta concreta:

—¿De quién era hijo Cruz María, Abuela?

Pero ya su ánimo no era el mismo. Me miró con ojos torpes, ausentes. Y no respondió.

Yo permanecí un rato en la casita. Hablé con Prudencio algunas tonterías y estuve por algún tiempo contemplando las figuritas emocionantes: el caballito negro, el ostro del Papa León XIII, los seis exóticos nombres de perfumes que se me antojaban una mágica clave.

Cuando me iba, la anciana me hizo una señal con su temblorosa mano.

—Tú vives ahora en el rancho de Cervelión, ¿verdad? —Sí. Abuela: duermo en el rancho de Cervelión.

—Fíjate a ver si tiene una cesta fina, de forma extranjera. Si la tiene, regístrala cuando él no te vea. Apunta todo lo que haya adentro, sin olvidar lo más mínimo, y ven a decírmelo. Si encuentras unos pañales bordados, tráemelos. No tengas miedo: Dios no te va a castigar por eso

La veía envejecer por momentos. Su mano golpeaba suavemente mi brazo.

—Cuando uno trabaja a lo divino, Dios lo mira con buenos ojos.

## VI

### PODERES DE LA MÁS ALTA VALÍA

Olor impaciente del mar. Viento sonoro de la tarde que cuelga guirnaldas en los cantiles y saca música del abismo. Su mano inmensa tañe las campanas de los cocales mientras comienza a levantarse la luna por sobre las negras copas de la arboleda. El mundo se pone azul, sulfuroso, y sobre las verdes aguas fosforecen trillones de gusanillos de luz. Allá van un negro y su negra por el sendero. Veo sus siluetas lisas, y oigo sus voces que suben, veladas y despeinadas, entre los dedos del viento. Allí, entre el fósforo de la noche, vive todo cuanta forma la sustancia del mundo.

Yo no amaba el mar. Le temía. Solo el recuerdo de Federico pudo impulsarme a cruzar la calzada e internarme en los caminos tortuosos que las gentes de Cumboto llaman del “otro lado”. Esto ocurrió una tarde a comienzos de junio, cuando el pujido entrecortado de los tambores hacía palpitar el bosque. Habían terminado los cantos de la Cruz de Mayo y comenzaba el sonoro jadeo de San Juan.

En los últimos días el recuerdo de Federico y de su hermana se me llenaba de ternura y yo lo llevaba a todas partes conmigo cual si se tratase de uno de aquellos frascos de perfumes que aparecían en el almanaque de la Abuela Anita: el *Camia* o el *Liseris*. Hay dolores voluptuosos, dulzones, que casi nos empalagan. Este era uno de esos, y lo que más me punzaba de él era no haber

podido acompañar a Federico al Puerto para verle embarcar y decirle adiós desde la orilla de la tierra. Federico debía conocer esta tradición que los negros festejan por junio. Alguna vez oiría desde las ventanas de la Casa Blanca, en el silencio mercurial de la noche, llevados y traídos por las brisas del este, el ritmo apretado y sexual del tambor y el herido grito de las mujeres que invocan al Santo. Sin embargo, no habría visto, como yo las veía ahora, estas sombras que tejen las sombras con el canto y el pujido que les brota por los poros del cuerpo. A ratos sentía yo el deseo de seguir las, de internarme también en la oscuridad y saturar mi espíritu de su vago olor sulfuroso, pero sentía miedo. Por otra parte, deseaba estar solo.

Para poder ver el mar trepaba a una loma que se alza en medio del cocal. Es la loma de María la O sobre la cual hay un rancho de palmas abandonado. Desde ahí se mira, abajo, la línea del ferrocarril, plateada, interminable, con sus travesaños y ondulaciones como la cola de una cometa ciclópea. La línea corre sobre un terraplén a cuyos lados crece el monte. Más allá, donde termina el cocal, el terreno es anegadizo y forma un pantano negro y amarillento. Después viene una franja de piedra esponjosa que brilla bajo la luna con sordos reflejos de esmalte. Una vez oí a don Guillermo decir que esta piedra ha sido formada por millones de caracolutos del mar acumulados por el oleaje a través de muchísimos siglos.

Algo de monstruoso y enfermizo tiene la luna de junio en la costa. A veces se pone roja como un rumor a punto de reventar; a veces está amarilla cual si la hubiesen picado millones de zancudos palúdicos. Los negros suelen dar un significado particular a los distintos matices y manchas de la luna, y hacen o dejan de hacer ciertas cosas según esté en sus fases crecientes o menguantes. A mí mismo me había prestado un apreciable servicio, hacía pocos días, al curarme un molesto catarro con calentura y dolor de huesos producido por la nauseabunda humedad de la vaquera. En realidad mi curación fue obra de un jarabe de cáscaras vegetales (preparado por Pascua según receta de la Abuela), pero si yo no hubiese tomado ese jarabe en la fase lunar correspondiente, su eficacia habría sido nula.



Por aquellos días, asediado por una compleja combinación de dolencias, físicas unas, espirituales otras, yo no estaba seguro de poder seguir viviendo en Cumboto, o por lo menos en la propiedad de los Zeus. Más de una vez había pensado en huir, emanciparme y forjarme mi propia vida. Pero no lo hice. Era para cavilar a mis anchas que buscaba la soledad. La visión distante del mar exacerbaba mis pensamientos, pero esto era quizá menos torturante que mi lecho de palmas, en el rancho de Cervelión, donde el silencio agrandaba las sombras, desollaba mi espíritu y no me permitía dormir. Por su parte Juan Segundo, el Luango, no me daba descanso. La vida en la vaquera se me hacía insoportable, pero la idea de partir sin un rumbo, sin una brújula que orientase mis pasos, me aterraba. ¡Me sentía tan débil e incapaz!

Por este tiempo, precisamente, acostumbran los negros preparar sus augurios futuros con fórmulas mágicas a las que atribuyen poderes de premonición. Una de ellas consiste en llenar con agua una botella de cristal transparente y verter en su interior, al mismo tiempo, la clara de un huevo de gallina. Esto se efectúa el día de San Juan, al filo de la medianoche; la botella se tapa herméticamente y se guarda en lugar quieto y oscuro durante seis meses. La Nochebuena de Navidad, también a la medianoche, se saca la botella de su escondite para ver la forma que ha tomado en el agua la clara del huevo y, según sea esta, sabremos si nos irá bien o mal durante el próximo año. En realidad hay que aguzar la imaginación para dar un significado a las caprichosas figuras que allí suelen formarse. Algo que recuerde, aunque sea vagamente, un ataúd, significa muerte; lo que tenga alguna lejana semejanza con un navío, anuncia viaje; si la figura se parece a una casa, es felicidad; si a un hombre, larga vida; si es redonda como una moneda, riqueza.

Encerrado en la choza de Cervelión, a solas con mis preocupaciones, preparé yo mi botella. Luego la envolví en un trozo de lienzo y la guardé en un cajón que me servía de baúl. Esperaría seis meses, medio año. Pasado este tiempo, la clara de huevo trazaría mi destino. Aquella noche, igual que las anteriores, la choza de Cervelión estaba solitaria porque el viejo se había marchado desde

temprano, como todos los negros del vecindario. En el ámbito sudoroso de Cumboto trepidaban los tambores, ardientes como hogueras dispersas. De los más próximos solían llegar hasta mí, llamaradas estremecidas, jirones de voces humanas, sobre todo de voces de mujeres, que se alargaban y retorcían epilépticas. Cantaban al Santo, invocaban su poder, se confundían con su esencia selvática: ¡San Juan! ¡San Juan...! ¡San Juan...! Y los tambores heridos repicaban: ¡Cumboto...! ¡Cumboto...! ¡Cumboto...!

Entre esas voces estaría la de Pascua. Me parecía distinguirla en el palpitante amasijo. Voz aguda y afilada, voz de luna y de serpiente alzada para herir en la punta de la cola. Ni ella ni su hermano dejarían de ir a cantar a San Juan a la luz movediza de las higueras. Feliz, sobre todo, Prudencio, que solo pensaba en frivolidades y que se pasaba las horas silbando como los pájaros. ¡Cómo le envidiaba! Todas las tardes le veía pasar frente a la vaquera luciendo su traje nuevo de dril y azotando la almidonada tela del pantalón con el inevitable chaparro moreno. Los domingos se iba hasta Paso Real, a lucir su aldeana elegancia, sus “chicharrones” untados de aceite de coco, sus agudos, cromáticos y alambicados silbidos de canario extranjero. Su sueño era llegar a ser el mejor silbador del mundo y conquistar, con sus merengues y sus valsos, a las más lindas mujeres. Ya no recordaba seguramente a aquella india caminera llamada Pastora que se tendía en los rincones del bosque para que los muchachos desahogaran en ella su rijosidad de faunos adolescentes. Yo sí la recordaba y me enternecía pensar en sus grandes ojos castaños, de largas pestañas negras, que miraban el cielo serenamente mientras nosotros pataleábamos sobre su cuerpo. También recordaba a *Frau Berza* y al Matacán y me preguntaba cómo serían sus amores. Había algo morboso en este recuerdo. Cruz María me inspiraba un sutil sentimiento de envidia que no se detenía ante el dintel de la muerte. Si me hubiesen dado a elegir un héroe para Cumboto, yo no habría vacilado. En él concurrían todos los elementos del mito. ¿Dónde y cómo se amaban *Frau Berza* y el Matacán? ¿Cómo se agitaría Cruz María, con su torso desnudo, sobre la carne nacarada de la institutriz? No sería ella insensible

como Pastora. Ahora recordaba su habitación a la que entré impulsado por ella misma, el día de nuestra primera escapada. Evocaba su raro perfume de resada y menta mezcladas, su extrema limpieza, sus escasos pero lindos muebles. Sobre una mesita, al lado del lecho, vi el retrato de un hombre de barba rubia, con gorra de marino. No creo que hubiese penetrado allí Cruz María. No, no se habría acostado en aquella cama mullida y olorosa, con su cuerpo pestífero. “¿Usted huele a vaca, Cruz María?”!, dijo ella una vez, rechazando su abrazo. Sin embargo le había vuelto a querer, pero en el monte como a una hermosa bestia.

Todos los recuerdos acudían a mi memoria lentamente, suavemente, aquella caliente noche de San Juan y yo los acariciaba cual si fuesen animalitos domésticos que vinieran a rondar en mi soledad. Pero los que con mayor persistencia se apegaban a mí, girando y volviendo como las palomas alrededor del palomar, eran el de Fernando, el lujo de la Abuela Anita, y el de doña Beatriz. A ambos les veía rodeados por una especie de limbo dorado, pero mientras que la figura de Fernando aparecía oscura y vaga en medio de su limbo, la de doña Beatriz se destacaba blanca, neta y altiva en el suyo. Para mí aquellos dos seres eran dos misterios vivientes, dos reales irrealidades. Existían mas como fórmulas o patrones para una ideal forma de vida. El ideal de Fernando se proyectaba en mí como un proceso ascendente, impreciso y todavía indefinido; el de la madre de Federico como algo que venía de regreso, todavía concreto, pero a punto de entrar en una inevitable disolución.

En las últimas tardes, cuando no tomaba el camino del otro lado para mirar el mar desde la loma de María la O, me acercaba a la Casa Blanca procurando que nadie me viese. Desde la cerca del jardín me ponía a mirar y veía a don Guillermo sentado a la mesa y a Eduvige sirviéndole la comida; veía la ventana de la biblioteca y me imaginaba a mí mismo ojeando el gran volumen de *El Paraíso Perdido*; esperaba ver salir de un momento a otro a Federico y venir hacia mí para invitarme a visitar a la Abuela Anita. Una de aquellas tardes vi en efecto a doña Beatriz. Oscurecía rápidamente. De pronto se hizo luz en

el salón y en las cortinas de una ventana se proyectó su alta y esbelta silueta. Largo tiempo estuve allí, inmóvil, y cuando la luz se apagó de nuevo, me marché melancólico. Otra noche, mientras espíaba, comenzó a sonar el piano. Era señal inequívoca de que don Guillermo no estaba en la casa; quizás había ido, como otras veces, a la ciudad. Doña Beatriz tocaba la misma música lenta y fluvial que le había oído antes, y yo sentí por un momento la tentación de introducirme en el comedor y ponerme a escuchar como antaño. De pronto el piano calló bruscamente y ya no volví a oírlo en mucho tiempo. Todo esto lo revivía mi imaginación cuando algo cercano me hizo dejar de pensar. ¿Qué era? ¿Pasos? Me arrastré por el piso hasta la puerta trasera del rancho y quedé en expectativa.

En nada se diferenciaba la choza de Cervelión de las otras viviendas de Cumboto, con sus paredes de bahareque y su techumbre de palmas secas. Se dividía, en su interior, en un recinto cerrado que hacía el papel de salón, y en una dependencia posterior, abierta hacia el campo, donde estaba el fogón y se almacenaban las palmas tejidas. En esta que era cocina y depósito a un tiempo, sobre las palmas, dormía yo. El viento de la noche acariciaba mi cuerpo, la luz de la luna me cubría a veces como una sábana, y la lluvia, cuando venía del norte, me lavaba los pies.

En aquel momento la luna brillaba en lo alto enorme, sobrecogedora. Tenía un brillo perverso y su resplandor caía hacia la tierra resbalando pesadamente por el dorso de las hojas y por los troncos de los árboles. Lo que vi entonces me pareció una fila de troncos que caminaran hacia la choza. Permanecí inmóvil y silencioso; ellos entraron uno tras otro por la puerta que daba a la sala. El problema consistía entonces, para mí, en ver y oír sin ser visto ni oído. ¿Por qué? No lo sabía de fijo. Los hechos me convencieron luego de que mi instinto no me engañaba.

Desde mi techo de palmas, hasta el cual me había arrastrado de nuevo, oí un murmullo de voces en la salita. Una luz brilló y dibujó cuchilladas amarillas en la juntura de la puerta que comunicaba con la cocina. Sonaba, queda, la

voz de Roso y le replicaba la de una mujer. ¿De quién era esta voz chillona? Lo supe más tarde, se llamaba Trina, era mulata y vivía en los alrededores de Las Tres Cruces.

Poco a poco, como una pleamar, la impaciencia me subía desde el vientre hasta el corazón. Quería saber lo que hacían aquellos seres cuyas voces y pisadas oía. ¿Cómo lograrlo? En el negro tablero de la puertecilla las cuchilladas amarillas me obsesionaban. No pude más. Yo también era un negro. ¿Por qué no había de poder deslizarme como una serpe hasta pegar mis ojos a aquellas rendijas? Lo intentaría y que fuese lo que Dios quisiera. Lento, con un esfuerzo combinado de todos los músculos, mi cuerpo se deslizó sobre la superficie pulida de las palmas. Rodé hasta la tierra sobre la cual se apoyaron mis codos. Allí estaban, al otro lado de la rendija, un poco deformados por los bordes de esta, los seres oscuros que viera avanzar por el bosque. Eran siete y se habían arrodillado en círculo en el centro de la salita. Yo no podía ver de dónde procedía la luz amarilla que les iluminaba los rostros, pero supuse que fuera de velas por los temblores que por momentos la sacudían. Con el frente hacia mí, distinguí a Roso y a sus dos hijos; de perfil a la mujer y a Venancio; de espaldas a Cervelión y a otro negro para mí desconocido.

Desde el piso hasta el caballete, las sombras de aquellas siete personas formaban uno como gran gorro negro de picos. Las cabecitas de Roso y sus hijos proyectábanse con sus orejas enormes. De pronto vi extenderse en el techo, formando cruz con el tirante del caballete, un brazo negro que se puso a clavar estacas en las cabezas. Era la mano de Roso que clavaba tabacos en las bocas de los demás y que luego los fue encendiendo con una vela. Al terminar, su voz sonó revestida de un cómico acento litúrgico:

—Aquí estamos para invocar lo' salto podere y el arma de Crú María el Matacán. Concentremo nuestro pensamiento para que ningún poder extraño pueda perturbar nuestro trabajo.

Las cabezas de los siete negros se balancearon de abajo arriba y una voz bronca y unísona, que parecía salir de un pozo, llenó la salita:

—Que así sea...

—Compadre —volvió a hablar Roso sin cambiar de entonación— presente lo' sorjeto que usted conserva y que pueden ayudarno en esta misión.

Se alzó una sombra inmensa que por un instante arrojó la luz. Luego se abrió una brecha frente a mi vista, en el lugar que ocupaba el cuerpo de Cervelión, y yo pude ver lo que hasta entonces me ocultara aquel cuerpo. Tendido en el piso, en el centro del círculo, reposaba un monigote de trapos blancos y en tomo a este cuatro velas encendidas.

—Comadre —ordenó una vez más la voz solemne de Roso—, saque lo suyo.

Fue la mujer la que movióse entonces, sin levantarse. Sus manos deshicieron un oscuro envoltorio del cual vi salir, mórbido, relajado, largo y repugnante, el cuerpo sin vida de una serpiente. Era una cascabel. La mujer la tenía asida con ambas manos y la alzaba en el aire en un gesto de ofrenda.

—Siete años tenía, compadre: puede contale las maracas.

—Su palabra me basta, comadre.

Fue cosa de un momento. Poco después volvía Cervelión con un bulto cuadrado y voluminoso contra el fondo del cual chocó la luz de las velas. Yo me sentí sacudido por un brusco estremecimiento. ¡La canasta —pensé—, la cesta extranjera de que me hablara la Abuela Anita! ¿De dónde la traía Cervelión? ¿En cuál hueco secreto la guardaba que yo no pude verla antes? Las ceremonias que siguieron entonces fueron tan sorprendentes y rápidas que no pude seguir pensando. Toda mi vida se concentraba en mis ojos. Mi corazón daba brincos dentro del pecho. Cervelión había vuelto a ocupar su puesto y en las manos de Roso centelleaba, herido por la luz amarilla, un trozo de tela blanca. Desde mi observatorio podía ver los encajes que lo bordeaban, los afilados dobleces que lo cruzaban, las manchas oscuras, rojizas y amarillentas de que estaba cubierto. Roso tenía los ojos elevados a la techumbre, en una especie de éxtasis, y de sus labios brotaban sonidos oscuros que parecían las notas de un canto sin armonía. Luego dijo:

—Desnudo vino y vestido se fue... Cuente la historia, compadre.

La voz de Cervelión respondió:

—Se me apareció una noche desamparado, y yo le di calor y fui un padre para él. Era mi hijo.

—Que los deudores paguen sus deudas —recitó Roso con su acento litúrgico.

—Y que el que causa dolor lo sufra también —corroboró la mujer.

—Arma de Crú María el Matacán, ven y ayúdano en este trabajo; que muera el hombre que te mató...

—Que lo blancoj no maten maj a lo negro...

Las siete cabezas se habían inclinado hacia el suelo y los brazos de Roso y de la mujer se movían con precisión y «solemnidad. Yo no podía ver lo que hacía, pero lo imaginaba. Debían estar manipulando el cuerpo de la serpiente, el pañal, el muñeco tendido en el suelo entre las cuatro velas. Cuando volvieron a su posición anterior. Roso y la mujer extendieron los brazos hacia delante, con las manos abiertas, y el primero comenzó a recitar una especie de letanía:

*Podere de la vida ocurta,  
arma de Crú María er Matacán:  
sopla tu soplo de muerte sobre ejte preparado  
y trae a Guillermo el Musió  
por su propio pasoj...*

*Con la licencia del día de hoy  
y de lo grande poderes,  
que padezca dolor  
y que la sangre se le pudra en la venaj  
y la vida se le vaya  
y la palabra le farte  
y el corazón no le lata má...*

*Podere de la másarta valía,  
arma de todo lo que murieron  
por mano ajena  
soplen aquí su soplo frío,  
y que la tripaj de la cajcaber  
caminen solaj su camino,  
y que su sangre máj fría que. la muejte  
bañe er corazón  
der que te quitó tu preciosa vida,  
Crú María er Matacán, hijo de Servelión.*

Cuando calló tenía los ojos entornados. La mujer habló entonces y dijo:

—Que así sea.

—Que así sea —repitieron los otros a coro.

En las manos tendidas de la mujer había manchas rojas y húmedas, manchas de sangre de la cascabel. Yo sentí vértigo, náuseas. Pegué el rostro contra el piso de tierra. Respiré el acre olor de aquel suelo que tantos negros habían pisado.



## VII FANTASMAS

Trajo la noticia a la casa un negro azorado que refirió el hallazgo con desproporcionados ademanes de pena:

—Lo hallé allá abajo, patas arriba.

Al decir “allá abajo” se refería al río, en cuyo talud estaba el cuerpo echado de cara al suelo cual si la muerte hubiese querido bautizarlo, antes de su partida, en las lenta y turbias aguas.

No presentaba señales de violencia salvo dos rasgaduras en el dorso de la mano derecha que aparecía hinchada y negra como el resto del cuerpo. Negros y feos estaban el rostro congestionado, el cuello de toro. Negras por la presión de la sangre las pupilas que fueron azules.

Lo trajeron en hamaca a la Casa Blanca, lo acostaron en su lecho y entre Eduvige y otras mujeres lo desvistieron para lavarlo.

—Es picada de cascabel —diagnosticó Eduvige lacónicamente.

—Debió caer como un ceibo tocado por la centella —conjeturó otra de las mujeres.

El duelo fue silencioso, sombrío. En el cocal, el viento nocturno hacía tintinear las palmas como un sonajero y en las chozas diseminadas en la extensión de la hacienda, se oyó durante toda la noche un murmullo de rezos y de conjuros:

*Que Dios lo saque de pena  
y lo lleve a descansá...*

Sin embargo el palpitar de los tambores y el rasgado canto de San Juan no cesaron de oírse.

Durante las horas de la primera noche el viento era suave, una brisa acariciadora que hacía balancear y temblar levemente las llamitas lanceoladas de los velones. Mas al iniciarse la madrugada, el soplo vino del mar y las cortinas se hincharon como velas de barco; los batientes de las ventanas crujieron y la luz danzó lúgubrememente en las paredes y la techumbre. Afuera mugían las palmas.

El duelo fue presidido por doña Beatriz que bajó a media noche trajeada de negro y tomó asiento, en silencio, a la cabecera del lecho mortuorio. Nadie la había informado de la tragedia y Eduvige, al verla, manifestó su sorpresa con un leve arqueado de sus cejas casi invisibles. Las mujeres que habían ayudado a lavar y vestir el cadáver repetían a ratos:

*Que Dios lo saque de pena  
y lo lleve a descansa...*

Así transcurrió aquella noche siniestra con su marco de viento marino, de letanías y de tambores lejanos. Cuando ya amanecía, doña Beatriz se puso de pie, se aproximó al cadáver y levantó el blanco pañuelo que le cubría el rostro. El suyo no expresó sentimiento alguno. Silenciosa y hierática volvió a subir a su habitación de la cual no saldría de nuevo hasta algunas horas más tarde, cuando comenzaran a llegar los parientes y los amigos del Puerto, de Goiguaza y de las estancias vecinas.

Lo enterraron con pompa, en un imponente ataúd de caoba y plata como la carretilla. Agobiado por cien coronas de flores y bajo el peso del cuerpo enorme, el coche mortuorio grabó sus huellas, hondas, en la arena del patio. Muchas personas se habían congregado en los corredores, en el salón y en la biblioteca, y miraban sin ver en medio de la solemnidad de sus trajes negros

y sus rostros blancos. Parte de la servidumbre masculina acompañó el cortejo hasta el cementerio de la ciudad. Yo estaba aturdido, sin saber qué pensar de la presencia de Cervelión, de Venancio, de Roso y de los hijos de este último en la fúnebre procesión. Cinco días solamente habían transcurrido después de aquella inolvidable escena de brujería y ya don Guillermo era cadáver, la sangre se había podrido en sus venas, conforme al conjuro de Roso, y los poderes de la vida oculta habían mitigado la sed de venganza que llenaba el alma de Cervelión. Un espanto frío y viscoso, como la sangre del cascabel que viera en las manos de Trina, me subía por las vértebras y se infiltraba en mi corazón a medida que recordaba estas cosas.

Mi perplejidad subía de punto cada vez que, burlando las diversiones del camino, volvía a roer en mi mente el terco ratoncillo de mis preocupaciones. La ciudad tenía muchas cosas que ver: paisajes, casas, seres que en otra ocasión me habrían hecho detener alhelado; pero yo no podía desechar esta idea mortificante: ahora, después que enterremos a don Guillermo, tendremos que regresar a Cumboto y yo me hallaré forzosamente frente a Cervelión. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué va a decirme él? ¿Y Roso? ¿Y Venancio?” Quizá pudiese eludir esta embarazosa situación mudándome a la casa de la Abuela, pero ¿podía hacerlo sin consultarla? Además, la verdad es que yo deseaba, en el fondo, verme con Cervelión. Necesitaba oírle. Quizá fuese inocente. ¿Había ocurrido de veras toda aquella fantasmagoría de la noche de San Juan? Acaso fuese una creación arbitraria de mi mente calenturienta. Yo no confiaba mucho en mí mismo a este respecto. No era la primera vez que me ponía a inventar cosas, a soñar absurdos y a verlos vivir ante mis ojos alucinados. En última instancia, nadie me aseguraba que todo lo sucedido no fuese una pura coincidencia. Había “algo” en mí que repugnaba creer en las brujerías de los negros. Todo eso, me decía, es una farsa ridícula: los ensalmos, las oraciones, los bojotes “preparados”. Pero este “algo” solo influía en una modesta región de mi espíritu; el resto creía, creía sin poder remediarlo, con toda la fuerza que presta el miedo a esta clase de sentimientos. Creía, sobre todo, de noche, cuando había luna y soplabla el viento mugiendo.

Desde hacía algún tiempo venía luchando yo de manera consciente —y en cierto modo desesperada—, contra esta dualidad de mi propio espíritu. Mi triente, iluminada a medias por los conocimientos adquiridos en el contacto con ciertas lecturas y con ciertas personas, hacía esfuerzos por vencer al monstruo informe que se aposentaba en mi corazón. Era —así lo sentía yo mismo— como un pantano lleno de miasmas en el cual se debatía la pequeña y débil forma blanca de mis anhelos de superación. Es humillante y odioso el saberse prisionero de tales supersticiones. Esas cosas —me decía— no pueden ser, no deben ser; todo en la naturaleza es lógico y razonable; cada fenómeno tiene su explicación. Sin embargo, a poco que las circunstancias le fuesen propicias, la bestia volvía irresistible y avasalladora. Y yo creía entonces más que ninguno. Algo por el estilo debía ocurrir a ciertos borrachos que en sus momentos de lucidez anhelan liberarse del vicio del alcohol. El pantano no tiene límites.

La pequeña forma blanca de mi espíritu tenía la figura de Federico: era él quien había iniciado aquella formidable labor de rescate que quizá no llegara a coronarse jamás. Fue él quien me inició en el conocimiento del mundo de la belleza y del raciocinio. Pero me había abandonado a mis propias fuerzas en mitad del camino, en medio del pantano, y yo sentía que me ahogaba en él. La manera como acababa de morir don Guillermo constituía un golpe decisivo asestado a mi espíritu. ¿Cómo habría reaccionado Federico si hubiese visto lo que yo vi? Me hubiese gustado saberlo. Sin embargo, me alegraba de que no estuviese en Cumboto, de que no hubiese podido ver el cadáver hinchado y negro de su padre. Más negro que el Matacán, que yo y que Cervelión.

Al regreso del cementerio nuestra caminata fue rápida y silenciosa. Era ya noche cerrada cuando entramos en la choza de Cervelión. Este encendió un fósforo y luego una vela. Al elevar la llamita sobre su cabeza para iluminar el recinto, vimos en una esquina del mismo la figura de una mujer sentada en una silla de cuero.

—¡Eduvige! —exclamé sorprendido.

Nos detuvimos intimidados, silenciosos. Cervelión había inclinado la cabeza, pero Roso miraba a Eduvige con el ceño fruncido. La mujer se puso de pie y avanzó sin apresuramiento hacia nuestro grupo. Su rostro afilado y macilento aparecía enmarcado por los pliegues de una pañoleta negra. Sus ojos estaban entrecerrados cual si la luz ofendiera.

—Esto es obra tuya —dijo encarándose con Cervelión.

Hizo una pausa para pasear su mirada sobre los rostros de todos nosotros y luego añadió:

—No lo niegues. Yo conozco estas cosas, pero nunca pude imaginarme que tú... Si me hubiera pasado por la cabeza que tenías esta idea, te la malogro.

Inesperadamente, con un movimiento violento, sus manos húmedas, de forma de arañas, cubrieron su rostro, y todo su cuerpo flaco, liso como una caña, se estremeció en un ronco sollozo.

—¿Qué me hago yo ahora?

—¿Y mi hijo? —habló entonces Cervelión—. ¿Mi hijo no vale nada?

Pero estas palabras en vez de apaciguar a Eduvige parecieron enardecerla.

—¡Tu hijo! —gritó—. ¿De qué hijo estás hablando?

Su rostro se había puesto lívido. ¡Blanco! Sus pupilas tenían la fiereza fría y dura de las piedras del río.

—¡Tu hijo! ¿A quién vas a engañar con eso? ¿Crees que hay en Cumboto quien no sepa que ese no era tu hijo?

Entonces presencié algo inesperado. Cervelión alargó sus brazos inmensos y agarró a Eduvige por el pescuezo.

—¡Cállate, condenada!

Fue Roso quien evitó que la estrangulara allí mismo. Cervelión retrocedió jadeando y quedó recostado a una de las paredes de barro. Eduvige arregló los pliegues de su pañoleta y se dirigió a la puerta. Allí se detuvo un momento para decir:

—¡Criminales! ¡Todos son unos criminales! Pero desde ahora en adelante no va a seguir ese engañando a la gente. Fui yo quien puse el muchacho en esta misma puerta... ¿Me oyen? ¡Fui yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Sépanlo!

Al fundirse en las sombras del campo la figura de la mujer, Cervelión fue asaltado por una especie de frenesí. Era increíble el espectáculo de su furia. Las frases brotaban de sus labios en un torbellino agresivo e incoherente.

—¡Condenada! ¡Todo esto está condenado! Aquí han matado a lo negro como animale. Y a lo blanco también. ¡Hay mijterio! ¡Mijterio! (Me clavó sus ojos de brasa y yo creí desmayarme de espanto). ¿Recuerda lo que te dije de aquella pala de plata? Anda y agárrala para que te condene también. Te dije que no la tocara, pero si quierej anda y cógela. Sí; ella lo trajo a esta puerta, pero era mi hijo. ¿Acaso tengo que averiguar quién lo parió? Vino desnudo y vestido se fue. ¿Te acuerda, Roso? Tú lo dijiste...

Carne viva y sangrienta, las heridas de sus ojos se convirtieron de pronto en cataratas. Lloró como un niño abandonado en la noche, encorvado sobre sus manos estremecidas. Las lágrimas corrían por entre sus dedos y yo recordé al verlas el agua de los cocos que los negros rompían en el galpón...

*Coquin, coquito,*

*coco, cocón...*

*Viejo virulo de verde ropón;*

*pónmelo bueno, pónmelo pon,*

*dame la agüita con este pelón;*

*coquin, coquito.*

*coco, cocón...*

¿Por qué venían a mi memoria estos versos disparatados? Hacía mucho tiempo que no los oía. De pronto, en presencia de la tragedia del viejo, saltaban delante de mí con desarticulada e inoportuna comicidad. Como un estorrido del alma. Yo no quería pensar en ellos, deseaba alejarlos de mi memoria. Pero estaban allí, en mi interior dando brincos en mi cerebro mientras miraba a Cervelión con su cabecita de coco sacudida por los sollozos ¡Dios mío! ¡Qué perverso era! ¡Qué ganas de reír tan estúpidas, tan odiosas me retorcían los nervios del cuello y del rostro!

Mientras tanto la voz caía y cada palabra era como un pedrusco. Habían nombrado a doña Beatriz y esto bastó para que aquel conato de risa se disipara en mis labios. El viejo decía:

—Con esa pala iba a matar don Lorenzo al primer hijo de doña Beatrí, que lo tuvo ante de casase... Se imaginan que yo no lo sé. Lo iba a enterré en er cocar. Y hay rial enterrao. Y donde hay rial enterrao hay negro enterrao y hay guiña...

Cuando los negros se ponen a imaginar cosas, su fantasía no conoce límites; la frontera entre lo natural y lo fantástico se rompe y el absurdo se convierte en atmósfera de la existencia. Después de la muerte de don Guillermo el Musiú, a consecuencia de esta, los duendes y los demonios se soltaron en el cocal de Cumboto y los habitantes de la hacienda rivalizaron en propalar fantasmagorías. Muchos habían visto el fantasma, unos en un lugar, otros en otro. Prudencio me aseguró haberse hallado con él en el caminito del río, cuando venía de bañarse. No pudo darme detalles de su figura porque el miedo le hizo echar a correr, Juan Segundo, el Luango, juraba haberle visto de lejos, bajo el ramaje del mango cercano a la Coquera, en cuyo tronco había un banco de bambúes. Fue tal el miedo que le produjo aquella inesperada visión, que estuvo a punto de desmayarse. Tomó por otro sendero y se encerró en su rancho de la vaquera. Pero había algo extraño en el relato de Juan Segundo que coincidía con lo que contaron otros: el fantasma del mango más parecía una mujer que un hombre; flotaba como una nube blanca en la penumbra del atardecer y parecía subir y bajar, balanceándose. Todos le habían visto en el crepúsculo vespertino, cuando las últimas claridades del día se disuelven en temblorosos reflejos azulados;

—Yo —declaraba una negrita de la coquera— lo vide de lejos también, pero me persiné y no volví a pasar por to eso.

Esta situaba la aparición casi junto al tranquero que daba a la carretera. Allí también había un banco rústico, de troncos de cocotero, pero no pudo decir si la visión estaba de pie o sentada. Aseguró que no tenía cara.

—Ni cara ni pies —dijo.

—¿Y cómo anda?

—Por el aire, como las motas de lana que caen de los ceibos.

Nadie se explicaba por qué no había aparecido antes. Cumboto, la hacienda de los Lamarca y los Zeus, no había tenido hasta entonces este privilegio que daba fama a otras fincas de la comarca: no poseía un fantasma particular. En una que otra oportunidad negros de ambos sexos dijeron haber visto sombras, espectros, oído ruidos extraños, como de voces o de cadenas, pero aquéllos fueron posiblemente fantasmas viajeros o extraviados, pues no se les volvió a ver ni a oír formalmente. Un huésped del otro mundo, familiar y constante, llega con el tiempo a hacerse inofensivo y hasta indispensable. Se le encuentra en los pasillos, en el jardín o en la cocina y se pasa junto a él sin mayores zozobras como cuando hay una tabla rota en el piso. En muchas casas de los contornos los había de esta clase y solo exceptuábase la mansión de cierta familia Ramírez, en las Tres Cruces; donde treinta años atrás se había presentado un aparecido de mal genio que no quedó contento hasta hacer huir a los dueños. La hacienda de los Ramírez quedó entonces abandonada y rápidamente se fue arruinando.

Para mí la historia del espectro que puso en conmoción a todos los negros del vecindario, no tuvo mayor trascendencia. En otro momento quizá me hubiese apasionado también, pero ahora toda la emoción de mi vida estaba polarizada por acontecimientos de los que podía considerarme protagonista. La escena ocurrida en el rancho de Cervelión la tarde del entierro de don Guillermo, abrió a mi imaginación laberínticos y tentadores caminos. Yo me metía por estos caminos, fascinado, y regresaba con la misma respuesta desconcertante: nada lograría averiguar si alguien que conociera los hechos no consentía en referírmelos. Desde un principio descarté a Cervelión y a Eduvige, y, como es natural, pensé en la Abuela. Pero quizá la Abuela tampoco quisiese hablar de cosas tan graves como aquellas que había vomitado Cervelión en medio de su acceso de cólera.



Mientras ideaba una forma ingeniosa para despertar el interés de la anciana y arrancarle sus confidencias, otras preguntas acudían a mi mente aumentando mi confusión. Por ejemplo: ¿quién gobernaría ahora la Casa Blanca? ¿El ama demente? No lo creía. Por el contrario estaba cierto de que no sería ella. ¿Eduvige entonces? ¿Y quién era Eduvige? ¿Lo sabía la Abuela Anita? ¿Lo sabía alguien en Cumboto? Me admiraría que así fuese, pues mientras viví bajo el mismo techo que ella jamás la vi hablar con nadie ni a nadie oí mencionarla. Era como una sombra.

Cuando llegué a la casita quedé boquiabierto, paralizado, frente a la puerta. Era innecesario que alguien viniese a explicármelo. Allí, en la barrida terraza donde morían los gallitos rojos del bucare, alzábanse como una trinchera, en montón imponente, los muebles de la familia: camas, sillas, mesas, repisas, cofres. Pascua y Prudencio iban y venían trayendo cajones y líos. El Pitirrí silbaba con su habitual alegría. Su hermana, al mirarme, arqueó las cejas y continuó en su faena cual si no me hubiese visto. Fue Prudencio quien me dio la noticia.

—Nos vamos...

Después de algunos momentos pude por fin hablar:

—Pero ¿anoche no lo sabían?

—No, lo resolvió él esta madrugada.

Él era su padre. Lo había decidido de pronto. Se iba a Morón o a Sanchón —Prudencio no lo sabía de fijo— a trabajar en el acarreo de la caña que producía más que el de los cocos. Y se los llevaba a todos sin más consideraciones.

Los dos hermanos se mostraban entusiasmados con la idea de partir. Iban, al fin a viajar. Llevaban ya mucho tiempo en Cumboto y comenzaban a fastidiarse. ¡Oh! Conocerían nuevos pueblos, nuevas gentes, nuevos paisajes. En Cumboto se había puesto la vida muy triste desde la muerte de don Guillermo. Y peligrosa, según aseguraba Ernesto con tono de misterio. Esa muerte no quedaría así, cual si se tratase de un mísero negro; vendrían desgracias y él no quería compartirlas.

—Ahí tiene tú ese difunto que está saliendo —declaró Prudencio con aire de persona enterada—. ¿Qué me dicej de'so? ¿No te parece que la cosa que están pasando son como un fin de mundo?

Después de esto hablé con la Abuela. Se iba sin pena, por lo menos en apariencia.

—Pero ya no eres joven —le grité exasperado—. ¿Es que no vas a asentarte nunca en la vida?

Sonrió sin cesar en el continuo y mortificante cabeceo que en los últimos tiempos acentuaba los signos de su vejez. Para volverse a mirarme tenía que hacer un inmenso esfuerzo, y sus ojos, siempre llenos de lágrimas, resultaban ya inútiles. Valíase del tacto. Su mano seca y temblorosa recorría mi pierna, mi brazo, mi torso; llegaba a la altura de mi pecho y allí se detenía satisfecha. Hasta entonces no hablaba la viejecita.

—¿Qué le vamos a hacer, mijito?

—Es una desconsideración —argüí—; ya no estás en condiciones para estos bailes.

—No creas, ya estoy acostumbrada. Y tú sabes que siempre me ha gustado caminar. Además, el pobre Erneto me preguntó si podía...

—Y le dijiste que sí...

—Pues sí, se lo dije porque así e'... Porque puedo...

—¡Mentira! ¡No puedes!

Me dirigí a la puerta, furioso, para escapar; pero su voz me detuvo.

—Escucha...

Volví hacia ella, mohíno. Su mano buscó la mía, a tientas, y la palpó.

—Acércate.

Me acerqué hasta casi pegar mi rostro al suyo.

—¿Onde están lo muchacho?

—En la puerta, arreglando las cosas.

—Déjame verte la cara.

Sus dedos se movían sobre mi piel con suavidad exquisita y recorrían mis facciones prolijamente. Nunca como entonces experimenté la sensación de ser

mirado y escudriñado tan a lo hondo. Aquel contacto me penetraba y producía al mismo tiempo una emoción tan dulce que las lágrimas asomaron a mis ojos. Nadie me había palpado así antes.

—Yo tuve dos hijos —habló la Abuela de nuevo—; tú lo sabe porque te lo he contado. Uno se me fue cuando tenía más o meno tu edá... Pero Dios es muy grande. Los hijo no hay necesidá de parilo. No te ponga triste, no llore... Todavía tenemo mucha cosa que ver y mucho que habla.

Desde una palizada cercana, oculto tras un muro de clavellinas, miré partir la crujiente y cachazuda carreta de bueyes. Los trastos formaban una pirámide. En el travesaño delantero, sobre una tabla colocada exprofeso, iban la Abuela y Pascua. Ante las bestias, con la larga garrocha en la diestra, caminaba Ernesto y a su lado Prudencio silbando. El dolor desgarraba mi corazón. Un dolor desolado, impotente, tan entrañable que me hacía casi feliz. Ahora estaba solo, completamente solo y desamparado. ¿No había, acaso, en esto una agria voluptuosidad? Miré la figura negra, encorvada y marchita de la Abuela, su rostro de dátíl pasado, y me pareció que con su partida se liquidaba una etapa sustancial de mi vida. Se iba la virginidad de mi vida.

Allí estuve hasta que la carreta se perdió en un recodo y dejé de oír su pezoneso traqueteo. Luego me dirigí a la casita, entré en ella por la cocina y la recorrí en silencio. Contemplé la salita en cuyas paredes de barro encalado se destacaban los claros que conservaban la forma de los viejos cromos, el del papa León XIII y el de los perfumes exóticos: *Camia*, *Des Roses*, *Lidila*, *Sonia*, *Le Maguef*, *Liseris*.

En la única alcoba se precisaban los sitios donde por tantos años permanecieron los catres de la Abuela y de Pascua. En la pared había quedado el desvaído periódico en el que aparecía el caballito negro de galope tendido. “Este —pensé— es un negro libre como la Abuela”. También el del escudo de

la República aparece al galope y dicen que simboliza lo mismo. Pero es blanco. ¿Por qué es blanco? ¿Han sido esclavos los blancos alguna vez?

En donde más se afinó mi dolor fue en el corredor, entre la salita y la cocina. Allí estuvo el mecedor de la Abuela y tanto tiempo permaneció en el mismo lugar que su huella se hundía, convexa, en el piso de tierra dura. Yo introduje mis dos manos en ese hueco y acaricié amorosamente la tierra.

En el fogón, que era de horcones sobrecubiertos con barro colorado, no quedaban sino tres piedras quemadas y negras y un montoncito de viejas cenizas acumuladas. Allí estuvo el anafe en el que la Abuela ponía a calentar el budare de hierro para cocer las arepitas de harina y los *calás* de frijoles bayos.

Largo rato permanecí meditando, solitario y sombrío, en aquellas estancias abandonadas. Mi corta existencia desfiló en un momento por mi memoria y de nuevo evoqué la imagen del pantano en medio del cual zozobraba la minúscula forma blanca que iluminaba mi espíritu.

**Tercera parte**

**Hágase la luz**



# I GENTES EXTRAÑAS

La orden me la dio Eduvige en la puerta de la cocina cuando llegué con el bidón de la leche:

—Anda ahora mismo a bañarte, vístete de limpio y vuelve acá en seguidita.

Casi cuatro años llevaba mirando a esta mujer todas las mañanas, a la misma hora, y nunca volví a oír su voz después de aquella escena del rancho. Es fácil imaginar la sorpresa que este acontecimiento me produjo. La miré interrogante, pero ella irguió el busto y estiró el brazo conminatoria:

—¡No te dilates!

Obedecí. Como lo había previsto alguna vez, era ella quien gobernaba la Casa Blanca desde la muerte de don Guillermo. Todos la obedecían.

Cuando volví, bañado y vestido de limpio, me dio estas instrucciones precisas:

—Engancha la calesa pequeña, vete a El Palito y recibe a una señora que debe llegar en el tren de las diez. Aquí tienes el nombre escrito en este papel.

La idea de recibir un nuevo huésped en la Casa Blanca excitó mi imaginación porque venía a dar nuevo pasto a las murmuraciones de la Coquera, de los galpones y de los distintos corros nocturnos. Desde hacía cuatro años la Casa Blanca era un centro de intrigas en torno a las cuales nuestra imaginación fantaseaba a su gusto. Yo no escapaba a esta red. Después de luchar inútilmente

contra la influencia del medio, acabé por rendirme a su fuerza y me convertí, como todos, en un murmurador. Mientras dejaba al caballo caminar hacia El Palito recordaba las cosas que me habían ocurrido en este tiempo.

Ya había en la casa de los señores otro extraño personaje llegado allí desde los meses siguientes a la muerte de don Guillermo. Era un raro tipo, desconcertante por la mezcla de extravagancia y perspicacia que formaba su carácter. Si le hubiesen obligado a enderezar la giba que le curvaba la espalda, habría pasado seguramente por un hombre alto. En su rostro huesudo, de piel roja y llena de pliegues flotantes, la picuda nariz y los ojillos azules, atrincherados detrás de las grandes gafas, le daban un aspecto vagamente amenazador como el de ciertas aves domesticables: la guacharaca o el alcaraván, por ejemplo. Para completar esta semejanza, aquel tipo vestía comúnmente un estrafalario traje de paño color frijol con grandes cuadros verdes, cuyos calzones terminaban poco más abajo de las rodillas en forma de bombas. De allí hasta los tobillos sus piernas estaban protegidas por gruesas vendas de tela y sus pies calzados con enormes zapatos de clavos. Nunca abandonaba un grueso bastón terminado en una púa de metal como las garrochas de los boyeros, un sombrerito de tela verdosa, con una plumita roja, y una bolsa, también de tela, que colgaba a uno de sus costados. Apenas llegado, alguien en la Coquera le bautizó con el apodo de Guacharaca y así le llamaban todos, menos yo. A mí me recordaba más bien a esos caballos viejos, lentos y flacos que de repente nos sorprenden con una tarascada. Cuando me dijo su verdadero nombre —Jer Gunter— recordé bruscamente a *Frau Berza*. ¿Por qué estos nombres tan raros?

Jer Gunter pasaba por hermano de don Guillermo. Su papel en Cumboto consistía en velar por los intereses de sus sobrinos mientras estos fuesen menores. Por lo menos esto era lo que decía él mismo en su lengua endiablada. El mayordomo don Serafín se había plegado a su autoridad sin inconvenientes y le rendía cuentas todos los sábados. Eduvige, por su parte, aparentaba la misma sumisión y de esta manera disponía a su antojo en la Casa Blanca. Jer Gunter, por lo demás, molestaba poco a la servidumbre pues se pasaba el



tiempo en el monte cazando animalejos de todas clases. Yo mismo tuve oportunidad de acompañarle más de una vez en estas excursiones ; recorrí a su lado toda la extensión de la hacienda. Apenas entendía una cuarta parte de lo que decía, pero esto que al principio me hizo padecer muchas torturas, acabó por dejarme indiferente pues no tardé en advertir que aquel hombre hablaba casi siempre consigo mismo. A mi juicio, en aquel cráneo cuadrado, cubierto de pelos cortos y rojos, erectos como espinas, había algo que no funcionaba bien.

Los altos árboles, en cuyas copas colgaban pesadas guirnaldas de trepadoras y parásitas, parecían producirle una singular fascinación. Se aproximaba a sus troncos, a veces hundido hasta el cuello entre la maleza, y se ponía a darles furiosos puyazos con la punta de su bastón.

Podrá parecer extraño, mas es lo cierto que la llegada de Jer Gunter a Cumboto, contribuyó a que yo prescindiese de mi propósito de marcharme de allí. Después de la partida de la Abuela Anita, tras la cual Cervelión desapareció también junto con su hermano Roso y los dos hijos de este, caí yo en un estado de melancolía que pudo llegar a convertirse en desesperación. Fue una época que no quiero recordar. Un buen día Eduvige me ordenó acompañar al nuevo Musiú para que conociese la plantación y mi existencia, conmovida de pronto por el contacto con este raro ser, volvió a su cauce como un río que recobra su nivel. Bastó aquella excursión para que el extravagante personaje me inspirase un interés tan vivo, por lo menos como la aversión y el temor que siempre sentí por el padre de Federico. Esto no hubiese podido explicarlo entonces. Su figura, sus gestos, sus soliloquios, sus repentinas carreras detrás de una lagartija o una mariposa, sus súbitos éxtasis ante una planta, su manera de meterse en el río sin quitarse los zapatos ni las vendas que oprimían sus piernas, sus bruscas preguntas y su absoluta indiferencia por mis respuestas, todo esto me desconcertaba y me divertía a un tiempo. En la bolsa que colgaba de su costado llevaba una variedad de cosas, entre ellas un libro de pasta oscura cuyas páginas le veía consultar con frecuencia, su-pongo que para buscar los nombres científicos de las plantas y los reptiles. Cuando no los hallaba quedaba

perplejo, rascándose el cráneo, pero de pronto se encogía de hombros y proseguía su carrera. Todo esto me causaba admiración. A su lado aprendí muchas cosas útiles que en realidad no me servirían para nada.

Después de la primera, Jer Gunter y yo hicimos otras excursiones al fondo de la floresta. Unas veces me llamaba Natividad y otras simplemente “chico”. Aprendía fácilmente los nombres de las plantas, los animales y las personas. Cierta vez le pregunté por qué no llevaba escopeta. Me clavó sus menudas pupilas azules desde el fondo de sus lentes casi cilíndricos y respondió con inexplicable vehemencia:

—¡Oh, no! Podría dar a mí gana de pegar a usted un tiro.

Todavía, al recordar estas palabras, siento estremecimientos y no sé qué sentido atribuirles. Ignoro si quiso compararme con un animal o llamarse a sí mismo loco. Algún tiempo más tarde me confesó que su interés se limitaba a las plantas y los bichos, y cual si quisiera borrar de mi mente cualquier sombra de duda, me invitó a ver su colección. Con este motivo volví a entrar en la Casa Blanca, casi dos años después de la partida de Federico. La emoción se agolpó en mi pecho con la fuerza de un gas comprimido. En pos de Jer Gunter crucé la sala y con disimulo deslicé sobre el piano mis dedos temblorosos. Todo estaba igual: limpio, severo, bien oliente. Miré a la techumbre y recordé la lejana escena del murciélago. Ni el más leve ruido turbaba el silencio del lugar. Arriba, en su habitación, estaría doña Beatriz, quizá muerta pero incorruptible como algunos antiguos santos. Solo en la biblioteca noté ciertos cambios superficiales. La gran mesa, por ejemplo, aparecía totalmente cubierta por unas anchas cajas, chatas como bandejas y con cubiertas de vidrio, dentro de las cuales reposaban los bichos cazados por el Musiú. Esto era lo que él llamaba su colección. En una de las cajas había mariposas de todos los colores y formas imaginables: en otra arañas peludas y negras, ciempiés gigantescos de repulsivo color de vino, abejorros con cuernos frondosos como los del venado, alacranes grandes como camarones. Yo contemplé aquel revoltijo peludo, forzado por el temor de molestar a Jer Gunter, y tuve la impresión de que en

este se hubiese acumulado para formar una síntesis psicológica la pequeña malignidad propia de tales animalejos. Pero cuando llegó al extremo mi malestar fue al plantarme frente a la caja de las serpientes. No podría describirlas. Eran muchas, grandes y chicas, grises, verdosas, anilladas, perversas. Las pupilas de Jer Gunter brillaban como dos gotas de ácido prúsico en las ampollas de sus anteojos y su boca se había adelgazado como la de un reptil. Todos los bichos estaban disecados pero a mí me parecían vivos, sumidos en una quietud fingida, en espera de algún descuido para desparramarse por los rincones de la casa y sembrar en ella la muerte.

Jer Gunter manifestábase insatisfecho porque su colección distaba de ser completa. Faltaban en ella —me dijo— los mejores ejemplares de nuestro clima, entre otros la cascabel. Cuando le oí decir esto sentí vértigo. El recuerdo de la noche de San Juan entró brutalmente en mí como una piedra por una ventana. Él debió notar mi turbación pues me aturdió a preguntas.

—¿Le tiene miedo? Dígamelo: ¿Por qué? ¿Lo ha mordido alguna? Yo puedo curar eso, ¿sabe? Poseo el remedio.

Allí mismo me dio una lección ofídica y aún escribió en un papel, con mano nerviosa, palabras que aprendí de memoria sin comprenderlas, como había aprendido los nombres de los perfumes en el cromo de la Abuela Anita. El cascabel se llama *Crotalus terrificas terrificas* y su picada se cura con el suero anti-crotálico; la mordedura de las otras culebras con el suero antibotrópico. Adheridas a mi memoria como hollejos, estas palabras se combinaban de distintos modos y yo las repetía maquinalmente como quien mezcla líquidos en una botella: “Terríficos, botrópicus, crotálicus; crotálicus, botrópicus, terríficus”. Y sentía náuseas siempre que evocaba el cuerpo frío, mórbido y escurridizo de la cascabel tal como lo vi en las manos de Trina, en la choza de Cervelión.

No sé cómo pude conservar mi secreto ante la perspicacia de Jer Gunter. Como yo seguía habitando la choza de Cervelión, allí se presentó un día y se puso a examinarlo todo sin preocuparse por disimular su curiosidad. Yo le miraba y me preguntaba si habría averiguado algo por otro conducto. De

repente prestó atención a la algarabía de los pájaros de Venancio y salió disparado hacia allí, sin decir palabra. Permaneció largo rato con él y más tarde volvió a visitarle. Esto despertó en mí mortificantes sospechas. Venancio era no solo depositario de aquel terrible secreto —que después de todo solo me atañía indirectamente—, sino de otros totalmente míos. Entre otras cosas relativas a mi persona, el Pajarero conocía un poco de mi futuro pues fue él quien interpretó el contenido de aquella botella con clara de huevo que preparé la misma noche de la brujería. ¡Mi futuro incierto y vago! (Dentro del agua la gomosa y elástica sustancia del huevo había tomado la forma de esas plantas que crecen en el fondo del mar, con muchos tallos tirantes, transparentes y temblorosos, tendidos hacia arriba. Venancio la miró largo rato y luego me dijo pensativo: “Me parece una reja, pero no estoy seguro... Debes tener cuidado de todos modos: las únicas rejas de que he oído hablar son las de los presidios”. “¿Me van a poner preso?”, le pregunté yo. “Puede ser; por eso te digo que tengas cuidado”).

Venancio había permanecido en Cumboto. Durante algún tiempo se mostró remolón conmigo, pero luego, restablecida nuestra amistad, no volvimos a mencionar ciertos nombres que nos hubiesen hecho bajar la mirada. Sin embargo, nuestra amistad no fue ya la misma; irremediablemente había perdido su ingenuidad. Sobrevivió pero oscurecida por reservas y reticencias. Por esto desconfiaba yo de sus relaciones con Jer Gunter.

Todas estas peripecias habían ido formándome de aquel hombre una idea bastante confusa y contradictoria. A la postre no hubiese podido decirse le temía o no o si me inspiraba simpatía o antipatía. El recuerdo más penetrante que conservo de él es el que fabricamos un día, en el monte, inesperadamente. Íbamos marchando por un caminito cercano a la orilla del río cuando hirió mis oídos un leve pero impaciente maraqueo. Me detuve en seco y le grité —¡Párese!

Fue lo único que pude decir. Debía estar pálido como la muerte. Mi dedo tembloroso le mostraba el rollo gris de una cascabel anidada en la hojarasca,

a orilla del caminito. La culebra agitaba rápidamente los huesecillos de la cola y apuntaba hacia nosotros su cabeza triangular levantada a un pie del suelo.

—¡Hermosa! —celebró él y sus ojillos brillaron en el fondo de los cristales—. ¡Muy hermosa!

Fue cosa de segundos. Rápido como el pensamiento sacó de su cinto un pesado cuchillo de monte y cortó un largo fuerte ramo, el más derecho que pudo elegir. Lo limpió de ramitas y hojas y con un trozo de alambre acerado que extrajo del bolso, preparó en el extremo de la vara un lazo corredizo. Yo le miraba temblando. Le vi tender aquel artefacto hacia la serpiente y resistir con serenidad su fulminante agresión. Era la primera vez que presenciaba un espectáculo semejante. La cabeza del reptil se había lanzado hacia adelante con la velocidad y precisión de un martillo y sus curvos colmillos resbalaron sobre la verde corteza del ramo humedeciéndola con un licor amarillento. No sé si comprendió el truco o si se dio por satisfecha, pero lo cierto es que no repitió el ataque. Su cuerpo brilló un momento herido por un rayo de sol y se deslizó ondulante hacia la maleza. Pero el brazo de Jer Gunter fue más rápido. La horrible cabeza había entrado en el lazo de alambre y este se había cerrado oprimiendo el mórbido cuello. Lo que presencié entonces fue más emocionante aún: la sierpe sacudía su robusto cuerpo y hacía danzar los brazos de Jer Gunter. Luego se arrolló en torno a la vara y por último comenzó a relajarse, a aflojarse, a distenderse hasta caer inerte. Estaba muerta, asfixiada. Fue entonces cuando advertí que Jer Gunter se había quitado los lentes.

Después de esto pude ver a la cascabel, disecada también, en la biblioteca. Más de una vez me detuve frente a la caja con tapa de vidrio y la contemplé largamente. Quería conocerla bien. Era igual a la que había visto en el cuarto de Cervelión.

Esta posibilidad de volver a entrar en la biblioteca cada vez que me venía en ganas, la debía a Jer Gunter y me llenaba de gratitud hacia él. Pude volver a hojear los viejos libros de mi predilección y a examinar la pala de plata. Ya esta no me causaba los misteriosos temores de antaño. Es admirable cómo

cambian nuestras perspectivas espirituales al correr de la vida y al conocer nuevas gentes.

Cierto día Jer Gunter me encontró allí y se encaró conmigo:

—Has vivido aquí antes, ¿verdad? ¿Conoces toda la casa? ¿No tiene subterráneos o lugares secretos? Dime, ¿no has visto planos? ¿Sabes lo que son planos?

No esperó mis respuestas. Sabía, seguramente, que le iba a decir que no a cuanto me había preguntado Ese mismo día y los siguientes le vi dedicado a una curiosa tarea; la de registrar, uno por uno, todos los libros de la biblioteca y los rincones del recinto.

Ahora me dirigía a El Palito a recibir a la nueva huésped y eran jirones de tres años de vida los que venían a formar una especie de síntesis de mis recuerdos y a servirme de punto de apoyo para afrontar las vicisitudes del porvenir. No tenía la menor idea de quién podía ser la nueva habitante de la Casa Blanca pero presentía que con ella iban a llegar nuevas preocupaciones.

Leí el papel que me entregara Eduvige: Laura Lamarca, había escrito en él una mano desconocida. ¿La mano de quién? ¿La de Eduvige misma? ¿La de Jer Gunter? ¿La de doña Beatriz? Me estremecí al recuerdo de esta. Poco antes había pensado en ella como en una santa, como en un cadáver incorruptible. Laura Lamarca sería una pariente suya pues llevaba su propio apellido. Luego fue ella quien escribió aquel nombre en el trozo de papel que se calentaba en mi mano. ¡Su letra! Era una letra grande, de perfiles redondeados y anchos. Había escrito con tinta violeta y había secado el papel probablemente con arenilla.

¡Esperar! En mi vida no había hecho otra cosa. En la estación de El Palito me senté en un banco de tablas en forma de reja, pintadas de anaranjado, y me puse a esperar. El asiento y el espaldar tenían una forma ondulada adaptable a la curva de mis posaderas y espalda. Una forma cómoda, grata, propicia a la meditación y al sueño.

A un lado se alzaba el cerro, colorado y agreste; al otro el mar, verde, espejeante. Había varias chozas con el techo de palmas diseminadas en el estrecho valle por donde corría la línea férrea, y una multitud de pacíficas bestias pululaban en él. Poco después se detuvo allí el tren procedente de Valencia y descendieron algunos viajeros. Laura Lamarca llegó acompañada de su hija Teresa y yo las invité a tomar asiento en la calesa que esperaba en la carretera.





Casi podría decir que lo que me inspiró la idea de trazar estas líneas fue la hoja de papel que puso en mis manos Eduvige con el nombre de Laura Lamarca. La idea de escribir propiamente, no surgió en mí de inmediato sino la de recordar. Algún día, me dije entonces, tendré que contar estas cosas a Federico. Y desde aquel mismo momento me hice el propósito de observar cuanto ocurriese en la casa, cuanto hicieran o dijeran los personajes que la habitaban. No eran ciertamente Jer Gunter y Laura Lamarca quienes más me intrigaban. Era, sobre todo, Eduvige.

Siempre tuve una gran opinión de esta mujer silenciosa y gélida. Un hondo respeto por su carácter y su inteligencia. “No habla —me explicaba a mí mismo— porque tiene mucho que decir”. ¡Dios santo, si esta mujer hablase! La Abuela Anita, que se jactaba de conocer la vida y milagros de todos los habitantes de Cumboto, nunca llegó a meterse con la de Eduvige. Pasaba junto a ella de prisa, evitándola. Antes no paré mientes en este detalle, pero ahora, al volver a enfrentarme a nuestra cenicienta esfinge, lo recordaba bien. Ni la Abuela Anita, ni Cervelión, ni Venancio quisieron cuentas con ella. La noche que la hallamos en la choza, a nuestro regreso del cementerio, Cervelión palideció en su presencia, y, a pesar de sus inusitadas bravatas, creo que la crisis nerviosa que sufrió entonces se debió al temor de tenerla por enemiga.

Muchas veces me pregunté después si la precipitada partida de Cervelión y aun la de la Abuela no se debieron a esto.

Cuando llegamos a la casa, de regreso de la estación de El Palito, fue Eduvige quien vino a abrir la puerta, como de costumbre. Quedó de pie, con la mirada vacía, mientras Laura Lamarca y su hija pasaban a su lado y penetraban en el salón. Con una vaga señal de su mano ordenó a las recién llegadas esperar allí y seguidamente se dirigió a la escalera. Yo subí en pos suyo con las maletas de las Lamarca. La vi detenerse ante la habitación de doña Beatriz y tocar la puerta con los nudillos y oí en el interior una voz apagada y dulce que decía, “entra”.

La decisión con que trepé el primer piso en aquella oportunidad no fue, en realidad, un acto deliberado. Lo hice automáticamente porque supuse que las Lamarca serían alojadas en el piso superior. Ignorante de la habitación que se las destinaba, me detuve a esperar precisamente frente a la de doña Beatriz, cuya puerta quedó entreabierta al entrar Eduvige. Miré al interior. Tampoco tenía este propósito, pero la ocasión no podía ser más tentadora. Lo que vieron mis ojos permanecerá por siempre en mi corazón, imborrable como el retrato que una vez me mostró Federico en el álbum de marroquí. Hundida en un gran copo de encajes finísimos, la cabeza de doña Beatriz surgía como una burbuja en la rosada penumbra de su alcoba.

Fue un relámpago. A poco volvió Eduvige y con el brazo extendido me ordenó seguir hasta el final del pasillo. Después subieron las nuevas huéspedes y oí a Laura Lamarca decir que tenía hambre.

En los días subsiguientes volvería a ver a las dos mujeres con no poca frecuencia, dentro y fuera de la casa. Las hallaría en el jardín, en los alrededores de este, hasta en la Coquera. Un día las encontré cerca de los establos y quedé sorprendido. La madre me detuvo para preguntarme a dónde conducía aquel camino, y cuando se lo dije me confesó que tenía mucho interés en conocerlo.

—Quiero que tú me acompañes, ¿sabes?

Madre e hija eran inseparables. La primera delante, pequeña pero fuerte y voluntariosa, con una cabeza voluminosa esponjada de canas grises; la segunda detrás, menuda y débil como una paja marchita. Así las vi ir y venir a todas horas y meterse en todas partes. No hablaban entre sí. La hija seguía a la madre en silencio, cual si esta tirase de ella por medio de una cuerda invisible. Teresa era joven, pero de una juventud sin edad. Sus ojos tenían una vaguedad mortecina, debajo de unos párpados que nunca llegaban a alzarse del todo, y sus labios descoloridos exhibíanse siempre crispados con un aire de cansancio ancestral.

Como lo había previsto, la presencia de estos nuevos personajes produjo gran sensación entre los negros de la Coquera. Venían a complementar el indefinible sentimiento de admiración, entre malicioso y desconcertado, que les produjo antes Jer Gunter y que a pesar del tiempo transcurrido no disminuía. Yo les veía asomarse a sus puertas u ocultarse detrás de los árboles para espiar los movimientos de las dos mujeres, igual que lo hicieran antes con el hermano de don Guillermo. Ariscos, escurridizos, hipocritones, hubiesen deseado ser sorprendidos e interrogados por ellas para poder mirarlas de cerca y conocer el metal de sus voces. Y esto fue precisamente lo que ocurrió con un negrito de la Coquera a quien Laura logró atrapar por sorpresa. Pero el chico no tuvo valor para mirarla a la cara. Se sacudió como un pez y echó a correr hacia el monte, mientras los otros, desde lejos, reían: jo, jo, jo...

Laura Lamarca deseaba hacerse grata a los negros, inspirarles confianza. Con este propósito los perseguía hasta sus guaridas; los llamaba a voces agitando las manos en el camino. Pero ellos se mostraban inabordables. Un día me dijo: —¿Por qué me huyen? Háblales, diles que no les voy hacer daño.

Por complacerla lo hice con algunos, pero no puse entusiasmo en la empresa. Yo mismo me preguntaba con desconfianza qué habrían venido a hacer a Cumboto estas dos mujeres. Ahora tenía que compartirme entre ellas y Jer Gunter. Por fortuna este último me utilizaba poco, aunque no por esto escapó al contagio de la curiosidad general.

—¿Quiénes son estas dos mujeres que han venido ahora? —me interrogó.

Y yo, que no lo sabía con exactitud, me limité a responderle:

—Son de la familia.

—¿De la familia! Puah... ¿De cuál familia?

—De la familia de la señora.

No dijo más pero desde ese momento comenzó una guerra sorda entre ellos, una persecución sigilosa en la que yo mismo representaría un importante papel. Confieso que mi posición entre los dos bandos me divertía y que servía con gusto a los dos, incluso inventando cosas que los excitase. Mi papel, para decirlo en una palabra, era el de un espía por partida doble que no tardaría en serlo por partida triple. En efecto, una mañana, cuando dejaba el bidón de leche en la cocina, vi que Eduvige me hacía desde el comedor una señal para que me le acercase, y cuando estuve a su lado me dijo con gravedad:

—Necesito que me cuentes todo lo que hagan esos.

—¿Las dos señoras?

—Todos.

El oficio de informador me permitía volver a la casa, entrar en ella y holgazanear. Además, me convertía en amigo de Eduvige. Más que cuanto pudieran hacer o decir Jer Gunter y las dos Lamarca, me interesaba conservar la protección de esta poderosa mujer. Todos los días, después del desayuno, las Lamarca visitaban a doña Beatriz en su habitación y Jer Gunter a Venancio en su choza. ¡Cómo me divertía seguir a este por entre el monte y verle hablar y gesticular a solas! Lo que me resultaba imposible era oír lo que hablaba con el Pajarero, pues no me atrevía a introducirme en la vivienda de este, como un ladrón, y exponerme a recibir por lo menos una paliza.

Mi información recibíala el Musiú en mi propia vivienda, esto es, en la choza de Cervelión; a las Lamarca las esperaba en las habitaciones de la Coquera. Con Eduvige hablaba en la Casa Blanca. Cierta mañana me preguntó el viejo maniático:

—¿Cómo es una mata de totuma?

Se la describí lo mejor que pude pero él no quedó satisfecho.

—Muéstrame una.

Seguidamente nos pusimos en marcha hacia cierto lugar donde existía uno de aquellos árboles. Jer Gunter lo contempló con detenimiento, dio vueltas a su alrededor, clavó la púa de su bastón en una de las voluminosas taparas que colgaban escalonadas a lo largo del tronco y luego extrajo del bolso aquel libro de pasta oscura donde solía consultar los nombres de los animales y de las plantas.

—*Crescentia cugete* —leyó en alta voz—. De la familia de las *solaneas*.

—Con las taparas —le informé yo— se hacen totumas y pichuagas para beber y algunos hacen cucharas; las hojas son muy buenas para el dolor de muela. El palo es duro, pero flexible: se dobla pero no se quiebra...

Mas él no me prestaba atención. Se había puesto a dibujar el totumo en un cuaderno que sacó del morral. ¡Qué emoción me produjo verle en aquella tarea! El pasado aleteó y se posó en mi memoria como una paloma. Volví a verme al lado de Federico, acodado en la mesa del comedor, mirándole dibujar con sus lápices de colores. Reviví el sentimiento de tomar en mi mano, por vez primera, uno de aquellos lápices para reproducir a mi vez las líneas y los matices de la naturaleza. ¡Nisperos y burros azules! Ansiosamente traté de recordar con exactitud algunas de las palabras que entonces oía a Federico y de despertar en mi mente el sonido de su voz, pero no lo logré. Por un instante forcé la imaginación buscando la reconstitución ideal, pero fue inútil. El recuerdo de las imágenes acudía con relativa facilidad, pero el de los sonidos se diluía y escapaba como un suspiro.

Jer Gunter era un consumado dibujante. En rápidos trazos su lápiz copió el árbol con admirable exactitud. Allí estaba sobre el blanco papel como una persona, rechoncho y nudoso, con sus brazos apuntando hacia el cielo y sus enormes frutos colgando en el tronco hasta casi tocar el suelo. En la casa de la Abuela Anita había numerosas vasijas hechas con cuencos de tapara y en ellas bebí café y carato de maíz más de una vez. Cervelión también las usaba

y en general los negros todos. Cuando le referí a Eduvige esta ocurrencia la vi arquear las cejas muy excitada.

—¿Un totumo? ¿Estás seguro?

—Seguro...

No dije más pero tuve la sensación de que ella conocía la causa del interés de Jer Gunter por la *crescentia cugete*. Laura Lamarca reaccionó de distinto modo.

—¿Para qué querrá ese loco conocer un totumo?

Pero, cosa notable, dos días más tarde vino ella misma a buscarme.

—¿Estás seguro de que era un totumo lo que el loco quería?

—Sí, señora, un totumo.

—¿No te dijo nada más? ¿No te habló de un totumo en particular? ¿No te preguntó si, existe un totumo en este o aquel lugar del cocal?

—No, no me habló de nada de eso.

A partir de aquel día prescindieron de mí y se espieron por sí mismos. Sorprendido pude ver a Jer Gunter abandonar sus excursiones al bosque para dedicar su atención al cocal del “otro lado”, esto es, al de la orilla del mar; y más admirado aún vi a Laura Lamarca seguirle con la tenacidad de una perdiguera. Desde la loma de María la O, donde me escondí exprefeso, pude ver al primero con un papel en la mano, entregado a la operación de contar los pasos que había entre una mata de totumo y ciertos puntos de los alrededores. No pude precisar estos puntos y creo que él mismo no lo sabía, a juzgar por sus gestos, pero mirándole gocé lo indecible. Jer Gunter clavaba su bastón en el suelo y se ponía a andar a zancadas; luego, colocado en cuclillas, miraba alternativamente hacia el mar y hacia la carretera. En el papel debía haber alguna fórmula escrita porque a cada movimiento lo consultaba y se rascaba el cráneo. Desde un sitio cercano, oculta detrás de los cocoteros, lo observaba Laura Lamarca.

Y, de repente, la gran sorpresa. No sé cómo pude mantenerme en pie. Allí, a mi lado mismo, como brotada del suelo, apareció la silueta fantasmal de Eduvige.

—¿Qué están haciendo? —me preguntó.

Ella misma pudo verlo y en sus pupilas esmeriladas se cuajó el hielo del odio.

—Anda a la, casa y tráete un hacha.

Cuando volví con el hacha ya Jer Gunter y las Lamarca habían desaparecido. Eduvige me ordenó con su habitual laconismo:

—Corta este totumo. Tumba todos los totumos que encuentres por estos lados.

Aquella había de ser para mí una época de sorpresas y problemas. Mi espíritu flotó en un río ondulante y brumoso y llegaría un momento en que estos pequeños enigmas desembocarían como riachuelos en un mar rutilante. Esta idea de luz —de luz que no quema— fue la que me ocurrió la tarde que tuve aquella visión. Venía de la choza de Cervelión hacia la Casa Blanca, cuando vi la deslumbradora figura sentada precisamente en el banco de bambúes al pie del mango. ¡El fantasma! Mi mente funcionó a toda máquina a pesar de mi confusión. Así la habían visto otros en distintos lugares, blanca, vaporosa, desprendida del suelo como un rayo de luz, traspasada por los matices rosados y dorados del crepúsculo. Pero yo sabía quién era. Lo supe desde el primer momento. Por esto no tuve miedo. Mi confusión era arrobamiento, éxtasis. Sus dulces ojos castaños me miraron sonriendo mientras que sus cabellos se inmaterializaban en el leve chisporroteo de los últimos resplandores.

Lentamente su mano se elevó y me invitó a acercarme. Comencé a caminar hacia ella y a medida que me aproximaba me sentí penetrado por su claridad. Oí su voz, estremecedora:

—Ven, no tengas miedo.

Quedé de pie en su presencia y su blancura cerúlea penetró por mis ojos. Llevaba un traje de gasa esponjado y desde sus hombros caía en pliegues acuáticos una capa azul llena de reflejos, con una esclavina que se plegaba a su espalda.

—¿No tienes miedo?

—No, señora...

—Eres más dichoso que yo. óyeme bien: necesito quien me proteja porque estoy rodeada de gentes que no me quieren, que me persiguen y espían. De noche, cuando me creen dormida, entran en mi habitación y registran los muebles, los rincones, debajo de mi cama. ¿Qué buscan? No lo sé. Son mis enemigos. He pensado mucho y he recordado que tú y Federico fueron como hermanos. ¡Como hermanos! Por esto he venido a buscarte. Cuídame, mientras él regresa.

Estas últimas palabras me conmovieron.

—¿Va a regresar Federico?

—Si me quiere un poco, si no ha olvidado que soy su madre, no podrá hacer otra cosa cuando lea la carta que le he escrito y que tú vas a llevar al correo.

Me alargó un sobre que llevaba oculto en el seno y que yo tomé maquinalmente. Luego añadió:

—Saldrás esta misma noche para que nadie se entere. Nadie debe saberlo. ¿Me lo prometes?

Si existían palabras para responderle, yo no las conocía. Después de esto ella dijo con sencillez:

—Vete.

Y me fui.



### III

## ¿SE SIENTE FELIZ AHORA, QUERIDA FANTASMA?

Éstas son las primeras palabras que escribí para recordar mis experiencias de los últimos tiempos: “hoy he vuelto a vivir en la Casa Blanca; ahora no tendré necesidad de entrar como un espía o un ladrón”. Federico me ha dicho: “Quédate”. Más tarde añadí: “¿Qué dirá Eduvige?” Y poco después: “¿Y Jer Gunter y las dos mujeres?”.

Cuando vi a Federico desembarcar del gran vapor pintado de negro, lo reconocí en el acto, en medio de la multitud de personas —hombres y mujeres— que bajaban por la vacilante escalera. Lo reconocí a pesar de que su persona no recordaba en absoluto al muchacho que se había ido cinco años atrás. Es extraño: la diferencia me decepcionaba pero un razonamiento espontáneo, automático y rápido, me convenció de que no podía ni debía ser de otro modo. El muchacho fino, de apariencia endeble pero de carácter tenaz, sutilmente burlón y con tendencias a la crueldad, no podía haberse desarrollado sino tal como aparecía ante mis ojos aquel mozo blanco y delgado, de rosero duro, que se dirigía hacia mí sin alterar el paso ni la fisonomía.

—De Cumboto, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, señor, soy Natividad.

Mi nombre no le produjo emoción, cual si no despertase en él ningún recuerdo.

—¿Trajiste el coche?

—Sí, señor; la calesa pequeña.

Me entregó, para que lo pusiera en ella, el pesado abrigo de lana que traía doblado en el brazo y me ordenó seguirle a la aduana para recoger su equipaje. Todo camino parecía haber quedado borrado entre su corazón y el mío. Del lado del suyo se había producido un derrumbe. Mientras caminábamos hacia el almacén de la aduana, él delante y yo detrás, miraba su espalda con atención y hacía su inventario mental. Su espalda era ancha y fuerte y bajo el oscuro paño del traje se presentía la elasticidad de los músculos. Su nuca recién rasurada presentaba aún la pálida huella de la navaja y en algunas regiones de la piel aparecían manchas rojizas de sangre impaciente. Yo había alcanzado a ver, entre la muchedumbre que hormigueaba en el muelle, a Venancio con dos o tres jaulas repletas de pájaros y pude advertir que no separaba su mirada de nosotros. Esto distrajo por un instante mis pensamientos, bastante oscuros por cierto, pues me resistía a creer que Venancio estuviese allí solo para vender sus pájaros. Pero pronto olvidé esto para seguir rumiando mi propia preocupación.

Federico traía un sombrero tirolés de color verdoso, con su inevitable pluimita, que recordaba a Jer Gunter. Sin duda alguna había entre ellos cierto aire de familia que se acentuó a mis ojos cuando al sacarse el sombrero por un momento pude advertir la forma en que usaba ahora el cabello mi antiguo amigo. Era el mismo corte alto y cuadrado, la misma poda implacable que apenas dejaba en lo sumo del cráneo un jergoncillo de pelos rojizos y duros. En suma, era la misma cabeza del chiflado cazador de culebras. Deseoso de hallar algún pequeño vestigio de nuestro pasado, traté de recordar su mirada. Fue inútil. Aquello había huido para siempre. No había más que una mirada en Federico: la actual, y con esto ocurría como con la palabra; no había más palabra en él que la actual. Entregado a la agrídulce corriente de mi sentimentalismo, por un momento traté de imaginar cómo sonarían ahora en sus labios ciertas frases que solía pronunciar cuando éramos chicos y las cuales quedaron vivas en mi

memoria —burros azules, por ejemplo—, pero tampoco pude lograrlo. Esas frases las había pronunciado él, pero no eran suyas sino mías.

El Federico que marchaba delante de mí hablaba con precisión, seguro de lo que deseaba decir. Había en su conversación cierto acento metálico y gutural que la endurecía, pero creo que un gramático no hubiese hallado incorrecciones en ella. Marchaba erguido, casi rígido, con el pecho hacia afuera y la cabeza en alto, y para saludar juntaba los talones enérgicamente. Quizá todo esto existiese ya en él en los tiempos de nuestra niñez, solo que yo no supe verlo antes.

En la calesa apenas pronunció algunas palabras. Yo en el pescante, él en el asiento interior, ocupábamos dos mundos distantes y distintos. Ya esto me parecía definitivo no me hubiese atrevido a volver la mirada para ver qué hacia detrás de mí. A lo mejor venía observándome como yo le observara antes a él, en el muelle, o mirando el paisaje o dormitando sencillamente. Al cruzar frente a la Alcantarilla recordé el día que fuimos a enterrar a su padre. Fue aquélla la primera vez que visité la ciudad, y era ya casi un hombre. En aquel lugar abríanse frente a nosotros dos caminos umbrosos, cualquiera de los cuales hubiésemos podido seguir para ir a Cumboto. A la derecha el más corto, el de Paso Real; a la izquierda el más hermoso, llamado de la Noria porque a su vera se extiende el sólido acueducto de mampostería construido en tiempos de la Colonia para abastecer de agua a la población porteña. Me hubiese gustado preguntar a Federico por cuál de los dos prefería seguir, y hasta detuve el caballo con la vaga esperanza de oír una orden en tal sentido; pero esa orden no se produjo y yo tomé entonces, *motu proprio*, el camino de la Noria. La verdad es que Federico no tenía por qué preferir el uno o el otro. Solo había transitado por uno de ellos, el de Paso Real, cuando un lustro atrás vino al Puerto a embarcar para Europa. Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que mi antiguo amigo carecía de elementos de comparación para juzgar entre ambos paisajes y de que cualquiera de estos tenía para él el mismo significado. También fue entonces cuando comencé a pensar que sus ojos

quizá vendrían resbalando sobre la superficie de un mundo olvidado, mientras en su corazón se agitaba, quién sabe con cuánta intensidad, el recuerdo de mundo que acababa de abandonar. ¿Cómo sería este mundo? Yo lo ignoraba, no me atrevía a imaginarlo siquiera. Debía ser grandioso, imponente, digno de corazones libres y fuertes.

Pasamos frente a la Toma, la vetusta construcción española de donde partía en lejanos tiempos el agua para la población. Esa agua bajaba del cerro y a su vera se bifurcaba el camino en un sendero que se dirigía al sur, a los cocales de Pitiguao. Un poco más adelante, en el paradero de El Paraíso, un grupo de arrieros cargaban sus burros charlando a gritos. Una mujer parada a la puerta de un rancho preguntó con admiración:

—¿Quién será ese musíú?

Me puse a pensar en doña Beatriz. Recordé nuestro encuentro en el banco del mango y sus angustiadas palabras: “Necesito que alguien me proteja. Estoy rodeada de enemigos. He recordado que tú y Federico fueron como hermanos”. Sonreí. También yo lo había creído y el corazón se me había hinchado de orgullo. ¡Tonto! ¡Yo sería el paladín de la gran dama perseguida y aterrorizada! Tan en serio tomé mi papel que durante más de tres meses pasé las noches durmiendo como las bestezuelas, en descampado, solo por estar cerca de ella y poder acudir en su auxilio a la menor señal de alarma. Me sentí orgulloso de mí mismo, de mi lealtad y mi resistencia física. Otro no hubiese aguantado aquello. Cuando llovía o soplaba con demasiada violencia el viento del mar, me deslizaba hasta el corredor de la casa y me acurrucaba en cualquier rincón. Me familiaricé con todos los ruidos y con todos los celajes de la noche; desafié el miedo. Me endurecí como el hierro. Federico ignoraba esto y acaso lo ignorase toda la vida, pues no sería yo quien se lo refriese. Sin embargo había actuado como un buen hijo, estaba allí, de regreso, en Cumboto de nuevo.

Llegamos a la casa mediando la tarde. Federico saltó del coche y se detuvo en el corredor. La puerta se abrió silenciosamente y en ella apareció la flaca y escurridiza Eduvige. Pero él no hizo caso a esto. Miraba a su alrededor y me

pareció que su rostro se suavizaba. Sí, no había duda, el pasado volvía, y yo, con el baúl al hombro, sentí una taladrante alegría.

Unos tras otros fueron saliendo los huéspedes. Primeramente Jer Gunter, luego Laura Lamarca seguida de su hija Teresa. Los tres miraban al recién llegado con curiosidad recelosa. Él se volvió hacia ellos y quedó un momento como en suspenso. La primera en presentarse fue Laura, cuya voz resonó fingiendo entusiasmo y afecto, como el cacareo de una gallina.

—Soy Laura, Laura Lamarca, prima de tu mamá. Esta es Teresa, tu prima...

Luego lo hizo Jer Gunter, pero este habló en alemán. Al estrecharse las manos, los talones de ambos juntáronse con un chasquido seco y preciso. Fue un acto breve. Federico se enfrentó a Eduvige.

—Tú eres Eduvige, lo recuerdo perfectamente. Y este es Natividad —hizo un ligero ademán hacia mí—. No hace falta que me indiquen nada, nada. Supongo que mamá ocupa la misma habitación. ¿Correcto? Yo ocuparé la que fue de papá. Más tarde mandarás llamar a don Serafín. Prepárame el baño. Comeré con los parientes en el comedor.

Las últimas de estas palabras las pronunció ya a media escalera, sin mirar hacia atrás, subiendo hacia la habitación de su madre. En esta permaneció algunos instantes y ajando salió de nuevo encaminose hacia la que ocupara su padre y que desde la muerte de este permanecía bajo llave. Yo no volví a verle hasta la hora de la comida, cuando me disponía a volver a mi rancho.

Me llamó desde lo alto de la escalera y yo me detuve a esperar que bajara.

—Natividad —me dijo entonces—, me ha dicho mamá que no vives aquí desde hace algún tiempo. Puedes volver, como antes.

Sentí un golpetazo en el pecho y alcé los ojos para mirarle, pero le vi tan frío e indiferente que algo dentro de mí se escurrió como una bandera sin viento. No pronuncié siquiera la palabra “gracias”. Apenas esboqué un movimiento con la cabeza y salí. Por la noche, en el mismo cuartito de tablas desde donde viera a *Frau* Berza y al Matacán cierta noche de luna, escribí en un trozo de papel que luego guardé en el bolsillo: “Federico me ha dicho: ‘Quédate’”. Pero es

él —pensaba después, mirando hacia el parque por la ventana—, ¿es él quién me lo ha dicho?

En la Casa Blanca todo, o casi todo, seguía igual a la época en que yo viví en ella. Aquellos advenedizos no se habían atrevido a introducir cambios, salvo los que hizo Jer Gunter en la biblioteca con sus cajas de reptiles y mariposas. Lo que ocurriese en el interior de sus habitaciones, yo lo ignoraba. Mucho me habría gustado averiguarlo, pero no veía cómo porque tanto el uno como las otras se cuidaban mucho de dejar sus puertas abiertas.

En los días subsiguientes a la llegada de Federico, la pugna se localizó en torno a su persona; convirtiéndose en una desenfrenada concurrencia por conquistar su favor. En justicia debo decir que Jer Gunter se comportaba con más dignidad que Laura Lamarca. Las manifestaciones de esta rayaban en lo grotesco. No cesaba de hablar de su parentesco con doña Beatriz y de su afecto por esta y por todos los suyos. Era hija de un tal Felipe Lamarca, hermano de don Lorenzo, que había muerto en los Llanos de Apure donde llegó a poseer grandes rebaños de ganado vacuno y de caballos. Las guerras diezmaron su hacienda y las fiebres le consumieron la vida. Ella se había casado muy joven, con un mal hombre que después de “comerle” los últimos pesos la abandonó en estado de su única hija, la inefable Teresa. Al saber —no explicaba cómo— que su prima había enviudado y que no estaba bien de salud, se apresuró a venir a su lado. Hizo cuanto pudo por ayudarla, por confortarla en su soledad.

Jer Gunter, por su parte, había venido desde el centro de Europa en cuanto tuvo noticia de la muerte de su hermano. Antes lo hubiese hecho, pero solo entonces fue cuando supo con precisión dónde se hallaba Guillermo. Unos le decían que estaba en el Brasil, otros que en la Patagonia. América es grande y hermosa. Lo mejor que posee son sus serpientes, a pesar de que en su suelo ni se produce la cobra. Él había vivido antes en la India, en donde hizo profundos estudios de botánica y zoología. Federico le oyó con atención al principio y examinó sus colecciones. También él había estudiado algo de esto, pero no

tanto como para estar hablando por mucho tiempo de insectos y culebras. Más que estas sabandijas le interesaban sus libros y más que los libros el piano.

A Laura Lamarca, en quien los ininteligibles relatos de Jer Gunter provocaban expresivos gestos de repugnancia y desdén, la relativa indiferencia de Federico la llenó de satisfacción. Ella y su hija no eran científicas, carecían, incluso, de la más elemental cultura literaria y artística, pero eran almas piadosas como lo demostraba el haberse dedicado a cuidar noche y día a la desdichada doña Beatriz, mientras que aquel insufrible ofidiólogo prefería revolver la casa de cabo a rabo, deshojar los libros y excavar en la hacienda buscando sabe Dios cuáles misteriosos tesoros. Este era el tema invariable de sus conversaciones en la mesa, las que se hacían cada vez más vehementes, estimuladas por el silencio de Federico.

¿Por qué se mostraba este tan indiferente? No alcanzaba a explicármelo entonces. Se comportaba con ellos —con todos ellos— como si no existieran y en ningún momento llegó a manifestar interés por saber qué hacían cuando no estaban a su lado dando la lata. Comía en su compañía cual si se los encontrase incidentalmente en alguna fonda. En cuanto a Eduvige y a mí no nos dedicaba mayor atención.

Era yo quien aseaba su alcoba. Tuve que bañarme y perfumarme. Allí pasaba las horas. Federico poseía muchos trajes y ropa interior; numerosos y exóticos perfumes, pomadas. Sobre la mesa que había en la habitación colocó las fotografías de dos mujeres distintas, una de las cuales gastaba anteojos al aire. También colocó retratos suyos en escenas campestres o entre la nieve, con un gran abrigo. En uno de ellos aparecía acompañado de las dos muchachas; en otro estaba con una sola de ellas, sentados ambos en un banco de piedra a cuyo alrededor aparecía el suelo nevado de palomas que picoteaban.

En esa habitación permanecía Federico muchas horas, cuando no bajaba a la biblioteca, con un libro en las manos o acodado en el alféizar de la ventana mirando hacia el campo. Una vez le encontré armado de un catalejo con el tubo dirigido hacia el mar. Desde el día de su llegada no le vi volver a entrar

en la alcoba de su madre, pero sí hojear el álbum de marroquí donde estaban sus fotografías juveniles. Con frecuencia le vi pasearse, trajeado de negro, por el salón y mirar los retratos de sus familiares colgados en las paredes. Le vi salir a la terraza donde se quedaba contemplando el cielo lleno de estrellas. Yo también miré las estrellas, interrogante. Aquel mundo primitivo se había apaciguado. No sufría ya los espasmos de los primeros tiempos, cuando los pobladores negros saltaban de sus botes sobre las piedras y eran perseguidos por los mastines. No tenía ya la palabra Cumboto aquel palpitar de espanto de cuando la pronunciaban los prófugos apresados. Ahora todo estaba tranquilo. Y sin embargo en el aire saturado de olores salvajes había estremecimientos imperceptibles.

Yo sabía que en medio del silencio y de las sombras, a la amarilla luz de los candiles, había pupilas que nos espiaban a través de las rendijas de las puertas y de las grietas del bahareque. En esos ojos dormía, inconsciente, pero con reconcentrada vehemencia, toda la pasión del pasado. Muerto el amo blanco, el hijo era la nueva incógnita. ¿Qué traía a este mundo de humillación el mozo pálido y silencioso que miraba la noche desde su soledad?

Pero el quinto día —bien lo recuerdo— se produjo un cambio notable en el ritmo de la existencia de Federico. Fue en la mañana, cuando el sol acuchillaba la sala. Le vi bajar lentamente y dirigirse hacia el piano. Ya allí levantó la tapa y se puso a jugar con los dedos sobre el teclado. Su mano blanca se deslizó ligeramente y a su contacto brotaron las notas como un enjambre de mariposas. Yo le observaba desde el comedor con la impresión de que algo extraordinario iba a ocurrir de un momento a otro. Así estuvo por algunos minutos al cabo de los cuales se sentó en el taburete, estiró los brazos y comenzó a tocar en serio. Lo que oí entonces me puso el alma chiquita. Una cascada de notas, de trinos, de cristales agitados por la brisa y de agua desprendida sobre el abismo, llenó la sala y se desbordó sobre el campo. Desde el primer momento me sentí aprisionado y envuelto por aquel torrente maravilloso, arrastrado por él. No tardé en identificar la melodía: era la misma que más de



una vez oí tocar a doña Beatriz, pero ahora, moldeada por las manos veloces de Federico, poseía una tersura desconocida, era líquida y transparente como el agua de la mañana.

En aquel momento vi llegar a Jer Gunter que venía de los campos casi corriendo, y detenerse en seco a mi lado.

—¡Oh! ¡Oh! —le oí murmurar—. La sonata *Patética* de Beethoven.

Se quitó los anteojos y con ellos en una mano se puso a llevar el compás. Sus ojillos azules se habían puesto pálidos y vagaban en el vacío. Su cabeza se balanceaba también, al unísono con su mano. Cantaba suavemente la melodía con la boca cerrada.

Pero en aquel momento una nueva presencia vino a modificar el paisaje. Era doña Beatriz que bajaba lentamente la escalera. Vestía como siempre de blanco y sobre sus hombros flotaba un chal transparente. En el rellano se detuvo y la cuchillada de sol inmaterializó su silueta. Yo me puse a mirarla arrobado. Mentalmente le dirigí esta pregunta:

—¿Se siente feliz ahora, querida fantasma?



## IV CAMINA

Era extraña a más no poder la conducta de Federico. Casi dos meses llevaba de vuelta en Cumboto y todavía no había traspuesto el dintel de la casa para aproximarse al campo, es decir, para reconocer su heredad. Ni un solo momento mostró interés por aquellas gentes de la Coquera a la que se acercó en mi compañía cuando éramos niños. No preguntó por la Abuela Anita ni por Cervelión. Todas las imágenes que un tiempo lo apasionaron, habían desaparecido de su memoria, suplantadas seguramente por otras que absorbían ahora su espíritu. Yo hubiese sacrificado una mano por conocer qué era eso, pero tenía que conformarme con el deseo. No tardé en dar ubicación a mis reflexiones: aquella muchacha que aparecía en uno de los retratos que Federico trajo en su baúl, debía representar un papel importante en sus abstracciones. Tuve entonces un pensamiento que me hizo temblar: quizás estuviese fraguando la idea de volverse y de allí que la hacienda y sus gentes le tuviesen sin cuidado. A don Serafín, el viejo mayordomo que le visitaba todos los sábados, le había ofrecido más de una vez salir con él a recorrer el cocal y los bosques, a visitar los galpones y la sala de pailas, y le había dejado esperando con el caballo ensillado.

Su único lenitivo parecía ser el piano. Las cosas que tocaba debían poseer una fuerza vehementemente evocadora a juzgar por la emoción que ponía al

ejecutarlas. Su predilecta era la sonata *Patética* de Beethoven. Volvía a ella una y otra vez, hundiéndose en su corriente dolorosa y abandonándosele como un nadador que tratara de suicidarse en un río. Yo no entendía entonces nada de música —tampoco hoy entiendo gran cosa, pero el hábito de oírla crea al fin inevitablemente, cierta familiaridad—, sin embargo era tal la limpieza con que sus dedos golpeaban las teclas y la nítida, con que respondía el cordaje del piano en aquella catara de notas, que cualquiera se hubiese sentido atrapado por su sortilegio. Esto no obstante, la madre de Federico no volvió a asomarse para oírle, como lo hiciera el primer día. Fue aquélla la única, vez que doña Beatriz, después del regreso de su hijo, salió de su alcoba. Eduvige seguía subiéndole las comidas como si nada hubiese cambiado.

Yo que había podido verla allí, el día que llegó a la casa Laura Lamarca, esperaba poder repetir la experiencia, aprovechando de nuevo las entradas de Eduvige, pero mis reiterados esfuerzos resultaron inútiles. Alguien —ella misma o Eduvige— había colocado un paravan con dragones dorados en el interior, precisamente frente a la puerta.

Ignoro si doña Beatriz pensó en algún momento bajar al comedor en las horas de las comidas, como lo haría cuando vivía su marido. No creo que Federico le hubiese insinuado abstenerse de hacerlo. Sea como fuere, no llegó a sentarse a la mesa una sola vez, en unión de los personajes que habían invadido su casa. Para mí seguía siendo un enigma la resignación con que Federico se conducía en éstas tres horas del día. En realidad eran varios los hilos sueltos que asomaban, colgantes, en el revoltillo de mis cavilaciones. Algo que no podía olvidar, por ejemplo, era la acusación que doña Beatriz formulara la tarde que la encontré bajo el mango; “Estoy rodeada de enemigos. Estas gentes se meten en mi cuarto y registran mis muebles”. No podía concebir que Federico supiese esto y se condujese como lo hacía; quizá su madre no hubiese querido contárselo, quién sabe por cuáles desconocidos motivos. Por otra parte, una y otra vez me preguntaba qué papel desempeñaba Eduvige en estas intrigas. ¿Lo sabía Federico? ¿Incluía doña Beatriz a la extraña mujer entre sus enemigos?

Aproximadamente dos meses después del arribo de Federico, una mañana Jer Gunter hizo enganchar la calesa y salió, conduciéndola él mismo, con rumbo hacia el Puerto. Esa misma tarde estaba de regreso en compañía de una muchacha alta, rolliza y rubicunda a la que presentó como su hija. Necesario era que hiciese ciertas explicaciones y las hizo... Nunca había hablado de ella —dijo— porque jamás llegó a imaginar que la joven pudiese venir a América. Pero su vida había cambiado tan por completo, América le gustaba tanto, que estaba decidido a no abandonarla más. A su hija le gustaría también. Cuando la presentó a Federico habló en alemán, pero el joven respondió en castellano con un laconismo capaz de desalentar al más optimista.

—¿Cómo está usted? —dijo a la recién llegada mientras rozaba su mano gorda y rojiza.

La joven quedó perpleja, sin comprender qué le decía su primo.

Después vinieron otras explicaciones, dirigidas por el propio Jer Gunter a los sirvientes y de manera indirecta a Laura y Teresa Lamarca.

—Mi hija se llama Lotha... ¿Comprendido?

La Niña Lotha, además de sus robustos miembros lucía unas trenzas doradas con las que se hubiese podido amarrar un navío. Las usaba arrolladas en torno a la cabeza formándole una especie de casco guerrero. A pesar de esto no carecía de cierta gracia que le nacía no de la belleza sino de la sencillez. Tenía el aspecto saludable y paciente de una niñera.

Yo creí que la llegada del nuevo e inesperado personaje sería la gota destinada a derramar el vaso. Pero no fue así. No lo fue de inmediato. Federico supo asimilar su desagrado —si lo tuvo— con paciencia ejemplar. Por lo demás, la Niña Lotha puso cuanto estuvo de su parte por hacerse lo menos molesta posible. Mostróse seria y discreta. Había ido a ocupar la habitación que en otro tiempo tuvo *Frau* Berza, y, salía todos los días con el alba a recorrer el jardín, con un libro en la mano. Poco después se le reunía Jer Gunter y juntos se sentaban bajo un árbol a conversar y leer. Lo que hacían, en realidad, lo averigüé algunos días más tarde: estudiaban el idioma español. Jer Gunter

actuaba como maestro y a la vez perfeccionaba sus propios conocimientos. A la semana la Niña Lotha se atrevía a pronunciar palabras y aún a hilvanar frases en castellano.

Si yo hubiese sido menos ingenuo habría comprendido en seguida muchas cosas que me iban penetrando y aclarándoseme con lentitud, a tropezones, como pequeñas sorpresas. Bastante tardé en descubrir, por ejemplo, que las oportunidades en que la Niña Lotha se hallaba a solas con Federico, no eran obra de la casualidad puramente. Estaba bien ensayada, no solo para tales encuentros sino para hablar a su primo de ciertas cosas que debían serle gratas de don Guillermo, por ejemplo. Esta estrategia debió constituir para ella —y desde luego para su padre— un pequeño triunfo, pues a Federico parecía gustarle que le recordasen el suyo. Hablaba de él con respeto. En las conversaciones deslizaba recuerdos de la vida de Europa, de la cultura europea. A raíz de esta primera victoria presencié en el jardín, precisamente donde vi forcejeando a *Frau* Berza y Cruz María, una viva disputa entre Jer Gunter y su hija cuyo motivo no pude entender. Cruzábanse frases breves, crujientes y restallantes como en un duelo a fustazos, y en sus pupilas brincaban fulgores feroces. La Niña Lotha había perdido en aquel momento la pesada serenidad que la rodeaba de un aura de simpatía, y su rostro, sus ojos y su boca exhibían una dureza que me impresionó vivamente. Como la noche de la escena entre el Matacán y *Frau* Berza, no pude evitar que me vieran. Jer Gunter pronunció algunas palabras de prisa, evidentemente relativas a mi persona, y la Niña Lotha cortó la conversación con una sola sílaba, afilada como una pequeña hacha: “¡Ya!”. Algunas horas después quedé estupefacto al verla sentada al piano.

¡Qué audacia! Nunca hubiese creído posible semejante atentado. Frente al negro y solemne navío anclado en el mar de la sala, no se sentó, por lo menos en todo el tiempo que mi memoria abarcaba, sino una sola persona extraña a la familia: *Frau* Berza; y esto cuando iba a dar las lecciones a Federico y a su hermana Gertrudis. Al ver allí a aquella intrusa con sus grandes manos color de jamón aspadadas sobre el teclado, me sentí ardido por un fuego de rebeldía

y estuve a punto de gritarle: “¡Levántate!”. Pero no pasó de la tentación. Era demasiado imponente, después de todo, aquella mujer para que yo me atreviese a tanto.

Comenzó a tocar algo lento y confuso, pesado como sus manos. Las notas no surgían netas y transparentes, como cuando tocaban Federico o su madre. Parecían arrancadas a trompicones. Confieso que nunca, hasta entonces, llegué a pensar en el piano como en un aparato mecánico para producir música, sino como en una gran ventana cerrada que al ser abierta por doña Beatriz o su hijo, dejaba entrar en la sala armonías exquisitas, inexpresables e inimitables de un universo desconocido. Ahora, golpeado por la intrusa, no se diferenciaba de los organillos de manubrio que recorren los caminos los días de fiesta.

¿Y qué era lo que tocaba la Niña Lotha? ¡Demonio! ¡Hasta qué extremo llevaba su osadía aquel salchichón humano! Pretendía ejecutar nada menos que la *Patética*... Y, claro, la ejecutaba como dicen que se hace en la guerra con los traidores: fusilándola. No podía quedar sin castigo. Lo que yo no me atreví a hacer lo hizo Federico en persona. Cual si acudiera a apagar un incendio le vi salir de su habitación, calándose la chaqueta, y precipitarse escalera abajo:

—¡No! ¡No! ¡No, por favor...!

Habló en alemán, en castellano, no sé en cuál otro idioma, mezclando palabras, poseído por un sentimiento que yo no podría definir pero que más que cólera me pareció espanto. ¡No! ¡No! Que hiciera la Niña Lotha cuanto quisiese en la casa, en el jardín, en la hacienda entera, pero que no se acercara al piano ¡por todos los dioses del cielo!

No sé quién refirió este episodio a Laura Lamarca. Nunca semblante humano reflejó tan endiablada satisfacción. En el comedor filosofó largamente sobre las personas carentes de tacto que no saben ocupar su puesto.

—A muchas conozco así, quieren hacerse tan interesantes que no se dan cuenta cuando meten la pata. Y, ¡claro!, se llevan cada chasco...

Lo característico de las personas bien educadas — afirmaba Laura— es la discreción, el recato. Naturalmente estas virtudes no se adquieren, dando

tumbos por esos mundos como las gentes de circo, sino en el hogar y no en todo hogar sino en el hogar, cristiano, de sanas normas piadosas. A esto venía a parar casi siempre, a las normas piadosas. Ella y su hija no dejaban de ir un domingo a la misa de Goaguaza, en la calesa pequeña, y a veces a la del Puerto, en el ferrocarril. Pero, ¿quien había visto jamás a Jer Gunter ni a su hija ir a misa?

Mientras Laura Lamarca desahogaba su antipatía por el tío y la prima de Federico, estos engullían trozos de carne y de verduras con la envidiable voracidad de los pavos. También ella tragaba pero con menos precipitación, en tanto que su hija Teresa se alimentaba de migas como los pájaros.

Yo dudaba que Jer Gunter y su hija entendiesen el cacareo de Laura y captasen sus alusiones, tal era la indiferencia con que la oían hablar. Pero no tardé en salir de mi error, las miradas de la Niña Lotha eran harto elocuentes. De súbito Jer Gunter sacó la cabeza del plato, clavó en el rostro de Laura sus ojillos coagulados en los bloques de sus lentes, y trituró con sus poderosas, mandíbulas este breve insulto:

—¡Cotorra!

Laura quedó paralizada de asombro. Sin embargo fue cosa de un segundo. Luego hizo “¡Ji!” y comenzó a dar saltitos en el asiento. Parecía no hallar las palabras para responder al ultrajé. Mientras revolvía inútilmente su memoria preguntaba:

—¿Cotorra yo? ¿Cotorra yo?

Y esto colmó el vaso. La inútil pregunta de Laura Lamarca fue la última gota. Federico retiró su plato y su servilleta con gesto impaciente y se puso de pie.

—¡Basta! —dijo.

Hizo una lacónica reverencia y se dirigió a la escalera ante la estupefacción de los otros. Mas no llegó a la escalera, sino que volviendo sobre sus pasos se aproximó de nuevo a la mesa.

—Pensé escribir a cada uno de ustedes participándoles mi decisión, pero ya que estamos todos reunidos no veo la razón para que no se la diga de palabra:



no podéis continuar aquí. Veré, pues, como un favor el que os vayáis cuanto antes.

Aquella misma noche, cuando dormía dulcemente en mi cuartito de tablas, algo inusitado me despertó. No sé si fue ruido, luz o el contacto de un cuerpo extraño. Tengo el sueño tan ligero que diría que algunos de mis sentidos permanecen despiertos mientras los otros duermen. Me asomé a la ventana y vi la silueta de Eduvige entrar en la sala por la puerta del comedor. La seguí. Ella subió la escalera, silenciosa como una sombra, y cuando hubo desaparecido arriba comencé a subir también. Pero cuando llegaba al rellano, un grito breve y agudo cortó la piel del silencio. Corrí. La puerta de doña Beatriz estaba abierta y una claridad marina flotaba en la alcoba. No me detuve a reflexionar. Entré. Allí estaba Eduvige rígida, erecta, moldeada en el barro de la penumbra. doña Beatriz aparecía sentada en su lecho, recostada en un imponente montón de almohadas. Las transparentes cortinas de gasa celeste ondulaban como volutas de humo agitadas por el vientecillo que se metía por la ventana abierta.

La luna, que estaba en creciente, comenzaba a vaporizar sus venenos helados en el aire nocturno. Una bruma aljofarada desdibujaba las sombras de los árboles y las finas ramas de los rosales. Frente a la casa fosforecía la ancha franja de arena que conducía al camino y en medio de ella recortábanse las siluetas de dos caballos sobre uno de los cuales se erguía un jinete. Yo abarqué todo esto de una rápida ojeada, a través de la ventana. Vi también la figura de un hombre que corría hacia los caballos y vi a estos partir al galope una vez que aquel hombre hubo cabalgado. “Jer Gunter”, pensé. “Jer Gunter y la Niña Lotha que huyen”. Doña Beatriz estiró su brazo para señalar a los fugitivos pero no pudo articular palabra.

Mi imaginación, que funciona a veces con velocidad extraordinaria, reconstruyó la escena que había tenido lugar en la habitación de doña Beatriz. Fue

una labor de asociación vertiginosa. “Estoy rodeada de enemigos —me había dicho la dama—. Por la noche registran mi cuarto”. Y bien, Jer Gunter había hecho, por lo visto, su última requisa. ¿Qué había hallado?

En aquel momento entró Federico terminando de ajustarse el cordón de la bata. Su madre le miró con ojos agrandados por el terror. Yo aproveché este momento para inventariar los objetos que llenaban la habitación. A cada lado de la ancha cama había una mesita y en cada una de estas mesitas una lámpara de gas con un gran globo de cristal coloreado. La cama tenía un dosel del que pendía un amplio tul para defenderse de los mosquitos; pero el tul estaba entonces recogido a uno de los costados. Adosados a la pared, a ambos lados de la ventana, se destacaban las siluetas oscuras de dos grandes escaparates con lunas biseladas en las puertas. En la pared frontera al lecho la penumbra corroía los contornos de una toaleta provista también de un enorme espejo. Frente a la toaleta había un sillón acolchado y forrado en raso celeste. Finalmente, en la otra pared, muy cerca de la puerta de entrada, resaltaba una gran cómoda con muchas gavetas. Todos estos muebles eran azules y brillaban sordamente en la pastosa atmósfera de la alcoba.

Yo esperé ver a Federico precipitarse hacía su madre y tomarla en sus brazos, pero lejos de esto se detuvo junto a la cama y se limitó a preguntar:

—¿Qué ha pasado?

Para mí fue aquél un inacabable momento de angustia y de decepción. La angustia me la causaba el aspecto de doña Beatriz, su redonda mirada de miedo y su imposibilidad de hablar o de llorar; la decepción me venía de Federico.

—¿Qué ha pasado? —repitió éste sin cambiar de actitud.

Sonó entonces la voz sin relieve, penumbrosa y lunar de Eduvige:

—Jer Gunter ha entrado aquí y se ha ido por la ventana.

—¡Quiso ahorcarme! —pudo decir por fin doña Beatriz.

—¡Ahorcarte! ¿Por qué?

—No lo sé... No es la primera vez que entra aquí y registra las cosas.

—¿Registró algo esta noche?

—Sí, el esca...

El filo de un seco pavor le cortó la palabra pero su brazo tendido la completó. Federico dio vuelta al lecho para aproximarse a uno de los grandes escaparates, pero un grito de su madre, roto y desesperado, le contuvo:

—¡No!

Quedó rígido mientras la sombra flotante de Eduvige se movía hacia el mismo mueble y su mano invisible daba vuelta a la llave. Luego marchó hacia la puerta pero al pasar junto a Federico este la detuvo:

—¡Dame esa Llave!

Ella se la dio en silencio.

—No —gritó de nuevo su madre—. ¡No lo abras!

Él no le hizo caso. Al abrir la puerta del mueble, en la negrura de su cavidad albeó una forma redonda y marfilina. ¡La calavera! La reconocí en el acto. Una vez más mi formidable memoria funcionó con la celeridad del relámpago. Me vi niño en la biblioteca, al lado de Federico, construyendo sobre la angustia y la humillación de *Frau Berza* un pequeño monumento a nuestra crueldad. Él había tomado en sus manos la pala de plata y se miraba en ella como en un espejo. Yo examinaba la carretilla y luego preguntaba intrigado dónde podría estar la calavera de negro de que nos hablara don Guillermo en el comedor. ¿Era, acaso, la misma que tenía ahora en sus manos el hijo de doña Beatriz?

Esta se había incorporado detrás de Federico y le miraba con terrible dureza. En algún lugar, en alguna época, había visto yo una figura semejante a la de doña Beatriz; los mismos pliegues marmóreos de la túnica, idéntica vertiente como de leche cuajada sirviéndole de peana a los pies, la misma mano pulida y sin sombras en trance de señalar el camino de la eternidad... ¿Dónde fue que la vi? Ah, sí, en el cementerio del Puerto, sobre la nimba de alguna madre difunta, el día que enterramos a don Guillermo. Cuando su hijo volvió a colocar el pelado cráneo en el escaparate, habló ella con una voz que era un cuchillo de hielo:

—Si tocas algo más ahí adentro, me mato aquí, en tu presencia.

Federico, completamente solo ahora, se asfixiaba en su soledad como en una charca. ¡El pantano! También hay un pantano blanco o de los blancos. En el mío, formado por una acumulación informe y viscosa de terrores supersticiosos, la única esperanza de salvación era una figurita blanca que me evocaba el recuerdo de un niño amigo. No sabía entonces si en el pantano de Federico se perfilaba alguna figura semejante. Comprendí que se hallaba al borde de una crisis. Con frecuencia se sentaba al piano y tocaba la misma música que oyera a su madre; música intensa, apasionada, llena de resonancias que al principio me hicieron daño. Sus manos corrían sobre el teclado como dos transparentes arañas y a su contacto surgían oleadas sonoras. La belleza de esta música era en aquellos días ininteligible para mi mente, dolorosa para mi espíritu.

Nada había de común entre sus armonías y nuestros ritmos roncós y truncos surgidos de la matriz de la tierra. Aquellas melodías que se adelgazaban hasta diluirse como hilillos de agua bajo las hojas, aquellos matices leves como la brisa que no alcanza a mover la hierba, penetraban dentro de mí perforando carnes y huesos cual si quisieran desarraigarme de un mundo subterráneo en el que hubiese vivido por miles de años. Pero lo que más tormento me producía eran los bruscos transportes, la tremenda movilidad, los sonoros acordes que de repente brotaban de la caja negra estremeciendo la casa y difundiéndose por los campos.

Más de una vez estuve tentado de gritar a Federico que se detuviera, pero pude sobreponerme apretando mis labios con los dedos crispados. Sería absurdo. ¿Quién era yo para pedirle que rompiera la atmósfera con la que rodeaba y protegía su desesperación? Aquél era su mundo y si yo quería atraerle al mío, era menester que conociese antes el suyo, que lo conquistase a costa de mi martirio, con la misma heroica cobardía con que mis antepasados conquistaron la tierra y la sangre de un mundo ajeno cuando llegaron huyendo a Cumboto. Y triunfé al fin. Triunfé. Con orgullo puedo decirlo ahora. Poco a poco el espíritu se fue habituando, comprendiendo. Cuando Federico y yo

volvimos a cruzar palabras, ya me hallaba convaleciente de una herida mortal de la que no llegó él a enterarse.

Una noche en que se hallaba ante el piano y acerté a pasar a su lado para encender las luces, alargó su brazo y me detuvo. Con el mío siempre asido me condujo hasta la ventana que daba al jardín. Galopaba en el campo un viento saltón que hacía danzar las palmas, y a lo lejos, entre los troncos de los cocoteros, alzaban sus lenguas rojas las hogueras encendidas para espantar los lémures y las alimañas del monte. Resonaba una voz lejana que lo mismo podía ser la de un hombre herido que la de un grifo abierto.

—Natividad —me dijo Federico—, estoy solo y desorientado. No sé si debo quedarme o marcharme. Tú eres para mí algo más que un amigo: juntos nacimos y juntos nos levantamos aquí, en Cumboto. Si pudiera pensarse en un espíritu de hombre formado por dos naturalezas distintas, yo diría que tú y yo formamos ese espíritu. Tú eres como parte pura de la tierra; yo debiera ser su inteligencia. Pero ¿lo soy? ¿Pertenezco acaso a esta tierra? No te imaginas cuánto me ha hecho sufrir esta idea en los últimos días. No quiero ser odiado, pero no sé hacerme amar. Dime: ¿qué debo hacer?

Lo miré estupefacto. Era el pantano. Me lo mostraba el mismo describiendo un inesperado ademán las herméticas cortinas de su corazón. Era el pantano blanco y en medio de él, luchando contra las oleadas viscosas una insignificante figurita negra. En medio de mi incertidumbre y confusión solo se me ocurrió pronunciar una palabra a la que yo mismo no sabía qué sentido atribuirle;

—Camina.



## V

### LA SOMBRA

Insisto en que no sabía lo que quise decir a Federico aquella noche. Lo cierto es que desde entonces él se dedicó a caminar. Recorrió la plantación en todas direcciones, se internó en las tierras boscosas; —como lo hiciera antes Jer Gunter y cuando ya no tuvo nada que conocer allí, alargó sus andanzas por los polvorientos caminos de la comarca. A mí se me hubiese podido llamar entonces la sombra. Me sentía responsable de este frenesí ambulatorio que había poseído de pronto a Federico, y de consiguiente me creí en el deber de compartir con él todas sus peripecias. Caminaba, caminaba sin tregua de mañana y por la tarde, como un sonámbulo. Toda la historia geográfica del ámbito de Cumboto se desarrolló bajo nuestros pies como un gran ovillo mágico.

Después de considerarlo como un absurdo, acabé por tomar en serio un pensamiento que se me ocurrió la primera vez que acompañé al joven amo en estas excursiones: ser su segunda conciencia. Mirándole avanzar con la chaqueta al brazo y casi disuelto entre las nubes de polvo que levantaban sus pies, me afirmaba en la idea de que era esto lo que faltaba al hijo de don Guillermo para penetrar en la entraña viviente de este universo: una segunda conciencia, una conciencia negra. He aquí mi papel. Al verle marchar y cruzar los poblachos y paraderos sin detenerse, al mirarle pasar frente a las cruces que bordean los caminos sin descubrirse, me convencía más y más de que mientras le faltase

esta nueva sensibilidad no podría comprender lo que veía y mucho menos hacerse amar de los seres con los que se encontraba. En aquellas horas de fatiga y de sudor creo que se desarrollaron en mí desconocidos poderes espirituales, una fuerza misteriosa que empleaba inconscientemente para orientar sus pasos. Esta revelación la tuve entonces más de una vez, en trances al parecer insignificantes pero de una desconcertante elocuencia “Cruza hacia la derecha”, le aconsejaba mentalmente. Y él cruzaba con una docilidad de sonámbulo. “Párate en esa pulpería y pide un vaso de agua”, y él se paraba y tomaba el agua. “Entra en la iglesia”, y él entraba en la iglesia.

Sin embargo, lejos de producirme satisfacción la evidencia de este pequeño dominio, mi espíritu se fue llenando de dudas que flotaban y se retorcían como un poco de humo dentro de una botella. Me preguntaba si esa sensibilidad de la tierra que quería sembrar en el alma de Federico no la estaría perdiendo yo mismo automáticamente. No estaba seguro de poder convivir con él en el mismo universo, por grande que llegase a ser mi sabiduría. No me refería al círculo de los prejuicios sino a la sensibilidad misma. En una palabra, ¿podría llegar a pensar y sentir como Federico?

En estas caminatas llevaba siempre en mi mano la vieja pepa de zamuro que me regalara Prudencio en los tiempos en que nos reuníamos a oír las fábulas de ‘Venancio el Pajarero. Ella me protegería de todo peligro, tanto de los humanos como de los divinos, de las asechanzas de los vivos y de los difuntos. No era este el único resabio que perduraba en mí a pesar de mi tendencia al análisis y al raciocinio. No podía evitarlo. Aún hoy no puedo evitarlo.

Desde un principio Goiguaza ejerció en Federico una rara fascinación. Esto lo recuerdo como si fuese cosa de hoy y la visión de la aldea, con sus casitas de barro y sus altos bucares incendiados de flores, vuelve a mi corazón en medio de una profunda ternura. Goiguaza es un pueblo de hombres fornidos y de mujeres finas. Particularmente en las visitas que solíamos hacer a la pequeña



iglesia, pude descubrir aspectos del amo que él mismo ignoraba. Federico parecía preferir la soledad para estas visitas y yo, comprendiéndolo así procuraba disimular mi presencia. Como en todos los pueblos de origen español, el rústico templo se alza frente a un pequeño parque arbolado, fresco y discreto. Apenas si se veían en él un trío de mozos morenos que jugaban perezosamente a las bolas. En una vieja construcción de tapia real, chata, cuadrada y reforzada, con robustos contrafuertes de cal y canto, la piedad de los viejos pobladores logró reunir lo indispensable para que el culto conservase su fisonomía católica. La pila bautismal, cercana a la puerta principal, estaba toscamente labrada en una piedra berroqueña, verdosa y granujienta, que ostentaba leyendas hechas al parecer con la punta de un clavo. En su mayor parte resultaban ininteligibles estas leyendas, pero algunas podían descifrarse. “15 de diciembre de 1734 —deletré en una de ellas—. El día de San Marcos de los Reyes”. Y en otra: “Gaspar de los Reyes”. ¿Quién fue Gaspar de los Reyes? Nadie me lo dijo pero quedé convencido de que fueron sus manos las que labraron aquella piedra. Debió ser un negro grande, alto, árbol de largos y fuertes brazos, con roscas brillante en el cuello y abombados pechos como de mujer que no ha parido. Por la sola fuerza de sus brazos debió sacar él la pesada guaratara del río y después de burilarla con la punta de uno de aquellos enormes clavos de hierro con los que se clavaban los porrones de antaño, la colocó en la iglesia para que se bautizaran en ella todos los niños—negros, blancos y mulatos— del pueblo.

Bajo la ruinoso techumbre de cañas el altar mayor ostentaba una antigua imagen policromada de San Miguel alanceando al dragón. En las paredes laterales había cuatro retabillos fabricados con pobres tablas pintadas y, entronizadas en ellos, distintas imágenes. Una representaba un Jesús crucificado, chorreando negra sangre empolvada; otra a la Dolorosa con su manto de terciopelo negro constelado de estrellas y flores de plata y coronada por una diadema lunar también de plata; la tercera a un santo para mí desconocido y la cuarta a San Juan, el San Juan de la devoción de los negros, brujo y parrandero, cubierto con una capa de bayeta roja y tocado con un sombrero de paja.

Federico parecía no cansarse de mirar estas cosas y de tocar con sus, dedos los burdos escaños carcomidos, el desvencijado pulpito adosado a un horcón y la áspera piedra del baptisterio. Extasiábase en la contemplación de una serie de antiguas litografías que reproducían los pasos de la Pasión del Señor y que explicaban las peripecias de esta en tres distintos idiomas: inglés, francés y español.

Uno de aquellos días —domingo por la mañana— un sacerdote venido del puerto celebraba la misa. El cura era un aragonés alto y rojo con aspecto de matarife, y su tonsura apenas se adivinaba, casi borrada, entre los borrascosos cabellos negros. Gentes del pueblo, en su mayoría mujeres, llenaban la pequeña iglesia. Los hombres se quedaban afuera, remolineando en el terraplén, disparando cohetes y dirigiéndose a cada instante a beber vasitos de ron en la pulpería de la esquina. Mientras desarrollábase el simbólico sacrificio, ellos hablaban de sus menudos problemas, de las cosechas, los gallos y las mujeres. Estas se ocupaban de las cosas divinas, ellos de las humanas. Yo les miraba —a unos y otras— desde la puerta, muy próximo a la piedra que labró Gaspar de los Reyes. Allí en su escaño particular, frente a sus reclinatorios particulares estaban las señoras de Las Tres Cruces —la madre y sus dos hijas— venidas en su ligero quitrín tirado por una yegua alazana. La madre era casi valetudinaria pues una antigua necrosis, de la pierna derecha la obligaba a apoyarse en un grueso bastón. Pero esta invalidez en vez de restarle energías, parecía duplicárselas. Yo había oído su historia: desde la lejana muerte de su marido, un pobre diablo que bebía mucho ron, asumió ella el manejo de su finca y desplegó el carácter de un jefe. Poseía unas cejas espesas y un bigote entrecano que daban a su rostro la fiereza de un gavilán. Con su pierna tiesa montaba a caballo y se movía todo el día en la finca dando sus órdenes. Sus hijas, en cambio, eran frágiles y dulces como dos lirios que se marchitaran junto a un hornillo.

Todo esto me emocionaba y calmaba. Era como un anestésico. En medio del resplandor de las encaladas paredes y del rojo predominante en las-vestes de las imágenes, la capa verde del sacerdote ponía un vivo pero apacible

contraste, una nota de gozosa emoción vegetal. Desde mi observatorio mis ojos distinguían los estragos que la polilla había hecho en la anciana capa. Cuando el oficiante se inclinaba a besar el ara, su blanca túnica se alzaba por detrás y ponía al descubierto los grandes botines negros y un trozo de la pierna carnosa y rosada. Sobre su cabeza destacábase aguda, como una pequeña lanza, la llamita de uno de los cirios del altar. Todas las llamitas brillaban como puntos de oro y en ocasiones se agrandaban hasta parecer flores.

Hubo un momento en el que todos los feligreses se arrodillaron movidos por la campanilla que agitaba el monago. Hasta los pocos hombres que estaban en el recinto lo hicieron. Yo hubiese querido arrodillarme también pero advertí que Federico permanecía de pie y un vendaval de dudas azotó mi espíritu. Me pareció un signo de superioridad quedar erecto en medio de tantos cuerpos humillados. Sin embargo, yo me sentí más humillado que todos, pues tenía conciencia de mi insinceridad. Cerca de mí ocurrían pequeñas cosas en las que trataban de detenerse mis ojos náufragos. Había una infeliz contrahecha, un congorocho humano que se arrastraba por el pavimento buscando acomodo. Algunos labios se movían febrilmente y algunos ojos estaban entrecerrados, en éxtasis. De las dos hijas de la coja de Las Tres Cruces, una —al parecer la mayor— sobresalía en lo alto de su reclinatorio y me permitía detallar su cabeza, su piel pálida, sus negros cabellos y su alto y delgado cuello. Había en su persona una gravedad serena que intimidaba. No era ya una chiquilla. A pesar de su delgadez, sus caderas eran amplias y fuertes.

Cuando el acólito salió a recoger los óbolos yo pensé para sosegarme: “He aquí un muchacho que hace honor a la raza: es negro pero bello; posee un delicado perfil y unos ojos de blanco. Además debe ser inteligente por la gravedad con que se desenvuelve. ¿Cuánto se cogerá antes de entregar el cepillo al cura?”. Pero en realidad no me sosegaba. Ya los feligreses habían vuelto a sus asientos y yo continuaba pensando en aquello. Saqué del bolsillo una locha y la mantuve apuñada en mi mano mientras esperaba a que el monaguillo estirase el cepillo hacia mí. La moneda se puso tibia y mi mano comenzó a

sudar. ¿Iría mi locha a parar al bolsillo de aquel negrito ladino? El óbolo es un tributo simbólico que la materia rinde al espíritu. Pero a lo mejor resulta al revés. ¿Qué pensaría Federico de todo esto? En aquel momento el monaguillo se le acercaba cepillo en mano, pero Federico pareció no advertirlo. Durante algunos segundos permanecieron así y al fin el negrito se alejó decepcionado. Yo continuaba con mi locha apuñada, correosa. El acólito echó una rápida ojeada hacia el lugar donde me hallaba y no se dignó aproximarse.

Antes de finalizar la misa, el sacerdote se volvió de frente a los feligreses y comenzó a platicar. Hizo la crónica de la parroquia. Estaba muy afligido por la tibieza que mostraban los fieles. Antiguamente enviaban al párroco constantes pruebas de su piedad: gallinas, verduras, frutas; ahora apenas venían a la misa. Los niños no asistían al catecismo, los hombres y las mujeres vivían como bestias, condenando sus almas en la mancebía. Nadie comulgaba. ¿Y los cristianos pudientes qué hacían? Más de diez años llevaba de iniciada una colecta para comprar un órgano para la iglesia y todavía no se había completado la suma.

Esta fue la impresión que recibí aquel domingo al acercarme a la Casa de Dios: una impresión confusa, caótica y contradictoria, acribillada de interrogantes. Cuando salía vi paseándose frente al templo a un caballero cincuentón cuya elegancia me llenó de curiosidad. Era un tipo extraño en verdad, inadecuado al escenario donde se movía. Era un mulato. Lo que más me intrigó en él fue su sobriedad. Vestía de gris y llevaba el sombrero de fieltro en la mano. Por largos días la figura de aquel desconocido ocupó lugar en mi memoria y pensé en él como en un posible modelo para un modo digno de comportarse, esto es, de vestir y de pasearse por el parque de una aldea negroide un domingo a la hora de la misa. Necesariamente aquel personaje, a quien nunca antes vi y a quien tal vez no volvería a ver, procedía de la ciudad, porque solo en la ciudad se forman estos modales, esta desenvoltura, esta manera de aislarse en medio de las gentes y de resistir con indiferencia, cual se resiste al sol o a la brisa, la curiosidad ajena. Poco a poco su figura fue desapareciendo

en las perspectivas de mi existencia desvanecida por las brumas de las nuevas emociones. Una de estas me la produjo otro encuentro inesperado. Venía yo por uno de los caminos transversales que unen el de Paso Real con el de Goai-guaza, cuando vi avanzar la figura de una mujer andrajosa, de andar lento y vacilante. Al cruzarse conmigo la reconocí y quedé atontado por la sorpresa. Era Pastora, la misma que años atrás resistía, inerte, las embestidas sexuales de los muchachos de Cumboto. Nada había cambiado en ella, ni su cara, ni su cuerpo ni su pringosa bata color de sangre seca. Inmutable e indiferente pasó a mi lado sin volverse a mirarme, con las hermosas pupilas negras sombreadas por sus largas pestañas, fijas en el vacío. Su mirada me hizo estremecer. La vida no había desaparecido de ella, estaba como paralizada, tenía algo de momia, pero de momia viva, joven, inmortal.

Los caminos de Cumboto están llenos de revelaciones como esta, de extraños seres irrealizados, provisionales, esquemas humanos en cuya formación se hubiese detenido la mano de Dios indecisa. Nos cruzábamos con ellos a todas horas y les mirábamos en silencio. Algunos iban a pie, otros en burro o conduciendo sus primitivos vehículos de trabajo: pesados carros tirados por bueyes o traqueteantes carretas arrastradas por mulas nerviosas. Federico caminaba delante de mí con su paso elástico y yo sentía cómo la revelación iba penetrando en él. No sé si a otros les habrá ocurrido alguna vez lo que entonces me ocurrió a mí: era como si la sensibilidad de aquel moz atormentado e infatigable se hubiese trasladado, en parte, a mi espíritu, a mis nervios, a mis poros. Yo sentía —esta es la palabra más adecuada que hallo para expresar mis emociones de entonces—, yo sentía cómo su mente y su corazón se iban abriendo muy poco a poco, casi con dolor, pero al mismo tiempo con placer (como imagino que sentirán las vírgenes la iniciación del amor) a la viril penetración del mundo que nos rodeaba. El paisaje y los seres que lo habitaban se aproximaban, se agrandaban, abrían los brazos en un gran gesto nupcial e invitaban a juntarse a ellos, en una cópula incomparable, el mundo de Federico.

Y yo le seguía como una sombra.



## VI JUNIO

**J**unio volvía, cálido y luminoso. El tambor anunciaba el regreso de San Juan por los caminos de la floresta. Volvían las hogueras con sus largos brazos frenéticos a danzar su roja danza en los claros de la arboleda, y nosotros, deseosos de penetrar su misterio, salíamos ahora también por la noche.

Estas noches de luna y de cantos selváticos me traían nuevas inquietudes, me recordaba aquella en que la choza de Cervelión se convirtió en capilla de una tenebrosa ceremonia de hechicería. Yo no estaba seguro del todo de mí inocencia en la conspiración de los poderes ocultos. Quizás hubiese debido hablar de ello a Federico y revelarle el secreto de Cervelión, mas no lo hice a causa de mis dudas y cada día que pasaba se me hacía más remota la posibilidad de abordar esta confidencia.

En Goaguaza la iglesia permanecía abierta durante estas noches como una antena celeste erigida para polarizar y encauzar el salvaje fervor de los pueblos. Quienes no conocen lo que esto significa suponen que el desenfreno de la selva, los bárbaros transportes que en ocasiones adquieren la forma morbosa de la epilepsia, son expresiones de una gran alegría. En realidad es el desbordamiento de una angustia racial que busca inconscientemente su redención. La voz de los hombres y las mujeres es la voz de la tierra. La danza recuerda a veces el temblor de los árboles azotados por la tormenta. Las pequeñas imágenes de

San Juan, talladas en toscos troncos del bosque y cubiertas con los ridículos trajes de la ciudad, no son sino fetiches estilizados que los negros aceptan en una como tácita transacción. En junio estas imágenes se escapan de las capillas aldeanas y vuelven al bosque donde recobran, durante un mes, su diabólico primitivismo.

Nosotros pudimos ver la de la iglesia de Goaguaza precisamente en medio del parque arbolado. Alrededor del terraplén ardían varias hogueras y en el centro se alzaba la imagen sobre su pequeña tarima. Con su capa color de sangre y su sombrero de paja agobiado de cintas de todos colores, centelleaba. En torno a la tarima una abigarrada muchedumbre de negros —de todas edades y cataduras— se movían desenfrenadamente cual si todos ellos hirviesen al calor de las llamas de las hogueras. Tres tambores reposaban en tierra, de distintos tamaños y formas, fabricados de gruesos troncos, pero algunos de los hombres portaban otros más chicos colgando al costado. Federico miraba atónito. De pronto unos negros fornidos cabalgaron sobre los grandes tambores y comenzaron a golpear con sus palmas los tensos forros de cuero. Un grito de mujer se elevó hacia el cielo y otros gritos le respondieron. ¿Qué decían? No lo entendí. Me hallaba como en un sueño. La palabra, pensé entonces, es el más humillante instrumento de servidumbre pues gravita sobre el espíritu. El alarido es la expresión de la libertad. Aquellos negros eran casi libres porque gritaban.

Por un rato largo se prolongó el mismo torneo desgarrador, con la intervención de mujeres y hombres, y luego, como tronchada por un filo invisible, la flor de la voz cayó sin vida a los pies del santo. Solo persistió el pujido profundo de los grandes tambores y el sonoro repique de los palitos que alguien batía sobre el tronco más grande. Uno de estos tambores se llama pujao y su resonancia es sorda y profunda, penetrante e intensa como la voz de una piedra que taladrarse la tierra hasta el fondo. Era esta resonancia la que yo prefería oír, abstrayéndome voluntariamente de las demás. La voz del pujao repetía: Cumboto...Cumboto.



Pero también el bronco concierto había de terminar para permitir la interacción de los pequeños tambores portátiles. El canto de estos es fino, ágil, petulante. Junto con ellos salta el cantar humano en un juego faunescos. Es el momento en que toca también hablar a los cuerpos. Apenas iniciada la nueva fase de la frenética ceremonia, vimos avanzar hacia, el centro del terraplén la figura de una mujer, ondulante y morena como una culebra. Llevaba la cabellera encrespada y sobre ella un ramillete de flores del campo.

Su rostro fino, en el que ardían las brasas de las pupilas, brillaba como la plata oxidada, y en sus labios carnosos, entreabiertos y húmedos, vibraba la pasión de la tierra. Primeramente se puso en jarras con un aire de desafío, luego su busto se echó hacia atrás destacando el suave relieve del vientre y la llama vertiente del sexo entre, las nerviosas columnas de las piernas. Toda ella gemía como la cuerda de una guitarra. En el mismo momento saltó al terraplén un mulato juvenil cuya presencia imprimió al drama de la danza toda su fuerza primitiva y elemental. El recién llegado desempeñaba con rapidez y soltura su papel de conquistador, como el gallo que rodea a la gallina arrastrándole el ala. Pero en este caso la hembra se mostraba más ágil, más grácil y dominadora que de macho y este quedó pronto vencido por la destreza de aquella. Podía pues, elegir otro compañero, esto es, un amo digno de su belleza. Segura de sí describió una amplia curva que tenía la limpieza de un vuelo y otro mulato vino a su encuentro, en la diestra el encintado sombrero de paja, en la siniestra un garrote de vera. En ese momento reconocí a la mujer. ¡Pascua!..

Era ella, en efecto. La nieta de la Abuela Anita, la compañera de nuestra infancia. La reconocí a pesar de la transformación de los años. Al volverme a mirar a Federico le vi fascinado, sangrante el rostro por las heridas que abrían en él los filos de las hogueras.

No recuerdo qué ocurrió inmediatamente después. Solo sé que aquella danza urdida entre los efluvios elementales de la floresta, anunció una modificación

en el rumbo de nuestras vidas. Nuestros paseos tenían ahora una dirección, ya no se efectuaban al azar. Y yo seguía a Federico con más ahínco que antes, aunque turbado por ciertos caprichoso escrúpulos que no conocí hasta entonces.

Es sorprendente cómo puede variar la fisonomía de un hombre de un día para otro, aun de un minuto a otro. Federico había perdido de improviso el aire ausente y árido que trajera de Europa y sus actos comenzaron a caracterizarse por uno como asombrado atolondramiento. Sus ojos se iluminaron, su boca aprendió a hablar y, lo que es más extraordinario, a sonreír. Ahora hallaba gusto en comentar los acontecimientos que le iban saliendo al encuentro, lo que hacía con la persona que tenía más a mano, esto es, conmigo. Esto —debo advertirlo— no lo haría sino mientras estábamos en la casa, nunca cuando íbamos de camino.

Unas veces en la mesa, en tanto que yo le servía el agua o retiraba los platos, otras junto al piano, mientras que él tocaba alguna música amable y ligera, me retenía unos instantes y me hablaba de la hacienda, del aceite, de las vacas, de las gentes que hallábamos en los caminos. La finca —es la verdad— había desmejorado mucho por falta de cuidado —don Serafín se estaba poniendo viejo—, pero él se sentía con entusiasmo para llevarla de nuevo a su antiguo esplendor. Hubo ciertamente un momento en el que se sintió inclinado a venderla para marcharse a Europa, pero fue cosa de un momento. Ya no pensaba en ello.

—No puedes imaginar —me confió en un repentino transporte— lo que es la vida de Europa: hay belleza, cultura, alegría y facilidad para todo. Para quien como se hizo hombre en aquel ambiente, resultaba muy duro volver aquí. Mi hermana, por ejemplo, no volverá. Pero yo he vuelto...

Algo debió maltratarle al hacer esta evocación pues la cortó bruscamente. La herida, por suerte, fue leve. Rápida la convalecencia. Por momentos me parecía verle de nuevo niño en la época de nuestras escapatorias y vagabundeos. No me habló del verdadero motivo que le llevaba a Goiguaza todas las tardes —y a Díaz por las mañanas— pero yo lo conocía bien. En ocasiones, como

el camino es largo, hacía enganchar la pequeña calesa y yo tenía entonces que sacar una de las mulas para seguirle.

La primera vez que le vi hablar a Pascua fue un domingo después de las fiestas. Mucho debió luchar consigo mismo para decidirse. Timidez o prejuicio, algo le detenía a distancia, consumiéndole en aquel fuego que yo veía crecer por momentos. Con frecuencia la hallábamos en el parque, frente a la iglesia, paseándose con otras muchachas del pueblo y alborotando la tarde con su charloteo y sus risas. Era ella la que más alto reía. Debió descubrir el interés que había despertado en Federico —las mujeres poseen un sexto sentido que podría llamarse de la intuición sexual— a juzgar por la conducta que observaba en su presencia. Esto no podía escapar a mi observación. Incluso creo que nos reconoció desde el primer momento. En cuanto nos veía llegar sus risotadas adquirían matices y serpenteos provocadores; su palabra brincaba voluble, acariciadora como el canto de la paraulata. Algo de paraulata, morena y nerviosa, había en ella cuando hablaba o reía. Algo de culebra cuando bailaba. Su presencia se confundía en mi imaginación hasta regresar al remoto enigma de las primeras metamorfosis zoológicas: la veía entre el pájaro y el reptil, entre la Coronela que volaba a posarse en el hombro de Venancio, y la cascabel que murió asfixiada por el lazo de Jer Gunter.

Federico se detenía frente a la iglesia, entraba en esta, volvía a salir y fingía contemplar el agua que corre en una acequia próxima. Cuando suponía que no le miraban, alzaba sus ojos y los lanzaba hacia ella, golosos. Yo por mi parte hacía lo mismo. La miraba y sentía correr por mis venas la marejada del deseo. En su delgadez había turgencias turbadoras, sus caderas eran firmes y enjutas como las de las yeguas finas; sus piernas largas, atléticas. En lo alto del pecho los senos menudos levantaban la ligera tela del corpiño y transparentaban su morenez. Debía oler a pimienta molida y a limón.

Aquella mañana dominical ella y sus amigas enfilaron el camino del río y Federico se puso a seguir las a distancia. Mientras ellas descendían por el ribazo que cae a la orilla de la corriente, bajo un gran bambú semejante al de

Cumboto, él se detuvo en el camino y fingió examinar, con la circunspección de un botánico, los altos árboles de fruta-de-pan que pueblan aquel paraje. A prudente distancia yo traspuse la palizada y me puse a espiarles entre las malezas. Las mujeres gorjeaban, daban bromas a Pascua, se burlaban del musiuuto chiflado que no se decidía a aproximarsele. ¡El pobre! Miren que venir de tan lejos a enamorarse de una mujer como aquélla, comprometida, por añadidura, con un mulato tan alevoso como José del Carmen.

No sé si Federico oyó esta conversación desde el camino. Yo no perdí una sílaba de ella y el corazón se me puso pequeño cuando oí mencionar a aquel terrible José del Carmen. El espionaje tiene sus privilegios. Bajo la apretada cepa del bambú pude ver a mis anchas a las bañistas en el momento de desnudarse. En realidad no se desnudaron del todo: quedaron cubiertas con esa prenda interior, olorosa a intimidad, que las gentes del pueblo llaman túnico y cuya delgadez transparente los más tentadores relieves. El túnico es el traje de baño de las aldeanas venezolanas. Al entrar en la corriente la tela flota por un momento y se abomba como un gran nenúfar en la superficie. Luego se pega al cuerpo y lo esculpe.

Agazapado en mi observatorio, con los ojos tensos y las narices estremecidas, de nuevo tuve ante mí la serpentina escultura de Pascua. Su morenez de plata oxidada oscurecía ligeramente la tela pegada a sus carnes. Sus senos menudos se alzaban desafiantes y, debajo de un puñado de plieguecillos, la negra pelambre del sexo se levantaban formando arabescos con los hilillos de agua que bajaban desde el ombligo. Era la culebra transfigurada, con brazos y piernas y palabras y risas.

Fue un baño largo, bullicioso, agotador. Las oscuras bacantes hundían sus cuerpos en el agua del pozo batiéndola con las palmas para levantar surtidores de chispas; nadaban, corrían, se zambullían. Fatigadas al fin, salieron y se vistieron con gozosa pereza. Mientras se metían por la cabeza las ropas secas, los túnicos empapados rodaban a sus pies y caían como la piel inútil de las serpientes. Sin apresuramientos, displicentes ahora, volvían al camino,

ensombrecidas por una dulce melancolía. Algunas prendían florecillas en sus cabellos mojados.

En el camino permanecía Federico impertérrito. Yo no pude evitar una sonrisa al verle acercarse y sacarse el sombrero para saludarlas. Las mujeres se mostraron turbadas. Entonces, poseído de una inesperada osadía, avanzó hacia ellas y se puso a caminar al lado de Pascua. No sé qué le dijo ni qué le respondió esta. Hablaron. Él golpeaba la tierra con una delgada caña de bambú que había cortado con su navaja.

A la mañana siguiente me habló con alegría.

—Vas a venir conmigo esta tarde, quiero presentarte a una antigua amiga.

Me limité a mover la cabeza para no delatar mi emoción. Volvería a ver a Pascua de cerca, hablaría con ella. Esta idea me mantuvo agitado por todo el día y cuando llegó la hora de partir mi corazón latió brutalmente. Esa tarde viajamos juntos en la calesita. Llegamos al pueblo, cruzamos la plaza, nos internamos por un camino para mi desconocido y nos detuvimos frente a una casita plantada debajo de un grupo de gigantescos bucares. El escenario recordaba a Cumboto. Federico tocó la puerta y la propia Pascua vino corriendo a abrirla. Estaba descalza.

—Este es Natividad —le dijo Federico sonriendo—, ¿Te acuerdas?

Pero ella no recordaba. Fingía no recordar.

—No puedo creerlo —la reprochó él, irónico—; déjate de bromas y dale la mano.

—Sí, hombre, ¡qué tontería! Claro que lo recuerdo.

Pero no me dio la mano.

Mi alegría se había derrumbado en una silenciosa catástrofe. Siempre me trató ella con la misma hostilidad. ¿Por qué? Yo me obstinaba en ignorarlo; renunciaba a indagar sus oscuras causas. Me habría sentido feliz si alguien me hubiese dicho, por ejemplo: “No te quiere porque una vez, precisamente el día que la conociste llamaste a la Abuela ‘la vieja Ana’. Pero nadie podía decirme tal cosa por la simple razón de que no era por esto que Pascua me desdeñaba.

Sin pronunciar palabra entré en la salita detrás de ellos. Allí Federico se volvió hacia mí con una benevolencia que me dejó sorprendido.

—Prepárate ahora para otra sorpresa. Ven.

¡Qué feliz parecía! La dicha iluminaba sus palabras y sus silencios. Pascua, a su lado, se deslizaba sobre sus pies desnudos, delgados y ágiles como dos reptiles.

Pasamos de la salita a un corredor estrecho, con piso de tierra, y de aquí a la cocina. En la cocina estaba ella, la Abuela, hundida en su viejo mecedor, cubierta con su pañuelo de colorines y su enorme sombrero de alas lustrosas. Era maravilloso. Más de un siglo gravitaba aquella figura encorvada, de carnes marchitas y negras, impotente para destruir su férrea vitalidad. Toda la amargura que un momento antes me arrugó el corazón desapareció como un montoncito de polvo bajo el amable soplo de aquella presencia.

—Tú eres Natividad... Sí, yo sabía que algún día iba a volver a verte.

—¿Lo sabías, Abuela?

—Estaba segura. Nosotros, los viejos, sabemos muchas cosas que lo jóvenes no comprenden. Yo sabía que tú no me habías olvidado.

Arrastré una silla y tomé asiento a su lado. Como la tarde de su partida de Cumboto, su mano se movía titubeando, igual que un animal ciego, y buscaba mi cuerpo. Torpe, angustiada, lenta, se alzó hasta mi pecho, pero no pudo pasar de allí. Tuve que ayudarla a llegar a mi rostro. Ya sus dedos carecían de flexibilidad y en conjunto parecía una raíz carbonizada. Toda ella era un brote geológico, una afirmación del poder de la tierra.

La abrumé a preguntas. ¿Y el baúl? ¿Y los *calás*? ¿Y los cuentos de aparecidos? Pero ella movía la cabeza imposibilitada para mirarme. Hacía mucho tiempo que no cocinaba ni contaba cuentos. ¿A quién había de contárselos? Ernesto había muerto en una reyerta. Prudencio se había marchado también, igual que su hijo Fernando, a buscar fortuna. ¡Como si la fortuna hubiese que salir a buscarla! Pascua tenía otras alegrías, otras preocupaciones. Estaba -enamorado e iba a casarse con un mozo de nombre José del Carmen. Ella, la vieja,

vivía solitaria, hundida en la corriente de sus recuerdos, atada a su mecedora y visitada por amigos que no hablaban sino en silencio.

Al oírla decir estas cosas, Pascua, que conversaba en el corredor con Federico, se volvió para explicar;

—No duerme... Así se la pasa. Y mire que le hemos hecho remedios.

—¿Y para qué voy a dormir? —replicó la abuela—. Duerman ustedes, los jóvenes, que todavía no han empezado a contar las horas.

Pascua seguía descalza con la mayor desenvoltura y Federico miraba sus pies cejjunto. De pronto ella se echó a reír.

—¿Qué me mira tanto? ¿Quiere tomar café?

Todavía en las entrañas de la floresta hervían las palpitations de junio.





## VII HÁGASE LA LUZ

Decididamente aquélla había de ser para mí una época de sorpresas. No bien repuesto de una de ellas sobreveníó la otra y mi vida iba así, dando saltos, a merced de un hado burlón. Pocos días después de haber hallado a la Abuela, se presentó en la Casa Blanca, solicitando una entrevista —con el señor Zeus—, el mismo caballero mulato que viera casi dos meses antes pascando en el parque de Goaguaza, frente a la iglesia. Federico que se hallaba en aquel momento en el baño, me gritó desde allí:

—Ve qué desea ese caballero, Natividad. Yo bajo en seguida.

El caballero vestía entonces un traje color de paja seca. Le hice tomar asiento en la sala y quedé de pie frente a él, observándole. Poseía una constitución robusta, con acusadas tendencias a la adiposidad. Su cabello negro y crespo, rebelde, encanecía rápidamente y las cenizas acumuladas en sus sienes comunicaban a toda su figura un tono gris de fotografía mal revelada, una pátina desvaída que seguramente no tuvo en su juventud, cuando la negrura del pelo debió poner en su rostro un acento de virilidad. Recordé que Federico le había llamado, aun sin mirarle, “caballero”, y mentalmente aprobé el calificativo. Me adapté automáticamente a las circunstancias.

—El señor Zeus —le dije— me encarga atenderle porque se encuentra ocupado. ¿Quiere aguardar un momento?

El visitante sonrió.

—Gracias. Tengo tiempo de sobra.

Desde su asiento recorrió la sala con la mirada, examinando los muebles, los cuadros, las talladas maderas de la techumbre. Yo le quité el sombrero de la mano y lo puse en un colgador. Era un fieltro gris, partido en el centro, con el ala corta, abarquillada y envidada de un gris más claro. “Debe ser un político”, pensé sin saber exactamente por qué. Él colocó sobre el brazo de la poltrona una mano oscura pero muy limpia y cuidada, cuyas uñas brillaban y en cuyo anular lucía un hermoso anillo de oro esmaltado en azul, y luego se puso a hablar con calma, sin mirarme a la cara:

—Mi visita tiene un objeto muy personal y quizá parezca..., ¿cómo diré...? un poco rara, peregrina. Quizás usted mismo podría informarme... Lo que deseo saber —dicho en dos platos— es el paradero de una anciana de color... de una negra llamada Ana...

—¿Ana?

Debí hacer un visaje demasiado expresivo porque el caballero me miró con las cejas en arco.

—¿La conoce?

Una ola de emociones dispersas, de sospechas, de recuerdos me arrastró bruscamente. Le respondí con otra pregunta:

—¿Es usted su pariente?

El caballero me miró con intensidad, se arrellanó en el asiento y agitó suavemente la fina cadena de oro que le cruzaba el chaleco.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Me halla parecido a ella?

Ante mi turbación una sonrisa irónica asomó a sus gruesos labios oscuros. Su mano se alzó y volvió a caer con un gesto de cansancio. El tono de su voz cambió.

—No sería extraño que nos pareciéramos, soy su nieto.

Quedé confundido. No sabía qué hacer o decir. El caballero dirigía la conversación, la hacía por sí solo. Cada palabra suya aumentaba mi desconcierto

por el tono seguro y finamente burlón que empleaba; pero al mismo tiempo me sentía arrastrado hacia él.

—No se mortifique —me alentó sin abandonar su sonrisa—; ya sé que estas conversaciones, cuando se hacen entre personas como usted y yo, resultan embarazosas; sobre todo cuando tienen lugar en una casa como esta que se llama, si no estoy engañado, la Casa Blanca.

En medio de mi ya intolerable confusión, se me ocurrió la peor de las impertinencias: pedir excusas al visitante. Pero él rió en voz alta, aunque con discreción.

—¿Por qué se excusa? ¿Cree que estas cosas me afectan? No, hijo: usted es muy joven todavía; yo, en cambio, vengo ya de regreso y poseo experiencias que usted no sospecha siquiera. Pero volvamos a lo nuestro: quedamos en que usted conoce a mi abuela. ¿Puede decirme dónde se encuentra?

Me sentí repentinamente tranquilizado por aquellas palabras, pero a mi atolondramiento anterior lo sucedía un estado de suave seducción, de arro-bamiento, en presencia del personaje que venía a materializar ante mi mirada el universo de leyenda y de fantasía que representaba el recuerdo de Fernando, el hijo mayor de la Abuela Anita. He aquí el vástago de aquel ser fabuloso que abandonó un día a su madre, a sus hermanos, a su pueblo, para ensayar en un mundo distinto el más ambicioso e inútil de los experimentos humanos: volver lo negro blanco, transformar la noche en día. Más interesante aún que su padre, el prófugo Fernando, era este caballero que estaba ante mí, tamborileando suavemente en el brazo del sillón con sus dedos oscuros y limpios. Aquél era el experimentador, este el resultado del experimento.

—Ustedes nunca se interesaron por ella —le reproché en un tono tan áspero que a mí mismo me sorprendió. No sé por cuál involuntario proceso mental hablé de este modo. Creí que el visitante haría, por lo menos, un movimiento de extrañeza, pero lejos de esto se quedó mirándome con sus ojos un poco saltones y enrojecidos.

—Seguramente —dijo— usted ignora que hemos viajado. Mi padre se marchó de este país desde muy joven y todos sus hijos nos levantamos lejos de aquí.

Hizo una pausa para escoger sus palabras, y luego:

—Lo que hiciera mi padre en su juventud, el modo de comportarse con su madre, son cosas que yo me he negado siempre a juzgar. Usted lo comprenderá...algún día. Hoy él está muerto, reposa lejos de la tierra que amó. Usted puede no creerme, si gusta, pero debo decirle que a la hora de su muerte su más fervoroso encargo fue que buscáramos a su madre y la besáramos en su nombre. A mí, que soy el mayor, me tomó de la mano y me dijo: “Fernando, búscala y pídele que me perdone”.

Me sentí sobresaltado de nuevo, pero esta vez de un modo distinto. Estaba a punto de conmovirme. Para evitarlo — en esa época comenzaba a reaccionar intelectualmente contra el sentimentalismo— me pregunté interiormente: ¿Por qué me contará a mí todo esto? ¿Haría lo mismo con Federico? ¿Se habrá enternecido de tal manera que se habrá olvidado que soy un criado, o es la suya una conducta estudiada? Para averiguar esto le recordé:

—El señor no tardará en bajar.

Inclinó un tanto la mirada pero en seguida volvió a alzarla.

—En realidad no creo que haga falta ya hablar con él. Usted me ha dicho que conoce el paradero de mi abuela. ¿Necesita acaso que el señor le dé permiso para decírmelo?

La saeta se me clavó vibrando en el pecho. En aquel momento bajaba Federico. Brevemente le puse en cuenta de lo que se trataba y esperé oírle algún comentario, pero él se mantuvo correcto y frío. Cuando hube terminado de hablar dijo simplemente:

—Tú sabes dónde encontrarla. Puedes ir, si quieres con el señor.

Hicimos el viaje en el coche que trajo de la ciudad el nieto de la Abuela Anita, y el cual esperaba a la puerta. Cuando tomé asiento a su lado, la piel de mi rostro ardía como si la asaran a fuego lento. Aquellas últimas palabras

de Federico, tan desdeñosas, no eran precisamente una orden; mucho menos un ruego. Eran una especie de permiso vago, elástico y humillante: “Puedes ir, si quieres, con el señor”. Este último me había preguntado poco antes con aguda ironía: “¿Necesita acaso que el señor le dé permiso para decírmelo?”. Había acertado mucho más de lo que quizá se propuso. ¿Y ahora? Ya dentro del coche: le dirigí una mirada furtiva esperando encontrarme con su sonrisa irónica, pero, al contrario de esto, le vi abstraído y grave. En sus pupilas flotaba un velo de melancolía.

De improviso tuve una idea peregrina: aquel hombre debía llevar el mismo apellido que Federico y que yo: Lamarca. Por un rato, mientras los caballos trotaban dentro de nubes de polvo dorado, la idea del apellido me, hizo cosquillas por dentro. Zeus Lamarca, Zeus y Lamarca, Zeus de Lamarca, de alguno de estos tres modos podría firmar Federico; lo uno por su padre, por su madre lo otro. Yo, como siervo nacido en la casa, sin padres conocidos, debía llevar —aunque en realidad no lo había usado nunca— el mismo apellido de doña Beatriz, o mejor, del viejo don Lorenzo. El “caballero” que iba a mi lado, correcto, mulato y triste, con su terno color de paja, su leontina de oro y su anillo esmaltado, tenía que llamarse del mismo modo, como descendiente que era de esclavos de la misma familia. Tal era la tradición, esto es, la ley. Ahora volvían a mi mente, con insólita precisión, palabras que oyera en la infancia a la Abuela Anita mientras nos mostraba los intrigantes daguerrotipos que guardaba en su baúl: “Estos fueron los amos de mi abuelo Mamerto; si volvieran serían mis amos y los tuyos también”.

—Todo esto —habló mi acompañante saliendo de su ensimismamiento— lo conocía por referencias. Mi padre me hablaba de los campos de su niñez. Aquí vivió hasta los quince años...

Familiarmente puso sobre mi pierna la mano del anillo y volvió a sonreír con la misma ironía de antes. Yo me puse en guardia.

—Perdone que le hable de estas cosas. Usted dirá: “¿A mí qué me importa lo que haya pasado al padre de este hombre?”. Pero quizá se equivoque, quizá le interese. Estoy seguro de que si le hubiese conocido le habría amado. Fue

el hombre más generoso y bueno. Tenía ideas propias sobre la vida, sobre la cultura, sobre eso que llaman raza. Él no era un negro puro, como, por ejemplo, su madre. Las gentes de estas tierras tienen una idea errónea de él, pues su propia madre no supo comprenderle. Francamente le digo que yo mismo no sé, a estas horas, cómo juzgarle. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Fue hijo de un blanco, de un doctor llamado Hernando Burgos, abogado y político que se alojó en Cumboto en distintas oportunidades, en compañía del general Páez. Su padre le prometió llevarle a la capital para darle una educación; por desgracia murió antes de llegar a cumplir su promesa. Mi padre estaba persuadido de que hay que emanciparse no solo de la tutela de los blancos sino de este horrible pigmento que pesa sobre la vida de los hombres mucho más que un delito.

Se detuvo para mirarme. Luego me preguntó:

—¿Se dio usted cuenta de la manera como me recibió su... patrón? Su... patrón —añadió con visible reticencia— solo sabe de mí que soy un mulato, que desciendo de esclavos de su familia. Al verme debió preguntarse: “¿Cómo es que este anda suelto por ahí?”. Él ignora que poseo un grado universitario, que hablo varios idiomas y que he publicado un libro sobre enfermedades tropicales. Nada de esto le importa. Para él no paso de ser un ladrón. Le he robado algo que le pertenece: mi vida, mi destino.

El coche corría raudamente por el camino, arrastrado por los veloces caballos. Los aldeanos nos miraban con sorpresa y al verme al lado de aquel señor tan elegantemente vestido, no dejarían de reflexionar: “¡Qué negro tan parejero!”. Esto ya me era indiferente. La conversación de mi compañero me cautivaba. Era médico. En una tarjetita muy linda que extrajo de su cartera de piel con incrustaciones de oro, leí lo siguiente:

DR. FERNANDO ARGUÍNDEGUI M. D.

*Enfermedades tropicales*

Universidades de París,

Berlín y Roma

Quedé con esta tarjeta en la mano mientras le oía. Entraba ahora en otro orden de confidencias. Su padre —era cierto y no lo negaba— había querido casarse con una blanca por mejorar la raza, “para emancipar a sus hijos”, como decía. Él hizo lo mismo. Después de haber vivido horas inefables al verse reproducido en dos hijos blancos, de crespos rubios como el lino, su último niño nació negro. Esta era una de las cosas que deseaba contar a la Abuela para consolarla de haber perdido aquel hijo al que nunca olvidaba. Su gran tragedia tenía aspectos cómicos: sus hijos blancos, a medida que iban creciendo, mudaban de color, evolucionaban hacia una palidez sucia y áspera; el cutis se les tornaba opaco como el de una fruta cortada antes de madurar; la cabellera tendía a rizarse y adquiría matices heterogéneos, azafranados, fibrosos, ajabonados; una matización ingrata bajo la cual brillaban sus ojos atigrados con felina voluptuosidad.

Para explicarme estos desoladores fenómenos me habló de ciertas teorías biológicas, de los caracteres hereditarios, del pigmento y del corte de los cabellos. Confusamente recuerdo haberle oído palabras como estas: homocigotos y heterocigotos. Habló también de la herencia espiritual y de la patológica. De la ascendencia española dijo cosas impresionantes en ambos sentidos: su blancura racial es muy discutible; los españoles, sin embargo, son los más impertinentes en sus prejuicios. Nada habían hecho por la verdadera civilización, salvo regar por el mundo sus curas sectarios y sucios. Poco a poco se había puesto feroz, pero con una ferocidad serpentina, hipodérmica.

— Estas cosas me entristecen por los otros, no por mí. Yo en marcharme de nuevo a cualquiera de esas ciudades donde he vivido, París, Berlín. Roma— tengo para poner un muro de olvido definitivo entre mi persona y la bárbara maldad de mis compatriotas. Ellos no podrán libertarse de sí mismo-. Son frívolos, ineptos, idiotas. En una sociedad menesterosa y servil cuyos miembros aprecian más lo que heredan que lo que conquistan, todos se enorgullecen de ser vástagos ninguno aspira a ser tronco. He sufrido humillaciones de los tipos más divertidos. He sido llamado negro en todos los tonos. Los más

educados me lo dicen discretamente. entre sonrisitas de fina espiritualidad y amable veneno: los más valerosos, en mi propia casa. Algunos han tenido que emborracharse antes, o fingirse borrachos, para darse valor. Entre nosotros son poquísimos los que tienen valor sin estar borrachos. He sido, pues, desdeñado por mujerzuelas de hombres ilustres que se esconden en los desvanes con mis criados pero que se sienten deshonradas si responden al saludo de un “negro”. Mozalbetes indignos, ladronzuelos, falsarios, petardistas, chulos de bellos perfiles y cabello ondulante me han mirado por encima del hombro. Pero esto no es lo más gracioso. Descendientes de negros de los que todavía se advierten los estigmas de la raza, se apresuran a desdeñarme para que no se les sospeche de no sé que monstruosa complicidad. Vaya usted a la capital y verá pasar por su lado a miles de blancos en cuyos rasgos se delata el ancestro negro. Todos lo tienen, porque durante la Colonia las damas blancas no hallaban con quien distraer el ocio de las siestas, sino con sus siervos negros...Sin embargo todos lo ocultan.

Su sonrisa vagaba como una avispa. Después de una pausa añadió:

—¿No se ha puesto usted a observar a su patrón? Hágalo y no se descuide. Usted es negro pero sano. No le digo que lo abandone... Es un desdichado que necesita quien lo proteja. Su madre estuvo loca. ¿Vive todavía? Entre sus antepasados debió haber sífilis, mal de Nápoles, como decían antes, quizá beodos, tal vez algún “negro” descuido...

Cuando vi aparecer ante mí las primeras casas de Goaguaza me sentí aliviado, cual si escapara a una pesadilla monstruosa. La metamorfosis que se había operado en mi presencia durante el viaje, lenta y sinuosa, me había empujado insensiblemente a una atmósfera de espanto frío y casi tierno. El doctor Arguindegui no llegó a alterar la voz una sola vez. Ninguno de los músculos de su rostro se descompuso. No llegó a esbozar un gesto que no fuese correcto y como estudiado. Pero sus últimas palabras destilaban veneno, proliferaban en un clima de resentimiento que las argucias del razonamiento hacían más temible.



Regresamos casi en seguida, pues la entrevista con la Abuela fue breve. Yo no quise asistir a ella. Pascua estaba allí y cuando salió a despedir al visitante, su curiosidad se había trocado en displicencia. Por su parte el doctor Arguíndegui parecía deprimido, decepcionado.

—Es viejísima —murmuró cuando subíamos de nuevo al carruaje—; es admirable lo que ha vivido.

Corrimos un trecho en silencio. Al cabo volvió a murmurar:

—¡Qué negra es! Mucho más de lo que me imaginaba.

Repentinamente recordé algo que había estado aleteando en mi subconsciente como un pájaro prisionero:

—¿Se llama usted Arguíndegui? Creí que su apellido era Lamarca.

Me miró extrañado.

—¿Lamarca? ¿Por qué?

—¿No se llamaban así los amos de su bisabuelo?

—¿Quién le ha dicho tal cosa? Los amos de mi bisabuelo fueron los señores Arguíndegui, vascos descendientes de los fundadores de Puerto Cabello.

Volvió a mirarme y sonrió con su peculiar ironía:

—Deben haberle engañado. Don Lorenzo Lamarca, abuelo de su... patrón, adquirió Cumboto hace unos cuarenta años por una hipoteca; se quedó con la finca por diez mil pesos... Pídale a la Abuela Anita que le cuente la historia. Mi padre la leyó en unas cartas que ella conserva. Pídale a ella que le diga su apellido.

El resto del camino lo hicimos en silencio. Recordé entonces que la Abuela, en efecto, me había hablado de los Arguíndegui —don Carlos, María Belén—, los amos de su juventud. Cuando llegamos al portalón de Cumboto y me disponía a bajar del coche, el doctor me detuvo un momento:

—¿Sabe usted lo que significa la palabra Arguíndegui en lengua vascuence? “Hágase la luz”. No ponga esa cara —añadió con suave y dulce ferocidad—, no le engaño. Si no me cree, pregunte... Significa “Hágase la luz”. Yo trato de hacer la luz a mi alrededor. ¿Por qué no hace usted lo mismo?



## **Cuarta parte**

### **Frenesí**



# I LA TEMPESTAD

La llama encendida en Goaguaza, al contacto de las hogueras de junio, se transformó pronto en incendio. Primeramente fue un fuego soterrado, como cuando empieza a arder la paja podrida. Luego brotaron los humos reveladores. Por último la gran tempestad flamígera y clamorosa. En medio de esta se retorció un esqueleto joven, blanco, descoyuntado.

Yo sé cuánto había luchado Federico contra la pasión que lo absorbía. Noches enteras le vi pasearse, en bata, por el salón, sacar libro tras libro de la biblioteca, lanzarse al jardín mirando al cielo estrellado, con las facciones endurecidas por el desprecio que le inspiraba su carne. En dos o tres oportunidades que dejó de ir a Goaguaza, dirigió sus caminatas en sentido contrario y llegó por entre los cicales del “otro lado” hasta casi la orilla del mar. Vivía bajo la garra de una furia helada que le hacía arremeter contra los matorrales espinosos y contra las charcas llenas de sapos y sabandijas.

Por allí también le seguía yo, su sombra, y recordaba episodios que rejuvenecían en mi memoria insolubles enigmas. Por allí me obligó Eduvige a derribar dos o tres árboles de totumo — *Crescentia cugete*, según la definición botánica de Jer Gunter—, y por allí vi al tío de Federico trizando misteriosas medidas con un plano en la mano. ¿Qué buscaba? Solo Eduvige lo sabía. Quizá Doña Beatriz. Nada se supo después de Jer Gunter y su hija la Niña Lotha. Nadie

volvió a ocuparse de ellos, pues tanto Federico como su madre, luego de la escena de la calavera, pusieron empeño en olvidarlos. ¿Y Eduvige? En la casa seguía, rígida, muda, fantasmal. Todo lo sabía y todo lo ignoraba. Yo mismo no volví a pensar en ella y en su misteriosa conducta, absorbido como me hallaba por la personalidad del joven amo.

Una vez más debo decir que no amaba al mar. Traía a mi mente recuerdos penosos. Lo relacionaba con la muerte de don Guillermo. No es que yo hubiese amado a don Guillermo, pero Federico era su hijo y aún estaba pendiente esa deuda de mi lealtad. Ninguno de los habitantes de Cumboto —excepto quizá los señores— sentía atracción por el mar. La choza más próxima a la playa estaba a más de una legua de ella. Muchos de aquellos negros que habitaban el cocal del “otro lado”, jamás se acercaron a cantiles ni sabían cómo era una ola. Los negros no aman el mar y los de Cumboto menos aún porque en su memoria psíquica vive intensamente el recuerdo de los primeros fugitivos. A veces también las olas parecen decir: Cumboto... Cumboto... Lo advertía ahora, en esta nueva faz de nuestra aventura, al acercármele en pos de Federico.

Pero esta fue una reacción momentánea, una especie de prueba fallida. Convencido de que nada de cuanto le rodeaba podía libertarle de su pasión, Federico se entregó a ella resueltamente, igual que el náufrago que cierra los ojos y se encomienda a Dios. Cuando le vi volver a tomar el camino de Goaguaza, en sus ojos había esa lucecita enloquecida del morfínómano que ha averiguado dónde guardan la droga y se lanza a robarla. Iba feliz, reconciliado con su conciencia. “Ve —parecía decirse a sí mismo—; has luchado y has sido vencido. No puedes más. Ríndete”.

Desde entonces aquello fue una verdadera locura. Se daban cita en el bosque, en medio de las malezas, como dos bestias gozosas. Por mi parte nada ganaría con tratar de ocultar mi humillación. Les espí con la misma torva y rabiosa perseverancia que ellos ponían en su pecado. Les seguí por entre las zarzas, desgarrándome las carnes, arrastrándome como los lagartos, repleto de una envidia servil, quemado hasta el alma por una gula sorda que

hallaba cierta delicia y una ambigua satisfacción en el convencimiento de su impotencia.

El cuerpo plateado de Pascua no tuvo secretos para mis ojos. Echados sobre la hierba, en parajes distantes de pueblo, se acariciaban hasta el desmayo, gemían, pataleaban.

Ella, semidesnuda, era sierpe y llama. Sus piernas elásticas y fuertes rodeaban el cuerpo de él y lo oprimían como para exprimirlo. Yo buscaba en mi memoria derivativos inútiles: pensé en Pastora cuando la poseí sobre la hojarasca, pero escupí su recuerdo con ira. Pastora era fría y húmeda como un tronco podrido; Pascua ardiente como las hogueras de junio. Culebra y llama. Yo la miraba hundirse en el mar de la voluptuosidad, abrazada al cuerpo de Federico, su boca aplastada sobre la de él, sus piernas entretreídas, contorsionadas, estremecidas, y acababa gimiendo como ellos, atravesado y clavado en la tierra por el mismo puñal.

Este aquelarre del sexo se repetía uno y otro día, todas las tardes. Federico aparecía extenuado. Cuando le seguía, de regreso a la casa, sentí más de una vez la tentación de matarle, no ya por envidia o por celos, sino por asco, para poner fin a la pesadilla. Era como una voz honda y afilada que surgía de mi corazón y me rebotaba el cerebro: “¡Mátalo!” “¡Mátalo!”. Pero luego un espanto tembloroso caía sobre la voz como un soplo y la apagaba. “¡No! ¡No! Imposible. ¿Qué sería de ti si él muriese; qué sería de todos nosotros?”. En la casa, durante las horas de espera, Federico mostraba impaciente. Para matar esas horas se puso a pintar. Lo hacía frente a la gran ventana que mira al mar, en una tablilla. Al paso, empinándome un poco sobre su hombro, pude ver la figura plasmada por sus pinceles. Una mujer desnuda: Pascua. La había estilizado con gracia y soltura, con su color de plata oxidada. El fondo era vegetal; aborrecido, grandioso. Detrás de ella ardía una hoguera cuyas lenguas lascivas parecían lamerla. Los reflejos ensangrentaban aquella piel en la que brillaban pequeñas escamas. El mismo fuego de la pintura brotaba de la caja negra del piano. Una de aquellas tardes, mientras sus dedos corrían sobre el teclado, cayeron en el salón, a

sus pies, unos pequeños higos silvestres. Ambos nos volvimos a mirar hacia la ventana y vimos asomada allí la cabeza de Pascua. El sobresalto de Federico fue indescriptible. Corrió hacia ella, luego hacia mí, agitando los brazos. Sus miradas se alzaban, atolondradas, hacia el piso superior donde permanecía doña Beatriz. De pronto se me acercó, lívido, y me dijo entre dientes:

—¡Por favor! ¡Llévatela! Engancha el coche...

Pero ya Pascua estaba en la sala y sus pies se deslizan sobre el pulido piso, acariciándolo. Sonreía mientras curioseaba las cosas sin ruido. Se había puesto las manos unidas bajo el mentón y se paseaba burlona. Cuando estuvo cerca del piano se detuvo un momento y arrastró rápidamente el pulgar sobre el teclado, arrancándole un largo trino. Federico miraba al piso, aplastado por el pavor. Yo me dirigí hacia la puerta del comedor pero antes de llegar a ella me detuve. Frente a mí surgía la figura gris de Eduvige cuyos ojos sin expresión contemplaban la escena.

—¿La ha traído él? —silbó.

—No, vino sola.

—¿Qué va a hacer ahora?

Me encogí de hombros y dije:

—Tiene miedo.

Pero Eduvige me enmendó la frase:

—Miedo no, vergüenza. Teme que su madre le vea y le desprecie.

Luego añadió con helado desdén:

—No sabe que ella no puede moverse desde el día en que Jer Gunter quiso matarla.

—¿El día de la calavera?

No obtuve respuesta. Eduvige ya había desapareado. Pascua, en tanto, se había sentado en el taburete del piano y picoteaba las teclas con sus dedos afilados como navajas. Federico lanzó en mi dirección una mirada de angustia pero yo le tranquilicé mirando hacia arriba y negando con la cabeza. Él comprendió. Sus pulmones se ensancharon. Oí su pregunta:



—¿Estás satisfecha?

—No —respondió ella—. Quiero que toques.

Titubeó. La angustia volvía. Fue, sin embargo, cosa de un instante. Sumisamente comenzó a tocar con timidez, con torpeza. Pensaba seguramente que su madre le oía. Pero a medida que su espíritu se internaba en el maravilloso universo de la música, todo recuerdo viviente, toda sombra de materia, toda preocupación inmediata desaparecía de su mente. Arañas blancas, aladas, cubiertas de un ruboroso vello, sus manos tejían una malla cristalina en la que nos envolvían a todos. Por momentos no eran arañas sino libélulas y las veíamos volar, certeras, sobre un pozo profundo donde sus agudas colas de vidrio abrían finas heridas. Eran macho y hembra en un infatigable juego de amor. El macho, a la izquierda, corría sobre las notas graves, fuerte y brioso; la hembra, a la derecha, ligera y frívola, brincaba como una bacante sobre los agudos. Había momentos en los que se juntaban los dos: el macho saltaba sobre la hembra y se adormecía agitándose suavemente, en un espasmo, admirable. Todo en él estaba absorbido, tiranizado por esas dos manos inquietas y lúbricas: su cabeza, su cuerpo, sus ojos, su boca endurecida, las piernas estremecidas. Su cuerpo unas veces aparecía enhiesto, con los brazos extendidos y casi rectos; otras retorcido y encorvado como atacado por repentino dolor.

Tocaba el *Claro de Luna*, de Beethoven. Ambas manos se crispaban sobre las teclas y el adagio sostenido surgía de esa quietud, con cadencia fúnebre, cual el humo de un pebetero. “Lloran por Cruz María —pensé volviendo de un salto hasta la niñez—. Aquello ocurrió también en un claro de luna, lleno de desatado dolor”. Y arrastrado por el recuerdo, vi cosas, que entonces no imaginé: Cervelión llevaba el cuerpo desgonzado y sangrante en sus brazos negros, lo depositaba en la tierra, se arrodillaba frente a una pira humeante y sus brazos abiertos se convertían en una serpiente grande y pesada como una guirnalda. Andando entre sombras —entre la música de las sombras— Cervelión traía su muerte hasta la Casa Blanca y la depositaba allí, en el umbral, como una ofrenda de odio.

Cuando Federico cesó de tocar, Pascua estaba arrollada a sus pies, hundida en un éxtasis. Las suyas, morenas y agresivas, se apoderaron de aquellas manos blancas y se pusieron a acariciarlas. Sus ojos las miraron con devoción. Su blancura parecía deslumbrarla, su forma creaba en su corazón sentimientos extraños, supersticiosos. Las había visto volar, agitarse, danzar cual si fuesen seres independientes. Los dedos largos y fuertes eran como piernas de bailarines que no se fatigaban ni equivocaban jamás; que no titubeaban. Las besó con pasión. Las aplastó sobre su ostro. En su mirada altanera bramaba el orgullo de ser acariciada por esos seres. Su cuerpo también era un piano con sus agudos y sus graves. Al exterior solo salía el estremecimiento que erizaba la piel morena. La música sonaba adentro y apenas se traducía, cuando ya no era posible contenerla más, en un tembloroso suspiro, en un gemido, a lo sumo en una sílaba ahogada e incoherente.

Federico puso sus dedos bajo el mentón de Pascua y levantó su rostro hacia, él.

—Una vez me dijiste “¡Qué flojo eres!”. ¿Lo recuerdas?

—¿Te dije eso? No, no lo recuerdo.

—Fue el día que fuimos al río por primera vez. íbamos mí, hermana Gertrudis, yo y Natividad, y tú quisiste acompañarnos. Yo me sentí, cansado cuando ya estábamos llegando. Era un niño muy débil entonces; por eso tus palabras se me clavaron en la mente. No hablé de eso con nadie, pero viví pensando en tus palabras, rumiándolas. Soñaba con ellas. A ti misma no quise recordártelas hasta que estuviese seguro de hacértelas recoger...

—Entonces ¿pensabas en mí?

—No. en ti no, en tus palabras. No recordaba quién me la había dicho, ni dónde ni en cuáles circunstancias. Pensaba en ellas.

—¿Y ahora estás contento?

—Sí.

—Gracias a Dios.

Permanecieron en silencio, acariciándose con las manos. Y yo les miraba desde la puerta del comedor. Pensaba en doña Beatriz. La dama no podía levantarse

del lecho, desde hacía por lo menos un año, y yo lo ignoraba. También su hijo lo ignoraba. Solo Eduvige lo sabía. ¡Horror! Federico había sentido pánico al ver entrar a Pascua en su casa y pensar que su madre pudiera verla allí, pero en cuanto supo que esta no podía moverse quedó tranquilo, lleno de gozo. Ahora sentíase dominador. Pascua era su victoria. Estaba allí, a sus pies, como una bestezuela, sumisa y llena de amor.

De improviso, en un ímpetu, se puso de pie y la empujó hacia el centro de la sala.

—Baila...

El tono de su voz correspondía al de ella cuando le dijo: “Toca”.

—Quiero que bailes. Quítate los zapatos.

Al principio se mostró extrañada por lo imprevisto del trance. Luego rió complacida y volvió a aparecer burlona. Se descalzó. Al ver sus pies desnudos recordé el día que la visitamos en Goiguaza.

—Natividad —ordenó Federico, impaciente—, trae la alfombra que está en la biblioteca. Corre.

Pero ella me detuvo con un aleteo de su mano.

—No, me gusta más como está.

Sus pies se deslizaron con ligera lentitud, acariciándose a sí mismos con el frío contacto del piso. Eran dos voluptuosos reptiles y cada una de sus uñas brillaba como un ojo.

—¿Qué quieres que baile?

—Lo que quieras... Espera, voy a tocar.

Pasaron segundos tensos. Ella lo miraba, expectante, y su sonrisa burlona iba esfumándose, tomándose en una expresión de asombrado temor que agrandaba sus ojos y crispaba sus labios. Cuando las manos de Federico volvieron a golpear el teclado, ella tembló de pies a cabeza.

—¡Baila!

—Pero ¿eso qué es? —inquirió aterrada.

—La *Appassionata*... el *allegro*.... Baila.

—Pero ¿cómo se baila eso? No lo conozco, no lo he oído nunca.

—No importa —le gritó arrebatado por una furia súbita—. Báilalo como quieras, como te salga.

Entonces comenzó Pascua a moverse, a estirar sus largas y fuertes piernas, adelantando la punta del pie cual si fuese a meterlo en una charca helada; a balancear las caderas con el mismo ritmo de sierpe que le vi la noche de San Juan en el parquecito de Goiguaza.

—Así... así... Continúa.

El allegro es un rápido torbellino; luego viene el *andante*, lento y solemne, y en seguida otra vez el *allegro*, moderado, roto por compases de espera y sobresaltado por impacencias bruscas en las que los dedos se agitan sobre los agudos y corren raudos rompiendo la fina corriente. Pascua había captado el ritmo, se entregaba a él gozosamente, con los brazos abiertos y las piernas desnudas, relucientes. Federico la alentaba con signos de cabeza. Rápidamente, en una espiral enloquecida, el ritmo de la sonata se eleva. De pronto cae en un dulce y meditabundo pianísimo para volver a elevarse. Era maravilloso ver el cuerpo de Pascua alargado, aguzado como un huso, girar por la sala, correr, detenerse, cimbearse, adivinar con prodigiosa intuición los matices de una música que no había oído jamás. El encrespamiento final y el atropellado galope, la dejaron exhausta. Cuando las manos de Federico se detuvieron, cayó encorvada en el piso, palpitante como un pájaro herido.

Después de aquel día volvió frecuentemente a la Casa Blanca y la danza se hizo ritual. Llegaron a las más sorprendentes extravagancias. Federico pintó de rojo, con un pincel, las uñas de sus pies, los diez ojos de los dos reptiles. La hizo danzar desnuda. Su música predilecta era la de Beethoven. Sin embargo, tocaba también la de otros compositores apasionados —los preludios corales y la *Partita* en do menor de Bach, la Sonata en fa mayor de Haydn, los *Ara-bescos* de Schumann, la Sonata en si bemol mayor de Mozart, las *Mazurcas* de Chopin, las *Canciones sin palabras* de Mendelssohn— cuyas composiciones bailaba ella intuitivamente, improvisando al loco girar de las notas, copiando

su vertiginosa desnudez en el agua tersa del piso. Su símbolo era la *Appassionata*, que ellos preferían llamar “la Tempestad”. Ya no se recataban para amarse. Ella comía con él en la gran mesa del comedor y pasaba horas en la biblioteca, hojeando los libros, curioseando, escudriñando los rincones y los estantes. De todo se reía burlona, todo sobraba en el mundo, excepto el amor y la música. Tres cosas atrajeron su atención en aquel recinto: la carretilla de plata —y desde luego la pala que la complementaba—, la colección de insectos y reptiles abandonada allí por Jer Gunter, y el álbum de marroquí con cantoneras de oro. Ante este, repasando sus rígidas hojas una y otra vez, permanecía largo tiempo. También a ella parecía fascinarle la belleza de doña Beatriz, pero no a hacer comentario alguno acerca de ella. Para hablar a Federico se pegaba a él ondulante y comunicaba a sus palabras una dulzura cálida y estremecida que era casi un orgasmo. Así le dijo una tarde, en mi presencia:

—¿Por qué no tratas de componer una música tuya, en la que haya algo de nuestras canciones, de nuestros tambores de nuestros campos y ríos?

Otro día, de improviso, le habló del órgano que necesitaba la pequeña iglesia de Goaguaza. Diez años, por lo menos, hacía que se ocupaban en recoger dinero para comprarlo. Sería un hermoso regalo y Dios lo vería con agrado; bendeciría al que lo hiciera. ‘

—¿Por qué no lo-regalas tú?

Federico sonrió displicente.

—Pss ... No digas tonterías.

—¿Por qué tonterías? ¿No crees en Dios?

—Creo en la verdad, en el arte, en la vida, y detesto todo lo que es comedia.

—¿Crees que la religión es comedia?

Dijo esto encrespada. Él se desconcertó.

—No, no he dicho eso... Pero ¿por qué tenemos que hablar de estas cosas?

Pero ella siguió enfurruñada.

—No puedo oír lo que dices. Bastante hemos pecado ya para que nos pongamos ahora a hablar contra Dios.

Comenzó a calzarse para irse. Él la tomó una mano.

—Tonta, no hagas caso: lo he dicho por verte brava. Si crees que con un órgano contentamos a Dios, mañana mismo escribiremos pidiendo uno...

—¿Y lo tocarás tú, también?

—También...

Le abrazó en un transporte, cual si se hubiese librado de un peso que la asfixiara. Le cubrió de besos apasionados.

—Tocarás en él nuestra Tempestad...

—¿En la iglesia? —preguntó Federico estupefacto. —Sí... ¿por qué no?

## II DELIRIO

No sé si la sugestión le vino por el recuerdo del órgano que necesitaba la iglesia o si este recuerdo surgió de la sugestión, lo cierto es que Pascua la dio por ir a rezar todos los días y se empeñó en que Federico hiciera otro tanto. Ahora no pasaba un domingo sin que asistiésemos a la misa, y el sacerdote en sus pláticas no dejaba de piropear una que otra vez al piadoso señor de Cumboto por el magnífico obsequio que acababa de hacer a la parroquia. “Sin esta prueba de generosidad y de celo cristiano —dijo una vez— jamás hubiésemos tenido nuestro órgano. Además, no falta a la misa. Es un ejemplo que los demás propietarios de la comarca debieran imitar, para bien de sus almas y estímulo de la feligresía”.

Cuando oyó estas palabras, Federico se ruborizó hasta los dientes y yo volví a sentir en mi rostro aquel fuego que más de una vez me puso morado.

Uno de aquellos domingos, cuando salíamos de la iglesia, vi dirigirse hacia Federico a un hombre notoriamente borracho. Era un mulato joven, fornido, de rostro labrado, a quien reconocí en seguida como uno de los que bailaron con Pascua en el parqucito la noche de San Juan. Ningún detalle de la escena escapó a mi mirada. En un segundo plano, bajo los árboles, había un grupo de tres aldeanos que miraban y cuchicheaban; en la puerta misma de la iglesia se detuvieron unas mujeres que salían de la misa y a través del parque se

aproximaban corriendo algunos zagales que poco antes jugaban a las bolas. El mulato traía un garrote en la mano.

A veces mi pensamiento funciona con una celeridad prodigiosa. Aquella fue una de esas oportunidades. Rápidamente salté hacia los que cuchicheaban bajo los árboles y arrebaté a uno de ellos el palo de vera que tenía bajo el brazo. Corrí a interceptar al borracho. El despojado gritó:

—¡Cuidado, José del Carmen!

En realidad yo no deseaba trabarme en riña con el beodo —cuya identidad había adivinado desde el principio—, sino proteger a Federico. Pero José del Carmen, arrastrado por la torpe exaltación de la borrachera, me lanzó un garrotazo que, al alcanzarme en el hombro izquierdo, me hizo caer de rodillas. Entonces perdí la noción de la conveniencia, la facultad de pensar. El dolor me cegaba. Quizás el verazo me había desarticulado el hombro, pero mi brazo derecho aún podía moverse. SeMovió en efecto, y José del Carmen rodó por tierra bañado en su sangre.

Apenas recuerdo lo que ocurrió después. Veo vagamente un grupo de hombres en torno nuestro, ojos encendidos y bocas tirantes. Oigo una voz que aconseja: “Póngale telaraña en la herida”. Otra que insulta: “La culpa la tiene esa puta”. Y una tercera que me hiere en lo vivo: “¡Negro cabrón!”. Por el camino, flotando en una espantosa nube de sangre, traspasado por el dolor, pude entrever, como a través de un velo, a Federico llevando las riendas de la calesa.

Pasaron días y noches intolerables. Vino de los alrededores un negro que me llevó el hueso a su puesto y me fajó el hombro prolijamente, pronunciando al mismo tiempo palabras que yo no entendía. El dolor, el insomnio y falta de apetito me enflaquecieron de un modo inverosímil. Por otra parte un miedo taladrante había comenzado horadar mi conciencia: el miedo de haber dado muerte a José del Carmen y de pasar largos años en una prisión. Esta mezcla de sufrimientos convirtió mi convalecencia en un interminable y sobresaltado río de plegarias, de invocaciones y de conjuros que llenaron mi mente de extrañas sombras. Con mi pepa de zamuro apuñada en la mano derecha y el



pensamiento columpiándose en la delgada cuerda del terror, recitaba cuantas oraciones pude aprender en mi vida y, agotadas estas, inventé mis propias plegarias. “Señor Todopoderoso, creador del del cielo y de la tierra, desde el fondo de mi corazón te doy gracias por todas tus bondades y beneficios y te ruego que no me abandones en este trance. Yo no valgo nada, Señor, y por lo mismo nada vas a ganar Tú con hacerme daño. Sé bueno y generoso conmigo: cúrame de este garrotazo sin dejar huella; salva a José del Carmen para que no me lleven a la cárcel, aleja de mí el odio de mis enemigos y todo mal y peligro. Amén”.

Al volver a la realidad en mi viejo cuartito de tablas, supe que hasta allí me condujo en sus brazos el propio Federico. ¡Cómo agradecer su bondad! Hubiera podido dejarme solo en Goiguaza, a merced de aquellos seres llenos de odio, sedientos de venganza. Se necesitaba valor para hacer por mí lo que hizo: subirme a su coche y conducir con sus propias manos las riendas, solo por salvarme. No le había vuelto a ver, pero sabía que vivía y eso me bastaba.

Poco a poco los recuerdos se reintegraban en mi memoria y reconstruía, por trozos, lo que había visto o soñado en aquellos días. Me habían visitado negros cuyos rostros apenas podía distinguir envueltos en una niebla espesa y rojiza. Me rodearon unas aguas inmensas y luego una tierra ilimitada e iluminada indirectamente por un sol que no se veía. Aquellos negros se movían a saltos como si fuesen de goma. Entre ellos había algunas mujeres que descollaban sobre los hombres como princesas; cosas que brillaban lejanas y músicas anes-tésicas. Todo poseía una grandeza primaria, disparatada. La reina —una negra pulida como piedra de centella— lucía grave, con el ceño fruncido. Parecía dispuesta a condenar a un reo, con su cerro rutilante rematado en una flor roja, abierta y húmeda como un sexo femenino. Miraba a todos lados y decía que la sangre no tardaría en correr. De pronto la veía borbollar espumosa formando oleajes, y sobre ella barquitos hechos de troncos que navegaban. Luego la Reina reía y danzaba una danza obscena, con el cuerpo desnudo, brillante. Llamaba a sus cortesanos y les ordenaba: “Traed los esclavos”. Y los esclavos

venían apersogados con grandes cadenas, todos blancos y temblorosos, y metían las cabezas entre los muslos negros de Su Majestad.

Otro de mis recuerdos evocaba la figura de Federico. Este se paraba frente a mi catre y me mostraba sus manos prodigiosas. “Soy un dios, ¿lo ves? Ya este mundo no tiene secretos para mí. Es mío Tú me dijiste una vez: camina. Hoy nadie tiene nada que aconsejarme”. Aproximaba mucho su rostro al mío y añadía: “Desde niño te consagraste a mí. Luego no has vivido sino para servirme, para estar a mi lado como una sombra. Todo lo has sacrificado por mí. ¿No es cierto?”. No supe al pronto qué responderle, porque aquella era la pura y absoluta verdad. Yo mismo, más de una vez, me hice esta pregunta y no hallé qué responderme. Hubo un tiempo en que amé a Federico porque encarnaba todo lo que yo no podría ser en la vida, todo lo que yo hubiese anhelado ser. Pero, después de hombres, el sentimiento que me ataba a él no hubiese podido llamarse afecto. ¿Qué era? Muchas veces sentí la tentación de apretarle el pescuezo con ambas manos, mas si me hubiesen separado de él habría sufrido mucho. “Supongo —me dijo también— que habrás tenido alguna vez la tentación de poseer una mujer como las que a mí se me brindan. Creo que hubieses saltado con placer sobre Lotha y sobre Pascua. ¿Por qué no lo hiciste? Confíesalo”.

Entre los visitantes negros de mis alucinaciones figuraban Cervelión y la Abuela Anita. El primero me repetía frases que me dijo una vez, en mi infancia: “Tú estás metido entre los blancos, pero eres negro por los cuatro costados. Ellos no van a enseñarte nada de lo que saben. Así es que tendrás que comer avispa si quieres vivir como un hombre”. ¿Había vivido yo como un hombre? No. No fui más que un reflejo de Federico, algo menos que un perro. El perro, al fin y al cabo, posee cierto albedrío, se emancipa cuando lo acuda la urgencia del sexo. Yo no supe nada de esto. Era una sombra. Mi pasión silenciosa por la música, mi callado deseo de llegar algún día a tocar como Federico, me lo comprobaban. Si yo hubiese hablado a este de aquel deseo, se habría paralizado por la sorpresa y luego se hubiese echado a reír. Y habría mirado

con asombro mis manos negras. No, no se lo confesaría jamás. Y sin embargo, sentía arder en mí un fuego de ceación que pugnaba por exteriorizarse y precipitarse sobre el mágico instrumento dentro del cual reunió dios o el diablo todas las armonías de la vida. Yo hubiese aprendido pronto. Estoy seguro de esto. Habría sido un pianista tan ducho, por lo menos, como él, y no habría sido un genio cruel y duro. Aquel instrumento debía poseer aún posibilidades de expresión que Federico no había logrado arrancarle, las mismas que había intuido Pascua: la posibilidad de expresar y recrear nuestra naturaleza, nuestros árboles, nuestros ríos, nuestra sangre roja y delirante.

La Abuela, por su parte, me recordó a los Arguíndegui, a doña Beatriz, al general de la negra barba. Me trajo en ofrenda su viejo baúl de caoba.

Fue larga mi convalecencia. La noción de la realidad iba volviendo a mí con extraña lentitud, como una flor que se abre. Reinaba un gran silencio en la Casa Blanca y en este silencio seguía hundido mi pensamiento, aun después de recuperadas todas mis facultades mentales y espirituales. Era como un lecho ideal, mullido y fragante. Pero de pronto todo aquello que había permanecido oculto en esa vaga penumbra, se iluminó de un golpe ante mi mirada. Me di cuenta de la ausencia de Federico, de Pascua, del piano. ¿Por qué este no había vuelto a sonar?

Un día abordé a la cocinera.

—¿Dónde está el señor? —le pregunté.

La fámula me miró con extrañeza.

—No sé. Hace días que no lo vemos.

Salí de mi cuarto y aventuré algunos paseos por el comedor y el jardín, todavía con mi hombro vendado y el brazo en cabestrillo. Entré luego en la sala y en la biblioteca. Todo estaba solitario. En cierto momento se cruzó conmigo la momificada Eduvige y no pude contenerme. La detuve.

—¿Sabes a dónde ha ido él?

—Sí... Anda buscando a...esa.

—¿Buscándola? ¿Por qué?

—Porque desapareció después del escándalo de Goiguaza. No hubiera podido seguir viviendo en todos estos contornos.

Estas palabras causaron un desmoronamiento en mi interior. Eduvige me miró un momento antes de añadir:

—Ahí está ese baúl que le trajo un hombre. Me imagino de dónde viene y creo que tú lo conoces.

Lo habían puesto en la biblioteca, debajo de la gran mesa. Por esto no lo había visto yo. Su presencia me produjo emociones indefinibles, de ternura y de miedo. ¿Por qué estaba allí el baúl de la Abuela Anita? ¿Quién lo había enviado a la Casa Blanca? Tembloroso traté de abrirlo, pero estaba cerrado con llave. Entonces corrí en busca de Eduvige.

—¿Tienes la llave? Dámela.

Pero ella me desarmó con su mirada de culebra.

—La tengo, pero no se la entregaré sino a él.

### III

## EL BAÚL DE LA ABUELA

Llovía. El hondo cielo se llenaba de bilis y sobre las heridas de la tierra corría la turbia sangre del invierno. Cuando llueve, el silencio tiene una grandeza religiosa que nos transforma. Creo que nadie osaría tocar una música alegre en estos momentos en que los campos desaparecen envueltos en la mortaja del agua.

Yo había estado esperando a Federico, atisbando el paisaje a través de la ventana grande, y de esta manera pasaron días. Al fin una noche llegó, calado, y subió a su habitación sin decir palabra. Hice que la cocinera le preparase una tisana caliente y subí a ofrecérsela. Me dijo que le llevara brandy. Su rostro aparecía como una piedra cavada a pico sobre la que la lluvia hubiese hecho nacer un líquen rojizo. Me hizo pensar en Gaspar de los Reyes. Tosía. Cuando se metió en el lecho, tiritando, lo arropé hasta el cuello y salí.

A la mañana siguiente volví a subir. Le hallé tendido boca arriba, con una rigidez cadavérica. No quise hablarle. Él rehusó la comida. Me hubiese gustado oírle gemir, decir algo. ¿A dónde había ido? Vi barro en sus pantalones y sus zapatos, pero esta suciedad pudo haberla recogido en el propio Cumboto, donde las tierras estaban convertidas en lodazales. Sus ojos abiertos conservaban un desolado relente de lejanía.

Al cuarto día, más por temor que por curiosidad, me decidí a dirigirle la palabra. Y cosa singular, ya no me atreví a tutearle.

—¿Por qué no come algo?

Pero él me despidió con un movimiento displicente de su mano.

—Así no puede seguir —insistí—, se va a enfermar.

Me respondió entonces:

—¿Crees que no estoy enfermo?

Un júbilo palpitante se precipitó en mis palabras a oírle. Dije:

—Tiene que sobreponerse. ¡Ella volverá!

—No la conoces... No volverá. La he estado buscando durante un mes. He desafiado el odio de toda esa gente, he repartido dinero, he suplicado... ¿Te das cuenta de esto? He suplicado, yo, a esa gentuza. Pero nadie supo decirme a dónde se fue... Estuve en Morón, en Sanchón, hasta en San Felipe... Después regresé y fui a Borburata, San Esteban y Patanemo... ¡Nada!

—¿No visitó a la Abuela Anita?

—No...

—Ha debido ver a la Abuela. Ella le hubiera dicho. Le mandó su baúl... ¿Se acuerda del baúl de la Abuela?

Se incorporó en el lecho apoyado en los codos, fijas en mí sus pupilas grises.

—¡El baúl de la Abuela!

—Sí, está en la biblioteca. Eduvige tiene la llave.

Se puso en pie y tuvo que apoyarse en el copete de la cama para no caer. Le sostuve con mi brazo sano y luego le ayudé a calarse la bata y lo conduje escalera abajo. Eduvige le entregó la llave en silencio. Cuando la campana de la cerradura hizo volar su trino en la estancia, tuve que sostenerme a mi vez para no rodar herido por la emoción. Todo el pasado se concentró en aquel retintín y entró en mí con brutal acometida. La infancia despreocupada y aventurera, los lápices de colores, las lecciones de piano, los burros azules, el camino del río, *Frau Berza* con sus cabellos color de paja, el caballito negro que galopaba en el viejo periódico, el retrato coloreado de León XIII, los nombres de los

perfumes escalonados en un cromo-almanaque, los cuentos de diablos y visiones, los *calás*, todo se había sintetizado en una esencia expansiva que estallaba en mi corazón como una carga de dinamita. Federico, desencajado y sudoroso, había abierto el baúl y contemplaba el abigarrado montón de cosas que existían en su interior. Yo también las miraba y mis manos temblaban.

Como ciegos estiramos nuestros dedos hacia aquellos objetos y los fuimos palpando y acariciando cual si en ellos se hubiese polarizado nuestra vida. Allí estaban los instrumentos de música —la bandolina, el violín, la pequeña flauta con sus llaves de cobre verdoso—; las menudas tazas porcelana holandesa con los bordes sobredorados, las joyas de orfebrería, las piezas de vestir de policromadas los pañuelos de Madrás (como el que se anudaba a la cabeza la Abuela) impregnados de seculares perfumes.

Estos ancianos trapos, magnificados por el misterioso prestigio del tiempo, eran los que seducían a Pascua. (Creo que alguna vez llegó a probarse algunos.) Y entre todos estos vestigios, más emocionantes que todos, aparecieron también los cuatro daguerrotipos objetos de mi predilección, y el atadillo de cartas con su cintita azul pálido que en otro tiempo atrajo la curiosidad de Federico.

Mucho había que pensar sobre la presencia de aquel baúl en la Casa Blanca, comenzando por esta pregunta: ¿Quién lo ha enviado?, y concluyendo por esta otra: ¿Por qué lo ha enviado? Pero mientras duró nuestra fascinación —mientras permanecemos bajo el imperio de los recuerdos— nada pensamos. Inclınados sobre el modesto mueble no pronunciamos palabra. Cada movimiento de nuestros dedos, cada caricia, era una pregunta que quedaba sin contestación. Yo había tomado los daguerrotipos en mis manos y los miraba prolijamente, tratando de escudriñar el irreparable secreto de sus zonas oscuras y de las lívidas lagunas de donde huyera la imagen. Las dos damas y los dos caballeros parecían mirarme desde un mundo remoto, a través de las barreras de la nada, apoyados sobre su propia y lejana muerte. Hubo un

tiempo en que les creí Lamarca; ahora se me aparecían como Arguíndeguis. Hágase la luz.

Entretanto Federico había desatado el manajo de cartas y barajaba estas entre sus dedos. Había, por lo menos, una decena de ellas, entre misivas y simples billetes. Algunos de estos últimos estaban escritos en pequeños retazos de papel, evidentemente de prisa, quizás a escondidas. Federico se sentó en una silla, de espaldas a la ventana, y desplegó uno de los pliegos más grandes, orlado de mordeduras oscuras y lleno de lamparones pálidos. Los dobleces se definían en él como heridas cauterizadas y las letras, de rasgos anchos y profundos, habían adquirido un color de herrumbre que en algunos sitios corroía y perforaba el papel. Yo estaba de pie y miraba por encima del hombro de Federico. Leía, a mi vez. No pensé si me estaba permitido hacerlo. Lo hice, sencillamente.

Aquella carta me resultaba casi ilegible. Sin embargo, pude descifrar algunos de sus pasajes. Tenía fecha de junio de 1785 y estaba dirigida a Andrés Arguíndegui. He aquí lo que pude leer: “Querido primo: Como podéis comprender... sobre las tierras que venís ocupando en ese litoral a Sotavento de Puerto Cabello, que se nombra Cumboto... siete leguas a lo largo del mar y... hacia la serranía que corre al sur. He hablado aquí.... Consulado... letrados de mucha confianza y todos están... es claro como la luz y no podrá ser atacado, según lo que se desprende del... a mano con vuestro siervo Mamerto... de esas tierras desde los mismos días de la fundación de Puerto Cabello... casa fundada y servidumbre fiel en ella, de una manera ininterrumpida... señor padre don Andrés fue de los fundadores de la ciudad, dos años después de la Compañía... por más de medio siglo, desde 1729... vuestros hermanos, hallaron sepultura vuestros mayores... que poseéis...? Deseo serviros. Hasta del significado castellano de vuestro patronímico he hablado a estos señores: “Hágase la b...” Vosotros los Arguíndeguis habéis hecho... donde nuestra sangre ha realizado prodigios de abnegación... Os lo devuelvo con esta carta y la seguridad de... primo Rodrigo”.



No sé si Federico pudo entenderla toda o si la miraba sin verla, lo cierto es que permaneció largo rato con ella en las manos, inmóvil, meditabundo. A mí la fragmentaria lectura me había hecho evocar el relato que me hizo la Abuela el día que, alarmada por mi admiración hacia Roso, quiso sustraerme a la influencia del hermano de Cervelión. Esto era efecto del nombre de Arguín-degui, el de los fundadores de Cumboto, de cuyo significado me hablara por primera vez el médico mulato.

En efecto, Federico miraba sin ver. Hube de quitarle la carta de las manos y poner otra en ellas para que despertase. Lo hice con tal suavidad que no le chocó mi intromisión. Lentamente desplegó la segunda misiva. Era de 1836 y gran parte de su contenido aparecía totalmente ilegible, cubierto por una gran mancha azulenca, cual si hubiese caído sobre su superficie, en lejana época, un goterón de agua. Lo legible decía: "... nueve años cuando el general Bolívar fue derrotado aquí y tuvo que huir embarcado. Entonces recuerdo que papá puso una fiesta en la que tomaron parte muchas personas del Puerto; tú que estabas un poquito mayor, tocaste el violín y Francisco —Q. E. G. E.— tocó la flauta y Matildita la bandolina. A mí me hicieron recitar unos versos larguísimos en homenaje a los reyes de España. Después de eso vino el general Páez y desde entonces parece que ese gran jefe tiene que estar siempre pendiente de nuestra tierra. Ahora mismo acaba de derrotar aquí a los alzados que tumbaron al presidente y yo he vuelto a sacar del baúl los viejos instrumentos para hacerlos tocar por mis sobrinos y servidores. Carlitos tocó el violín y Ana, la nieta de Mamerto, que es una negra fina y alegre, tocó muy bien la bandolina. Pero después de esto las cosas han seguido de mal en peor. Parece obra del maligno. La misma Ana dice con mucha gracia que los hombres de este país tienen el diablo entre el cuerpo. A tus hijos hace meses que no los veo, pues la familia de tu mujer se ha ido al Quizandal y no han vuelto a ocuparse de mí para nada. Debo informarte que la plantación de cocos ideada por Francisco, va avanzando con lentitud pues este fruto es pesado para crecer, pero tenemos grandes esperanzas. Ojalá tú pudieras venirte acá y

ocuparte de esto. Escríbeme y dame esperanzas, que mucho las necesito. Tu hermana, María Belén”.

Era la firma de aquella María Belén de la que me hablara la Abuela, la enamorada del general Páez. La Ana mencionada en su carta no podía ser otra que la Abuela misma. Entonces tocaba la bandolina y era fina y alegre. ¡Cuántas cosas dejó de contarnos la anciana! ¿Por qué había enviado su baúl a la Casa Blanca?

Parece que el nombre de María Belén despertó misteriosas resonancias en el espíritu de Federico, pues la tercera carta fue abierta por él espontáneamente. Procedía de Curazao —¿por qué de Curazao? — y tenía fecha 12 de octubre de 1849. Decía: “Querida Matilde: No sé. si esta carta llegará a tus manos; la dirijo a ti porque eres la única persona segura en las horribles circunstancias que atravesamos. Ignoro cuál haya sido la suerte de Simón después de la prisión de nuestro padre y de la confiscación de nuestros bienes por el tirano. Da gracias a Dios por haberte librado de presenciar semejantes horrores. Los soldados llegaron atropellando a todo el mundo. Cuando apresaron a nuestro padre y lo amarraron por la espalda, perdí el juicio y me abalancé contra ellos apostrofándolos. Allí intervino un oficial de grandes bigotes negros que me agarró con fuerza por los brazos y me dijo estas palabras al oído: ‘Seréense porque lo matan; yo soy primo de usted aunque usted no me conoce. Me llamo Jacinto Salcedo’. Era, Matilde, hijo de Aurelia Arguíndegui, hermana de nuestro abuelo. Por esto pude escapar con vida pero no sin el dolor de haber visto apalea a Mamerto, cuya vejez no contuvo a los bárbaros. Al mayordomo le pusieron en un cepo de campaña para que dijera dónde teníamos guardadas las morocotas, y a otros dos servidores les vi matar a tiros, como animales. A ti te confieso, para que lo sepas, que al pie de una mata de totuma, en el cocal que llaman del ‘otro lado’, como quien va para el mar, hay enterrados unos diez mil pesos en oro (600 onzas), en una botijuela. Mamerto debe andar huuyendo, procura encontrarlo. Nuestro pobre padre, según pude averiguar aquí por un marino, fue enviado al Lago de Maracaibo, donde llaman Baje Seco.

Por Dios, Matilde, procura saber de él y socórrelo. Todavía resuenan en mi corazón aquellos gritos furiosos: ‘¡A los godos! ¡A los godos!’. Hermana mía: no he cumplido 25 años y tengo la cabeza blanca de canas. Pero esto mismo me dará valor para la venganza. Dile a Simón y a tus hijos que no olviden, que no perdonen, enséñales a odiar a nuestros verdugos. Tu desgraciado hermano, Carlos”.

Federico había olvidado su propia pena y se sumergía en el río conmovedor del pasado. Estaba, como yo, viviendo el dolor, la agonía de los muertos que pasaron por Cumboto. Todos ellos habían deslizado sus plantas por estos mismos pisos, leído estos libros, contemplado este paisaje ahora sombrío y preñado de lluvia gris. Ellos, los Arguíndegui, habían escrito la vieja historia de la Casa Blanca con sus pasajes de amor, de alegría y de lágrimas. Ese nombre—Arguíndegui— ¿lo conocía Federico, o era esta la primera vez que aparecía ante su mirada? En sus ojos no había en aquel momento sino la luz mortecina del ensueño, cuyos velos iban descorriéndose penosamente para dar paso a la claridad del conocimiento.

La lectura de estas cartas significaban para Federico una inesperada y sugestiva exploración de sí mismo. Abrían ante él, de repente, un camino desconocido que le conducía hacia su vida. Muchos seres han vivido, viven y vivirán como él lo hizo hasta aquel momento: como copos flotantes sin sustentación en la tierra del tiempo. Todavía no había descubierto nada, realmente, pero había”averiguado que existía algo por descubrir. ¿Qué era? Siguió leyendo con avidez:

—“Puerto Cabello: enero de 1853.

“Querido Carlos: al fin hemos hecho los documentos de la retroventa de Cumboto. Simón no quería firmar porque está indignado con este Lorenzo Lamarca que se dice pariente nuestro y nos extorsiona sin compasión. Al fin tuvimos que hacerla por los \$ 10.000. ¿Qué más podíamos nosotros en el estado en que nos hallamos? Simón no tiene un vestido que ponerse; yo hace años que no salgo a la calle; los niños necesitan estudiar y tú también

requieres algún dinero para ver si puedes abrirte paso en ese horrible destierro del que Dios sabe cuándo regresarás. A veces me desespero y pierdo la fe. ¿No acabará nunca esta pesadilla? Del general Páez ya no se habla siquiera, es como si se hubiese muerto en el extranjero. ¡Qué facilidad tiene este pueblo para olvidar!

Las últimas diligencias para ver si hallábamos la botijuela con los \$ 10.000 que enterraste en Cumboto, no dieron ningún resultado. Como sabes, Mamerto murió de una patada que le dio una mula; tenía más de cien años y todavía trabajaba y andaba de un lado a otro como un muhacho, con su nieta Ana que es tan andariega como él. Esta Ana carga todavía el baúl que le entregaste a su abuelo, pero por más que hemos hecho no hemos dado con su paradero. Como comprenderás he guardado el mayor secreto, no sea que lo huelga el bendito Lorenzo y saque los reales. Junto con esta te mando copia de la hipoteca. Escríbeme en cuanto puedas. Tu hermana que te quiere, Matilde Arguíndegui de Alba”.

Al terminar la lectura de esta carta el ceño de Federico anunciaba una tempestad interior. Todo se revelaba en las letras menudas y minuciosas de Matilde Arguíndegui, fabricante de luz. Y ese Lorenzo Lamarca era el señor austero a quien veneraban los negros y los blancos de aquellas tierras. El señor feudal, su abuelo. ¡Cuántas reflexiones sugerían las vidas de aquellos abuelos! ¡Cuánta distancia entre Mamerto y Lorenzo Lamarca!

Los billetitos estaban atados aparte, con un cordoncito amarillento que Federico rompió de un tirón. Se le veía ahora ceñudo y nervioso. No sé si se había dado cuenta de que yo también estaba leyendo. Si lo advirtió no hizo caso. ¿Qué importa al espíritu lo que haga la sombra?

Los billetitos eran siete, como las leguas de la heredad de los Zeus. Algunos de ellos simples recortes de papel en los que se habían escrito dos o tres palabras: “Estimado Jaime: muy lindos los versos que me escribió para mi cumpleaños; pero está equivocado: no cumplí dieciséis sino quince”. Carecía de firma.

“No sé por qué te quiero... Tengo mucho miedo pero iré al mango esta noche como deseas. Eduvige está de nuestra parte y Anita también. Por medio de una de estas puedes escribirme. Yo haré lo mismo. No escribas muy largo. Hasta la noche y besos de tu B”.

“No vengas esta noche; papá sospecha”. Sin firma.

“Eduvige te dirá cómo debes hacer. Yo no puedo ocultar más este sufrimiento. Si papá me descubre nos mata. Bea...”.

“No puedo”. Sin firma.

“No sé cómo puedo escribirte. Papá me ha obligado a contárselo todo, todo. Huye en seguida de Cumboto. Te van a malar”. Sin firma.

“Amado Jaime: Te hago esta volando y exponiéndome a todo. Pero no debo ocultártelo. Nuestro hijito nació anoche; no sé si es bonito o feo. Temo que me lo quiten y cometan con él un crimen horrible. Papá está furioso pero Eduvige sigue de nuestra parte. ¡Qué buena es! Me ha jurado que salvará al muchachito cueste lo que cueste. Confío en ella. ¿Por qué estás todavía en Cumboto? B”.

Al pie de esta misiva, escrita con letra distinta, había una nota que Federico leyó tembloroso. Era un apunte biográfico trazado por alguna mano cuidadosa, de esas que encuentran placer en completar las lagunas de la historia. Explicaba: “Jaime Rojas, maestro de escuela y profesor de piano. Moreno, pelo rizado, ojos verdosos, buen mozo. Daba clases a la niña de Don L... Desapareció sin dejar rastro. Se dice que el viejo lo hizo matar y enterrar en el “otro lado”. Federico se puso de pie sin pronunciar palabra y sin esbozar un gesto. Me miró de frente, con fijeza escalofriante, y subió la escalera con lentitud.



## IV DESVARÍO

**H**ubo en nuestra existencia un período en el que el desvarío asumió formas absurdas. Por algún tiempo Federico permaneció en una especie de enclaustramiento durante el cual pareció odiar todo aquello que no fuese su habitación. Allí comía, leía, contemplaba el campo y el mar a través de su ventana. Yo le llevaba los libros y las comidas. Durante ese tiempo mi refugio fue la biblioteca, en la que hallaba un recóndito deleite, no ya en la lectura sino en la contemplación del baúl de la Abuela. Ahí había quedado el baúl y tanto como Federico parecía odiarlo, lo amaba yo.

Un día cayó en mis manos un pequeño folleto en el que se referían pasajes de la historia de David, y su lectura determinó en mí una pronunciada predilección por los temas bíblicos. David pasó su juventud perseguido, huyendo en las montañas y refugiándose en las cavernas. Allí se penetró del espíritu de la selva, de la tierra y el agua, amó hasta el delirio la naturaleza, convivió con sus criaturas, vio crecer la hierba y matizarse las flores. Y maravillado de tales prodigios los cantó en sus salmos: *Dije yo en mi corazón: velaré sobre mi conducta para no pecar con mi lengua. Ponía un candado en mi boca cuando el pecador se presentaba contra mí.*

*Sentí que se inflamaba mi corazón, y en mi meditación se encendían llamas de fuego.*

A los recios golpes de tu mano yo desfallecí atando me corregías; por el pecado castigaste tú al hombre, e hiciste que su vida se consumiera como araña. Ciertamente que en vano se conturba y agita el hombre.

En la biblioteca existía una Biblia empastada en piel, a cuya lectura me entregué con avidez. Leí casi todo el Génesis y luego salté al Éxodo, en cuyos capítulos se relata preciosamente la vida de Moisés, el corazón creyente y altivo: *Y díjole más Jehová: mete ahora tu mano en tu seno. Y él metió la mano en su seno; y como la sacó, he aquí que su mano estaba leprosa como la nieve.*

*Y dijo: vuelve a meter tu mano en tu seno; y él volvió a meter su mano en su seno; y volviéndola a sacar del seno, he aquí que se había vuelto como la otra carne.*

Leí también el *Deuteronomio* y el *Levítico* y el *Libro de los Reyes*. Pero cuando quedé abismado por la revelación fue al llegar al *Cantar de los Cantares* de Salomón. Aquélla era la historia de Federico y Pascua relatada con una belleza simbólica inimitable. ¿Había leído estas páginas Federico? Hubiese podido sentirse orgulloso de un amor semejante; tan orgulloso como lo estuvo el más sabio de los reyes. *Metióme el rey en sus cámaras —cantaba ella en su imperecedera embriaguez—. Nos gozaremos y alegraremos en ti; acordarémonos de tus amores más que del vino. Los rectos te aman... Y proclamaba con orgullo: Morena soy, oh hijas de Jerusalén. Mas codiciable. Como las cabañas de Cedar. Como las tiendas de Salomón. No miréis en que soy morena. Porque el sol me miró. Los hijos de mi madre se airaron contra mí. Hiciéronme guarda de viñas; Y mi viña, que era mía, no guardé. Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma. ¿Dónde repastas, dónde haces tener majada al mediodía: Porque, por qué había yo de estar vagueando tras los rebaños de tus compañeros?*

En efecto, ¿por qué había ella de estar vagueando y padeciendo la ira de los suyos, si era, aunque morena, bella y ardiente?

Durante aquel paréntesis de relativa soledad, en contacto con los libros y entregado a meditaciones casi místicas, tuve revelaciones que consideré



concluyentes sobre los acontecimientos que acababan de golpear nuestra vida. El baúl era la venganza de la Abuela Anita. Ella conocía la historia, toda la historia de Arguíndegus y Lamarcas, de la cual había sido por años depositaria. Lo enviaba de nuevo a la Casa Blanca, sin esperar el retomo de sus antiguos amos, como quien azuza un mastín para que muerda. El baúl, el bello y amado baúl, mordió, desganó. Al reconstruir a mi manera los hechos revelados por las cartas y los billetes, llené sus lagunas con deducciones y, a falta de estas, con imaginaciones. Doña Beatriz se había enamorado del maestro de piano, como Salomón de la Sulamita, y arrebatada por el fuego de Cumboto le entregó la flor de su juventud. Parió un hijo suyo. Pero ese hijo estaba condenado a morir en aras de los prejuicios de don Lorenzo Lamarca, y Eduvige, la enigmática. le salvó la vida depositándolo a la puerta de Cervelión, envuelto en ricos pañales. Quedaba por dilucidar algunas incógnitas cuya explicación solo Eduvige hubiese podido darme: ¿Sabía Doña Beatriz que Cruz María, el Matacán, era su hijo? ¿De quién era aquella calavera que el general de la barba había desenterrado con la pala de plata, cuando inauguraba el ferrocarril, y que la madre de Federico guardaba en su escaparate? Quizá la de su oscuro amante.

Así debió ocurrir todo aquello. Pero ¿acaso no pudo ser de otro modo? Si la oxidada carne del Matacán pudo formarse en el nítido vientre de doña Beatriz, molde para el vaciado de un superhombre, ¿por qué no la mía?

¡Admirable! ¡Maravilloso! ¡Increíble! Y sin embargo posible. Me estremecí al contacto de audaz conjetura. Todo esto cabía en el ámbito de mis sueños. Todas las circunstancias concurrían a formar un cañamazo ideal para el atrevido bordado de mi corazón: el tiempo, el espacio, ciertas oscuras palabras que germinaban en la tierra sensible de mi memoria.

Si yo preguntase a los que conocían la vieja historia de Cumboto, acaso llegara a conocer la verdad. Mas ¿a quién acudir con esta demanda? Doña Beatriz permanecía en su alcoba como en un mausoleo, quizá muerta y embalsamada por la gélida mano de Eduvige para complacencia de su tenebrosa fidelidad. La misma Eduvige ¿qué hubiese querido decirnos? El único ser que habría

podido revelarnos la verdad, esclava de su venganza había sellado deliberadamente sus labios y desaparecido sin dejar rastro de su persona. Este ser era la Abuela Anita. Su baúl, manantial de revelaciones sobre la vida de Federico y los suyos, se negaba a hablar de mí.

No sé si Federico se entregó, en su aislamiento, a estas mismas reflexiones. Yo no hubiera osado hablarle de tales cosas. Cuando, un día cualquiera, decidí reintegrarse a la existencia ordinaria, estaba transformado. Bajó la escalera y se sentó ante el piano como si nada hubiese ocurrido. Pero esto era solo en apariencia. Sus palabras, sus gestos y sobre todo su música me revelarían muy pronto la profundidad del cambio.

—¿Te das cuenta —me preguntó cierta vez— de cómo evoluciona mi estilo? Soy un gran artista. Puedes estar orgulloso de oírme porque nadie más lo logrará.

Hablaba mientras tocaba, cual si fuésemos en un paseo por el campo.

Convéncete, Natividad: el hombre puede llegar a ser un dios. ¿Qué valen la riqueza, el amor, la amistad? Nada. Son signos de miedo, indignos de verdaderos hombres. Yo tengo mi propio nombre. ¿Sabes cómo me llamo? ¿No has olvidado? Zeus. Recuérdalo. ¡Júpiter!

En otra oportunidad me habló de su predilección por determinados maestros. Recién llegado a Cumboto mostró cierta debilidad por Chopin, pero en seguida comprendió que no cuadraba con el ambiente.

—Es frívolo y débil; simboliza precisamente la debilidad de eso que llaman amor y que debiera llamarse miseria. Yo amo una sola cosa: la profundidad, el dolor que es capaz de convertir un hombre en un dios. Por eso prefiero a Beethoven.

Más tarde me hizo una revelación que venía arrastrándose por la superficie del recuerdo como la niebla de la mañana sobre la piel de la tierra.

—¿Sabes cuál es mi sueño? Amalgamar el alma de esta tierra con el espíritu clásico. Hay que crear esa nueva expresión musical y yo la crearé. Ustedes tienen sus cantos, sus ritmos, pero no existe sino una música. Oye esto...

Inclinó un poco el busto sobre el teclado y permaneció con los ojos entrecerrados, en espera de un misterioso aviso. Las manos estaban en alto, semi-desfallecidas como dos flores marchitas a punto de caer. De pronto cayeron, resonó el acorde con la profunda sonoridad de un trueno y las notas más oscuras y aterrorizadas del piano volaron hacia el pasado gimiendo: Cumboto... Cumboto...

Mas si él no recordaba a Pascua, yo en cambio no podía olvidarla. La idea de su fuga me torturaba. ¿A dónde había ido? Probablemente a la ciudad, tal como hiciera la ardiente amada de Salomón: *Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma; busquélo y no lo hallé. Laventaréme ahora, y rodearé por la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma; busquélo, y no lo hallé Halláronme los guardas que rondan la ciudad, y díjeles- ¿Habéis visto al que ama mi alma?*

Yo imaginaba mil cosas extravagantes y mis noches se poblaban de visiones sexuales. Allí estaba ella, no en la ciudad sino en medio de la selva, rodeada de negros desnudos, ondulante y brillante. Danzaba al son de unos tambores de palpar profundo, cuya música íbase estilizando hasta adquirir la rica armonía beethoveniana, pero sin perder su potencia telúrica. Era extraña, absurda esta mezcla; yo lo sabía. Sin embargo, en el sueño la oía lograda. Era como un cruce monstruoso entre un delfín o un albatros y una pantera. Con tal intensidad se lograba que mi naturaleza se retorció entre las espirales del torbellino. Me sentía agitado por una especie de vendaval, me revolví y contraía como un arco de flecha al que de pronto se le rompe la cuerda. Este era el final, entre la incontenible y ardiente catarata de mi vida. Aquello ocurría frecuentemente y era como la obra de un súcubo inteligente que viniese, puntual, junto a mi catre a dirigir el concierto onírico.

Federico se había aficionado a beber, pero no se emborrachaba. Su rostro mostraba también las huellas de una devastación progresiva. Componía. Con un papel pautado sobre el piano fijaba las notas que sus manos hacían gemir. Me puse a observarle y quedé sobrecogido. Era, precisamente, aquella monstruosa

hibridación musical de mis sueños. El súcubo surgía del piano de Federico. Sin embargo, en la realidad de la vigilia no poseía la belleza tremenda del sueño: era tosca y rígida. El pujido de los selváticos troncos carecía de la honda elasticidad, de la diabólica ligereza, del desgarrado aleteo de ave prisionera o de fiera herida que ha dado a sus tambores el alma negra. Las dos armonías no lograban mezclarse como en el sueño. El sexo de la pantera no correspondía al del albatros.

Una noche le hallé dormido en el gran sofá de cuero negro y me puse a observarle. Le oí gemir, contra su pecho la almohada. En la sala flotaba un olor desconocido, reptante, de mujer desnuda y morena. Un olor a pimienta molida y limón. La ventana permanecía abierta y una brisa discreta agitaba las cortinas de lino. Federico gimió sordamente y bulló en el sueño. De pronto se estiró, brusco, como el arco de flecha al que se rompe la cuerda. Casi espantado me pregunté si aquello sería lo mismo que me ocurría a mí, si el mismo súcubo estaría visitando al joven dios. Fui a la ventana para cerrarla y miré hacia el campo untado de luna. Vehemente, el recuerdo de Cruz María y *Frau Berza* vino a herirme en aquel momento.

Fue en este mismo jardín, bajo esta misma luna... Un objeto llamó entonces mi atención. Un cuerpo largo e inmóvil tendido en el suelo, al pie de la casa, movióse ondulando. Era una sierpe. La vara de Moisés... Ahora solo faltaba que metiese mi mano en el seno y la sacara blanca de lepra. Blanca como nieve, según reza el versículo.

## V

### EL MENSAJERO

El avaro cuenta su dinero todos los días pero no cuenta sus días. Nosotros éramos todo lo contrario de los avaros: todas las mañanas sacábamos a relucir nuestras ideales monedas y las poníamos una sobre otra, con la resignada impaciencia del que sabe que no puede hacer nada para torcer el destino. Así como David vio crecer la hierba y matizarse las flores, nosotros vimos gotear la ceniza sobre nuestras cabezas. Cada cana y cada arruga eran un paso más que nos alejaba de la tormenta. ¡Qué felices nos sentíamos al decirnos el uno al otro con la mirada: “envejecemos”! Y apenas nos acercábamos entonces a los cincuenta años.

Un cuarto de siglo fue suficiente para apaciguar nuestros corazones. También el paisaje parecía más calmado, menos verde quizá pero asimismo menos salvaje. Las caminatas de Federico —de don Federico, como le llamo desde que usa su fina barba blanca— se extienden ahora hacia otras regiones de Cumboto y son menos prolongadas. Cuando el sol declina hacia el borde del mar, se cala él su sombrero de paja, empuña su bastón de cerezo y sale al camino. Unas veces se dirige al poniente, hacia El Palito, otras al naciente, hacia Paso Real. Yo le sigo a distancia, procurando —inútil manía de viejo— que no me vea. Naturalmente él sabe que voy en pos de sus pasos, que soy su sombra. Pero como la comedia le agrada, finge, a su vez, no verme.

Los negros y los mulatos de Cumboto han aprendido a querer al señor. Le creen suyo. Cuando le ven pasar, nadando en las sombras, se dicen unos a otros con un poco de sobresalto:

—Ahí -va, don Federico caminando... ¡Ave María!

Y se persignan.

Luego alguno pregunta:

—¿Por qué no se habrá casado don Federico?

Es precisamente por esto que se persignan. En la Casa Blanca hace falta una señora que garantice la prolongación de la casta del amo. Los negros temen que llegue un día en que la muerte se presente a cobrar sus cuentas y los halle desamparados.

Hubo una época —a raíz de la tormenta— en la que me preguntaba si mi enfermiza devoción por el amo no sería una traición. Hoy pienso de manera distinta: nunca fui más heroicamente fiel a los míos y a mí mismo que en aquellos tiempos. El encuentro de ayer por la tarde, en la calzada, me sirve para corroborar esta idea. Pienso que si yo no hubiese permanecido tan fiel, el joven transeúnte con el que nos cruzamos en nuestro paseo no hubiese tenido a quien dirigir su pregunta —¿No es ese el amo de Cumboto?—; ni hubiese hallado quién lo orientase: “Vaya a la Casa Blanca, mañana”. El mañana de ayer es hoy. El joven no tardará en llegar, porque ya el sol ha subido la cuesta del cielo y yo no le precisé hora para su visita. No le dije: vaya más temprano o más tarde, sino mañana, es decir, hoy.

He pasado una mala noche removiendo el pantano dormido bajo la costra de los últimos veinticinco años. ¡El pantano dormido! Las sombras desfilaron atropelladas, demoníacas. Las últimas en huir fueron la de doña Beatriz y la de Eduvige, pobres sombras dolorosas. Se llevaron su secreto a la tumba. Ahora la calavera y la pala de plata están en mí cuartito de tablas, debajo de mi viejo catre, dentro del baúl de la Abuela Anita, cuya cerradura de campana no ha vuelto a trinar. Todo está allí en un solo revoltijo de color: las telas, los instrumentos de música, las joyas de orfebrería, las. cartas, los daguerrotipos, la

pala de plata y la calavera.. Lástima que no pudiesen estar también los pañales de Cruz María y la bala que lo mató y los crótalos de la cascabel —*Crótalus terrificus terrificus*— que vi en las manos de Trina, en la choza de Cervelión. Quizá cuando todas esas cosas se hayan convertido en polvo y sus partículas, no se distinguan unas de otras ni por el color ni por el olor, se comience a ver claro en las tinieblas de nuestra lealtad.

Las doce del día marca dentro de su campana de cristal el viejo reloj que reposa sobre la mesa de la biblioteca, cuando veo avanzar por el camino de arena blanca al joven la tarde anterior. Le miro a través de la ventana y su delgada silueta me emociona de nuevo. Al acercarse más puedo distinguir su rostro moreno —del color de la plata oxidada—, sus ojos verdosos, fosforescentes. Ya está frente a la puerta principal de la casa, bajo la -sombra del gran alero de tejas. Entonces me dirijo a franquearle la entrada.

—¿No fue usted quien me dijo ayer que viniera?

—Sí, yo fui... Tome asiento mientras voy a avisar al señor.

Le dejo de pie en el salón —en medio del mar sin olas del salón— y comienzo a subir la escalera. Al llegar al rellano me vuelvo y le veo contemplando el recinto, los muebles, los cuadros, el piano. Poco después bajo de nuevo con la respuesta. Ahora está junto al piano y sus dedos largos como navajas se deslizan suavemente sobre la tapa negra y brillante.

—El señor lo va a recibir... ¿Le gusta la música?

Sonríe mostrando los dientes blancos.

—Me encanta.

—El señor es un gran pianista.

Se lo digo con intención, por ver cómo reacciona. Él responde sencillamente:

—Lo sé.

Federico se acerca en ese mismo momento y yo me alejo para dejarles solos. Es tan evidente lo que ocurre dentro de mí en estos instantes que no siento la

necesidad de mirar lo que va a suceder ni de oír lo que van a decirse. Me voy, pues, al jardín y me pongo a caminar por los senderillos enarenados. Medio siglo atrás, en este mismo lugar, presencié una escena desconcertante, una noche de luna. “*Frau Berza tiene un secreto*”, me había revelado Federico. Y fue un secreto de muerte. Yo podría decir ahora al señor: “Este joven trae un secreto, pero es un secreto de vida”.

A esta hora solían tomar el almuerzo los señores de Cumboto, cuando todavía vivía don Guillermo. Ahí está la mesa del comedor cubierta con su impoluto mantel de lino. En un extremo se sentaba el señor, en el otro la señora, a los costados los dos niños —Federico y Gertrudis— y la institutriz de cabellos color de paja. El día que doña Beatriz se presentó con su esponjada crinolina celeste anunciando la visita del general de las barbas, era aproximadamente esta misma hora. Después del almuerzo nos poníamos a dibujar con los lápices de color mientras *Frau Berza* dormitaba recostada a un pilar, con el libro abierto sobre los muslos. Eduvige iba y venía sigilosa como una mentira.

De improviso me siento sobresaltado. ¿Cuánto tiempo llevan conversando en el salón don Federico y su visitante? No tengo idea. Pero han de tener mucho que decirse cuando todavía permanecen allí. Decidido a no verles ni oírles, me alejo más de la casa. Traspongo el jardín y me dirijo al camino hacia la Coquera. Nuevas generaciones de negros y mulatos han espigado dentro de la heredad de los Zeus. Los jóvenes de esta época me parecen más inquietos y agresivos, pero su risa y sus charlas suenan lo mismo que antes. Aún cultivan el deporte de “echar cocos” y rezan a sus gallos las mismas oraciones;

*Coquin, coquito,*  
*coco, cocón...*  
*viejo virulo de verde ropón;*  
*pónmelo bueno, pónmelo pon,*  
*dale la agüita con este pelón;*  
*coquin, coquito,*  
*coco, cocón...*



Nuevas casas han surgido, algunas construcciones modernas. una espaciosa vaquera llena de vacas, entre las cuales circula Juan Segundo el Luango con los bidones al hombro. De pronto todo mi ser se siente estremecido por un cataclismo interior. En la casa ha comenzado a sonar el piano tantos años mudo. Todo mi cuerpo es un tímpano. Las notas vuelan por sobre los campos con la alegría matinal de antaño, en bandadas gozosas y cristalinas. Es una de las sonatas que más de una vez oí tocar a doña Beatriz y a Federico. ¿La *Appassionata*? No: la *Aurora*, cuyo título original oí mencionar una vez al joven amo, recién llegado de Europa; “*Waldstein*” —Piedra del Bosque—. No es una ejecución muy limpia —los pobres dedos de Federico deben haberse endurecido a lo largo de años de inercia—, pero ¡cuánta emoción en ella! Vuelan los sonoros trinos sobre el fondo solemne de los graves y proyectan una espiral hacia el cielo. Pasos fuertes en la tierra del bosque, tropel, quietud, un trueno que se aproxima. Es el *allegro*. Luego viene el *adagio molto*, reflexivo, cual si tratara de convencerse a sí mismo de su alegría inusitada. Las notas caen de lo alto, una por una, en el remanso, y se vuelven canción; la cascada se precipita, rueda, insiste abriendo camino hacia el *allegretto moderato* que es como una carrera de amantes que se detienen, bruscos, para diluirse en una especie de marcha. En el *prestissimo* los pobres dedos hacen esfuerzos por volver a galopar como antes, como las libélulas que hieren la superficie del agua: los graves resuenan tenaces y se desmayan, pero en seguida los acomete el vértigo.

Negros y mulatos, atónitos, comienzan a salir de los galpones, de las chozas, de entre los matorrales, y miran hacia la Casa Blanca.

La nueva generación no ha oído esta música: muchos de ellos creyeron quizá que aquel mueble negro buque anclado en medio del mar del salón, sería un ataúd. La alegría de la *Aurora*, les polariza y arrastra. De manera espontánea se forma una romería que marcha rumorosa hacia el inesperado amanecer.

Yo también voy, claro está. Quiero ver de nuevo a mi amo, a mi amigo, a mi hermano en aquella actitud de dominador. Quiero mostrarlo a estos jóvenes negros y decirles: “¡Hele ahí: nuestro dios!”. Pero cuando llegamos frente a la

ventana quedo paralizado por la estupefacción. No es don Federico quien está sentado ante el piano sino su joven visitante. El hijo de Pascua. ¡Su hijo!

Vibrantes como las notas de un himno resuenan las voces del piano. Yo miro a mi alrededor y todo me parece que arde en una llama luminosa, hasta el azul del mar que reverbera a lo lejos por encima del zócalo del cocal. Mi emoción está teñida de una vaga angustia cual si me hallase al borde de un sueño, a punto de despertar. Tres personajes ven mis ojos allí, en el brillante y resonante salón de la Casa Blanca, dos visibles y uno invisible. El invisible es Pascua, la fugitiva. Su hijo es el mensajero de su amor, de su sacrificio, de su espíritu y su carne inmortales, me pregunto de qué quiere hablar en la Casa Blanca este mensajero, si del pasado o del porvenir. Y mi corazón tiembla ante la magnitud de la empresa que le ha encomendado el destino.

Mientras tanto, recto en su asiento, el joven sonrío. Mira hacia la ventana donde asoman como un racimo de frutas monstruosas las cabezas de los negros que acuden a oírle, y sonrío. Es un dios adolescente de plata oxidada. La sonata termina y se produce un corto silencio. ¿Ha terminado? No. Los seres que le contemplan no están saciados aún. Él lo comprende y sus manos morenas —reptiles de diez ojos pálidos— vuelven a posarse en el teclado. El acorde resuena con la gravedad de un trueno. Pero esta vez no es ya la voz límpida, estilizada de la música culta, la que brota del piano, sino el gemido de pujao y el júbilo petulante de los pequeños tambores.

Los seres que me rodean, sudorosos y estremecidos, se mecen y gruñen como los árboles en medio de la tormenta:

—Cumboto... Cumboto...

FIN

El Palito — Caracas: 1947-1948





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e Impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-003-2

**Depósito Legal**

DC2021001198

**CARACAS, VENEZUELA, SEPTIEMBRE DE 2021**



La presente edición de  
**MENE / CUMBOTO**  
se realizó  
durante el mes  
de septiembre de 2021,  
año bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La edición  
consta de  
10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Mene / Cumboto** Las novelas de Ramón Díaz Sánchez muestran un marcado interés por explorar determinados momentos históricos a través de la subjetividad de los grupos sociales que se han visto afectados por su impacto. En *Mene* (1936), cuyo tema central es la irrupción del petróleo en un mundo provinciano, se muestra cómo ese proceso lleva consigo una violenta dislocación de la vida cotidiana de los habitantes de Lagunillas y Cabimas. Con el oro negro se aviva una esperanza de prosperidad que, lejos de concretarse, da paso a la ruina y a un destino que puede llegar a ser trágico. La trama de *Cumboto, un cuento de siete leguas* (1950), se focaliza en la voz de un esclavo llamado Natividad. Él cuenta la historia de una familia propietaria de una hacienda que data de la Colonia, y de varios personajes que han hecho su vida ahí. El entrecruzamiento de la religión, la magia negra, la violencia y el sexo han marcado significativamente las relaciones de esta comunidad humana.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-003-2

